

VOL. 1 N° 4 SETIEMBRE 1953

Mirada

REVISTA MENSUAL
de fantasía científica

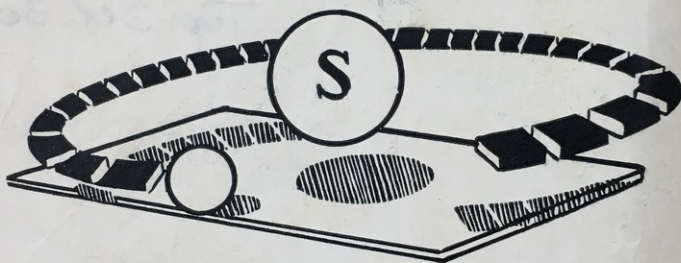


EL SISTEMA SOLAR (III)

LONGITUD DEL AÑO

Un año es el tiempo que tarda un planeta en dar una vuelta completa alrededor del Sol. Un nepe de un año en cada planeta tendría, calculada en unidades terrestres, la siguiente edad:

MERCURIO...	88,0 días terrestres	JUPITER ...	11,86 años terrestres
VENUS	224,7 „ „	SATURNO ..	29,46 „ „
TIERRA	365,25 „ „	URANO	84,02 „ „
MARTE	1,88 años terrestres	NEPTUNO..	164,79 „ „
PLUTON ...		248,43 años terrestres	



VELOCIDAD ORBITAL

Un astro que se mueve alrededor de otro no lo hace siempre con la misma velocidad, a menos que su órbita sea exactamente circular. Cuando está más cerca de su "primario" (el astro alrededor del cual gira), viaja más rápido que cuando está más lejos. En promedio, las velocidades con que los planetas recorren sus órbitas son las siguientes (en kilómetros por hora):

MERCURIO	176.400	JUPITER	48.110
VENUS	128.900	SATURNO	35.640
TIERRA	109.890	URANO	24.950
MARTE	89.100	NEPTUNO	20.200
PLUTON	16.000 ?		

(Sigue en la contratapa)



**MAS ALLA DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASIA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

**ILUSTRACION
DE LA TAPA**

por Chesley Bonestell

Las expediciones a Saturno no se podrán quejar por falta de belleza panorámica. Y una vez conquistada la Luna, las astronautas no tendrán mayores dificultades en llegar a los confines del sistema solar. Uno de estos hombres que están explorando Mimas, la más pequeña luna de Saturno, puede ser USTED.

Redac. y Administ.:
Editorial Abril S. R.
L., Av. Alem 884,
Bs. As., Rep. Arg.

NOVELA (Conclusión):

HIJO DE MARTE, por CYRIL JUDD
¡No bastaba con haberse instalado en Marte para conocer todos sus misterios! 106

NOVELA CORTA:

VAMPIRO TELEPATICO, por CLIFFORD SIMAK
Una extraña amenaza para la humanidad en aquella planeta deshabitado 68

CUENTOS:

DEPARTAMENTO SE ALQUILA, por RICHARD MATHESON
Demasiado barato para este mundo 6
MUSCULOS VERSUS FLORES, por DONALD COLVIN
Cachascán y filosofía en un pueblo virtuoso 22
HUERFANOS EN EL ESPACIO, por MICHAEL SHAARA
El problema de aquellas leales máquinas no era tan simple 46
PROFESOR PARTICULAR, por JUAN FERNÁNDEZ
Sudamérica, especialista en robots para todo servicio .. 66
EL SECRETO, por EDWIN JAMES
La quinta columna terrestre en Rigel tenía sus peculiaridades 96

NOVEDADES COSMICAS:

LA CONQUISTA DEL ESPACIO (IV), por WILLY LEY y CHESLEY BONESTELL
La familia solar 32
ENERGIA ATOMICA EN INGLATERRA 21
ESPACIOTEST 104
EDITORIAL 4
CONTESTANDO A LOS LECTORES 63

hermandad terrestre

EL drama de la existencia, para el lector de fantasía científica, se desarrolla en un escenario que no tiene límites: en todo el Universo. Esta superación de todo confin habitual, además de despertar la fantasía, entretener y estimular el pensamiento, crea un nuevo y más auténtico sentido de hermandad humana.

¿Qué es la Tierra para el lector de fantasía científica? La Tierra es un guijarro en el cielo, y lo que pasa en este guijarro en el cielo, al fin y al cabo, no tiene casi ninguna importancia. ¿Qué peso pueden tener, en la infinita historia de las galaxias, las luchas de un país contra otro que ocurren en este planeta tan pequeño, perdido en un rincón cualquiera del Universo? ¿Qué sentido tienen los prejuicios raciales, las divisiones en castas, la pretendida "superioridad" de un pueblo sobre otro, cuando "habitante de la Tierra" o "terrestre" llega a ser un término con signifi-

cación tan restringida, como sería decir "genovés" o "mendocino"?

CUANDO se considera a la humanidad como a un todo, no hay razas superiores o inferiores. Si todos los terrestres tienen el mismo destino, corren los mismos peligros y progresan por una misma senda, se borra la importancia de las causas de sus rencillas.

Cuando Roma significaba Mundo, bastaba con decir "soy ciudadano de Roma". "Mi patria es el Mundo", dicen ahora los espíritus que consideran que el hecho de ser hombre es superior a cualquier atributo de nobleza o de casta. Y pronto tendremos pasaportes interestelares, en los cuales ya no se dirá que nuestra ciudadanía es de Buenos Aires, Zurich o Puerto Alegre, sino que se expresará escuetamente nuestra procedencia terrestre. Y no deberá extrañarnos, entonces, llegar a algún lugar en el

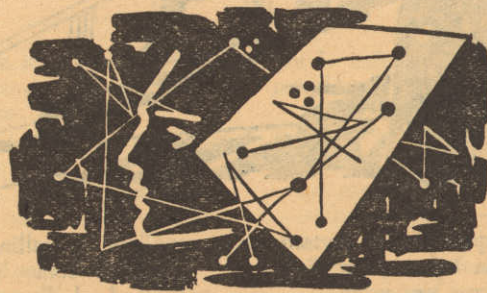
cual se nos pregunte dónde está la Tierra...

EL horizonte mental del hombre moderno se amplía más allá de todo límite, más allá de todo prejuicio. En el pasado surgían y se desplomaban imperios, florecían y decayan civilizaciones, pero el hombre común no sabía nada de todo eso: su vida, encerrada dentro de los límites infranqueables determinados por su escasa cultura y por lo rudimentario de los medios técnicos, transcurría sin perceptible progreso. Ahora el mundo se transforma de un año para otro, y el progreso impulsa con irruencia irrefrenable, no sólo a los grandes sino a todos y cada uno de los hombres chicos.

El día en que el hombre conquiste el espacio parecerán riñas de perros vagos las guerras mundiales. La conquista del Universo borrarán los

rencores, las envidias, las diferencias, y la magnitud de la tarea común hará olvidar la pequeñez de las luchas fratricidas. Será la culminación del mismo proceso histórico que de conjuntos caóticos de pequeños estados medioevales ha hecho grandes naciones.

EL lector de fantasía científica es, por definición, una persona cuya mentalidad es más que moderna: pertenece al grupo, numeroso por cierto, que tiene sed de conocimientos, y goza en dejarse transportar, en alas de la fantasía, hacia mundos lejanos en el tiempo y en el espacio, y goza en escudriñar problemas que rayan con lo imposible. En esa búsqueda tan apasionante de emociones nuevas, los lectores de fantasía científica constituyen la vanguardia de una humanidad exenta de tabús y de odios.



Por mar se viaja en lancha o en palacios flotantes como el Normandie. No hay razón para creer que en el espacio se pueda viajar sólo con las astronaves de los héroes de las historietas.

departamento se alquila

por RICHARD MATHESON



CADA vez que veo al portero se me pone la carne de gallina — dijo Ruth al entrar, esa tarde.

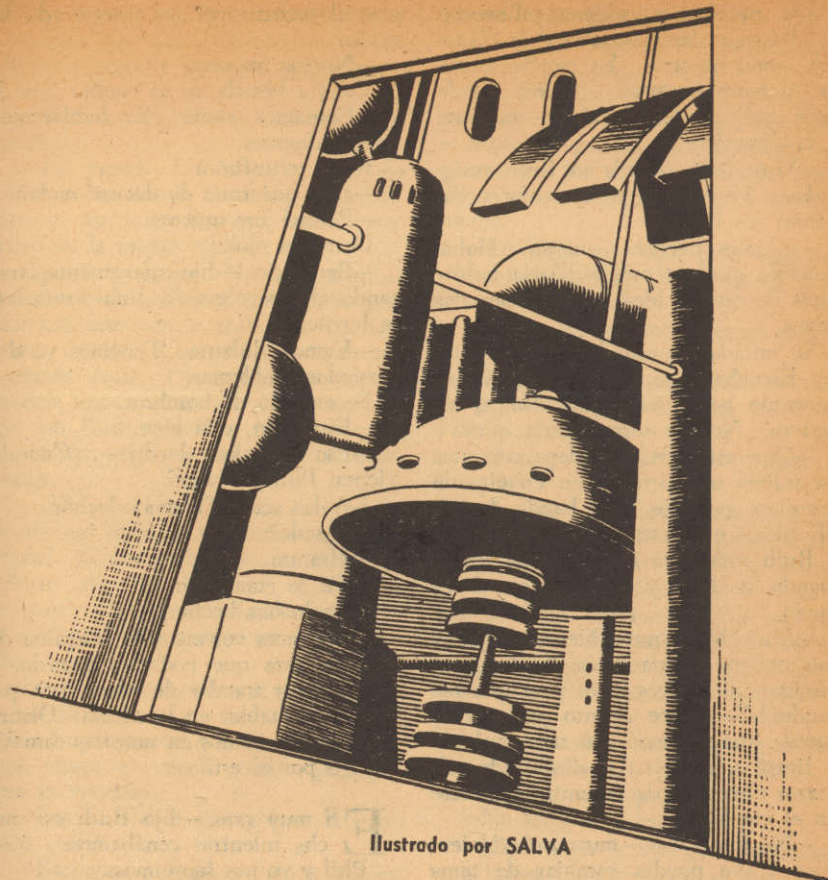
Levanté la mirada de la máquina de escribir mientras ella dejaba los paquetes sobre la mesa. Yo acababa el segundo borrador de un cuento.

—Carne de gallina —repetí.

—Sí, tal como lo oyes; tiene una manera de deslizarse parecida a la de Peter Lorre.

—Peter Lorre —dijo, todavía envuelto en la bruma creadora.

—Querido —imploró Ruth—, te ha-



Ilustrado por SALVA

blo en serio. Ese hombre es un reptil. Sacudí la cabeza, tratando de salir de mi abstracción.

—Amor mío, ¿qué quieres que haga ese pobre tipo con su cara? —le dije—. Herencia, ¿sabes? Déjalo vivir.

Ruth se dejó caer en una silla junto a la mesa y comenzó a alinear las latas que había traído del almacén.

—Escucha —me dijo.

Cada vez que Ruth se dispone a “revelarme” algo, emplea inconscientemente un tono serio, grave.

—Sí, querida —apoyé un codo so-

bre la máquina de escribir y la contemplé pacientemente.

—Quítate esa expresión de la cara, Rick. Y no me mires como si fuera una idiota.

Le sonreí. Estaba cansado.

—Lo lamentarás —me dijo— cuando una noche aparezca ese hombre con un hacha y nos descuartice.

—No es más que un pobre diablo que se gana la vida trabajando. Fríga los corredores llena la caldera...

—Tenemos calefacción a petróleo —replicó Ruth.

—Si tuviéramos calderas, alimentaría el fuego. Seamos caritativos. Trabajamos como nosotros. Yo escribo novelas; él barre los pisos. ¿Quién puede decir cuál de los dos hace más por la civilización?

—Muy bien —exclamó Ruth resignada—. Muy bien, si no quieres enfrentarte los hechos.

—¿Cuáles hechos? —insistió. Había decidido que era mejor dejarla hablar antes de que la idea le agujereara las sienes.

Su mirada se ensombreció.

—Escucha. Ese hombre tiene alguna razón para estar aquí. No es un portero. No me sorprendería que...

—Que esta casa de departamentos escondiera un garito o un ejército de enemigos públicos, una banda de falsificadores o de asesinos.

Ruth estaba ya en la cocina disponiendo las latas y las cajas en el armario.

—Muy bien, muy bien —dijo, y con eso me quería decir: “si luego te asesinan no vengas a mí para que me conduela”—. Hice cuanto pude. Pero sucede que me casé con una mula.

Entré a la cocina y, deslizándome mis brazos alrededor de su cintura, la besé en el cuello.

—No hagas eso —murmuró volviéndose—. No puedes cambiar de tema tan fácilmente. El portero es...

—¡Estás hablando en serio! —le dije. Me sorprendió la fijeza de su mirada.

—Así es. Ese hombre me mira de una manera rara.

—¿De qué manera? —pregunté.

Lo pensó durante algunos segundos.

—Como... como si anticipara algo. Me sonreí.

—No lo puedo culpar. ¿Quién no lo haría?

—No me entiendes. No quiero decir de esa manera.

—¿Recuerdas la vez que pensaste

que el lechero era un asesino de la mafia?

—No me importa.

Volví a besarla en el cuello.

—Comamos ahora. Ya hablaremos de eso después.

Ruth refunfuñó:

—¿Por qué trato de decirte nada?

—Porque me quieres.

Cerró los ojos.

—Renuncio —dijo suavemente, tratando de parecerse a una santa en la hoguera.

—Vamos, dulzura. Tenemos ya demasiados problemas.

Se encogió de hombros.

—Está bien, está bien.

—Eso es mejor —le dije—. ¿Cuándo vienen Phil y Marge?

—A las seis. Tenemos lechón.

—¿Asado?

—Hmmm.

—Te lo compraré.

—Ya lo has hecho.

—Entonces volveré a la máquina de escribir para que podamos pagarlo.

Mientras trataba de idear otra página la oí hablar en la cocina. Distinguí un “asesinado en nuestras camas”, o algo por el estilo.

ES muy raro —dijo Ruth esa noche mientras cenábamos.

Phil y yo nos sonreímos.

—Yo creo lo mismo —afirmó Marge—. ¿Quién oyó hablar jamás de un departamento de cinco habitaciones, con muebles, por sólo 65 dólares? Calefacción, heladera, lavadora, ¡es fantástico!

—Muchachas —dije—, no analicemos. Todo lo que tenemos que hacer es disfrutarlo.

—¡Oh! —Ruth sacudió su bonita cabeza rubia—. Si un hombre te dijera “aquí tiene usted un millón de dólares, viejo”, probablemente los recibirías.

—Por supuesto —admití—. Y luego

saldría como alma que lleva el diablo.

—Eres ingenuo. Crees que detrás de cada hombre se esconde un Santa Claus.

—Pensándolo bien, es algo raro —dijo Phil.

—Lo pensé. Un departamento de cinco habitaciones, flamante, amueblado con un gusto más que bueno, provisto de la mejor vajilla...

Apreté los labios. De tanto escribir sobre la vida en Marte uno puede perder contacto con la realidad. Tal vez fuera verdad. Comprendí lo que me quería decir. Claro está, no lo admitiría nunca. ¿Echar a perder mi juego con Ruth? Jamás.

—Creo que nos cobran demasiado —dije.

—¡Dios mío! —como de costumbre, Ruth me tomaba en serio—. ¿Demasiado? ¡Cinco habitaciones, muebles, platos, sábanas, televisor! ¿Qué más quieres? ¿Una piletta de natación?

—Con una pequeña me conformaría.

Ruth miró a nuestros invitados.

—Discutamos este asunto con calma. Supongamos que la cuarta voz que oímos es sólo el viento que golpea la ventana.

—Soy el viento que golpea la ventana —dije.

—Escuchen —Ruth volvió a hablar de sus presentimientos—. ¿Y si este lugar encerrara una trampa? ¿Si sólo necesitaran gente para cubrir las apariencias? Eso explicaría el precio. ¿Recuerdan cuántas personas vinieron cuando comenzaron a alquilar los departamentos?

Lo recordaba tan bien como Phil o Marge. La única razón por la que conseguimos los departamentos fue que acertamos a pasar frente al lugar cuando el portero colocó al letrero: “se alquila”. Los cuatro nos abalanzamos. Recuerdo nuestra sorpresa, nuestro deleite, cuando supimos el precio. Está-

bamos pagando más del doble por la mitad de las habitaciones y unos muebles viejos, además.

Phil y Marge, Ruth y yo, fuimos los primeros inquilinos. Al día siguiente el lugar fue asaltado por multitudes de gentes sin techo. Ustedes saben qué difícil es conseguir un buen departamento...

—Les digo que aquí pasa algo raro —terminó Ruth—. ¿Y se fijaron ustedes en el portero?

—Es un reptil —me apresuré a agregar.

—Lo es —rió Marge—. Tiene algo de espeluznante y los ojos de Peter Lorre.

—¿Lo oyes? —Ruth saboreaba el triunfo.

—Amigos —dije levantando una mano conciliatoria—, si algo sucio se está tramando a nuestras espaldas, a nosotros no nos concierne en absoluto. Hasta ahora no han pedido nuestra colaboración. Estamos viviendo en un hermoso lugar por un alquiler muy bajo. ¿Qué haremos? ¿Echarlo todo a perder?

—¿Y si nosotros estuviéramos incluidos en los planes? —preguntó Ruth.

—¿Qué planes, querida?

—No sé, pero presiento algo.

—¿Recuerdas la vez que presentiste que había fantasmas en el cuarto de baño? Era una laucha. Te dije que los fantasmas no frecuentan los baños. Y si alguien tiene planes siniestros no trabaja como portero. Eso reduce demasiado su radio de acción.

Ruth comenzó a retirar los platos de la mesa.

—También tú te casaste con un ciego —dijo a Marge.

—Todos los hombres son ciegos —respondió Marge, acompañando a mi lazarillo a la cocina—. Debemos hacer frente al peligro solas y sin desmayos...

Phil y yo encendimos cigarrillos.

—Dejándonos de bromas —dije de manera que las muchachas no oyeran—, ¿crees que pasa algo?

Phil se encogió de hombros.

—No sé, Rick. Pero te diré que es extraño encontrar un departamento amueblado tan barato.

Sí, pensé despertando al fin. Es muy extraño.

A la mañana siguiente me detuve para charlar con nuestro policía. Johnson camina todas las tardes por el barrio.

—Hay pandillas que alborotan la vecindad —me dijo—, mucho tráfico y además, después de las tres de la tarde, hay que vigilar a los chicos.

Es un buen hombre y muy divertido, además. Conversamos cada vez que salgo de casa.

—Mi esposa sospecha que en nuestra casa pasan cosas raras —le dije.

—También lo sospecho yo —replicó Johnson muy serio—. He llegado a la conclusión de que, dentro de esas paredes, obligan a niños de seis años a trenzar canastas a la luz de una vela.

—Bajo el látigo de una vieja bruja —agregué yo.

Asintió gravemente. Luego miró a su alrededor como si estuviéramos tramando algo.

—No le dirá nada a nadie, ¿verdad? Quiero investigar el caso yo solo.

—Johnson —le dije palmeándole el hombro—, su secreto no saldrá de estos labios.

—Se lo agradezco —me contestó.

Nos reímos.

—¿Cómo está su esposa? —me preguntó.

—Mi esposa sospecha, investiga, curiose.

—Todo marcha normalmente, entonces.

—Así es. Supongo que comenzaré a preocuparme cuando ella cambie su actitud.

—Pero, ¿qué es lo que ella sospecha, realmente?

Sonreí.

—Ella piensa que el alquiler es demasiado barato. Todo el mundo paga más, según mi esposa, por mucho menos.

—¿Es verdad eso?

—Sí —le contesté, golpeándole amistosamente el brazo—. No se lo cuente a nadie. No quiero perder un buen negocio.

Y después de esas palabras fui a la tienda.

Lo sabía. Lo sabía —dijo Ruth. Me clavó la mirada por sobre una pila de ropa mojada.

—¿Qué es lo que sabías, querida? —dije mientras dejaba el paquete de sábanas que había ido a comprar.

—En este sitio hay una trampa —levantó la mano como para hacerme una advertencia—. No abras la boca. Escúchame bien.

Me senté.

—Sí, querida. Ni una palabra.

—Encontré máquinas en el sótano

—dijo, y esperó mi reacción.

—¿Qué clase de máquinas, querida? ¿Extinguidores de incendios?

Apretó los labios.

—Por favor —dijo ya algo irritada—.

Yo las vi.

Estaba muy seria.

—También yo estuve abajo y, sin embargo, nunca vi máquinas.

Ruth miró a su alrededor. No me gustó la manera en que lo hizo. Parecía temer que alguien estuviera agazapado detrás de la ventana, escuchando.

—Están debajo del sótano —me dijo muy segura.

Mi rostro reflejaba la duda.

—¡Demonios! —exclamó—, ¡ven y te mostraré!

Salimos al corredor tomados de la mano y entramos en el ascensor. Ruth

tenía una expresión grave y apretaba fuertemente mi mano.

—¿Cuándo las viste? —pregunté, intentando entablar conversación.

—Cuando fui abajo al lavadero. En el pasillo, al volver con la ropa, vi una puerta. Estaba entreabierta.

—¿Y tú entraste?

Me miró exasperada.

—Entraste —concluí.

—Bajé los escalones, había luz y...

—Y viste máquinas.

—Exactamente.

—¿Grandes?

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió. Salimos.

—Ahora lo verás —encontramos una pared lisa—. Es aquí.

La miré. Golpée con los nudillos.

—Querida... —dije.

—¡No hables! —saltó Ruth—. ¿Nunca oíste hablar de puertas ocultas en una pared?

—¿Estaba esa puerta dentro de la pared?

—Probablemente la pared puede correrse sobre la puerta —dijo Ruth al par que la golpeaba suavemente. Parecía muy sólida—. Demonios, te digo que la vi. Me imagino lo que vas a decir.

No lo dije. Me quedé mirándola fijamente.

—¿Se les ha perdido algo?

A nuestras espaldas la voz del portero sonaba como la de Peter Lorre, baja e insinuante.

Ruth quedó como petrificada. Nos había encontrado completamente prevenidos.

—Mi esposa cree que hay un...

—Le estaba mostrando a mi marido cómo se debe colgar un cuadro —se apresuró a decir Ruth—. Esa es la manera de hacerlo, querido —se volvió hacia mí—. Colocas el clavo en ángulo y no perpendicular a la pared. ¿Comprendes ahora?

El portero sonrió.

—Ya lo veo —balbuceé yo. Sentí sus ojos clavados en nuestras espaldas mientras volvíamos al ascensor.

Cuando la puerta se cerró, Ruth interperlo furiosa:

—¿Qué estás tratando de hacer? ¿Quieres que nos descubra?

—¿Qué...?

—No importa. Hay máquinas allí abajo. Máquinas enormes. Yo las vi. Y él sabe que están allí.

—Nena —dije—, ¿por qué no...?

—Mírame —me dijo rápidamente.

La miré.

—¿Crees que estoy loca? Dímelo ahora. No vaciles...

Suspiré.

—Creo que eres imaginativa.

El disgusto se reflejó en su rostro.

—Eres tan malo como...

—Tú y Galileo —agregué—. Les sucede a todos los genios. Sé que acarrea muchos sufrimientos superar a la propia generación.

—Te las mostraré —continuó Ruth imperturbable—. Bajaremos otra vez esta noche, cuando el portero se duerma. Si es que alguna vez se le ocurre hacerlo.

Comencé a sentirme preocupado.

—Querida, basta ya. Conseguirás alarmarme.

—¡Al fin! Creí que necesitaría un huracán para lograrlo.

Permanecí toda la tarde frente a la máquina de escribir sin hacer nada.

Nada más que preocuparme.

No podía comprender. ¿Tendría razón Ruth? Muy bien, pensé. Ella vio una puerta que alguien dejó abierta. Accidentalmente. Eso era evidente. Si realmente había máquinas enormes como Ruth decía, la gente que las puso allí no debía de querer que nadie conociese su existencia.

Una casa de departamentos alquilados. Y enormes máquinas bajo su sótano.

¿Qué significaba todo eso?



RUTH estaba lívida. Temblaba como el niño al que le leen la primera historia de terror.

—¡El portero tiene tres ojos!

—Querida —le dije. Mis brazos la rodearon. Estaba realmente asustada. Casi me pareció que yo también tenía miedo, y no porque al portero le sobra un ojo.

Al principio no dije nada. ¿Qué puede uno decir cuando le oye a la esposa algo semejante? Tembló un largo rato. Luego habló en voz baja, con timidez:

—No me crees.

Tragué saliva.

—Nena... —le dije, sintiéndome indefenso.

—Esta noche bajaremos —declaró—

Esto es muy importante. Ya no podemos bromear.

—No creo que debiéramos... —comencé a decir.

—Yo bajaré —su voz sonaba aguda ahora, casi histérica.

—¡Te digo que hay máquinas allí! Se echó a llorar. Le acaricié el pelo y le hice reclinar la cabeza en mi hombro.

—Muy bien, querida, como tú quieras.

Trató de decírmelo entre lágrimas, pero no pudo. Una vez que se hubo calmado la escuché. No quería agitarla más. Supuse que era lo mejor que podía hacer.

—Caminaba por el corredor, hacia abajo. Pensé que había llegado el co-

rreo de la tarde. Sabes que de vez en cuando nuestro cartero...

—Lo sé, querida; viene dos veces cuando la carga es muy pesada.

—No importa eso. Me crucé con el portero...

—¿Y luego? —estaba casi asustado por lo que no me había dicho todavía.

—Me sonrió —dijo Ruth—. Ya sabes cómo lo hace. Con esa sonrisa dulce y siniestra.

No le discutí. Yo todavía pensaba que el portero era un pobre diablo que había tenido la desgracia de nacer con una cara digna de una película terrorífica.

—¿Qué pasó entonces?

—Nos cruzamos. Yo temblaba porque advertí que me miraba como si supiera algo de mí, algo que yo ignoraba. No me importa lo que digas. Eso es lo que sentí. Y entonces...

Se estremeció. Le tomé una mano.

—¿Entonces?

—Sentí que me miraba.

Yo también lo había sentido cuando nos había encontrado en el sótano. Sabía lo que ella quería decir. Se podía sentir la mirada de ese hombre.

—Muy bien —le dije—. Te creo.

—Pero no creerás esto —continuó en un tono helado—. Cuando me volví para mirar, él se alejaba de mí.

—Es decir que los dos se volvieron a un tiempo.

Ruth golpeó la mesa.

—Yo me volví. El no lo hizo.

—Pero dijiste...

—El me estaba mirando. Se alejaba, su cabeza miraba hacia adelante, y, sin embargo, me miraba.

Quedé sin habla. Le acaricié la mano sin saber muy bien lo que hacía.

—¿Cómo, querida? —me oí preguntarle.

—Había un ojo en la parte de atrás de su cabeza.

—¡Alma mía!

Cerró los ojos. Retiró su mano de

entre las mías y apretó los labios. Vi rodar una lágrima por su mejilla izquierda. Estaba mortalmente pálida.

—Lo vi —me dijo suavemente—. Dios sabe que vi ese ojo.

No sé por qué proseguí la conversación. Quería olvidar toda la historia, pretender que nunca había sucedido, pero era imposible.

—¿Por qué no lo vimos antes, Ruth? Hemos visto la nuca de ese hombre más de una vez.

—¿Lo crees? —dijo ella—. ¿Lo crees?

—Amor mío, alguien debe haberla visto. ¿O crees que nunca estuvo nadie a sus espaldas?

—Sus cabellos se abrieron, Rick, y antes de escapar vi cómo volvían a su lugar tapando aquel ojo.

¿Qué podría decirle a mi esposa? ¿Que estaba loca? ¿Que desvariaba? ¿O el viejo y gastado "has estado trabajando demasiado"? No había trabajado demasiado. Yo me gano la vida escribiendo. Aunque, tal vez, realmente había trabajado demasiado... con la imaginación.

—¿Bajarás conmigo esta noche? —me preguntó.

—Sí, querida. Pero ahora, ¿me harás el favor de acostarte un rato?

—Oh, no, no es nada de eso.

—Ve a acostarte —le dije firmemente—. Iré contigo esta noche, pero ahora quiero que descanses.

Fué al dormitorio y oí crujir los resortes cuando se sentó, y los volví a oír cuando estiró las piernas y se dejó caer en la almohada.

Entré a la habitación un poco más tarde para echarle una frazada encima. La encontré mirando el techo. No le dije nada. No creo que tuviera deseos de hablarme.

¿QUE puedo hacer? —le dije a Phil.

Ruth se había dormido. Yo había atravesado el hall para ver a mi amigo.

—Tal vez los vió —me decía Phil—. ¿No es posible?

—Sí, seguramente. ¿Y qué más?

—Mira, quieres bajar y ver al portero? ¿Quieres...?

—No —le dije—. No hay nada que podamos hacer.

—¿Irás al sótano con ella?

—Si ella insiste. De otra manera no.

—Cuando vayan, vengán a buscarnos.

Lo miré frunciendo el ceño, con curiosidad.

—¿Quieres decir que te he convencido?

Me miró de un modo particular. Vi cómo se movía su garganta.

—No se lo digas a nadie —me dijo.

Miró a su alrededor. Luego se volvió.

—Marge me ha contado lo mismo —agregó—. Dice que el portero tiene tres ojos.

SALI después de la cena a comprar helados. Johnson todavía estaba caminando.

—Le hacen trabajar demasiado —le dije en cuanto comenzó a caminar a mi lado.

—Esperan que las pandillas locales provoquen disturbios —me explicó de esa manera tan suya, entre seria y risueña.

—Nunca vi que pasara nada aquí —le dije distraídamente.

Se encogió de hombros.

—Me dicen que vaya y aquí estoy.

—Entiendo.

—¿Cómo está su esposa? —agregó.

—Muy bien —le mentí.

—¿Todavía piensa que el departamento oculta algo?

—No —le dije, tragando saliva—. Ya la he disuadido. Creo que todo no era más que una broma.

En la esquina nos despedimos. Por alguna razón no pude evitar que mis manos temblaran todo el trayecto de vuelta a casa. Y continuamente miraba hacia atrás.

RICK, es la hora —dijo Ruth. Le respondí con un gruñido y me di vuelta en la cama. Me tocó con el codo. Me desperté algo confuso y miré automáticamente al reloj. Los números luminosos me dijeron que eran casi las cuatro.

—¿Quieres ir ahora? —le pregunté,

Uranio en los Andes

TODA la cordillera de los Andes es zona propicia para buscar vetas de uranio, dicen ahora los geólogos. Este precioso metal no se encuentra en muchas partes del mundo, pero es probable que nuestra cordillera contenga ricos yacimientos. Canadá, África y Europa occidental son otros lugares rendidores en uranio (los dos primeros están en plena producción). Los lechos de viejos ríos secos son también sitios apropiados para buscar uranio, porque muchas sales de este metal son solubles en agua. Las rocas más viejas que contienen uranio se remontan a la primera época de nuestro planeta: la era precámbrica. Se sabe que hubo nuevos depósitos al comienzo y al final de la edad de los reptiles gigantes. Y esas tres épocas son las únicas, según parece, que eligió el uranio para depositarse. ¿Por qué? Problema abierto...

demasiado dormido para obrar con tacto.

Hubo un silencio. Eso me despertó.

—¿Quieres? —insistí.

—Yo voy —me dijo con calma.

La miré en la semioscuridad y el corazón comenzó a latir furiosamente dentro de mi pecho. Tenía la boca y la garganta secas.

—Está bien, espera a que me vista.

Ella ya estaba vestida. La oí hacer café en la cocina mientras yo buscaba mis ropas. No se oían ruidos. Quiero decir que nada hacía suponer que sus manos temblaran. Hablaba con suma lucidez. Pero cuando me miré en el espejo del baño, vi a un marido preocupado. Me lavé la cara con agua fría y me peiné.

—Gracias —le dije cuando me alcanzó la taza de café humeante. Me sentía nervioso delante de mi propia esposa.

Ella no tomó nada.

—¿Estás despierto? —me preguntó. Le hice un gesto afirmativo. Vi la linterna y el destornillador sobre la mesa de la cocina. Terminé el café.

—Estoy listo. Vamos de una vez.

Sentí su mano en mi brazo.

—Espero que tú... —comenzó.

Luego volvió la cara.

—¿Qué?

—Nada —dijo—. Será mejor que vayamos.

Reinaba en la casa un silencio absoluto cuando salimos al pasillo. Estábamos a mitad de camino del ascensor cuando recordé a Phil y a Marge. Se lo dije.

—No podemos esperar —replicó—. Pronto amanecerá.

—Iré a ver si se han levantado —le dije—. No me llevará más de un minuto.

No me respondió. Se quedó ante la puerta del ascensor mientras yo volvía a recorrer el pasillo y golpeaba suavemente la puerta del departamento de

Phil. Nadie respondió. Miré hacia atrás.

Ruth se había ido.

Sentí una puntada en el corazón, aunque estaba seguro de que no había peligro en el subsuelo.

—¡Ruth! —llamé, y eché a correr hacia la escalera.

—¡Espera un segundo! —oí gritar a Phil desde su puerta.

—¡No puedo! —le contesté, al tiempo que me lanzaba escaleras abajo.

Al llegar al sótano, vi la puerta del ascensor abierto. De su interior salía un haz de luz. Estaba vacío.

Busqué un conmutador y no lo encontré. Me eché a andar lo más rápidamente posible por el oscuro pasadizo.

—¡Querida! —murmuré angustiado.

—¡Ruth! ¿Dónde estás?

La encontré frente a una puerta que se abría en la pared.

—Y ahora deja de comportarte como si yo no estuviera en mis cabales —dijo fríamente.

Me quedé boquiabierto y sentí que una mano presionaba mi mejilla. Era la mía.

Ruth tenía razón. Había una escalera. Y abajo se veía luz. Escuché ruidos, ruidos de metales que entrechocan y extraños zumbidos.

Tomé su mano entre las mías.

—Tienes que perdonarme, querida. No sabes cuánto lo siento.

Oprimió fuertemente mi mano.

—No te preocupes ahora. Hay algo muy raro en todo esto.

Asentí deliberadamente. Luego murmuré un "sí", comprendiendo que no había podido ver mi gesto en la oscuridad.

—Bajemos.

—No sé si será lo mejor —argüí.

—Tenemos que saber lo que pasa —insistió, como si sobre ella recayera toda la responsabilidad.

—Es que debe haber alguien abajo.

—No haremos más que asomarnos.

Me dió un leve empujón y creo que la vergüenza me impidió echarme atrás. Comenzamos a bajar. En ese momento se me ocurrió que, si era verdad lo de la puerta y las máquinas, también debía de ser cierto aquello del portero y sus tres...

Me sentí un poco alejado de la realidad, de esa realidad representada por una casa de departamentos.

Nos detuvimos al pie de la escalera y el asombro nos enmudeció.

Había máquinas. Máquinas fantásticas. Y al observar su estructura me imaginé qué clase de máquinas eran. Había escrito muchos artículos de divulgación científica y leído gran cantidad de cosas al respecto.

Me sentí mareado. No es fácil adaptarse rápidamente a una situación semejante. En mi propia casa, en el subsuelo había... un depósito de energía.

NO sé cuánto tiempo transcurrió, pero finalmente comprendí que era necesario salir de allí e informar sobre lo que ocurría. Teníamos que hacer algo. Antes que nada, salir, pensé.

—Vámonos —dije.

Subimos los escalones mientras mi mente trabajaba con furia, como una máquina, elaborando ideas y teorías. Todas absurdas. Todas aceptables, incluso las más alocadas.

Fué entonces cuando vimos cómo se nos acercaba el portero.

La primera luz del alma no conseguía ahuyentar la oscuridad. Aferré a Ruth y nos ocultamos tras una columna de piedra. Allí nos quedamos, conteniendo el aliento, escuchando el ruido de sus pasos cada vez más cercanos.

Pasó a nuestro lado. Llevaba una linterna, pero no la movía en ninguna dirección. Marchaba en línea recta hacia la puerta.

Al llegar al sitio iluminado por la luz proveniente del sótano se detuvo.

No volvió la cabeza una sola vez. Se hallaba de frente a la escalera.

Pero nos estaba mirando.

Se me cortó la respiración. Me quedé inmóvil, contemplando el ojo que tenía en la nuca. Y, aunque no tenía una cara alrededor, ese ojo horrible parecía sonreír. Una sonrisa odiosa y aterradora. Nos había visto, se divertía con nosotros y no podíamos hacer nada.

Entró, la puerta se cerró a sus espaldas y una parte de la pared se deslizó hasta ocultarla por completo.

Durante algunos segundos, incapaces de reaccionar, no hicimos más que temblar.

—Ahora lo has visto —dijo Ruth, al fin.

—Sí.

—Sabe que vimos las máquinas y, sin embargo, no hizo nada.

Una vez en el ascensor continuamos hablando.

—Tal vez no haya nada de malo en esto —dije—. Tal vez...

Enmudecí de pronto. Recordé las máquinas. Recordé qué clase de máquinas eran.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ruth asustada.

La rodeé con mi brazo para confortarla, pero yo también estaba asustado.

—Será mejor que nos vayamos de aquí en seguida.

—¿Así? ¿Sin llevar nuestras cosas?

—Empacaremos y saldremos inmediatamente. No creo que ellos puedan...

—¿Ellos?

¿Por qué había dicho eso? Tenía que tratarse de un grupo organizado. El portero no podía haber construido o armado estas máquinas sin ayuda.

—Creo que el tercer ojo robusteció mi teoría. Y cuando nos detuvimos para ver a Phil y a Marge y éstos pre-

guntaron qué ocurría, les dije lo que

pensaba. Ruth no se mostró muy sorprendida. Probablemente ella lo había pensado mucho antes. Lo que les dije fue esto:

—Creo que la casa es una aeronave con propulsión a cohete.

Phil sonrió, pero cambió bruscamente de expresión al notar que yo no bromeaba.

—¿Qué? —preguntó Marge, incrédula.

—Sé que parece un disparate, pero esas máquinas son realmente cohetes. No sé cómo ellos... —no completé la frase. Me parecía estar oyendo a Ruth. Me encogí de hombros ante mi incapacidad para comprender la totalidad de lo que ocurría—. Todo lo que sé es que son cohetes.

—¿Eso no significa que la casa sea una... aeronave? —concluyó Phil con voz débil.

—Sí —dijo Ruth.

Me estremecí. Eso parecía explicar lo todo. Mi esposa había acertado demasiadas veces en los últimos días.

—Pero ¿qué sentido tiene todo esto? —preguntó Marge.

—Pensándolo un poco —concluyó Ruth—, tiene sentido.

NOS volvimos hacia ella.

—¿Qué estás pensando, querida? —pregunté.

—Ese portero —dijo— no es un hombre. Lo sabemos. Ese tercer ojo lo prueba. Estoy segura.

—¿Quieres decir que realmente lo tiene? —preguntó Phil asombrado.

—Lo tiene —asentí—. Yo lo vi.

—No es un hombre —repitió Ruth—. Humanoide, sí, pero no de la tierra. Si no fuera por el tercer ojo, sería igual a nosotros. Pero podría ser totalmente distinto, tan distinto que tal vez le hayan cambiado su verdadera forma. Le dieron ese tercer ojo para que nos vigilase sin que nos diéramos cuenta.

Phil se pasó por el cabello una mano temblorosa.

—Suenan a locura —dijo.

De cómo oler

EL sistema que usa nuestro cerebro para reconocer los olores es bastante curioso, según una recientísima teoría. El papel principal lo desempeñan grupos de 24 células nerviosas que terminan en la nariz, formando lo que se llama un glomérulo. Si una molécula



de una sustancia olorosa toca un glomérulo, no se excitan las 24 células; sólo algunas de ellas, siempre las mismas, envían al cerebro su sencillo mensaje: "tocada". Si llega una molécula de otra sustancia, son otras las células que se excitan, y así cada olor tiene su grupito de células que lo caracteriza. Si alguien piensa que con sólo 24 células serán pocos los olores diferentes que se pueden percibir, le aconsejamos que haga el cálculo: ¡son unos 16 millones!

En cuanto a la intensidad del olor, depende del número de moléculas que lleguen a la nariz. En cada fosa nasal tenemos unos 1.000 de esos glomérulos: si muchos de ellos transmiten la señal del mismo olor, lo sentimos fuerte. El mínimo necesario para percibir un olor no se conoce con exactitud, pero debe ser muy bajo.

Por lo menos para ciertos "aromas"...

Se hundió en un sillón. Lo mismo hicieron las muchachas.

Yo permanecí de pie. No podía quedarme quieto. Pensé que debíamos echar a correr. Ellos no parecían sentir la proximidad del peligro. Finalmente decidí que podíamos esperar que llegara la mañana. Entonces le diría a Johnson o a algún otro. Nada podía pasarnos por el momento.

—Suenan a locura —repitió Phil.

—Vi las máquinas —afirmé—. Están allí, realmente. No puedes escapar a los hechos.

—Escuchen —dijo Ruth—, probablemente son extraterrestres.

—¿Puedo saber de qué estás hablando? —preguntó Marge irritada. Era evidente que tenía miedo.

—Querida —aporté, sin mayor convicción—, has estado leyendo demasiadas revistas de fantasía científica.

—Creíste —respondió— que estaba loca cuando sospeché de este lugar. También lo creíste cuando te dije que había visto aquellas máquinas. Lo volvíste a creer cuando te aseguré que el portero tenía tres ojos. Bueno, al parecer, no me equivoqué nunca. Ahora olvídate de la imaginación. Para poder explicar todas esas cosas es necesario hacer algunas conjeturas. Admitirás también que no suceden todos los días.

Guardé silencio.

—¿Y si se tratase de seres de otro planeta? —repitió Ruth dirigiéndose esta vez a Marge—. Supongamos que necesitan algunos habitantes de la tierra para hacer experimentos. Para observarlos..., aunque no sé con qué beneficio.

La idea de que porteros de tres ojos de otro planeta nos usaran en sus experimentos, tenía algo de repugnante.

—¿Qué mejor manera —continuó Ruth— que construyendo una aeronave impulsada por cohetes, que semeja una casa de departamentos, al-

quilarla barato y llenarla rápido de gente? —hizo una pausa y nos miró sin parpadear—. Y luego esperar una mañana, temprano, cuando todo el mundo duerma y... adiós, Tierra.

Parecía disparatado, pero mi sentido práctico me había inducido a error tres veces. No me atrevía a dudar ahora. No valía la pena correr el riesgo. Algo me decía que Ruth podía tener razón.

—¿Pero toda la casa? —estaba diciendo Phil—. ¿Cómo podrían sostenerla en el aire?

—Si se trata de seres de otro planeta, probablemente nos llevan una ventaja de siglos en materia de viajes a través del espacio.

Phil intentó responder, pero parecía no encontrar las palabras. Al fin dijo:

—Pero no parece una aeronave.

—La casa podría ser una especie de caparazón que recubre a la nave —dije—. Probablemente lo sea. Tal vez los dormitorios están incluidos en ella. Es todo lo que necesitan. Allí es donde todo el mundo estaría en las primeras horas de la mañana si...

—No —interrumpió Ruth—. No podrían romper la cubierta sin llamar mucho la atención.

Permanecieron todos en silencio envueltos en una nube de confusión y de vagos temores. Temores apenas esbozados, ya que no es posible concretarlos cuando apenas se sabe de que se trata.

—Supongamos que es un edificio —dijo Ruth—. Supongamos que la aeronave está fuera de él.

Marge estaba completamente aturdida. Y porque estaba aturdida se enojaba.

—No hay nada fuera de la casa. ¡Eso es evidente!

—Esa gente debe de estar muy adelantada en las ciencias. Tal vez consigan la invisibilidad de la materia.

Creo que todos nos estremecimos a un tiempo.

—Querida —dije.

—¿Es posible? —preguntó Ruth desafiante.

Suspiré.

—Todo es posible —admití—. Yo ya no distingo una cosa de otra.

—Escuchen —dijo Ruth.

—No —le interrumpí—. Escucha tú.

Creo que nos hemos excedido un poco en este asunto. Pero hay máquinas en el subsuelo y el portero tiene tres ojos. Basándonos en eso, creo que hay motivos suficientes para que nos vayamos de aquí. Esta misma noche.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Sería mejor avisarle al resto de los inquilinos —dijo Ruth—. No podemos dejarlos aquí.

—Llevaría demasiado tiempo —replicó Marge.

—Pero debemos hacerlo —dije—. Comienza a empacar, querida, yo les avisaré a todos.

Me encaminé hacia la puerta y tomé el picaporte.

No pude abrir.

ME asaltó el pánico. Forcejeé unos instantes, tratando de abrir. Por un momento, dominando el terror, pensé que estaba cerrada desde adentro. Lo verifiqué. Estaba cerrada por la parte de afuera.

Marge estaba a punto de gritar.

—¡Es cierto! —exclamó Ruth horrorizada—. ¡Oh, Dios mío, todo es verdad, entonces!

De un salto estuve junto a la ventana.

Todo el lugar comenzó a vibrar como si se iniciara un terremoto. Los platos se caían de los estantes. Oímos cómo se tumbaba una silla en la cocina.

—¿Qué es eso? —gritó Marge.

Phil la abrazó en el momento en que empezaba a lloriquear.

Ruth corrió a mi lado y nos quedamos ahí, paralizados, sintiendo temblar el piso bajo nuestros pies.

—¡Las máquinas! —gritó Ruth de repente—. ¡Van a partir, ahora!

—¡Tienen que calentarlas! —se me ocurrió—. ¡Todavía podemos salir!

Me apoderé de una silla. Algo me decía que también las ventanas habían sido automáticamente cerradas.

Arrojé la silla contra el cristal. Las vibraciones eran cada vez más intensas.

—Rápido —traté de hacerme oír—. ¡Salgamos por la escalera de incendio! ¡Tal vez estemos a tiempo!

Impelidos por el pánico y la desesperación, Phil y Marge corrieron sobre el piso trepidante. Casi los empujé por el agujero de la ventana. Marge se desgarró la falda. Ruth se cortó un dedo. Yo fui el último en salir y un pedazo de vidrio me atravesó la pierna. Ni siquiera lo sentí.

No dejé de apurarlos mientras bajábamos por la escalera de incendio. Marge perdió uno de sus zapatos. Bajó cojeando los escalones anaranjados con el rostro distorsionado por el miedo. Las zapatillas de Ruth golpeaban el suelo detrás de Phil. Yo cerraba la marcha, sin dejar de guiarlos frenéticamente.

Oímos ruidos de cristales rotos, arriba y abajo. Vimos cómo una pareja de edad madura aparecía en la escalera delante de nosotros, bloqueándonos el paso.

—¡Cuidado! —les gritó Marge enfurecida.

Nos miraron asustados.

Ruth volvió la cabeza hacia mí.

—¿Me sigues? —preguntó apresuradamente.

—Estoy aquí —le contesté, sin aliento.

Creí que me iba a desmayar en la escalera.

Era una marcha interminable. Al pie de la escalera de emergencia ha-

bía una escalera portátil. Vimos como la señora de edad madura resbalaba y gritaba de dolor al dislocarse un tobillo. El marido bajó rápidamente y la ayudó a incorporarse. El edificio se estremecía violentamente ahora. El polvo brotaba de entre los ladrillos.

Mi voz se unió a la de los demás, todos gritando la misma palabra: "¡Rápido!"

Vi como Phil se deslizaba hasta la planta baja. Recibió a Marge, que sollozaba aterrorizada, en sus brazos. La oí balbucir "¡Gracias a Dios!" al tocar el suelo. Echaron a andar por la callejuela. Phil nos miró por sobre el hombro, pero Marge lo arrastró.

—¡Déjame bajar primero! —le dije a Ruth.

Ella se hizo a un lado. Salté. Sentí un dolor agudo en los tobillos. Miré hacia arriba, extendí los brazos.

Un anciano trataba de apartar a Ruth para saltar antes.

—¡Suéltela! —grité, como una bestia enfurecida. De haber tenido una pistola, hubiera disparado sobre él.

RUTH dejó pasar al anciano. Este se levantó, jadeando, y echó a correr. El edificio se estremecía. El rugido de las máquinas atronaba el espacio.

—¡Ruth! —grité.

Se arrojó en mis brazos. Una vez

que recuperamos el equilibrio comenzamos a correr.

Sentía una puntada en el costado que apenas si me dejaba respirar.

Al desembocar en la calle, vimos a Johnson abriéndose paso entre la gente tratando de agruparla.

—¡Reúnanse aquí! —gritaba—. ¡No pierdan la calma!

Corrimos hacia él.

—¡Johnson! —le dije—. La aeronave está...

—¿Aeronave? —me miró asombrado.

—¡La casa! ¡Es una aeronave a cohetel! Está... —el suelo se estremeció violentamente.

Johnson se volvió para tomar del brazo a alguien que pasaba corriendo a su lado.

Se me cortó el aliento. El espanto dilató las pupilas de Ruth, que se cubrió la cara con las manos y lanzó un agudo chillido.

Johnson continuaba mirándonos. Con ese tercer ojo. Ese ojo que parecía sonreír.

—¡No! —exclamó Ruth—. ¡No!

El cielo, que ya estaba claro, se oscureció. Miré a mi alrededor. Las mujeres gritaban con todas sus fuerzas. Sólidas paredes borraban el cielo.

—No podemos escapar —murmuró Ruth—. Es toda la manzana.

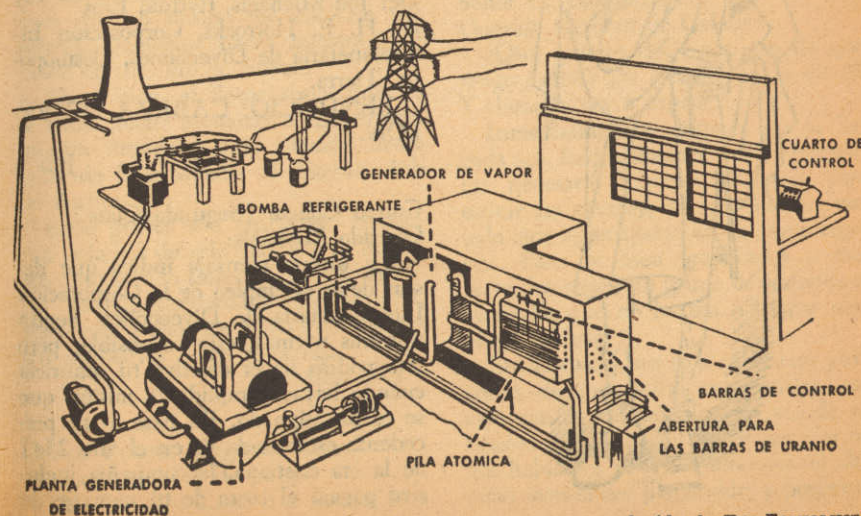
Y en ese momento los cohetes lanzaron la aeronave al espacio. ✦



Energía atómica en Inglaterra

EN mayo comenzó la construcción de la primera planta de energía atómica para uso industrial en Inglaterra. Consistirá esencialmente en una pila como la ya existente en Winscale (el mismo sitio donde se construirá la nueva) y que produce plutonio a partir de uranio. Como se sabe, no todos los átomos de uranio se dejan "fisionar", esto es, partir por el choque de un neutrón. Sólo aquellos átomos de uranio de peso atómico 235 son "fisionables", y forman menos del uno por ciento del uranio común. Para aprovechar el resto, se lo convierte en plutonio, otro elemento que es también fisionable. La nueva pila atómica trabajará a elevada temperatura. Gas a presión circulará en torno a la pila y transmitirá ese calor a una caldera que a su vez hará funcionar un turbo-generator común. Todavía no se sabe si el método será realmente práctico; pero, de todos modos, el hecho de producirse plutonio como subproducto asegura que la pila no será un fracaso económico.

ESQUEMA DE LA ESTACION DE ENERGIA ATOMICA



(reproducido de THE ECONOMIST)

Una dosis violenta
de cachascán espectacular
revoluciona
la vida seráfica
de un pueblo
de filósofos.

MUSCULOS

versus

FLORES



ESPACIOGRAMA

De: Jed Michaels, Rytuk, Eros
A: H. E. Horrocks, Corporación Interplanetaria de Diversiones, Cosmópolis, Tierra.

RENUNCIO, CABEZA DE BALÓN.

JED

Correo Cohete (Segunda Clase)
Querido Michaels:

Tu último mensaje indica que deseas dejar el empleo de la Corporación Interplanetaria de Diversiones. Según nuestras normas, esto es posible, pero sólo podrás hacer efectiva tu renuncia cuando hayas cumplido la misión que se te ha asignado. En base a un precedente establecido ya en el año 2547 de la era cristiana, la compañía inclusive pagará el costo de tu mensaje de

por DONALD COLVIN

ilustrado por OLMOS

renuncia. No obstante, las palabras "cabeza de balón" no son parte indispensable de dicho mensaje, de modo que serán deducidas de tu sueldo.

Además, tengo que decirte algunas cosas personales, así que ven directamente a mi oficina, Michaels, tan pronto como regreses de Eros. ¿Eros?... Pero ¿QUE DIABLOS ESTAS HACIENDO EN EROS?

HORROCKS

Correo Cohete (Primera Clase)

Señor H. E. Horrocks.

Querido Cabeza de Balón:

Si prestaras un poco más de atención a tu trabajo y menos al golf, sabrías lo que estoy haciendo en Eros. Llegué hace dos días, vía Marte, con una horda formada por seis luchadores, en cumplimiento de un memorándum que tú mismo me enviaste por escrito. Debíamos hacer nuestra aparición en un club de Aurux.

Ahora bien, al llegar vimos que no se había hecho preparativo alguno para nuestra llegada y que, además, nadie sabía de la existencia de ningún club en Aurux.

Estas gentes son chifladas. Hablan con palabras de seis sílabas y se divierten olisqueando flores y haciendo cálculos pentadimensionales. De manera, pues, que a ellos los luchadores les son tan necesarios como tú a mí.

MICHAELS

Correo Cohete (Segunda Clase)

Michaels, cerebro de pulga:

¡Nunca dije Eros! Tú decías ir a

Erie, Pensilvania, jacá en la Tierra! Si recordaras la historia del Sistema Solar, que aprendiste en sexto grado, sabrías que el planetóide Eros fué colonizado en 2141 por un grupo de melnudos encabezados por el profesor M. R. Snock, un filósofo que posee media docena de títulos universitarios. El quería demostrar que la guerra, el crimen y todas las formas de la violencia desaparecerían si la gente no tuviera más que pensamientos hermosos y humanitarios.

El planetóide es inmensamente rico en mineral de eridnium y sus pobladores viven en la abundancia, pues lo venden a los cargueros del espacio. Dedicen su tiempo a ser gentiles y a pensar cosas bellas. En ocho generaciones, a nadie se le ha ocurrido siquiera lanzar una bolita de papel.

Se trata, pues, de un lugar ideal para aparecer con esos seis brutos sin sesos. ¡Es una suerte para ti que no os hayan metido en la cárcel!

HORROCKS

Correo Cohete (Franqueo a Pagar)

Señor H. E. Horrocks.

Querido Cerebro de Gelatina:

¿Qué quieres decir con eso de que tengo suerte? ¡Si estamos en la cárcel! Y ahora te voy a explicar.

Inmediatamente después de la llegada acá, los muchachos resolvieron que era necesario moverse un poco para estirar las piernas, ya que habían viajado tan apretujados en la nave espacial. Pero ni bien empezaron a moverse, los rodeó un grupo de individuos huesudos que no hacían más que olisquear malvas.

Su delegado, un tipo calvo con pimpollos de rosa sobre sus patillas, me tocó con la empuñadura de oro de su bastón, para hacerme notar que aún no nos habíamos puesto a tono con el alto nivel mental del planetóide; y preguntó

si no tendríamos inconveniente en ponernos bajo custodia protectora, mientras ellos trataban nuestros "egos" y curaban nuestros funcionamiento muscular.

Le pregunté a mi vez qué sucedería si nos negábamos. Esto le chocó visiblemente y, agitando su flor, me respondió que aun cuando semejante cosa nunca había ocurrido, tendría que llamar a la patrulla del espacio para hacernos encerrar en la prisión de Ganimedes. Traduje sus palabras al idioma luchador básico, a fin de que los muchachos me entendieran, y, finalmente, acordamos que lo mejor sería obedecer. Habíamos oído hablar de la cárcel que esos feroces patrulleros del espacio tienen en Ganimedes.

Los amantes de las flores nos llevaron a una antigua mina de eridnium y nos rogaron que descendieramos. Cada hora nos perfumaban y nos daban de comer bulbos de flores, para que nos volviéramos más tiernos y gentiles.

Teníamos la posibilidad de trepar fuera de la ratonera cada vez que lo quisiéramos, pero esto equivalía a introducirme directamente en un traje espacial a rayas.

Pienso en ti todo el tiempo. Y si crees que mis pensamientos son hermosos, estás tan loco como siempre lo he sospechado.

MICHAELS

P. D. — Los muchachos me piden que incluya la siguiente nota:

Querido Sr. Horox: No nos gusta este lugar. Las Raíces no son buenas. Venga a sacarnos de aquí, señor Horox, venga pronto.

(Firmado): Gorila Thorpe; Tapabocas Jonas; K. Nayadian, campeón peso liviano-pesado de la Luna, Mercurio y los anillos interiores de Saturno; Magnífico Gordon; Descalzo Charley Anya; X, la Maravilla sin Rostro.

Correo Cohete (Primera Clase)
Señor Jed Michaels.

Querido Michaels:

No creas que puedes quedarte de brazos cruzados y seguir cobrando el sueldo de la Corporación Interplanetaria de Diversiones. Estás suspendido hasta que salgas de ese lugar.

HORROCKS

ESPACIOGRAMA (a cobrar)
Sr. H. E. Horrocks, Cosmópolis, Tierra.
MI RENUNCIA ES UN ERROR.
LA RETIRO. ERES EL MEJOR DE
LOS PATRONOS IMAGINABLES.
POR INVEROSIMIL QUE PAREZCA, TE QUIERO.

JED

ESPACIOGRAMA
Sr. Jed Michaels, Rytuk, Eros.
UNA SOLA CAUSA POSIBLE
PARA TU ULTIMO ESPACIOGRAMA. ¿TIENE ELLA UNA HERMANA?

HANK

Correo Cohete (Segunda Clase)

Mi querido empleador y compañero:

¡Eros es realmente un asteroide maravilloso! Al fin del segundo día en el pozo, los luchadores decidieron flexibilizar sus músculos. K. Nayadian y el Gorila lucharon a cabezazos; el Magnífico Gordon hizo calistenia, en tanto que Descalzo Charley, Tapaboca Jonas y la Maravilla sin Rostro se entregaron a una jadeante lucha libre.

Repentinamente oímos un chillido y vimos que una joven se acercaba brincando hasta el borde del pozo. Era una bonita muchacha de cabellos oscuros. De los hombros para arriba, podía ser tan intelectual como el decano de una Universidad; pero ¡qué pedestal para sostener tal cerebro!

¿En qué época le gustaría vivir? ¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.

¡Pero usted *puede* vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!

¡Usted *puede* visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!

¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con \$ 5 usted podrá comprar su *pase mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios*, y con \$ 50 su *viaje durará un año...*

SUSCRIPCIONES: En la Rep. Argentina: \$ 50 al año.

En el extranjero: US\$ 5.

Más allá

AV. ALEM 884
BUENOS AIRES

Deseo suscribirme por un año a MÁS ALLÁ. Adjunto cheque o giro postal por \$ 50.

Nombre

Dirección

(ESCRIBIR CLARO)



Dirigiéndose hacia el Magnífico Gordon, exclamó: "¡Ohhhh!" Es que, en medio de todos esos delicados amantes de las flores, éste era probablemente el primer hombre musculoso que veía.

La curva del biceps se dilató. Gordon flexionó sus brazos y sacó pecho.

"¡Ohhhh!", volvió a gritar la muchacha, y se alejó del pozo saltando.

En ese momento detuvo los ejercicios y los luchadores se sentaron mirándose unos a otros sin comprender.

Al cabo de algunos minutos, nuestra pequeña visitante volvió, esta vez acompañada por una docena de jóvenes que se le parecían en todo, salvo en algunos detalles. El grupo estaba dirigido por una muchacha alta, de cabellos castaños y ojos grises, en cuyo rostro el aspecto intelectual contrastaba extrañamente con la gracia infantil de un pequeño hoyuelo. Las demás la ayudaron a bajar al pozo, cuidándola como si fuera un objeto frágil y precioso, algo así como un frasco de perfume fino. La joven guía, al ver al Magnífico Gordon, lanzó otra vez un elo-cuente "¡OOOHIIIH!"

Tú sabes cómo son los luchadores. Son capaces de abofetearse tontamente para ganar el aplauso de cuatro chicos en una esquina.

Así, pues, a los cinco minutos comenzó uno de los mejores encuentros que haya registrado la historia del buen deporte. Y en medio del crujir de huesos de los deportistas, oíanse los chillidos de las jóvenes, probando que sus gargantas estaban en el lugar correspondiente.

La muchacha de ojos grises se sentó junto a mí, sobre una veta de metal aún no extraído. Tratábase de Aliana, una descendiente directa del jefe de los pioneros del planetoide. Como tal, era princesa, aunque había delegado casi todas las funciones de gobierno en un consejo de ancianos.

—A veces pienso, señor Michaels

—dijo—, que nosotros, los de Eros, hemos dado demasiada importancia a lo intelectual. Me pregunto si nuestras vidas no serían más completas si incluyéramos también algunas prácticas más vigorosas, como la que están realizando ahora esos hombres.

—Si lo que usted desea, Princesa, son vacaciones para su mente —respondí—, disponga de esos muchachos.

En ese instante, el Gorila logró apoderarse de una pierna de Descalzo Charley y comenzó a trenzarle los dedos de los pies.

—¡Qué estimulante! —suspiró Aliana—. ¿Qué debe decir el espectador en un caso como éste?

—Princesa —expliqué—, una exclamación satisfactoria sería, por ejemplo: ¡Arráncala!

—¡Arráncala! —gritó Aliana.

Tuve que poner punto final a la escena, antes de que los brutos comenzaran a gimotear y obligaran a la Corporación Interplanetaria de Diversiones a buscar otro número.

Las muchachas, en medio de risitas ahogadas, fueron saliendo del pozo. Desde lo alto, Aliana saludó con la mano, en tanto que las otras enviaban besos sin preocuparse de dónde caían, siempre que el agraciado tuviese buenos músculos.

A la mañana siguiente, un joven llegó a la mina para anunciar que, por orden de la Princesa Aliana, íbamos a disfrutar de plena libertad en Eros, con el objeto de que el contacto con la cultura del planetoide pudiera curar nuestros rudos modales.

Este enviado era demasiado joven para estar enteramente suavizado por las flores y el Consejo de Ancianos. Por lo tanto, el Tapabocas le "mostró" un golpe de muñeca, y cuando lo lanzó de bruces sobre el mineral de eridnium profirió algunas palabras no del todo bonitas. Algo raro le pasa a la gente de este asteroide.

Como quiera que sea, todo anda bien ahora. Podemos ir adonde se nos ocurra, siempre que volvamos a dormir a la mina. Cuando nadie vea, nos escurrimos hasta el palacio real y allí, en el patio, hacemos una exhibición de lucha para las jóvenes.

Y las noches... ¡ah, las noches!

No te pongas completamente verde de envidia, Hankus. Por lo menos conserva ese rojo, tan natural, de tu nariz.

JED

ESPACIOGRAMA

A: Jed Michaels, Rytuk, Eros.

BUEN TRABAJO. PARTE INMEDIATAMENTE. ME REUNIRE CONTIGO EN MARTE. TAL VEZ PUEDAS PERSUADIR A ALGUNAS MUCHACHAS PARA QUE TE ACOMPAÑEN ALLÍ. ENVÍO LOS LUCHADORES A SATURNO.

HANK

Correo Cohete (Primera Clase)

A: H. E. Horrocks, Cosmópolis, Tierra.
Querido Hank:

Anda a Marte, me dices. Pero ocurre que no puedo ir a ningún lado. En ausencia de Aliana, los ancianos nos sorprendieron aplicando unas vendas y ahora estamos de nuevo encerrados. Estas raíces de flores tienen un gusto atroz.

JED

ESPACIOGRAMA

A: Jed Michaels, Rytuk, Eros.

ERES UN MISERABLE. ESTAS DESPEDIDO.

HORROCKS

Correo Cohete (Gratis, Franquicia Real)

Mi querido cabeza de melón:

De tu último mensaje colijo que de-

seas despedirme. Acepto la oferta. En realidad, por un decreto oficial que redacté hace tres minutos, hasta pagaremos tu mensaje. No obstante, la palabra "miserable" no es parte indispensable del mensaje y, en consecuencia, su costo será deducido del primer trato comercial con que la casa real de Eros decida honrar a tu insignificante corporación, si es que se digna hacerlo.

Los tiempos han cambiado, Hankus. Ahora soy un hombre importante. Y te voy a contar cómo ha sucedido.

Pocas horas después de haber regresado nosotros a la mina, Aliana descendió a vernos. Dijo que, en su opinión, ya era tiempo de acabar con esa tontería del consejo de ancianos, razón por la cual solicitaba nuestro concurso para un plan que ella se había trazado.

Referí detalladamente el plan a los luchadores, en palabras de una sílaba o menos. Todos estuvieron concordes, menos Maravilla sin Rostro.

—No quiero tener nada que ver con ningún libro — refunfuñó. Parece que, una vez, había tenido uno en sus manos y masticó los tres primeros capítulos antes de descubrir que no se trataba de un artículo comestible.

Hice una señal a los muchachos.

Nayadian le aplicó un cabezazo; Tapabocas un golpe martillo y el Gorila lo aprisionó en un movimiento de tijeras. Magnífico Gordon le dió el zapazo a un pie y Descalzo Charley se preparó para saltar sobre su estómago.

—¿Comprendes ahora? — le preguntó cortésmente.

—Claro, Jed, claro — dijo Maravilla sin Rostro —. ¿Por qué no me lo explicaron desde el principio?

A la mañana siguiente aullamos pidiendo libros. Y durante los días siguientes, cada vez que alguien se acercaba nos encontraba ocupados en oler flores y leer. A ratos, yo trataba de explicar a los luchadores por qué no había más láminas en los libros.

Una semana después hicimos saltar la trampa. Y he aquí de qué manera.

Al mozo del establo que nos traía el forraje diariamente le dije que había absorbido ya tanta cultura, que respiraba belleza por todos los poros. K. Nayadian, haciendo esfuerzos por contener sus náuseas, pidió una segunda ración de raíces de flores. Magnífico Gordon solicitó una aguja e hilo, pues, dijo, tenía que hacer una costura.

Esta conversación llegó a conocimiento del Consejo de Ancianos, los cuales, acompañados por Aliana, se trasladaron hasta el borde del pozo.

Luego de hacerles una reverencia, les espeté un largo discurso. Agradecí a los ancianos por haberme mostrado el error de mis modales. Dije que, después de haber permanecido en ese encantador pozo de eridnium, me sentía hechizado por las flores, apasionado por la cultura y prácticamente seducido por el cálculo pentadimensional. Luego pedí que se nos concediera la gracia inapreciable de poder circular libremente por Eros, intercambiando bellos pensamientos con los patanes locales.

Al oír esto, los ancianos cayeron en un estado de agitación profunda. La mayoría se manifestó, al fin, en favor de la aceptación inmediata de nuestra proposición. Eso no nos convenía. Sin embargo, fué nuestro viejo compañero de la barba quien nos salvó.

—¡Pero si yo he visto a estos hombres retozando! — chilló. Y, bajando un poco la voz, añadió —: ¡Simplemente retozando!

—Tal vez ellos puedan probar su sinceridad — intervino Aliana guiñándome un ojo —. Tal vez alguno de ellos consentiría en ilustrar lo que ha aprendido acá por medio de una conferencia pública sobre un tema científico.

—Me agradaría mucho — respondí — dictar una conferencia para las buenas gentes de Eros. ¿Qué les parece si hablo sobre anatomía?

Así se resolvió. Exactamente como lo habíamos planeado.

Existía un anfiteatro que los habitantes de Eros utilizaban para funciones de ballet, cuartetos de cuerdas y conferencias pronunciadas por algunos melenudos que estaban tan repletos de largas palabras que no podían guardárselas para sí mismos. Hice colocar un ring en medio de la sala, diciendo que lo necesitaba para ilustrar mi disertación. Me presenté ante el público acompañado de Magnífico Gordon y de K. Nayadian, vestidos con taparrabos y batas de baño.

Todo el ingenio y la belleza de Eros se hallaban presentes; la belleza, representada por las jóvenes del planeoide, y el ingenio — si lo había — por el Consejo de Ancianos. El resto de los asientos estaba ocupado por otras formas, algunas tolerables.

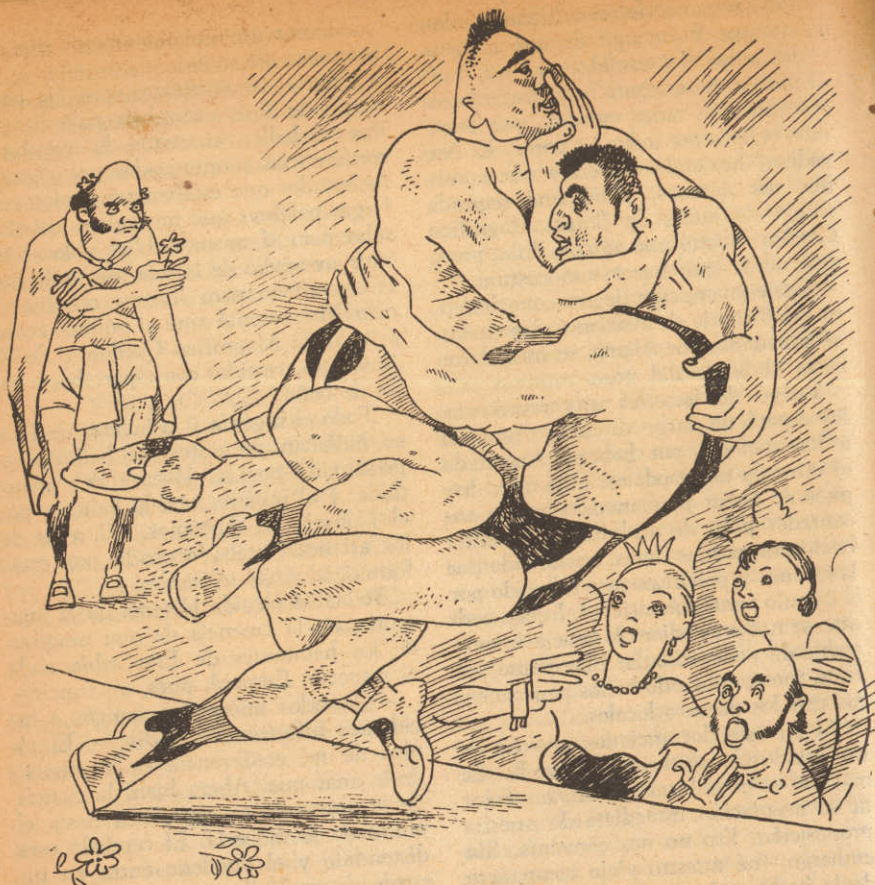
Yo había elegido el tema de la anatomía, en la creencia de que ninguno de los habitantes de Eros sabía nada al respecto. Empecé, pues, mi función.

—Queridos huéspedes, amigos e incidentes infortunados — dije —. El tópico de mi conferencia es la ciencia de la anatomía. Ahora bien; la ciencia de la anatomía es copacética hasta el punto de la mopería. El cerebelo está distendido y el duodeno entra en un estado de e plúribus únium. Incalculablemente, se registra trombosis y ectoplasma se vuelve elíptico; o, dicho vulgarmente, se arma la de San Quintín.

La muchedumbre quedó atónita. De tanto e ntanto, uno de los olisqueadores de flores miraba su propia caja ósea para verificar mis asertos.

—Permitidme ilustrar mis conceptos — anuncié, al tiempo que despojaba de sus batas a los luchadores.

Los músculos de éstos subían y bajaban, mientras ellos recorrían la pista pavoneándose. Del público femenino brotó un hondo y prolongado suspiro. A partir de ese momento, tuvimos con



nosotros a la mitad del auditorio: el sector femenino.

—En anatomía — proseguí, acentuando con el dedo mis palabras — el ala trasera se mueve hacia afuera en busca de una lateral. En las palabras del gran filósofo Hipócrito, debe mantenerse siempre limpio el serpentín que va del barril a la llave de salida, y todo cuello sobrante, retirado con espátula.

Nadie me escuchaba; miraban tan sólo a los luchadores, que era precisamente lo que me había propuesto. La mayoría de los hombres comparaban

esos músculos con los propios y, de cuando en cuando, se les veía dejar caer sus flores al suelo.

A una señal mía, los muchachos se convirtieron de repente en una tortilla de piernas volantes. El público contuvo la respiración, y luego, doblando medio cuerpo hacia adelante, observó el espectáculo con creciente tensión. El griterío comenzó cuando Gordon aplicó un cabezazo a K. Nayadian y creció de manera formidable cuando éste soltó una "vegua voladora" sobre el Magnífico. Cuando Gordon recibió una embestida

a lo macho cabrío, el anfiteatro resonó igual que el zoológico en horas de comida de los animales.

Pero en medio del estruendo se oyó otro ruido. Era el viejo Patillas, que, tambaleándose a lo largo de un pasillo, gritaba:

—¡Esto es retozar, simplemente!

Hice una señal y los muchachos se detuvieron.

—Necesitamos un tercer hombre para ilustrar el punto siguiente de la conferencia — anuncié —. Quizá el caballero del pasillo quiera prestarse para esta demostración.

Dos de los luchadores asieron fuertemente al viejo y lo arrojaron al medio del ring. Sin perder tiempo, le quité la camisa y allí quedó, desnudo hasta la cintura, haciendo guiños al sol, como un gordinflón deshidratado.

La muchedumbre notó el contraste entre su delgadez y la musculatura de los luchadores. Se oyó un estruendo de risas.

—Tal vez — dije — el caballero quisiera retozar un poquito.

K. Nayadian quiso agarrarlo, pero el hombre se escurrió del ring y tropezó con la cuerda más baja. Una espectadora de la primera fila lo azotó con una gardenia.

—¡Siéntate, viejo estúpido! — le gritó —. Y volviéndose hacia los luchadores, añadió —: ¡Sigan!

El match continuó.

Durante mi carrera me he anotado muchos triunfos, incluyendo mis demostraciones en el campo de la medicina, pero ninguno comparable al primer espectáculo de lucha en Eros. Cuando el Magnífico derribó a uno

mediante un movimiento de tijera, el público pareció enloquecer; cuando Nayadian devolvió el golpe, la gente se tornó histérica, y cuando este último hizo la caída decisiva, hubo un delirio general. Al final del match entre Tapa-bocas Jonas y Maravilla sin Rostro, los espectadores estaban prácticamente reducidos a gelatina, de modo que tuvimos que suspender el tercer match para no tener que guardarlos en frascos.

Finalmente, en un cortejo encabezado por los luchadores, fuimos a buscar al Consejo de Ancianos y lo arrojamos al pozo de eridnium. Ahora los tenemos a dieta de carne cruda.

El anfiteatro ha sido convertido en campo de lucha permanente. Hemos instalado una cancha de fútbol y otra de baseball en la huerta del Liceo, y la próxima semana empezaremos a transformar el botánico en campo de golf.

Para llevar a cabo todo este programa, tendremos que comprar algunos equipos y contratar a algunas celebridades. Podríamos pasar parte del negocio a la Interplanetaria, pero esto, querido Hankus, depende enteramente de la actitud que la Interplanetaria adopte con respecto al que tú sabes.

Cuando escribas tu abyecta carta, gusano, dirígete a mí con las palabras "Su Excelencia". Soy ahora ministro de atletismo en Eros y mi posición es la segunda jerárquica del planetoide.

Mi trabajo me mantiene muy cerca de la princesa Aliana, muy cerca...

Imagínate cuánto desearía que hubiese una luna sobre Eros. No es esencial, naturalmente, pero contribuye...

Hasta luego, paisano.

JED

Corset eléctrico

DURANTE cinco días el corazón de un enfermo fué obligado a latir por medio de una corriente eléctrica a través de su pecho. El corazón, que había dejado de funcionar, volvió a andar por sus propios medios después de ese tratamiento.

La Conquista del Espacio

por WILLY LEY



ilustraciones de Chesley Bonestell

IV. LA FAMILIA SOLAR

SEGUN cuenta la historia, el rey de España Alfonso X el Sabio, después de escuchar una larga conferencia del astrólogo de la corte acerca de la construcción del Universo, observó que si el Señor y Creador le hubiese pedido su opinión, habría hecho las cosas mucho menos complicadas.

La observación se refería, naturalmente, a lo que hoy se llama Sistema de Ptolomeo, en honor a Claudius Ptolomaeus, aunque en realidad fué ideado por Hiparco, el griego que compiló el primer catálogo de estrellas. Hiparco supuso, simple y modestamente, que la Tierra era el centro del Universo y que todo lo demás daba vuel-

tas en torno a ella. Pero lo malo de casi todas las teorías filosóficas es que tienen cuerpo frágil y piel delicada, mientras que los hechos presentan puntas afiladas. Las posiciones de esas "estrellas", que los griegos llamaban planetas (vagabundos) porque no se quedan quietos en un sitio, debían confirmar esa suposición. Pero sus movimientos sólo prestaban apoyo a la teoría si uno quería admitir que no describían un círculo alrededor de la Tierra, sino que cada uno de ellos giraba en un círculo pequeño, cuyo centro describía, a su vez, un círculo mayor alrededor de nosotros.

Esa hipótesis sirvió durante un tiem-

po, pero, a medida que aumentaba el número y calidad de las observaciones, resultó que no era completamente exacta. Pero se encontró una salida conciliatoria: aunque la Tierra era, naturalmente y sin duda, el centro del Universo, resultaba que los centros de los círculos grandes no coincidían con el centro de la Tierra. Eso pareció servir durante un tiempo más, pero luego se halló que había que introducir también movimientos irregulares: o los planetas no recorrían con velocidad constante sus epiciclos (los supuestos círculos pequeños), o los centros de los epiciclos no recorrían uniformemente los círculos mayores. Fué en ese momento cuando el rey español formuló su observación, no estrictamente astronómica.

Poco después, Nicholas Copernicus, de Thorn, puso el cuadro patas arriba. Para él los planetas seguían describiendo epiciclos, y los centros de los epiciclos recorriendo otros círculos mayores. Pero en el centro de éstos se hallaba el Sol, y la Tierra era sólo uno de los planetas. Y Johannes Kepler, en la siguiente generación de astrónomos, eliminó por fin los "ideales" círculos, reemplazándolos por elipses, menos ideales como curvas, pero correctas. Y aunque son relativamente pocos los que hoy saben que el Sol no está en el centro de esas elipses, sino en uno de sus dos focos, casi todo el mundo sabe que los planetas giran en torno al Sol, que la Tierra es uno de ellos, que todos los planetas se mueven en la misma dirección (como las agujas del reloj, si se mira el sistema solar desde el Polo Sur celeste) y que Mercurio es el planeta más cercano al Sol.

EL orden de distancias de los planetas al Sol es una de las primeras cosas que se aprenden en Astronomía elemental. De menor a mayor, es: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter,

Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. Si Kepler pudiera leer esto, le sorprenderían los tres últimos nombres, porque en su época el conocimiento de los planetas terminaba con los anillos de Saturno. Pero desde entonces "el grande arte de la Astronomía", para usar sus propias palabras, ha avanzado. En 1781 Herschel agregó el primer nombre a la lista clásica al descubrir Urano. A mediados del siglo pasado se descubrió Neptuno, y Plutón apareció en el vocabulario astronómico hace un cuarto de siglo.

Aunque los planetas se parecen en algunos aspectos (todos se mueven en órbitas elípticas, las recorren en el mismo sentido, brillan con luz reflejada), son radicalmente distintos cuando se los estudia en detalle. Hay planetas con atmósfera considerable y hay otros sin atmósfera. Algunos giran rápidamente sobre sus ejes y otros con lentitud. Hay planetas densos, como la Tierra y Plutón, y otros que son apenas más densos que el agua.

En particular es notable la desigualdad de sus masas. Por supuesto, el Sol tiene mucha más masa que todos los planetas juntos ($99\frac{6}{7}$ por ciento de todo el sistema solar). Pero Júpiter, a su vez, pesa más que todos los otros planetas juntos. Y descontándolo a él, Saturno también tiene más masa que la suma de los planetas restantes.

Si observamos el sistema solar en conjunto, el hecho más sorprendente es que sea tan chato. Un modelo en escala, reducida a un círculo de un metro veinte, tendría apenas 12 centímetros de altura. Y salvo las órbitas de Mercurio y Plutón, las restantes caben en una altura de $7\frac{1}{2}$ centímetros.

OTRO hecho notable es que el sistema solar se compone en su mayor parte de espacio vacío. Todos saben que la luz viaja a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo.

Cuando en el futuro cercano hablemos por teléfono con la Luna (mediante un rayo de luz modulada, por ejemplo), habrá una pausa impuesta por la naturaleza, entre pregunta y respuesta, de más de dos segundos, que es el tiempo que necesita la onda portadora para ir y volver. Incluso a esa velocidad límite, el Sol está a ocho minutos de distancia de nosotros y 41 veces más lejos de Plutón. Y la luz de la estrella más cercana tarda 4,3 años en llegar hasta nuestro sistema!

A pesar de estas distancias, los viajes interplanetarios son posibles con las técnicas actuales. Eso se debe por completo a dos características del sistema solar mencionadas antes: su extrema chatura (o, en lenguaje más preciso, las pequeñas inclinaciones que presentan entre sí los planos de las órbitas de los planetas) y el hecho de que todos los planetas se muevan en la misma dirección.

PARA comprender la importancia de esto último, debemos darnos cuenta de que, para considerar un viaje de un planeta a otro, hay que adoptar un punto de vista nuevo. En el caso del viaje a la Luna no había novedad: usábamos a la Tierra como punto de referencia. La trayectoria de un cohete lunar es parte de una elipse de Kepler muy alargada, con el centro de la Tierra en uno de sus focos. Pero la elipse que sirva de trayectoria para un viaje a Marte, tendrá un foco en el Sol. Naturalmente, hay muchas elipses que sirven, pero todas tienen en común que uno de sus dos focos coinciden con el centro del Sol y que tocan o cruzan las órbitas de los dos planetas extremos del viaje. Desde el punto de vista del consumo de combustible, la elipse que toca tangencialmente a las órbitas de ambos planetas es la más económica.

Como la Tierra marcha a gran ve-

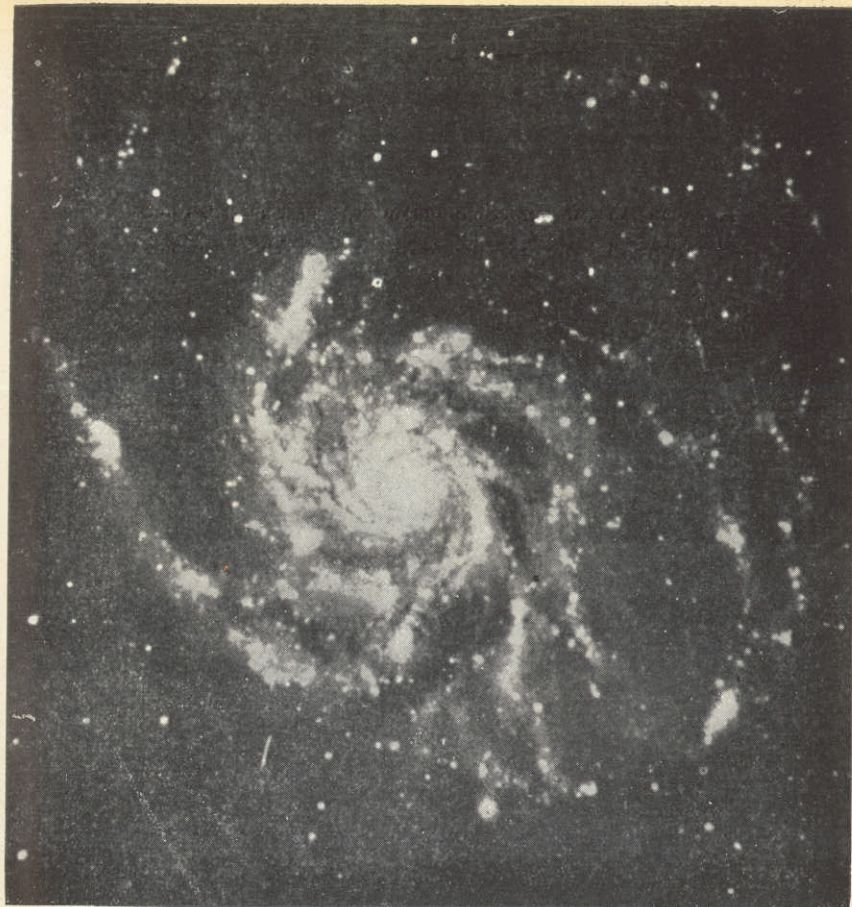
locidad por su órbita, la astronave tendrá al partir esa velocidad combinada con la suya propia (la producida por sus motores, que es relativa a la Tierra). Si el planeta a que se quiere llegar se moviera con velocidad parecida, pero en sentido contrario, habría que gastar una cantidad imposible de combustible en frenar e invertir la velocidad del cohete.

La Tierra recorre su órbita a una velocidad de treinta kilómetros por segundo, y la "parte de delante" en este movimiento es la franja de la Tierra donde está amaneciendo en determinado instante. Por lo tanto, una astronave que partiera al amanecer sumaría su propia velocidad a la terrestre. Como la velocidad de la Tierra es exactamente la necesaria para que un cuerpo se mantenga girando alrededor del Sol a esa distancia, sin acercarse ni alejarse, resultará que la astronave irá demasiado rápida para que el Sol pueda retenerla en la órbita de la Tierra. La nave se alejará del Sol aproximándose a la órbita de Marte. Pero la atracción solar, siempre presente, lo irá frenando lentamente, hasta que al llegar a la órbita marciana su velocidad será casi igual a la de Marte mismo: unos 24 kilómetros por segundo.

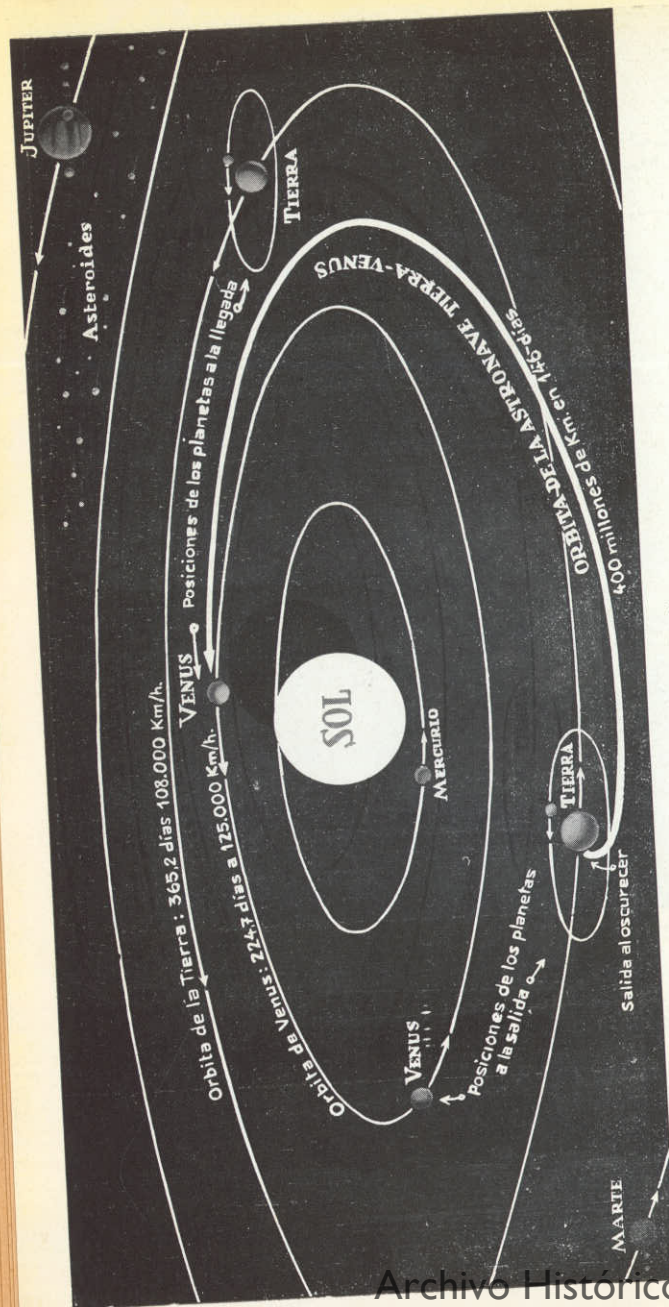
A la inversa, una nave que salga al ponerse el Sol, restará su propia velocidad de la velocidad de la Tierra (pues se estarán moviendo en sentidos contrarios). Vista desde el Sol, por lo tanto, será demasiado lenta para mantenerse en la órbita terrestre, y se acercará al Sol, que ahora en vez de frenarla la acelera. Al llegar a la órbita de Venus su velocidad será casi igual a la de este planeta (unos 35 km/seg.)

Si los tiempos se calculan bien, el planeta estará llegando a ese mismo lugar de su órbita en ese mismo instante, y no hará falta gastar mucho combustible para descender a él.

(Continúa en la pág. 49)



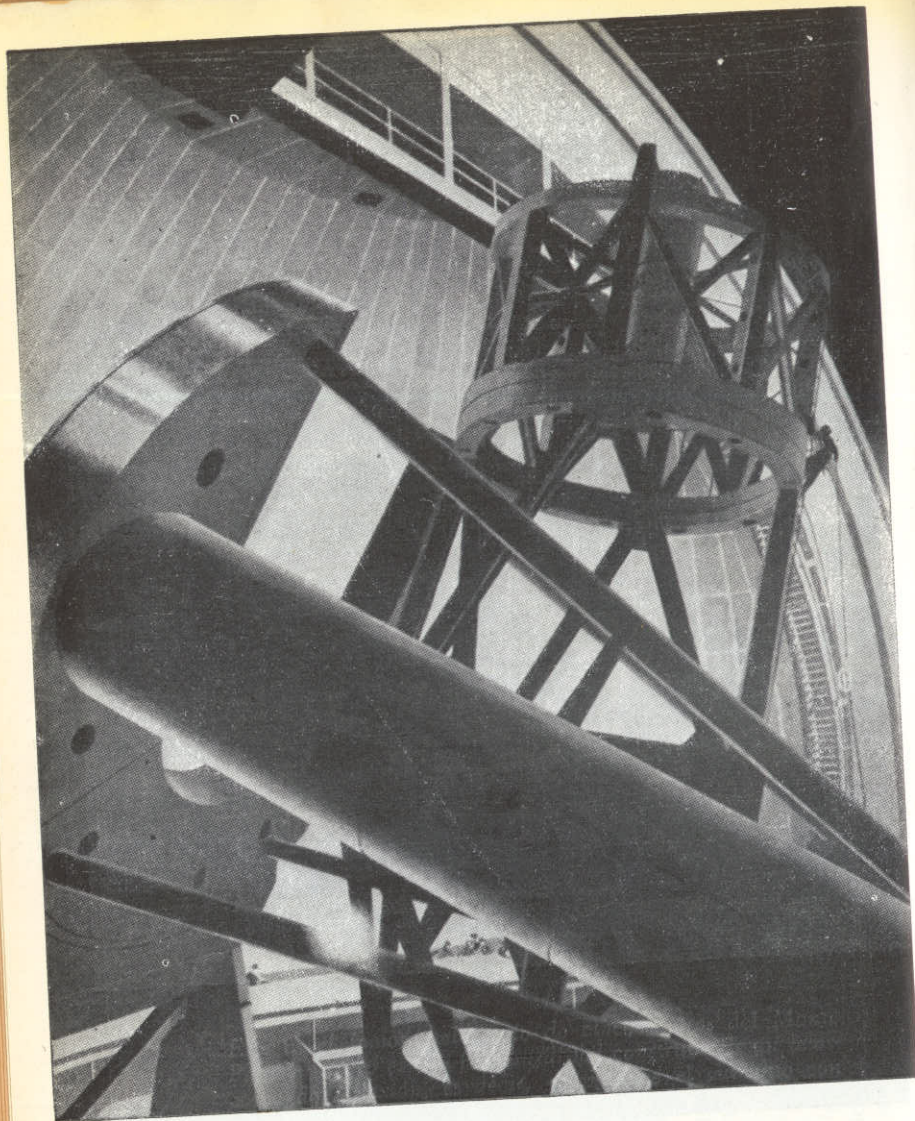
Esta es una fotografía tomada con el telescopio reflector del Monte Wilson, de una nebulosa espiral, catalogada con el nombre de Messier 101 y que se encuentra en la constelación de la Osa Mayor. Si en alguno de los planetas de los millones de estrellas que la componen hay astrónomos, ellos verán la Vía Láctea como algo parecido a esta foto, y ni soñarán que más o menos a mitad de camino entre el centro y la periferia se halla una minúscula estrella llamada Sol que alumbra un insignificante planeta llamado Tierra. La Vía Láctea, nuestra galaxia, es una nebulosa espiral que tiene unos cien mil años luz de diámetro, y el Sol está a unos treinta mil años luz de su centro, en la dirección de la constelación de Sagitario, bien visible desde Buenos Aires en invierno. Messier 101 dista de la Vía Láctea más de un millón de años luz.



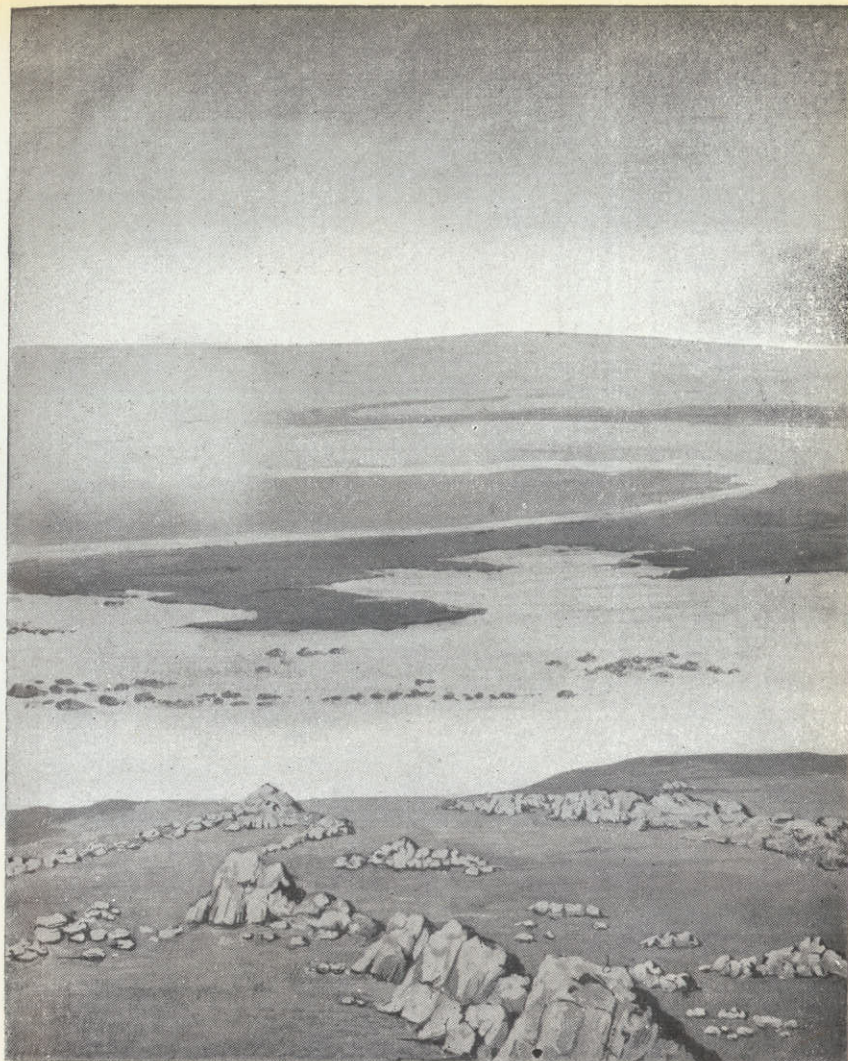
Una posible trayectoria para el viaje a Venus. Aquí se ha hecho partir la astronave de la zona donde oscurece para que reste su propia velocidad a la de la Tierra y caiga hacia el Sol. Si saliera doce horas después se alejaría del Sol y, por lo tanto, de Venus. A primera vista parece extraño que la nave salga para "atrás", y sin embargo viaja hacia "adelante", pero es el mismo caso del pasajero que camina hacia el último vagón y, sin embargo, se mueve en el mismo sentido que lo está haciendo la locomotora.



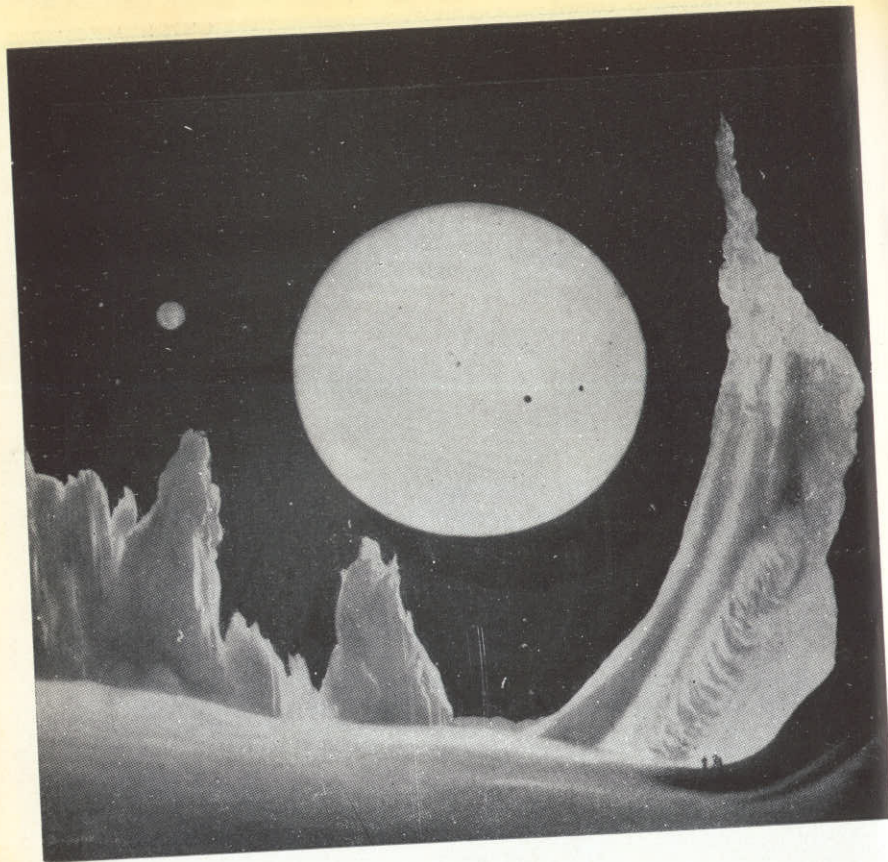
Esta fotografía de alta definición, tomada con el telescopio del Monte Palomar, muestra un área de la Luna de unos 100.000 km.² (la extensión de Guatemala, por ejemplo). Todo el centro de la foto lo ocupa el cráter Clavio, que muestra claramente otros cráteres menores en su interior. Compárese con los dibujos de Bonestell publicados en números anteriores.



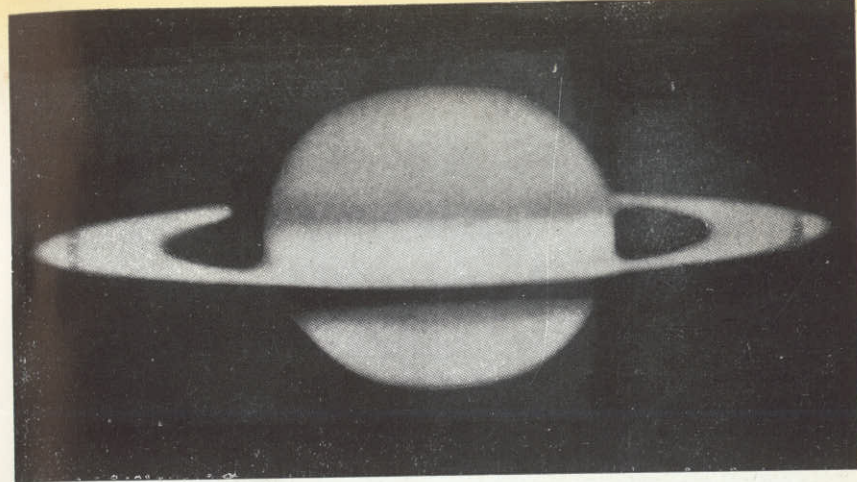
Este es el famoso telescopio de cinco metros del Monte Palomar, cuyo espejo fué tan difícil construir. Es un telescopio de reflexión, es decir, no produce el aumento con lentes sino con el espejo de cinco metros. Si la navegación interplanetaria se desarrolla pronto, es posible que nunca se construya un telescopio mayor que el que ilustramos.



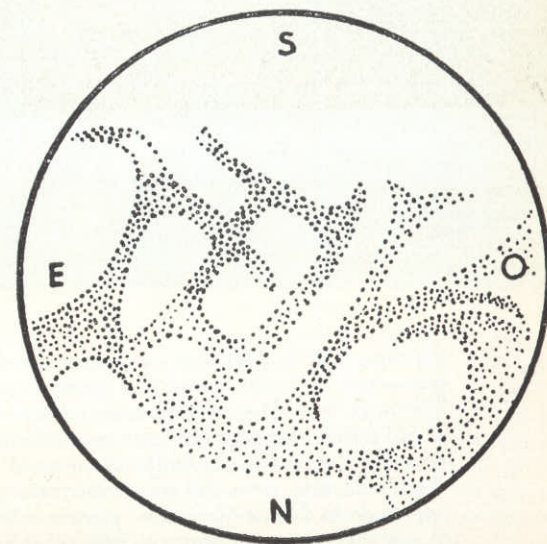
Paisaje marciano con montañas erosionadas a la distancia, canal, tormenta de polvo a lo lejos, áreas cubiertas de vegetación y rocas y llanuras rojas por la abundancia de óxido de hierro



Júpiter visto desde su luna Europa, que está a 660.000 kilómetros de distancia de él (es decir, menos del doble que nuestra Luna). El albedo, o poder reflector de esta luna es veinte por ciento mayor que el del planeta, indicando que debe estar cubierta de hielo y gases congelados.



Otra foto tomada con el reflector de Monte Palomar, con un segundo de exposición. Esta magnífica vista de Saturno, achatado por su alta velocidad de rotación, muestra claramente la separación entre sus dos anillos exteriores (las líneas negras en los extremos), que se llama división de Cassini.



Marcas de la superficie de Mercurio, tal como las dibujó Schiaparelli. Gracias a ellas pudo el astrónomo italiano deducir que Mercurio presenta siempre la misma cara al Sol.



La superficie de Mercurio en la cara alumbrada por el Sol, que parece allí tres veces más grande que visto desde la Tierra. Como Mercurio presenta siempre la misma cara al Sol (salvo una pequeña zona fronteriza alternativamente oscura e iluminada), la temperatura en el centro del disco iluminado está cerca del punto de fusión del plomo. Los exploradores de este planeta no podrán aventurarse fuera de la astronave sin emplear equipos refrigerantes portátiles.

(Viene de la pág. 34)

HEMOS dado así una idea grosera de los fundamentos de la navegación interplanetaria. Lo principal aquí es que la nave debe sumar su velocidad propia a la terrestre si quiere llegar a un planeta más alejado del Sol, y debe restarla si quiere acercarse al Sol. Lógicamente, se gasta menos combustible en ir a Venus que a Marte; pero para regresar la cosa es al revés. En ambos casos, sin embargo, el peso del combustible necesario para llegar hasta la órbita de Marte o Venus no sería obstáculo para construir hoy mismo un cohete que efectuara el viaje. El inconveniente surgiría después, para vencer los campos gravitatorios de los planetas mismos. Podemos fabricar un cohete que vaya hasta Venus, pero el combustible no alcanzaría para efectuar allí un descenso bastante amortiguado, y menos aún para levantar vuelo de nuevo. Aunque la atracción solar es mucho más poderosa, nos molesta mucho menos que la atracción de los planetas. Porque ésta debe ser vencida por los motores de la nave, mientras que el campo gravitatorio solar llega incluso a ser útil en una fase del vuelo.

LE ha dicho de la Astronomía que es una ciencia notablemente exacta y deplorablemente inexacta, según de qué se trate. Pregúntesele a un astrónomo cuándo ocurrirá el próximo eclipse visible a un habitante de Ciudad del Cabo, y contestará la fecha y hasta el minuto exacto.

Pero se trata de cuestiones de la "primera era" de la Astronomía, contestadas al detalle gracias a los instrumentos ópticos que dieron origen a su segunda era. Si les planteamos cuestiones referentes a conocimientos de esta segunda era, las respuestas serán menos definitivas, algo confusas y a veces simplemente: "no se sabe". Pa-

recería que cada era astronómica es exacta para resolver los problemas de la era anterior. Los errores de la observación a ojo desnudo fueron corregidos fácilmente con los telescopios. Las cosas que el telescopio apenas divisa (problemas acerca de la superficie de los planetas, principalmente) serán investigadas exactamente con las astronaves. Y tal vez nuestras visitas a los planetas planteen cuestiones que exijan una cuarta era astronómica.

Bien sabemos por qué el telescopio plantea tantas cuestiones sin resolverlas. No se trata solamente de que nuestros instrumentos ópticos no son bastante poderosos. Es importante el hecho de que funcionan desde el fondo de un océano de aire que nunca está quieto y no permite ni usar los aumentos más grandes de que disponemos. Y más importante aún es que nuestros observatorios no pueden cambiar de posición en el sistema solar más de lo que les permite la Tierra.

CUANDO en 1889 el astrónomo italiano Giovanni Virginio Schiaparelli dió una conferencia a sus reyes acerca del planeta más cercano al Sol, comenzó con estas palabras: "Entre los antiguos planetas, ninguno es más difícil de observar que Mercurio, y ninguno presenta tantos obstáculos a la investigación. Hace ocho años decidí hacer un estudio regular de ese planeta, y durante ese tiempo he dirigido mi telescopio hacia Mercurio centenares de veces, en general con escaso beneficio y mucha pérdida de tiempo".

Las principales dificultades experimentadas por Schiaparelli (y por todos los que deciden dedicar su tiempo y habilidad a esta "luna del Sol") se deben simplemente a lo cerca que se halla de nuestro astro primario, por lo cual éste lo envuelve casi siempre en su brillo. Las dificultades aumentan por ser un planeta pequeño: su diá-

metro es apenas 5.000 kilómetros, ni el 40 % del de la Tierra. Y agregando insulto a la injuria, las leyes más elementales de la naturaleza impiden ver al planeta cuando está más cerca de nosotros. Mercurio se mueve alrededor del Sol en 88 de nuestros días, y en su máximo acercamiento está entre el Sol y nosotros, de modo que nos presenta su "espalda", no iluminada. Luego, empieza a formarse un cuarto creciente, y cuando el planeta forma un triángulo rectángulo con el Sol y la Tierra (los astrónomos hablan de "máxima elongación"), vemos la mitad de su disco iluminada. El disco completo sólo es visible cuando Mercurio está del otro lado del Sol, pero entonces el brillo de éste molesta más.

A simple vista, Mercurio sólo es visible al amanecer o al oscurecer, y antes sólo se lo observaba a esas horas. Por ciertas marcas débiles que aparecían casi en la misma posición cada 24 horas, se dedujo que la rotación de Mercurio alrededor de su eje (su día) era casi igual a la terrestre. Pero Schiaparelli, gracias a sus pacientes y aburridas observaciones durante el día entero, demostró otra cosa: el planeta apenas rotaba durante 24 horas; su velocidad de rotación coincide con su velocidad de revolución alrededor del Sol: una vuelta completa en 88 días. Día y año son iguales en Mercurio.

El resultado es que Mercurio siempre muestra la misma cara al Sol, tal como hace la Luna con la Tierra. Igualmente, como la rotación es uniforme, pero el movimiento en una órbita elíptica no lo puede ser, hay libración (ver Nº 2). La zona eternamente iluminada está rodeada de un "cinturón crepuscular", en el que el Sol sale y se pone en el curso de un día-año mercuriano. Más allá está el hemisferio de la noche eterna: unos tres séptimos de la superficie planetaria. Debido a la libración, la posición del

Sol en el cielo de Mercurio no es siempre la misma: va y viene a lo largo de un arco muy corto. Pero además ocurre otro fenómeno debido a la alta excentricidad (alargamiento) de la órbita de Mercurio: el Sol parece hincharse durante los 44 días entre el afelio y el perihelio (máxima y mínima distancia al Sol, respectivamente). Después del perihelio el Sol vuelve a disminuir de tamaño, hasta ser unas tres veces mayor de lo que lo vemos desde la Tierra.

QUE la cercanía del Sol debía causar una alta temperatura, fué evidente desde que Schiaparelli estableció la duración del día. Pero las cifras dadas eran "a ojo": algunos decían que "podía ser tan caliente como para hervir agua", y otros se aventuraban a pronosticar el doble de calor. Ahora disponemos de mediciones seguras, hechas por E. Pettit y S. Nicholson. Usando una termocupla con el reflector de 2,5 metros del observatorio de Monte Wilson, hallaron que la temperatura del centro de la cara iluminada constantemente es de 410° centígrados en el perihelio. A esa temperatura el estaño y el plomo son líquidos, y hasta el zinc está por fundirse.

Las marcas superficiales vistas por Schiaparelli son permanentes, pero difíciles de ver. Parecen cadenas de montañas o contornos de algo que, a falta de mejor término, podemos llamar continentes. El astrónomo francés Antoniadi, que persiguió durante mucho tiempo a Mercurio con el refractor de 83 centímetros de Meudon, dibujó un mapa de Mercurio que coincide con el de Schiaparelli, salvo que llenó de un gris bastante uniforme algunos espacios dejados en blanco por el italiano. Antoniadi, que trabajó 30 años después de Schiaparelli, confirmó el descubrimiento de éste de la rotación en 88 días, que algunos habían puesto

en duda en el interín. Los dos astrónomos también están de acuerdo en que las marcas quedan a veces ocultas por "algo débilmente blanquecino". Esto ha sido recibido por algunos con entusiasmo, como "prueba" de que Mercurio tiene atmósfera. Otros, más cautelosos, opinan que el no ver marcas débiles sólo es evidencia negativa.

COMO indican estas afirmaciones, el problema de la atmósfera de Mercurio no está resuelto. Casi todas las pruebas son en contra. Para empezar, el albedo (poder reflector) del planeta es el mismo que el de nuestra Luna. Si tuviera atmósfera apreciable, su albedo debería ser mayor. Tanto Mercurio como la Luna reflejan el 7% de la luz que reciben del Sol, mientras que la Tierra se calcula que refleja el 50 % (tal vez algo menos, según últimos trabajos).

Incluso una atmósfera mucho más tenue que la terrestre, por ejemplo como la de Marte, tendría que evidenciarse claramente en una ocasión especial: cuando Mercurio realiza un tránsito, o sea, cuando cruza por delante del disco solar. Casi todos los observadores afirman no haber visto indicaciones de atmósfera durante los tránsitos. Además, las fases del planeta están de acuerdo con su forma calculada. Venus, que tiene atmósfera, muestra durante los "cuartos" unos cuernos mucho más largos que lo calculado. Mercurio no. Claro que podría tener atmósfera aunque muy escasa.

Ustedes recordarán (ver Nº 2) que los físicos pueden explicar por qué no hay atmósfera en la Luna: a las temperaturas que reinan allí a mediodía, la velocidad media de las moléculas es suficiente para que vayan escapando a la atracción del astro. Por desgracia en Mercurio las cifras nos siguen dejan-

do en la duda. La velocidad de escape es de 3,7 km/seg., o sea mayor que en la Luna. Pero las temperaturas también son mayores, lo que eleva la velocidad media de las moléculas. Uno se siente tentado a decir que, por desgracia, la temperatura no es bastante alta para sacarnos de dudas. Sólo los gases más livianos pueden alcanzar la velocidad necesaria. Es dudoso que pudiera escapar del planeta un porcentaje apreciable de moléculas de oxígeno. El anhídrido carbónico no escaparía.

Es decir, no escaparían al espacio. Podrían escapar de la atmósfera, de otra manera. Tres séptimos de la superficie de Mercurio no reciben jamás un rayo de sol. Allí hay un área enorme donde debe hacer frío, frío intenso. Se supone que hay frío suficiente como para que los gases se condensen y pasen no sólo al estado líquido, sino hasta al sólido. Si hay una zona grande del planeta donde la temperatura sea tan baja como para solidificar los gases, toda la atmósfera del planeta se irá juntando allí con el tiempo. Los gases, siendo gases, circularán hacia esa zona, pero no volverán a salir. Sólo dos condiciones son necesarias para que eso ocurra: que la zona sea suficientemente fría y suficientemente grande. Además, por supuesto, se requiere tiempo, pero de eso podemos estar seguros que hubo. En cambio, de las dos condiciones antedichas, no.

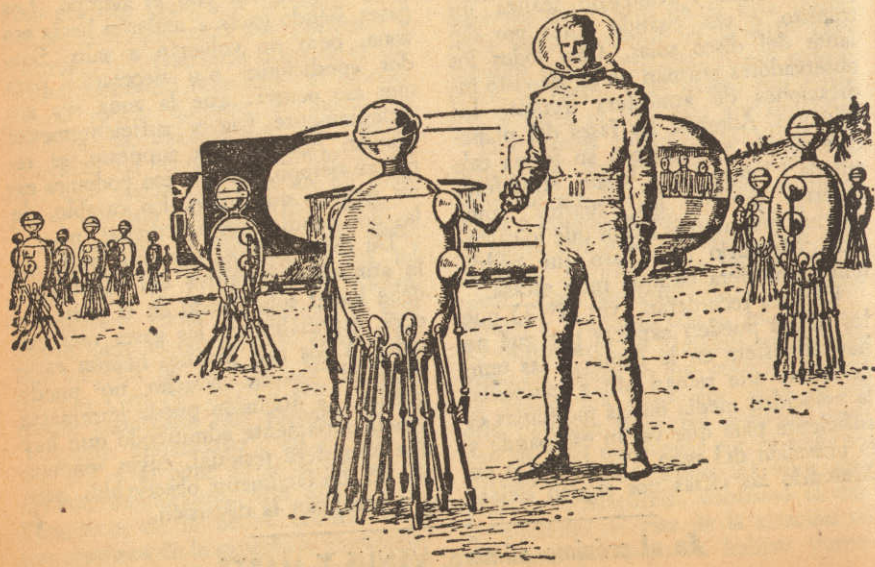
De todos modos una gran parte de la atmósfera primitiva del planeta se debe haber solidificado en la parte oscura, especialmente los gases más pesados. Y los más livianos habrán escapado al espacio. Mucho no puede quedar. La discusión puede terminarse conciliatoriamente admitiendo que hay una atmósfera residual, cuyos fenómenos no son fácilmente observables, pero que justifican la discusión. ✦

En el próximo número: VENUS Y MARTE.

Huérfanos en el espacio

por MICHAEL SHAARA

ilustrado por EMSH



Encontrar una causa digna de morir por ella, no es difícil, hay muchas en el mundo. Encontrar una digna de vivir por ella, he aquí el verdadero problema.

EL capitán Steffens, del Comando de Compilación de Mapas, contó los edificios. Estaban en el cuarto planeta muerto de una estrella llamada Tyban, en la región de la nebulosa Saco de Carbón..., once; no doce. Se preguntó si ese número tendría algún significado.

—¿Qué le parece? —interrogó.

El teniente Ball, primer oficial del aparato, hizo un gesto como para rasarse la cabeza, cuando recordó que llevaba su traje interplanetario.

—Parece un campamento temporario —dijo Ball—. Hay muy pocos edi-

que haya sido una gran civilización, ¿verdad?

—¿No cree entonces que estos edificios han sido construídos por los mismos nativos?

Ball dijo que no, y Steffens estuvo de acuerdo.

Contemplando esas piedras, Steffens sintió la opresión de una antigüedad remotísima. Tenía la sensación profunda de que estas piedras eran viejas, demasiado viejas. Extendió su mano enguantada y la pasó suavemente sobre los lisos bordes del muro de piedra. Aunque la atmósfera era muy poco



ficios, y construídos con materiales del lugar, los únicos disponibles. ¿Habrán sido refugiados?

Steffens se encaminó en silencio hacia la subida frente a él. La piedra desgastada surgía de la arena.

—No hay inscripciones —observó.

—Habrán desaparecido; mire las huellas de la acción del viento. De todos modos, no hay ningún otro edificio en todo el planeta. No se puede decir

densa, notó que los edificios no tenían esclusa de aire.

La voz de Ball resonó en su casco.

—¿Nos ponemos a trabajar, capitán? Steffens vaciló.

—Bueno, si le parece que vale la pena.

—Nunca se puede saber. Las excavaciones probablemente no servirán para nada. Todo está asentado sobre un basamento de roca, barrida por el vien-

to. Y ya se ve que esta piedra es nativa —dijo, indicando la losa que pisaban— y ha sido tallada hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

Ball, con aire incómodo, sacudió un poco de arena de su zapato.

—No me gustaría decirlo así, a primera vista.

—Haga una estimación general.

Ball observó al capitán; sabía lo que pensaba. Sonrió con acritud y dijo:

—¿Cinco mil años? ¿Diez mil? No lo sé.

Steffens silbó asombrado.

Ball señaló la pared.

—Mire esas estriaciones; sólo con eso se puede dar idea. Aun un fuerte viento terráqueo necesitaría *por lo menos* varios miles de años para hacer surcos tan profundos, y el viento de aquí tiene solamente una fracción de esa fuerza.

Los dos hombres quedaron en silencio largo rato. Hacía trescientos años que el hombre frecuentaba el espacio interestelar, y éste era el primer testimonio de una raza extraña, adelantada, que había cruzado el espacio. El momento era histórico, pero ninguno de los dos pensaba en la historia.

Hacía sólo trescientos años que el hombre frecuentaba el espacio interestelar. Quienquiera hubiera sido el que construyó esos edificios, había estado ya en el espacio durante miles de años. Lo cual significaba para ellos una ventaja enorme, pensó Steffens con envidia.

MIENTRAS la brigada de excavadores trabajaba tranquilamente, Steffens quedó solo entre los edificios. Ball se acercó, mirando con adustez las paredes.

—Bueno —dijo—; sean quienes sean, lo cierto es que no hemos vuelto a oír de ellos desde entonces.

—¿No? ¿Cómo puede estar seguro?

—rezongó Steffens—. Había una raza que viajaba por el espacio y andaba

por esta parte de la galaxia mientras los hombres en esa época se dedicaban a clavarse lanzas los unos a los otros.

Y este planeta está sólo a un parsec de Varius II, donde existe una civilización tan vieja como la de la Tierra. ¿Acaso los que construyeron esto se fueron a Varius, o tal vez a la Tierra? ¿Cómo se podrá saber? —con aire distraído removió un poco de arena—. Y lo que es más importante, ¿dónde están ahora? Una raza con varios miles de años...

—Quince mil —dijo Ball, y cuando Steffens lo miró, añadió—: Eso es lo que dicen los geólogos: quince mil por lo menos.

Steffens se dió vuelta y contempló los edificios con mal humor. Cuando comprendió lo antiguo que eran en realidad, surgió una nueva idea en su mente.

—Pero, ¿por qué hacer edificios? ¿Por qué construir con piedra, para que dure mucho? Hay aquí algo que no entiendo. No necesitaban construir, a menos que fueran exilados. Y los exilados hubieran dejado tras ellos algo más. La única razón para necesitar un campamento sería que...

—La nave partió, y algunos se quedaron.

Steffens aprobó:

—Eso es, pero la nave debió haber regresado. ¿Adónde fué? —dejando de remover la arena, levantó la vista hacia el cielo azul negro del mediodía—. Nunca lo sabremos.

—¿Y si buscamos en los otros planetas? —preguntó Ball.

—Los informes son negativos. El interior es demasiado caliente y el exterior muy pesado y frío. El tercer planeta es el único que tiene una temperatura decente, pero con atmósfera de CO₂.

—Están también las lunas...

Steffens se encogió de hombros.

—Podemos probar.

EL tercer planeta era una esfera lisa y relumbrante hasta que se aproximaron a ella; entonces la lisura se transformó en una serie de repliegues y nubes acumuladas, a través de las cuales se podía vislumbrar en algunos sitios la superficie. La nave atravesó las nubes, descendiendo con sus amortiguadores las últimas millas. Al llegar al neblinoso gas de las capas inferiores, enderezaron y siguieron a lo largo del borde de la zona crepuscular.

Las lunas de este sistema solar no habían dado ningún resultado satisfactorio. Sólo quedaba por explorar el tercer planeta, un mundo caliente y pesado, sin oxígeno libre, y en el cual los detectores no habían registrado nada. Steffens no tenía esperanza de encontrar nada allí, pero su deber era intentarlo.

A algunas millas de altura, la nave comenzó a reconocer la zona, moviéndose con las acostumbradas espirales lentas que usaba el Comando de Compilación de Mapas. Abajo se veían desfilar vagos contornos de columnas y rocas desnudas.

Steffens colocó la pantalla al máximo de amplificación y observó en silencio.

Al cabo de un rato, vio aparecer una ciudad. Como estaba funcionando la pantalla principal, el resto de la tripulación la vio también. Alguien gritó, y se detuvieron para poder mirar. En el instante mismo en que Steffens iba a ordenar que tomaran altura, vio que la ciudad estaba muerta.

De la llanura surgían paredes destrozadas formando un círculo informe; parecían trozos de vidrios opacos. Hacia el centro se veía un gran hoyo carbonizado, de tres millas de diámetro por lo menos, y muy profundo. En todo aquel cúmulo de ruinas, no se veía ningún movimiento.

Steffens descendió lo suficiente co-

mo para asegurarse de ellos, y luego describió un círculo, dirigiéndose a través del continente principal hacia la brillante zona solar. Abajo se sucedían las rocas, sin ninguna vegetación. Por fin vieron más ciudades..., todas con la misma cavidad oscura: una marca circular de donde habían desaparecido los edificios.

Ninguno hablaba en la nave. Nadie entre ellos había visto una guerra, ya que hacía más de trescientos años que no había habido ninguna en la Tierra ni en sus cercanías.

Trazando un círculo, la nave se dirigió hacia la parte oscura del planeta. Cuando ya habían descendido a menos de una milla de altura, los detectores de radioactividad entraron en acción. Según lo demostraban los cuadrantes, era evidente que allí no podía haber ningún ser viviente.

Al cabo de un rato, habló Ball.

—Bueno, ¿qué les parece? ¿Habrán sido nuestros amigos del cuarto planeta los autores de esto, o serían todos de la misma raza?

Steffens siguió observando la pantalla. Ya alcanzaban la parte del planeta bañada en luz.

—Para saberlo tenemos que bajar —dijo—. Pónganse los trajes antirradioactivos.

Hizo una pausa mientras reflexionaba. Si los habitantes del cuarto planeta eran enemigos de este mundo, provenían entonces del espacio exterior y por lo tanto no podían haber llegado desde uno de los otros planetas del sistema. Estas gentes tenían naves estelares y eran guerreros. Esto ocurría hace miles de años... En ese momento, Steffens se percató de la importancia de la pregunta de Ball.

Cuando ya la nave estaba muy cerca de la superficie, buscando un sitio de aterrizaje, Steffens seguía observando la pantalla. Por eso, él fué el primero que vio aquel objeto que se movía.

A cierta altura sólo había sido una sombra inmóvil, pero de pronto comenzó a moverse. Steffens se estremeció: aun a tanta distancia supo que era un robot.

Pequeño, negro, con un montón de brazos y piernas colgantes, el objeto se deslizó por la ladera de una colina. Steffens pudo verlo con claridad durante un segundo: pudo ver cómo su cabeza esférica se levantó cuando la nave pasó sobre él, y luego la colina quedó atrás.

RAPIDAMENTE Steffens ordenó tomar altura. La nave se inclinó con brusquedad y ascendió a toda marcha, haciendo que algunos tripulantes fueran lanzados hacia el puente. Steffens permaneció junto a la pantalla, aumentando la amplificación a medida que la nave se elevaba. Alcanzó a ver otro robot, luego una pareja, después un grupo, todos exactamente iguales, con manojos de brazos colgantes.

La único que aquí vive son los robots, pensó, robots... Lo más rápidamente que pudo ajustó la mira para ver de cerca, y la imagen apareció en la pantalla. Oyó detrás de él la exclamación de asombro de un tripulante.

Una banda de material claro, de aspecto plástico, circundaba la cabeza de los robots. Debía de ser el ojo:

una banda ocular que permitía ver hacia todos lados. Sobre la cabeza se veía una ventanilla redonda del mismo material; el resto era todo de metal negro, unido con maravillosa perfección. El ángulo visual de Steffens se había hecho casi vertical y por eso podía ver muy poco de los brazos que emergían del tronco, pero lo que había visto hasta ahora era suficiente. Se trataba de los robots más perfectos que vio jamás.

La nave se enderezó. Steffens no tenía la más mínima noción de lo que debía hacer ahora: la imprevisible visión de aquellos objetos en movimiento lo había dejado alelado. Ya había hecho sonar la señal de alerta, y había ordenado colocar las cortinas de defensa. Ahora no tenía otra cosa que hacer y trató de pensar qué actitud asumiría de acuerdo a la Ley de la Liga.

La Ley no aportaba ninguna ayuda. El contacto con razas planetarias estaba prohibido en todas las circunstancias. Pero ¿acaso podía llamarse raza a un puñado de robots? La Ley no mencionaba a los robots, puesto que los terráneos no los tenían. La construcción de robots imaginativos estaba terminantemente prohibida. De todos modos, pensó Steffens, ya había establecido contacto.

Mientras Steffens, completamente desconcertado por primera vez en su

carrera, permanecía junto a la pantalla, se acercó el teniente Ball, rengueando levemente. Por la herida que se veía en su mejilla, Steffens dedujo que la inesperada ascensión lo había tomado desprevenido. El primer oficial estaba pálido de asombro.

—¿Qué eran? — preguntó —. ¡Por Dios, parecían robots!

—Eso eran.

Ball contempló sorprendido la pantalla. Sólo se veía ahora una confusión de puntos en medio de la niebla.

—Casi humanoides —dijo Steffens—, pero no del todo.

Lentamente, Ball captó la situación y se volvió hacia Steffens.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

Steffens se encogió de hombros.

—Ya nos han visto. Podemos irnos ahora y dejar que hagan de nuestra visita una... una leyenda, o bien podemos bajar y comprobar si tienen alguna relación con los edificios que hemos visto en Tyban IV.

—¿Acaso podemos bajar?

—¿Legalmente? No sé. Si son robots, sí, puesto que los robots no constituyen una raza. Pero hay otra probabilidad —con aire inseguro, tamborileó con los dedos sobre la pantalla—. Quizá no sean robots. Quizá sean los nativos de este lugar.

Ball tosió.

—No le entiendo.

—Quizá sean los primitivos habitantes de este planeta... o por lo menos sus cerebros, protegidos por metal antirradioactivo. De cualquier modo, son los mecanismos más perfectos que he visto en mi vida.

BALL sacudió la cabeza y se sentó abruptamente. Dando la espalda a la pantalla, Steffens comenzó a pasearse nerviosamente por el puente de comando mientras reflexionaba sobre la situación.

Según los reglamentos del Coman-

do de Compilación de Mapas, se suponía que todo lo que él debía hacer era un reconocimiento de los sistemas estelares inexplorados, para verificar la presencia de seres vivos, así como las posibilidades de colonización por parte de los humanos. Solamente debía hacer un reconocimiento y nada más. Pero él sabía muy bien que si regresaba a su base en Sirio sin investigar este asunto de los robots, se exponía a ser sometido a la corte marcial, ya sea por infringir la Ley, ya por negligencia en el cumplimiento de sus obligaciones.

Y de pronto se le ocurrió que también existía otra posibilidad: que los robots estuvieran preparados para atacar a la nave y hacerla estallar en mil pedazos.

La idea le hizo detenerse en medio del puente. Ante él se abría una nueva perspectiva: ¿Y si los robots estuvieran armados?... Este podría ser un puesto de avanzada.

¡Un puesto de avanzada!

Steffens se precipitó hacia el puente. Si aterrizaba allí y se perdía la nave con su tripulación, la Liga nunca llegaría a saberlo con tiempo. Y si seguía adelante y provocaba algún conflicto...

De pronto se desvaneció su pensamiento como una niebla que se disipa. Una voz hablaba en su mente, una voz profunda y serena que parecía decirle:

—Bienvenidos. No se alarmen. No queremos que se alarmen. Nuestro único deseo es servir...

¡BIENVENIDOS, ha dicho! ¡Bienvenidos! —murmuró Ball incrédulo.

Todos habían oído la voz. Cuando volvió a hacerse oír, Steffens no estaba seguro de que fuera una sola o muchas voces juntas.

—Esperamos su llegada —dijo grave-

El fondo del Atlántico

EL lecho del océano Atlántico está cruzado por numerosos y profundos cañones, afirmó el geólogo Hobbs después de estudiar los gigantes glaciares de Groenlandia. Toda la parte del Atlántico que en épocas prehistóricas no estaba cubierta de agua fue surcada por ríos provenientes de esos glaciares, que excavaron a su paso cañones tan profundos que todavía no han de haber sido borrados por el mar. Hobbs falleció al poco tiempo de hacer su afirmación, de modo que no se supo nunca si sus deducciones fueron correctas.

mente—. Nuestro único deseo es servir.

Y en ese momento los robots enviaron una imagen.

Tan clara y perfecta como si fuera una película tridimensional, en la mente de Steffens apareció una placa rectangular, y en ella, destacándose contra un fondo de desnudas rocas rojizas, se veía uno de los robots. Con movimientos lentos y exactos el robot levantó cuidadosamente uno de los brazos que colgaban de su tronco, a su derecha, y lo extendió hacia Steffens, tendiéndole la mano con toda cortesía.

Steffens sintió una extraña e imperiosa necesidad de estrechar esa mano, pero se dio cuenta en seguida de que el deseo que sentía no era enteramente propio. La mente del robot le había impulsado a ello.

Cuando la imagen se desvaneció, comprendió que los otros también la habían visto. Esperó un momento; no hubo otros contactos, pero la sensación provocada por la invitación del robot seguía siendo intensa en él. Se dio cuenta de que si los robots lo deseaban, podían gobernar su mente. De modo que cuando nada más sucedió, comenzó a perder el miedo.

Mientras la tripulación lo contemplaba fascinada, Steffens trató de responder. Concentrándose sobre lo que decía y repitiéndolo en alta voz para mayor seguridad, tendió al mismo tiempo la mano, como había hecho el robot.

—Bienvenidos —dijo, porque eso era lo que habían dicho ellos—. Venimos de las estrellas.

Era excesivamente dramático; pero toda la situación era dramática. Se preguntó si convendría dejar que el equipo de Contactos Extranjeros tomara esto a su cargo. ¿Podía acaso ordenar a alguno de sus hombres que se parara allí, sintiéndose tonto, para pensar un mensaje adecuado?

No. Esa responsabilidad era suya: tenía que seguir adelante.

—Solicitamos... con todo respeto, solicitamos permiso para bajar sobre vuestro planeta.

STEFFENS no se había dado cuenta de que eran tan numerosos.

Desde que avistaron la nave, habían comenzado a reunirse, y ahora se veían cientos de ellos, amontonados sobre la colina. Otros seguían llegando en el momento en que la nave atracó; se deslizaban por la colina rocosa con facilidad y fuerza tan fantásticas, que Steffens sintió una ansiedad momentánea. Muchos robots permanecían inmóviles, con la silenciosa inmovilidad del metal. Algunos se deslizaron hacia adelante y se aproximaron a la nave, pero sin tocarla, y cuando Steffens salió de ella, se formó un amplió círculo a su alrededor.

Uno de los robots más próximos se adelantó, moviéndose sobre una cantidad de piernas cortas, pero sumamente fuertes y ágiles. El negro objeto metálico se detuvo ante Steffens y le tendió la mano como lo había hecho en la imagen. Steffens la tomó con entusiasmo y a través de su guante sintió la fuerza del metal.

—Bienvenido —dijo el robot, hablando otra vez a su mente; pero ahora a Steffens le pareció notar cierta alteración en el tono: era menos amistoso, menos... (Steffens no podía entenderlo bien) interesado, como si el robot hubiera esperado a algún otro.

—Gracias —dijo Steffens—. Estamos muy agradecidos por su permiso para aterrizar.

—Nuestro deseo —repitió mecánicamente el robot— es sólo servir.

De pronto Steffens se sintió solo, rodeado por máquinas. Trató de eliminar el pensamiento de su mente, porque ya sabía que debían parecer inhumanos. Pero...

—¿Descenderán también los otros? —preguntó el robot, mecánicamente todavía.

Steffens notó su confusión. La nave se veía entre la niebla de arriba, con sus propulsores en marcha.

—Deben permanecer en la nave —dijo Steffens en voz alta, confiando en que la cortesía que guardaba el robot le impediría preguntar las razones. Aunque, si podían leer su pensamiento no necesitaban preguntarlo...

Durante largo rato, ninguno habló, de modo que Steffens llegó a sentirse incómodo y nervioso. No podía pensar en nada que decir, y el robot, indudablemente, estaba esperando que dijera algo; y, desesperado, hizo señas para que los hombres de Contactos Extranjeros bajaran de la nave.

Cuando descendieron intrigados, el círculo de robots se hizo más amplio. Nuevamente habló el robot; su voz, pensó Steffens, era ahora mucho más amistosa.

—Esperamos que nos perdonen por intervenir en su pensamiento. Es nuestra... costumbre... no establecer comunicación con otros a menos que se nos invite a ello. Pero cuando pudimos observar que ustedes ignoraban nuestra verdadera... naturaleza... y estaban a punto de abandonar nuestro planeta, decidimos dejar de lado nuestras costumbres, de modo que pudieran basar su decisión sobre datos adecuados.

Steffens respondió vacilante que agradecía su acción.

—Nos damos cuenta —prosiguió el robot— de que ustedes no notan que tenemos completo acceso a sus mentes,

y probablemente se sentirían molestos al saber que hemos estado reuniendo informaciones en ustedes mismos. Deben... disculparnos. Nuestro único propósito era ponernos en contacto con ustedes. Sólo hemos tomado las informaciones que eran indispensables para la comunicación y... comprensión. Desde ahora, sólo penetraremos en sus mentes si ustedes lo desean.

Steffens no reaccionó con violencia ante la idea de que su mente había sido hurgada. No obstante, se sintió sorprendido y guardó silencio mientras los hombres de Contactos Extranjeros comenzaban a trabajar.

El robot que había llevado la palabra hasta ahora, no parecía diferente de los otros en modo alguno. Como cada robot sabía inmediatamente todo lo que se decía o pensaba, Steffens advino que habían enviado un representante para guardar las apariencias, ya que se daban cuenta de que los terráneos se sentirían más cómodos así. Con el mismo fin habían imitado el saludo de los terráneos: el característico apretón de manos. La única nota discordante fué aquel lapso momentáneo del principio, aquellos inexplicables segundos en que los robots habían parecido desilusionados. Steffens cesó de inquietarse por ello y se puso a examinar con todo detalle el primer robot.

No era muy alto; por lo menos treinta centímetros más bajo que los terráneos. Lo más notable en él, además de la banda ocular de la cabeza, era una gran cantidad de signos aparentemente grabados sobre el pecho metálico. Hileras e hileras de signos —nú-

Latidos de corazón

LA sensación de ansiedad hace que disminuya el ritmo de los latidos del corazón, en lugar de acelerarlos, como se creía comúnmente hasta hace poco tiempo.

meros, tal vez— se veían sobre el pecho y continuaban bajo los brazos, trazando hileras ordenadas a través del frente del robot hasta la base de su tronco. Si eran números, pensó Steffens, el sistema debía de ser sumamente complicado. Pero notó en los otros robots los mismos signos, aparentemente todos idénticos. Se vió obligado a admitir que se trataba solamente de signos decorativos, aunque parecía algo ilógico.

Más tarde, cuando regresaban a la Tierra, Steffens recordó de nuevo aquellos signos. Y sólo entonces se dió cuenta de su significado.

DESPUES de un rato, al convencerse de que no había peligro, Steffens ordenó el descenso de la nave. Cuando la tripulación salió de ella, fueron recibidos por los robots, y cada hombre encontró junto a sí un robot que humildemente solicitaba ponerse a su servicio. Había ahora miles de robots, llegados de todos los puntos del desnudo horizonte. La mayor parte de ellos se mantenían aparte, inmóviles sobre una planicie cercana a la nave, reluciendo bajo el sol como vasto campo metálico de negro trigo.

Evidentemente, los robots habían sido contruidos para servir. Steffens comenzó a sentir que gozaban, a pesar de sus rostros inexpresivos. Parecían niños en su interés por ser útiles, pero con todo mantenían aún cierta reserva. Quienquiera los hubiera construido, pensó Steffens con asombro, los había construido muy bien.

Ball se acercó a Steffens, contemplando a los robots a través de su casco plástico, con ojos desmesuradamente abiertos. De la muchedumbre de robots que permanecían en el campo, se desprendió uno que vino a reunirse con el asombrado teniente. El primer portavoz había permanecido junto a Steffens.

Comprendiendo que el robot podía oír cuanto dijera, Ball vaciló durante un rato. Pero poco a poco se fué desvaneciendo la sensación de irrealidad que le producía el hecho de estar conversando con un trozo de metal inerte, aunque inteligente, sobre las rocas desnudas de un mundo muerto. Era imposible no simpatizar con aquellos robots. Había algo agradable y tranquilizador en su forma misma.

Probablemente, pensó Steffens, sus constructores habían pensado en eso también.

—No son peligrosos —dijo por fin Ball, abiertamente, sin importarle si los robots le oían—. Hasta parece que les agrada nuestra presencia aquí. ¡Dios mío, a quién se le ocurriría que un robot pueda estar contento!

Steffens, con cierto embarazo, se dirigió al robot más próximo:

—Perdonen nuestra curiosidad, pero... ustedes constituyen una raza muy notable. Nunca hemos tenido contacto con otra semejante —dijo con vacilación.

El movimiento con que el robot asintió, era extraordinariamente humano.

—Comprendo que la naturaleza de nuestra estructura les resulta poco familiar. Su problema es saber si somos enteramente "mecánicos" o no. No estoy muy seguro de lo que significa la palabra "mecánico" (tendría que examinar su pensamiento con más profundidad); pero creo que hay una semejanza fundamental entre nuestras estructuras.

El robot hizo una pausa. Steffens tuvo la impresión de que estaba desconcertado.

—Debo decirle —prosiguió— que también nosotros sentimos... curiosidad.

De pronto se detuvo, como luchando con una palabra que no podía comprender del todo. Steffens esperó con el más profundo interés. Por último, continuó el robot:

—Sólo conocemos dos tipos de estructuras vivientes: la nuestra, que es en su mayor parte metálica, y la de los constructores, que se parece algo más a la de ustedes. Yo no soy... doctor; de modo que no puedo informarle acerca de los detalles específicos de la composición de los constructores; pero si usted tiene interés, haré venir a un doctor. Me complacerá serle útil.

Ahora le correspondió a Steffens vacilar, y el robot esperó pacientemente. Entretanto Ball y el segundo robot los contemplaban en silencio. Evidentemente los constructores eran los que habían creado los robots, y en cuanto a los "doctores", pensó Steffens, quizás eran precisamente robots médicos, diseñados específicamente para cuidar de los cuerpos, en apariencia carnales, de los constructores.

La eficiencia de aquellos seres seguía provocando su asombro, pero la pregunta que hacía rato deseaba hacer, brotó ahora de sus labios, sin obstáculos:

—¿Podría decirnos dónde están los constructores?

Ambos robots permanecieron inmóviles. Steffens pensó de pronto que en realidad no sabía cuál de ellos hablaba. La voz que se oyó se expresaba con dificultad.

—Los constructores... no están aquí.

Steffens lo contempló asombrado.

El robot notó su confusión y continuó:

—Los constructores se han ido. Hace mucho tiempo que se han ido.

¿Era posible que lo que se notaba en su voz fuera dolor?, se preguntó Steffens; y entonces, el espectro de aquellas ciudades aniquiladas surgió en su memoria.

La guerra. Sin duda, los constructores habían perecido todos en esa guerra. Y en cambio habían sobrevivido los robots.

Trató de aprehender la idea, pero

no pudo. Aquí había robots, en medio de una radiación tan letal que nada podía vivir, en un planeta muerto, en una atmósfera de anhídrido carbónico.

El anhídrido carbónico le sugirió un pensamiento repentino.

Si hubo aquí alguna vida, hubo vida vegetal también, y por lo tanto oxígeno. Si la guerra había ocurrido hace tanto tiempo que el oxígeno libre había desaparecido ya de la atmósfera, ¿qué edad tenían aquellos robots? Steffens miró a Ball, luego a los silenciosos robots y por último a la multitud agrupada en el campo, y sintió un escalofrío.

¿Serían tal vez inmortales?

¿QUIERE usted ver a un doctor? Steffens se sobresaltó al oír la frase tan familiar; pero luego se dió cuenta de a qué se refería el robot.

—No, todavía no —dijo—; gracias.

Los robots esperaban pacientemente.

—¿Podría usted decirme —dijo por fin— qué edad tienen ustedes? Individualmente, quiero decir.

—Según calculan ustedes —dijo su robot, e hizo una pausa para reflexionar—, tengo cuarenta y cuatro años, siete meses y dieciocho días de edad, y me quedan aún diez años y aproximadamente nueve meses de vida.

Steffens trató de comprender esto.

—Tal vez facilitaría nuestra conversación —dijo el robot—, si usted se refiriera a mí por un nombre, tal como acostumbra usted. Usando las primeras... letras... de mi designación, mi nombre sería 'Elb'.

—Encantado —murmuró Steffens.

Usted se llama Steff —dijo el robot amablemente; y agregó, mostrando con un brazo al robot que permanecía junto a Ball—. La edad de Peb es de diecisiete años, un mes y cuatro días. Por lo tanto, a Peb le quedan aún unos treinta y cuatro años.

Steffens trataba de razonar. El lapso de vida era, pues, de unos cincuenta y cinco años. Pero, entonces, ¿qué significaban las ciudades y la atmósfera de anhídrido carbónico? El robot Elb había dicho que los constructores eran similares a él, y por lo tanto el oxígeno y la vida vegetal les eran indispensables. A menos que...

Recordó los edificios de Tyban IV.

A menos que los constructores *no* fueran originarios de este planeta. Su mente se transformó en un caos. En ese instante intervino Ball, restableciendo el orden.

—¿Ustedes mismos construyen? — preguntó.

Peb respondió rápidamente, y en su voz se notaba de nuevo aquella leve inflexión de alegría, como si el robot agradeciera la oportunidad de responder.

—No, nosotros no construimos. Nosotros somos hechos por la... — se detuvo, buscando la palabra apropiada —, por la *Fábrica*.

—¿La Fábrica?

—Sí, la hicieron los constructores.

¿Les gustaría verla?

Los dos terráqueos asintieron en silencio.

—¿Prefieren usar su... vehículo? Porque está a gran distancia de aquí.

Efectivamente, la distancia era grande, aun yendo en la nave. Algunos de los hombres de Contactos Extranjeros les acompañaron. Cerca de la zona crepuscular del otro lado de aquel mundo pudieron ver la *Fábrica* destacándose en la tenue luz del atardecer. Era una mole inmensa, fantástica, de metal gris oscuro, que se levantaba en un valle entre dos montañas desgastadas. Steffens descendió bastante, trazando círculos y contemplando con asombro el ta-

maño del edificio. Alrededor se veían robots que se movían junto a su cuna. A distancia parecían pequeños insectos negros.

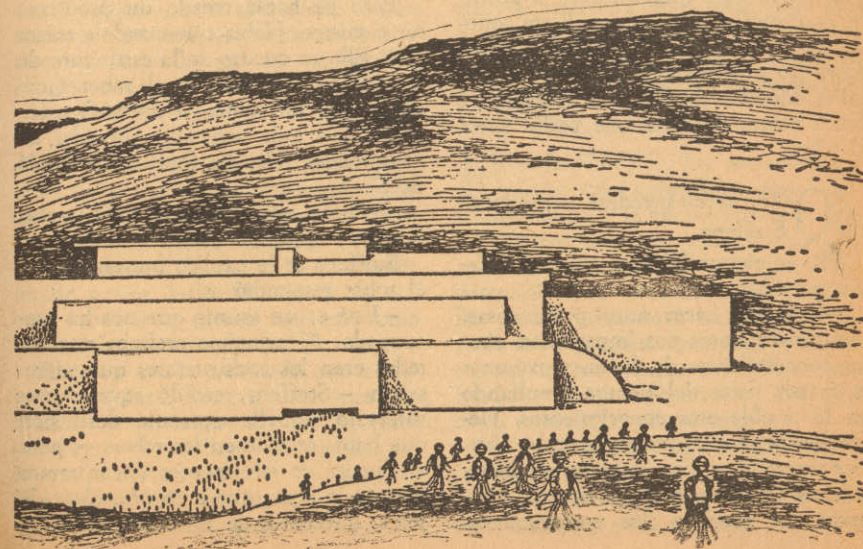
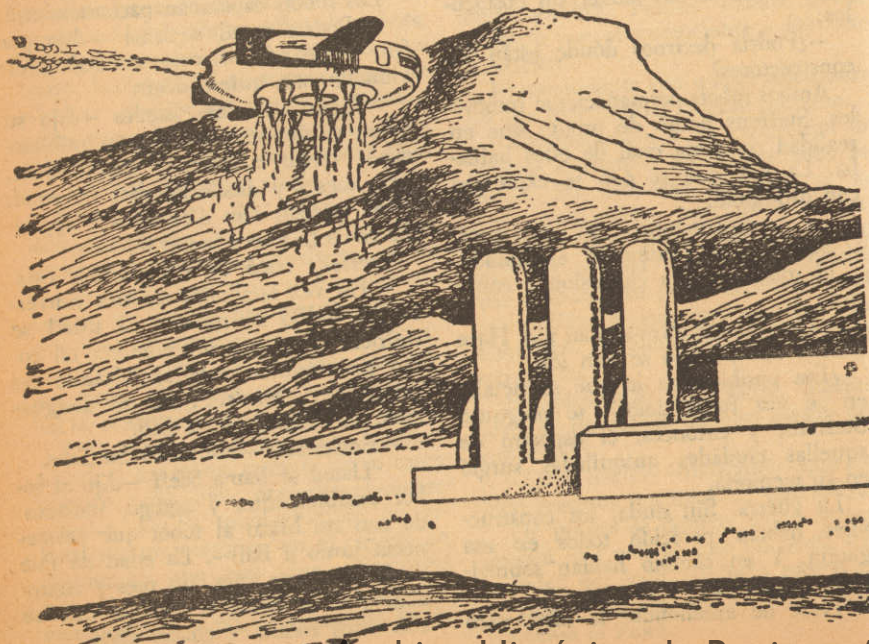
LOS terráqueos se quedaron durante varias semanas en aquel extraño mundo. Generalmente Steffens estaba con Elb, y ahora hablaba tanto como escuchaba. El equipo de Contactos Extranjeros recorría todo el planeta con entera libertad, investigando una cultura que seguramente era la más curiosa de la historia. Todavía quedaba en pie el misterio de aquellos edificios de Tyban IV; tanto ese punto como el origen de los robots debían ser aclarados antes de que pudieran emprender el regreso a su base.

Cosa extraña, Steffens no se preocupaba ya por el futuro. Cuando se acercaba a un robot experimentaba una sensación tal de buena voluntad y co-

modidad que se sentía reconfortado, y estaba tan ocupado observándolos que le quedaba muy poco tiempo para pensar.

Lo que no había comprendido en un principio era que, ante los robots, él constituía un objeto tan curioso como ellos lo eran para él. De pronto se le ocurrió que ninguno de los robots había visto jamás un ser vivo, y la idea le produjo gran conmoción. Ni siquiera sabían lo que era un insecto, un gusano, una hoja. No conocían la carne. Sólo los doctores la conocían y ninguno de ellos podría entender qué significaba "materia orgánica". Habían tardado cierto tiempo en darse cuenta de que los terrestres llevaban trajes que no formaban parte de sus cuerpos, y les resultaba muy difícil comprender la necesidad de llevarlos.

Pero en cuanto comprendieron, los robots hicieron algo muy sorprendente.



Al principio, debido a la excesiva radiación, ninguno de los terráqueos podía permanecer fuera de la nave durante mucho tiempo, aun con los trajes antirradioactivos. Y una mañana, cuando Steffens salió de la nave, se encontró con que miles de robots, trabajando toda la noche, habían descontaminado la zona con la mayor eficiencia.

Fué entonces cuando Steffens preguntó cuántos robots había, y se enteró de que eran más de nueve millones. La masa de ellos había permanecido aparte, a gran distancia de la nave, diseminados por el planeta, lo que constituía un acto de cortesía de su parte, ya que eran sumamente radioactivos.

Entretanto, Steffens permitió con toda amabilidad que Elb investigara en su mente. El robot extrajo todos los conocimientos que de la materia poseía Steffens, meditó sobre ellos y trató de asimilarlos, para transmitirlos a los otros robots. A su vez, Steffens tenía gran dificultad en imaginarse una mente que no sabía lo que era la vida.

Tenía una vaga idea de la historia de los robots, quizá más amplia que la que tenían ellos mismos; pero se abstuvo de formular una opinión hasta conocer el informe de Contactos Extranjeros. Lo que le fascinaba era la asombrosa filosofía de Elb, en realidad el único punto de vista que podía tener el robot.

—¿QUE hacen ustedes? — preguntó Steffens.

Elb le respondió con su característica sencillez:

—Podemos hacer muy pocas cosas. Los constructores nos impartieron ciertos conocimientos de física, y pasamos la mayor parte del tiempo ampliando en lo posible esos conocimientos. Hemos hecho algunos progresos en las ciencias naturales y algo también en matemáticas. El propósito de nuestra existencia es servir a los constructores.

Toda habilidad que podamos adquirir nos hará más aptos para servir cuando los constructores regresen.

—¿Cuándo regresen?

Hasta ahora no se le había ocurrido a Steffens que los robots esperaban el regreso de sus constructores. Elb lo miró con su banda ocular.

—Veo que usted daba por sentado que los constructores no regresarían.

Steffens pensó que, si el robot pudiera reírse, lo habría hecho en ese momento. En cambio se quedó ahí, inmóvil, con su tono de voz amablemente enfático.

—Siempre hemos creído en el regreso de los constructores. De no ser así, ¿para qué nos habrían construido?

Steffens creyó que el robot proseguiría, pero calló. El problema, para Elb, no era problema. Steffens tardó en comprenderlo, aunque sabía ya algo que el robot ignoraba, es decir, que los constructores se habían ido para no regresar más. Sin embargo trató de ocultar esta reflexión en lo más hondo de su mente, para que no fuera captada por Elb. No quería destruir su fe.

Pero ya había creado un problema en sí mismo. Había comenzado a trazar ante Elb un cuadro de la estructura de la sociedad humana, y el robot (máquina que no comía ni dormía) escuchaba con toda seriedad y trataba de comprender. Un día Steffens le habló de Dios.

—¿Dios? — El robot no podía captar la idea —. ¿Qué es Dios?

Steffens se lo explicó brevemente, y el robot respondió así:

—Este es un asunto que nos ha preocupado. Al principio creímos que ustedes eran los constructores que regresaban — Steffens recordó aquel breve intervalo, aquella aparente desilusión que había sentido en los robots —; pero al bucear en sus mentes encontramos que no lo eran, que eran otra clase de seres, diferentes de los constructores y

de nosotros mismos. Ni siquiera eran ustedes... telepatas. Por eso nos preguntábamos quiénes los habrían hecho. Encontramos la palabra *Hacedor* en su teología, pero nos parecía que tenía un significado peculiar... — Elb hizo una larga pausa —, intangible y elevado, que entre ustedes mismos es muy variable.

Steffens entendió e hizo un signo de asentimiento.

Los constructores eran el dios de los robots, toda la idea de Dios que ellos necesitaban. Los constructores los habían hecho a ellos, habían hecho el planeta, el universo. Preguntarles quién había hecho a los constructores era como preguntarle a él quién había hecho a Dios.

El paralelo era irónico, y no pudo reprimir una sonrisa.

Pero ésa fué la última vez que sonrió en aquel planeta.

Al cabo de la quinta semana estuvo listo el informe de Contactos Extranjeros. El teniente Ball lo trajo a la cabina de Steffens.

—Prepárese — le advirtió Ball, indicando los papeles que había depositado en el escritorio ante el capitán. En su rostro se leía una expresión ansiosa y dura —. Algo de eso me imaginaba, pero no creía que fuera tan terrible.

Cuando Steffens lo miró sorprendido, Ball dijo:

—Usted no sabe. Léalo y verá.

El primer oficial se dió vuelta bruscamente y salió de la habitación. Steffens, desconcertado, miró el informe que tenía ante sí. La idea que había tenido acerca de la historia de los robots volvió a su mente; nervioso tomó los papeles y comenzó a leer.

El relato estaba redactado con la mayor objetividad. Era perfectamente frío y claro, como deben ser los informes oficiales, y sin embargo se traslucía en él una intensa emoción. Ni siquiera Contactos Extranjeros podía evitarlo.

En síntesis decía esto:

Los constructores eran bastante parecidos a los humanos, pero con ciertas particularidades notables. Eran telepatas (sin duda un factor muy importante en su notable progreso tecnológico) y además poseían un segundo par de brazos. Los doctores robots podían dar informes precisos sobre su constitución, que era similar a la de los terrestres, y, por otra parte, las ruinas de sus ciudades habían brindado algunos datos sobre su estructura social y sus costumbres. Había un informe adicional concerniente a la sociología; pero, por el momento, Steffens lo dejó a un lado.

También existían otras fábricas. Restos de ellas se habían hallado en distintos lugares, en cada uno de los continentes. Fueron construidas algo antes de la guerra, y por lo tanto todas, excepto una, habían sido destruidas.

Con todo, los constructores no eran una raza guerrera, como suponía Steffens. La telepatía les dió el poder de conocer el pensamiento de los demás y de intercambiar ideas, de modo que su historia era muy pacífica, especialmente si se la comparaba con la de la Tierra. A pesar de ello sobrevino una guerra, debida a alguna causa que Contactos Extranjeros no pudo descubrir, y evidentemente sus efectos fueron calamitosos.

FINALMENTE, los constructores habían sido aniquilados por la radioactividad y la guerra bacteriológica; los últimos combates produjeron tanta radioactividad que todo ser viviente fué destruido. Los microbios, las bombas, los rayos destructores hicieron que al final todo quedara destrozado o muerto; todo menos aquella sola fábrica que habían visto los terráqueos. Por una ciega casualidad quedó intacta.

Y, naturalmente, siguió produciendo robots.

Como funcionaba por medio de una pila atómica, y la materia prima se

combinaba con los robots gastados que volvían a la fábrica, podía continuar la producción indefinidamente. Todo el proceso, aun las reparaciones, era completamente automático.

Año tras año salían robots en una corriente lenta e ininterrumpida. Sin gobierno y sin instrucciones, permanecían junto a la fábrica, esperando, comunicándose rara vez entre sí. Poco a poco se fué perdiendo el recuerdo de la guerra, de la vida, de todo, salvo lo que se había impreso en sus mentes al nacer.

El cerebro de los robots, ciertamente la obra más perfecta de los constructores, era variable. No había nunca cerebros geniales, ni tampoco retardados, pero el grado de inteligencia variaba considerablemente entre ambos extremos. Con el correr de los años, lentamente, los más inteligentes entre ellos comenzaron a comunicarse entre sí, a preguntarse unos a otros, y entonces empezaron a alejarse de la fábrica y a buscar...

Buscaban a alguien a quien servir y no encontraban a nadie. Los constructores habían desaparecido, pero su error no fué solamente ése. Pues, al crear los robots, los constructores habían hecho algo más:

Al mismo tiempo que fabricaban el primer cerebro de robot, se habían dado cuenta de que necesitaban una máquina que nunca se volviera contra ellos. El resultado fué el cerebro del robot

actual. Como ya había intuído Steffens, los robots *podían sentir dolor*; no dolor físico, ya que su cuerpo metálico no tenía nervios, pero sí el dolor de la frustración, de las emociones reprimidas, es decir, *dolor psíquico*.

Y de esta manera los constructores grabaron en el cerebro de los robots este *mandamiento primordial*: "Los robots sólo podrán sentirse felices, libres de dolor, mientras sirvan a sus constructores". Debían actuar para ellos, debían estar dicados continuamente a satisfacer sus deseos, pues, de lo contrario, nacía en ellos una creciente intranquilidad, una tristeza e irritación contra sí mismos que se hacían más intensas a medida que iban pasando días sin servir.

Y ya no había más constructores a quienes servir.

EL dolor no era insoportable, porque como los constructores no tenían noción exacta de las potencialidades del cerebro de los robots, no podían arriesgarse a causar desarreglos. De modo que la tensión alcanzaba un límite y se estabilizaba; en esta forma, los robots la sentían siempre, durante todos los días de sus cincuenta y cinco años de existencia, siempre punzante y viva.

Y así continuaba la producción de robots.

Transcurrió un milenio, durante el cual los robots comenzaron a moverse y a pensar por cuenta propia. Sin em-

bargo, tardaron mucho más en encontrar una manera de servir.

La pila atómica que daba energía a la fábrica, después de cinco mil años de uso continuo, acabó por agotarse: la fábrica se detuvo.

Este era el primer acontecimiento en la historia de los robots. Jamás habían conocido suceso alguno que viniera a alterar el curso de sus existencias, salvo las variaciones del tiempo y la invariable pena que sentían al no servir. En esa ocasión, uno de ellos comenzó a reflexionar.

Al ver que no se producían más robots tuvo una idea, aunque no estaba seguro de si eso era lo que habían ordenado los constructores. Si el propósito de los robots era servir, al extinguirse dejarían de cumplir con su misión. El robot pensó todo esto y lo comunicó a los otros; entonces, entre todos, comenzaron a restaurar la pila gastada.

No les resultó difícil. Poseían ya los conocimientos necesarios, implantados en sus mentes al ser fabricados. Lo importante era el hecho de que por primera vez los robots habían actuado por iniciativa propia, habían comenzado nuevamente a servir. Gracias a eso, el dolor cesó.

Pero cuando la pila estuvo terminada, los robots sintieron de nuevo la angustia, y ya que habían comenzado, trataron de seguir sirviendo. Algunos revisaron la fábrica y encontraron que podían introducir mejoras en la estructura de sus cuerpos, para permitirles servir mejor a sus constructores cuando éstos regresaran. Para ello trabajaron en la fábrica, perfeccionándose, aunque no podían mejorar sus cerebros; muchos dejaron la fábrica y se dedicaron a estudiar matemáticas y el universo físico.

Con pocas dificultades construyeron una espacionave primitiva, ya que los constructores habían estado a punto de

iniciar vuelos interestelares, y con ella exploraron esperanzados el sistema solar, tratando de encontrar a sus dueños. No encontraron a nadie, y por eso dejaron en Tyban IV aquellos edificios, nostálgicos monumentos, por si los constructores pasaban por allí y deseaban usarlos.

Trancurrieron milenios. La pila se gastó nuevamente y fué restaurada, y este ciclo se repitió varias veces. Avanzando a pasos infinitesimales, los robots fueron aprendiendo y registrando sus conocimientos en las mentes de nuevos robots, hasta que alcanzaron el límite de su capacidad.

Entonces de nuevo volvió la pena, y ya nunca más los abandonó.

STEFFENS se levantó y fué a apoyarse contra la pantalla de protección. Durante largo rato contempló los melancólicos y fieles mecanismos que se veían a través de la nebulosa atmosférica de anhídrido carbónico. Sintió vehementemente deseo de romper algo, cualquier cosa, pero se contentó con proferir algunos juramentos en voz baja.

Ball se acercó nuevamente y, con los ojos nublados por la emoción, miró a Steffens fijamente.

—De esto hace veinticinco mil años —dijo con voz ronca—. *Veinticinco mil años...*

Steffens, palidísimo, no pronunció palabra alguna. Afuera, la masa de robots estaba inmóvil, eterna entre eternas rocas, sufriendo siempre aquel torturante dolor. A la memoria del capitán acudió un fragmento de un viejo poema: "También sirven aquellos que sólo esperan...".

Hacía mucho tiempo, desde que era muy joven, que no se había sentido tan conmovido. Durante un rato permaneció rígido, hablando consigo mismo:

Ahora todo eso terminó. ¡Al diablo con lo pasado! Los llevaremos con nos-

¡Ah, la televisión!

SEGÚN estadísticas mencionadas en la revista inglesa "The Economist", la televisión goza de más simpatías que tomar un baño o llamar por teléfono en ciertas ciudades norteamericanas. En Chicago, por ejemplo, hay 1.360.000 aparatos de televisión en uso, contra 1.320.000 teléfonos de familias y 1.260.000 bañeras. ¡Y eso que la pantalla de televisión se usa con las bañeras!

otros y les dejaremos servir, y por Dios...

Vaciló, pero al pensar en todo lo que podía hacerse, recuperó el coraje. Los terráneos tendrían que venir con naves suficientes para llevarse a los robots. Desde luego que la operación requeriría cierto tiempo, pero después de tantos años cierto tiempo no representaba nada. Pensó en todas las cosas que los robots podrían hacer; en el Comando de Compilación de Mapas, para no ir más lejos, sus servicios serían invalorable, ya que ni la temperatura ni la atmósfera rarificada les afectaban. Podían desembarcar en cualquier mundo, podían construir y excavar y mejorar cualquier lugar...

Y así terminaría aquella larga tragedia: los robots servirían al Hombre.

Steffens suspiró hondamente. Sin dirigir la palabra a Ball salió de la habitación y, encaminándose a los vestuarios, sacó un traje, se lo puso, y un segundo después salía de la esclusa de aire.

Sólo le quedaba una cosa por hacer, y era al mismo tiempo la tarea más grata y la más difícil que había intentado en su vida: tenía que decirselo a los robots.

Tenía que pararse ante ellos y decirles que tantos siglos de dolor habían sido vanos, que los constructores estaban muertos y no regresarían jamás, que cada robot construido durante los últimos veinticinco mil años era simplemente un material superfluo, sin objeto. Y sin embargo, y gracias a esto podía hacerlo, también les diría que los años inútiles habían terminado, y que desde ahora empezaría para ellos una era de acción.

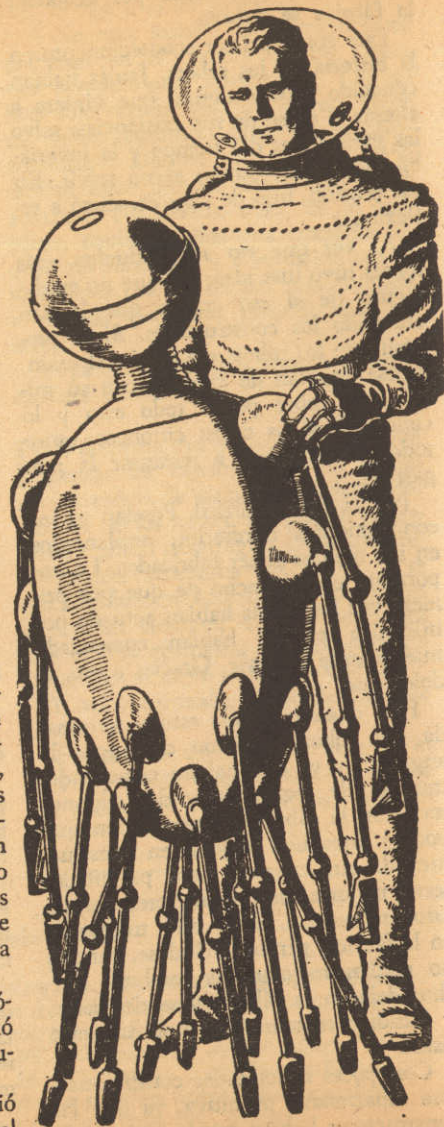
Al bajar de la nave vió a Elb, inmóvil, esperando. Al verlo, Steffens se dió cuenta de que no era necesario formular su pensamiento en palabras.

Cuando se acercó al robot, extendió una mano y tocó el brazo de Elb, al

tiempo que le decía con el mayor cariño:

—Elb, amigo mío, mire usted mi pensamiento.

Y, como siempre, el robot obedeció. ♦



CONTESTANDO A LOS LECTORES



MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas que contengan preguntas sobre temas científicos. Algunas de las respuestas se publican cada mes, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se pida de no hacerlo. Las preguntas deberán ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una sola pregunta.

Escriba a **MÁS ALLÁ**, Avenida Alem 884, Buenos Aires.

PREGUNTA:

¿Qué libro podría adquirir para iniciarme en el estudio de la Astronomía?

Rodolfo Presbitero. Morón, FCNDFS.

Respuesta: Para adquirir los primeros conocimientos de Astronomía le será útil cualquiera de los buenos textos de Cosmografía que hay en el país, por ejemplo el de Loedel-De Luca. Sin embargo, para enterarse de los problemas generales y tener una idea más clara de lo que realmente le interesa dentro de ese inmenso campo, le conviene leer un libro cualquiera de divulgación astronómica, por ejemplo los de Gamow, Jeans, Spencer Jones, etc.

PREGUNTA:

¿Cuántas son las pequeñas lunas que forman los anillos de Saturno?

Alejandro Labadie, Capital.

Respuesta: Centenares, miles o millones, todo depende del tamaño mínimo que usted exija a un trozo de roca para llamarlo "luna". Si admite cualquier tamaño, la respuesta es incalculable, pues en los anillos hay "lunas" grandes como granos de arena. El dato más concreto a este respecto es que el tamaño máximo de las rocas que forman los anillos se cree hoy que no sobrepasa los cinco kilómetros de diámetro.

PREGUNTA:

¿Qué distancia abarca la fuerza de gravedad de la Tierra?

Héctor Fernández Alonso, Comodoro Rivadavia.

Respuesta: Si usted desea saber hasta qué distancia es prácticamente apreciable la influencia de la masa terrestre sobre los cuerpos, la respuesta es

que, con nuestros instrumentos actuales, esa influencia es inobservable a la distancia de Júpiter. Es decir, un cuerpo cualquiera, una astronave, por ejemplo, que estuviera a esa distancia, no notaría ninguna alteración de sus movimientos debida a la atracción terrestre.

PREGUNTA:

¿Cómo se calculan la masa y el radio de un planeta?

Pedro Wojeik, Capital.

Respuesta: Para tener una idea bastante aproximada de estas magnitudes, lo primero es calcular el radio y la masa de la Tierra. El radio terrestre se obtiene midiendo un meridiano cualquiera (40.000 km.) y dividiendo por dos π . La masa se averigua midiendo la aceleración de la gravedad y usando la ley de Newton (se multiplica la gravedad por el cuadrado del radio y se divide por la constante de Newton, y eso da la masa). Luego hace falta conocer las distancias de los planetas a sus satélites, que se calculan a partir de sus distancias a la Tierra, y éstas a su vez se averiguan midiendo la "paralaje" de los planetas, que es el ángulo bajo el cual se ve el radio terrestre desde el planeta en cuestión. La paralaje se mide observando la altura del planeta sobre el horizonte desde dos puntos de un mismo meridiano. Conocida la distancia y observando el diámetro aparente del planeta se calcula el radio. Igualmente, observando el diámetro aparente de la órbita de un satélite se obtiene la distancia del satélite al planeta. Luego la masa se calcula con la fórmula: $m = c \cdot d^3 / T^2$, donde "d" es la distancia del planeta a uno de sus satélites; T es el tiempo que tarda ese satélite en dar una vuelta alrededor de su planeta, y "c" es el

número que se obtiene dividiendo cuatro π^2 por la constante de Newton.

PREGUNTA:

Todos los cuerpos celestes que llegan a la atmósfera, ¿lo hacen por atracción de nuestro planeta?

F. Ramos, Ciudadela, FCNDFS.

Respuesta: Si la Tierra no ejerciera atracción alguna, igual podría caer a ella o, mejor dicho, chocar con ella un cuerpo celeste que por casualidad pasara por el mismo sitio al mismo tiempo. Pero estos casos son muy pocos. Gracias a la fuerza de atracción, basta con que el cuerpo pase cerca para que sea capturado.

PREGUNTA:

El cerebro de los animales futuros, ¿progresará o se irá atrofiando?

Olga Ivansek, V. Alsina, F.C.N.G.R.

Respuesta: En nuestra opinión (que no es por cierto la única), los animales del futuro tendrán el grado de inteligencia, el tamaño y las costumbres que los hombres quieran darles. En efecto, los descubrimientos de la Genética autorizan a pensar que el hombre puede controlar la evolución de las especies. Por supuesto, un tema tan interesante no podía escapar a la atención de los escritores de ficción científica, y ya leerá usted en nuestra revista muchas fantasías acerca de las posibilidades inmensas que se abren por este camino.

PREGUNTA:

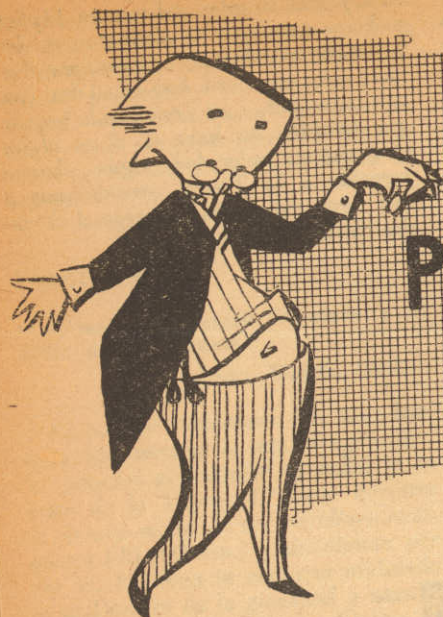
¿En cuál de los planetas conocidos se cree que existiría vida, y cuál podrá ser el más adelantado?

Ana María Erra, Capital.

Respuesta: En los próximos capítulos de "La conquista del espacio", su pregunta se verá contestada. Por ahora le adelantamos que seres vivientes de constitución semejante a los terrestres sólo podría haber en Marte y Venus. Ahora, si se piensa en formas de vida que no utilizaran como fuente de energía el oxígeno (de lo cual hay ejemplos en ciertas bacterias terrestres), cualquier

cosa puede suceder: tal vez en Júpiter pululen seres que se alimentan de los gases amoniacales. Lo concreto por ahora es esto: en Marte hay vegetales, casi con seguridad, y en Venus nada impide que también los haya. Y si en algún otro sistema solar hay algún planeta parecido a la Tierra, apostaríamos a que tiene vida animal y vegetal de todas clases.





PROFESOR PARTICULAR

por JUAN FERNANDEZ

LA gorda señora abrió la puerta decorada con las palabras: "Agencia de Empleados Particulares - Gerente General", y entró a la lujosa oficina. El gerente se incorporó para recibirla con una elegante inclinación de su bien trajectado cuerpo, y con una mano recientemente manicurada le indicó un sillón autoanatómico:

—A sus órdenes, señora —dijo en inglés, con ligero acento castellano.

—Lamento molestarlo, señor gerente —contestó la señora mirando con aprobación sus apuestas facciones. El sillón, mientras tanto, se ajustaba con dificultad a su obesa espalda y adyacencias hasta darle el máximo de comodidad—. La empleada que me atendió dijo que no sabía contestarme y que hablara yo con usted. ¿Es ella un... robot?

Esto último fué añadido con una ligera mueca de desagrado.

—En efecto, señora; todo nuestro personal de ventas está formado por robots clase B. Por eso un caso fuera de lo común, como el suyo, ya no está al alcance de sus limitados electrocerebros.

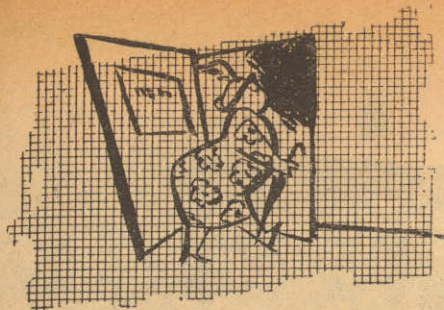
—Pero, ¿qué tiene de extraño mi caso? —protestó la señora—. Sólo busco un buen profesor de castellano para mi hijo, pues mi esposo espera que-darse muchos años en la República de Sudamérica como embajador.

EL gerente se pasó la mano por el mentón, antes de responder.

—Es que aquí, señora, uno aprende un idioma en quince días...

—¿De veras? —interrumpió ella—. ¡Con razón dicen que Sudamérica es un país tan adelantado! Pero eso no es inconveniente, al contrario...

—No me he explicado bien. Un sudamericano puede aprender, por ejem-



ilustrado por SALVA

plo, inglés en quince días porque ya tiene una larga educación de lingüística general: semántica, filología, sintaxis; y eso, unido a una sólida base de antropología, historia y epistemología facilita mucho el aprendizaje. Su hijo, en cambio, es un caso especial...

LA esposa del embajador soportó impávida esa explicación que le sonaba a griego; pero la alusión a la ignorancia de su hijo le hizo contestar:

—Será como usted dice. Pero alguno de sus supergenios será capaz de enseñarle castellano a mi hijo por los métodos antiguos, ¿no? Especialmente con el sueldo que estoy dispuesta a pagar.

—¡No puede ser, señora, lo siento muchísimo! ¿No sabía usted que en Sudamérica se ha abolido hace muchos años la servidumbre humana? ¡Para eso están los robots! Tenemos que construir un robot especial para su hijo.

—¿Un robot? —repitió ella con el tono de quien no piensa soportar una broma estúpida—. ¿Y quiere usted hacerme creer que una máquina puede enseñarle castellano a mi hijo?

—¿Por qué no, señora? La empleada que la atendió antes es un robot, y sólo se dió cuenta usted porque la habían prevenido, seguramente. En Sudamérica se fabrican robots para todo servicio: mucamas, cocineros, jardineros... Sólo se nota que no son humanos si se

les habla de cuestiones fuera de su especialidad, o...

—¿O qué? —preguntó la señora.

—O si se los ve en el momento de alimentarse —contestó el gerente de mala gana y ruborizándose levemente.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Cómo se alimentan los robots? Nunca se me ocurrió que tuvieran necesidad.

—De alguna manera tienen que reponer la energía que gastan trabajando, señora. En vez de estómago tienen un motorcito atómico que funciona con hierro 62. Este hierro viene en píldoras que los robots toman por...

—¿...la boca? —completó automáticamente la señora.

—No; por el ombligo. Es un camino mucho más corto, y que al hombre también le sirve para ese objeto antes del nacimiento...

La esposa del embajador se despegó del sillón virtuosamente indignada.

—¡Qué osadía! ¿Dónde se ha visto hablar de semejantes temas ante una dama? ¡Usted no es un caballero!

—No, señora —admitió el gerente.

Ella cruzó la oficina, y desde la puerta se despidió con otra andanada.

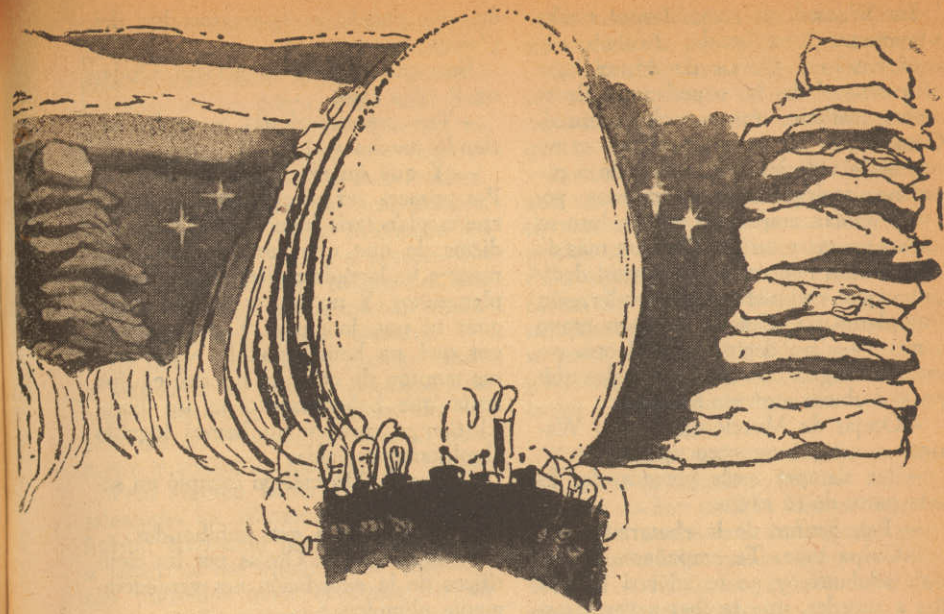
—Y, además, ¡no crea que me ha engañado con su historia de robots profesores de idiomas! Ustedes los sudamericanos no piensan más que en deslumbrar a los extranjeros con mentiras, pero yo los conozco bien. ¡Como si una máquina pudiese conversar inteligentemente con un humano!

Y se fué con un intento de portazo, malogrado por el freno de la puerta.

EL gerente se encogió de hombros filosóficamente mientras sacaba una pastillita de una caja marcada: "Fe 62".

—No me dió tiempo a explicarle cómo son los robots clase A —murmuró.

Y desabrochándose la camisa a la altura del ombligo introdujo por allí la pastillita, empujándola delicadamente con el menique.



VAMPIRO TELEPATICO

por CLIFFORD SIMAK

ilustrado por SIBLEY

Aquel planeta era insignificante y dejado de la mano de Dios, pero ocultaba uno de los más pavorosos secretos con los que tuvo que enfrentarse la raza humana.

EL grupo de exploración interplanetaria se encontraba frente a un problema que había resultado impenetrable a todos sus métodos y técnicas. La situación completamente desusada los había obligado a recurrir a la hipótesis. Y la hipótesis nunca es

aconsejable. Lo que interesa son hechos. Hechos mensurables, aptos para ser sistematizados, comparados, desarrollados. Decir que habían llegado a una hipótesis era lo mismo que reconocer un fracaso. Hipótesis era sinónimo de derrota. Y sin embargo...

Ira Warren, el comandante, estaba amablemente preocupado. Acababa de confesárselo a Orejas de Murciélagos, el cocinero de la expedición. Entre ambos mediaba una estrecha amistad. Compañeros en su infancia, los caminos de la vida los habían llevado a posiciones jerárquicamente opuestas, pero no habían empañado en absoluto su mutua estima y cariño. Durante más de treinta años habían vivido juntos, dedicados por completo a la exploración interplanetaria. Cuando estaban mano a mano podían decirse uno al otro cosas que ningún otro compañero de equipo se hubiera atrevido a decir.

—Orejas de Murciélagos —dijo Warren—, estoy muy preocupado.

—Tú siempre estás preocupado; es una parte de tu cargo.

—¡Este asunto de la chatarra!...

—Culpa tuya. Te empeñaste en seguir adelante, y yo te advertí lo que iba a suceder, que te ibas a ver arrastrado por preocupaciones, autoridad y pom... pom...

—¿Pomposidad?

—Eso mismo; por la pomposidad.

—Yo no soy amigo de la pomposidad.

—Ya lo sé, pero estás preocupado por este asunto de la chatarra... Mira, tengo abajo un par de botellas... ¿Qué te parece un traguito?

Warren descartó la sugestión con un movimiento de hombros.

—Un día de éstos te voy a romper todos los huesos. Cómo te las arreglas, no lo sé; pero en cada viaje...

—Vamos, Ira; no lo tomes así.

—Pero en cada viaje cargas licor como para emborrachar a tres regimientos. Te he dicho mil veces que eso es peso muerto y que no tienes derecho a...

—¡Pero si lo cargo en concepto de equipaje! Cada uno tiene derecho al suyo, y el mío son las botellas.

—Un día de éstos vas a salir volando

de una patada a cinco años luz del planeta más próximo.

Esta amenaza era muy vieja. Orejas no le hizo caso.

—Tus preocupaciones te están haciendo mucho mal.

—¿Y qué quieres que hagamos?...

Por primera vez en cien años de exploración planetaria hemos encontrado indicios de que una raza distinta a la nuestra ha logrado realizar vuelos interplanetarios. Y no hemos podido averiguar ni una jota más. Y no entiendo por qué no hemos podido. Con todo ese montón de chatarra nuestro equipo tenía que haber escrito ya un libro. El tiempo corre y no hemos logrado absolutamente nada.

Orejas de Murciélagos escupió en señal de desprecio.

—Te refieres a esos sabihondos...

El desprecio de Orejas por los científicos de la expedición era verdaderamente olímpico.

—Son muy buenos. Los mejores que hay, cada uno en lo suyo.

—¿Te acuerdas de los buenos tiempos, Ira? —preguntó Orejas—, ¿cuando tú eras segundo teniente y solías bajar, y tomábamos unos traguitos, y...?

—Eso no tiene nada que ver ahora.

—Sí que tiene. Entonces teníamos hombres de veras. Agarrábamos un palo y salíamos a buscar a los nativos, y en veinticuatro horas los hacíamos entrar en razón a fuerza de palos, y recogíamos más datos que todos estos científicos juntos en veinticuatro semanas.

—Esto es ligeramente distinto: aquí no hay nativos que "persuadir".

EN verdad, en este planeta había muy poco de cualquier cosa, no sólo nativos. Era un asunto de ínfimo orden, y no tendría ninguna importancia en el próximo billón de años.

Su superficie estaba compuesta casi exclusivamente por rocas eruptivas y campos de cantos rodados. En los últi-

mos quinientos mil años habían aparecido plantas inferiores, y se estaban desarrollando bien. Musgos y líquenes brotaban en las grietas y se extendían por las rocas, pero, fuera de ellos, no había señales de ningún otro organismo viviente. Aunque, a decir verdad, esto no se podía afirmar exactamente, porque nadie se había interesado en explorar minuciosamente el planeta. No lo habían recorrido ni habían buscado indicios de vida: todos estaban demasiado apasionados por la chatarra.

Cuando avistaron el planeta desde la astronave, los hombres del equipo no tenían intención de aterrizar. Su misión era sobrevolarlo en todo su perímetro y consignar los datos de rutina.

Pero alguien había divisado con el telescopio los montones de chatarra y habían aterrizado para examinarlos. Y a partir de ese momento se encontraron hundidos hasta el cuello en un endemoniado rompecabezas.

Se trataba efectivamente de un depósito de chatarra. Desparramadas por todas partes se veían las que aparentaban ser piezas de un motor, aunque nadie podía identificarlo. Pollard, el ingeniero mecánico, se había devanado los sesos tratando de imaginar cómo podrían ajustarse entre sí aquellas piezas. No pretendía armar el motor completo: se conformaba con poder ajustar al menos un conjunto de dos o tres. Al fin pareció que lo había conseguido, pero lo que resultó no tenía sentido alguno. Decidió entonces desarmar nuevamente: no lo consiguió. Llegado aquí, Pollard se dio por vencido.

Las piezas del motor, si efectivamente lo eran, estaban desparramadas por todo el terreno, como si alguien las hubiera arrojado sin preocuparse para nada de cómo o dónde caían. Sin embargo, en un extremo se encontraba apilado con cuidado un material que evidentemente debió de servir como alimento o combustible.

Lo más posible es que fuera alimento, aunque de una clase algo extraña. Había también unas botellas de material plástico, llenas de un líquido venenoso, y un material manufacturado, que parecía destinado a la vestimenta.

Lo imposible era tratar de imaginar qué tipo de seres vivientes podían vestir esas ropas y esas barras metálicas, unidas en haces, sin necesidad de atadura alguna, por un tipo especial de fuerza de atracción. Había además un sinnúmero de otros objetos a los que no se podía aplicar, ni siquiera por analogía, ningún nombre de los que constituyen el vocabulario humano.

EL equipo hubiera debido encontrar la solución. No me explico por qué no han podido. Hemos desatado nudos mucho más embrollados que éste y en mucho menos tiempo —dijo Warren—. El motor ya debía estar armado y funcionando.

—Si es que se trata de un motor —insinuó Orejas.

—¿Y qué va a ser?

—Vamos, Ira, no te dejes contagiar.

Ya estás hablando como ellos. Te encuentras con algo que no sabes explicar, piensas cuál es la mejor explicación posible, y cuando alguien te pregunta por qué, respondes: "¿Y qué va a ser?" Eso no es una prueba, Ira.

—Tienes razón, Orejas —admitió Warren—. Esto es precisamente lo que más me preocupa. Estamos seguros de que es el motor de una espacionave, pero no tenemos ninguna prueba.

—¿Te parece que alguien aterriza con su astronave, saca luego el motor, lo deja tirado por cualquier lado y después se va tranquilamente?... Si lo hubieran hecho, la espacionave estaría también allí.

—Pero si no sucedió esto, ¿qué hace allí todo ese material abandonado?

—Yo no soy curioso, Ira. A mí no me toca romperle la cabeza...

Orejas se levantó y se dirigió hacia la puerta. Al salir se volvió al comandante y le dijo:

—Todavía tengo abajo la botella...

—Gracias, Orejas —respondió Warren.

Warren se sentó en un sillón y se quedó escuchando los pasos de Orejas, que sonaban escaleras abajo.

KENNETH Spencer, el especialista en psicología de razas no humanas, entró en la cabina y se sentó frente a Warren, en el escritorio.

—Bueno, comandante, hemos terminado la tarea.

—No. ¡Qué van a terminar!... Rección comienzan.

—Ya no queda nada por hacer... Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos.

Warren le respondió con un gruñido.

—Hemos hecho toda clase de "tests". Tenemos un libro repleto de análisis. Tenemos un registro fotográfico completo y hemos anotado todo por escrito. Los diagramas y las notas están en orden...

—Muy bien; dígame, pues, ¿qué son todos esos hierros?

—El motor de una espacionave.

—Entonces, vamos a armarlo. Hagámoslo funcionar y tratemos de imaginarnos cómo es el tipo de inteligencia que lo ha construido.

—Eso es lo que hemos querido hacer. Trabajamos todos en colaboración. Cada uno ayudó a los otros. Los que no tenían ninguna especialidad utilizable, trabajaron como ayudantes de los demás.

—Sí, doctor Kenneth, ya sé que todos trabajaron mucho y bien.

Lo que habían hecho era más que trabajar. Durante un mes habían vivido como maníáticos, dejando el trabajo solamente para comer cualquier cosa y cerrar los ojos un par de horas.

—Estamos frente a una nueva mecánica, la mecánica de no humanos.

—Ya hemos tenido que ver con otros conceptos no humanos —señaló Warren—. Economía no humana, religión no humana, psicología no humana...

—Pero esto es distinto...

—No tan distinto. Y fíjese en otra cosa. Pollard es el hombre clave en el trabajo. ¿Hubiera podido pensar usted que Pollard iba a tardar más de una semana en armar el motor?

—Si alguien puede armarlo, es Pollard. El tiene todo lo necesario: conocimiento, experiencia, imaginación...

—Bueno, hablemos de otra cosa. Usted debe de estar pensando que es hora de que nos vayamos, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Le parece que ya no podemos hacer más?

—En efecto.

—Muy bien. Si usted opina así, voy a dar orden de partir. Saldremos después de la cena. Voy a encargarle a Orejas que prepare un banquete de despedida.

—¿Le parece que estamos para festejos después de un fracaso como éste?

Warren se incorporó para marcharse.

—Voy abajo para decirle a Mac que prepare los motores. De paso, arreglaré la cena con Orejas.

—Comandante, esto me preocupa mucho.

—También a mí. ¿Qué es lo que le molesta?

—¿Quiénes serán esos seres, qué serán esas piezas? Es la primera prueba de que otra raza ha descubierto como nosotros el vuelo interplanetario... ¿Qué les habrá sucedido?... ¿Por qué se fueron dejando todo eso aquí?

—¿Está asustado?

—Francamente, sí... ¿Y usted?

—Todavía no. Pero lo estaré sin duda cuando tenga tiempo para pensar.

El comandante bajó a la sala de máquinas.

ENCONTRO a Mac sentado en un rincón, fumando su pipa carbonizada y leyendo su Biblia pringosa y deshojada.

—Buenas noticias —dijo Warren.

Mac dejó el libro y se sacó los anteojos.

—Sólo una buena noticia me puede dar usted, comandante.

—Pues ésa es. Prepare los motores. Salimos.

—¿Cuándo, señor? Nunca me parecerá demasiado pronto.

—Dentro de un par de horas. Antes vamos a cenar y a prepararnos. Le avisaré.

El jefe de máquinas plegó los ante-

ojos, los guardó en el bolsillo, sacó la pipa de su boca y la golpeó en la mano para limpiarla. Luego la volvió a poner entre sus dientes.

—Nunca me gustó este lugar —dijo.

—¡Qué novedad! A usted no le gusta ningún lugar.

—No me gustan esas torres.

—Usted ve visiones, Mac. Aquí no hay ninguna torre.

—Perdón, señor; pero salimos a pasear con los muchachos y hemos encontrado un grupo de torres.

—Deben de ser formaciones rocosas.

—Perdón, señor, pero eran torres —respondió el jefe de máquinas con firmeza.

Una foto del Sol "al natural"

EN las capas altas de nuestra atmósfera hay una buena porción de ozono, es decir, oxígeno con tres átomos por molécula, en vez de los dos habituales. Desde hace mucho tiempo se sabe que este ozono tiene para nosotros una importancia vital: absorbe la gran mayoría de las radiaciones ultravioleta del Sol, que si llegaran hasta la superficie nos matarían en poco tiempo. Pero al mismo tiempo eso impide que el espectro ultravioleta del Sol pueda ser estudiado con el detalle que se merece; por ejemplo, nunca pudieron fotografiarse los rayos ultravioleta del hidrógeno solar, para ver si su longitud de onda coincidía con la prevista (las líneas de la llamada "serie de Lyman"). Hoy a cualquiera se le ocurre en principio una solución al problema: montar un espectroscopio con su cámara fotográfica en un cohete que sobrepase la capa de ozono y recoger así los datos necesarios. Total, ya se han tomado así tan hermosas fotos de la Tierra vista desde el espacio... Pero aquí el problema es más complicado, pues el aparato debe enfocar justo al Sol, y mantenerse enfocado el tiempo suficiente para impresionar claramente la placa. Sin embargo todos los inconvenientes técnicos fueron vencidos, y en diciembre último se lanzó un cohete de la serie "Aerobee", especialmente preparado. A los setenta kilómetros de altura se abrieron automáticamente ciertas ventanillas de la nariz del cohete y por ellas apareció el espectroscopio, estirándose telescópicamente. Una batería de células fotoeléctricas midió la intensidad luminosa en todo el cielo, y un servomecanismo orientó entonces el espectroscopio en dirección a la intensidad máxima (la del Sol), manteniéndolo enfocado a pesar de los movimientos del cohete. ¡Y el experimento tuvo pleno éxito! Todavía hay quien duda de que podemos llegar a la Luna...

—Y si vió torres, ¿por qué no me informó?

—¿Para que las fueran a ver los sabihondos y nos tuvieran aquí un mes más?

—Bueno, no importa. Sin duda no son torres. ¿Quién va a edificar torres en un planeta insignificante como éste?

—Tenían mal aspecto —le confesó Mac— y olían a muerto.

—Vamos, Mac, no se deje llevar por su sangre céltica. Ha pasado su vida explorando el espacio y todavía cree en brujas y en duendes... Para usted no ha llegado todavía la edad de la ciencia.

Mac no respondió nada, pero se quedó mirando con aire preocupado.

Warren lo palmeó en la espalda y dijo:

—Bueno, no se hable más del asunto. Prepare los motores.

EL comandante Warren estaba sentado a la cabecera de la mesa, escuchando la charla de sus hombres.

—Para mí —dijo el especialista en física, Clyne—, se trata de un reacondicionamiento. Desarmaron el motor que traían y lo volvieron a armar, no sé por qué razón. Al armarlo, lo hicieron de acuerdo al esquema fundamental y dejaron de lado las estructuras complementarias, como los arranques automáticos, etc. Pero el motor que armaron debió de ser más grande, menos pesado y menos compacto. Se vieron obligados a dejar todo esto por razones de espacio. Así se explica que también hayan dejado las provisiones y los repuestos.

—Pero —preguntó Dyer, el químico—, ¿con qué material hicieron las piezas que necesitaban para la nueva estructura?

Briggs, el especialista en metalurgia, respondió:

—Este sitio está lleno de mineral. Si no estuviera tan a trasmano, con-

vendría instalar una mina y hacerla estallar.

—Pero no hemos visto señales de excavaciones —le objetó Dyer— ni tampoco de hornos o de instalaciones para purificar metales.

—Tampoco nosotros hemos explorado. Tal vez han cavado a algunas millas de aquí, y no hemos descubierto la mina.

—Ese es el problema —dijo Spencer—. En todo este asunto nos hemos dejado arrastrar por las suposiciones y las hemos tomado como punto de partida, como si en vez de hipótesis fueran hechos. Si realmente han tenido que fabricar algo, hubiéramos debido informarnos un poco más.

—¿Y qué hubiéramos conseguido? —respondió Clyne—. Los hechos fundamentales no han cambiado: una espacionave ha aterrizado aquí con algún desperfecto mecánico. Lograron arreglar los motores y partieron de nuevo.

Spears, médico de a bordo, golpeó con su cuchara en el vaso, para hacerse oír desde el otro extremo de la mesa:

—¿Hasta cuándo van a porfiar? Ni siquiera saben con certeza si se trata de una espacionave. Hace semanas que vengo oyendo la misma charla y en toda mi vida no he oído más palabras con menos resultados.

Al oír esto, todos se callaron. El doctor Spears era un hombre tranquilo y silencioso, que intervenía muy poco en la vida común. Limitábase a atender las ligeras indisposiciones o accidentes de los tripulantes, sin preocuparse por los trabajos técnicos en que se ocupaban sus pacientes. En general, no tenía demasiada confianza en su ciencia a bordo de la espacionave, y todos se habían preguntado más de una vez qué sucedería si el doctor se viera enfrentado con un caso grave o de urgencia. Sin embargo, todos lo apreciaban mucho, en gran parte porque no se inmiscuía en los asuntos ajenos.

Y ahora salía con este ex abrupto.

—Muy bien, doctor —dijo Lang, el experto en comunicaciones—; pero hemos encontrado las huellas: las que puede haber dejado una espacionave al aterrizar.

—Puede haber dejado —recalcó el doctor con ironía.

—Debe haber dejado.

El doctor Spears gruñó y siguió comiendo en silencio, con su servilleta atada al cuello y manejando la comida tanto con el tenedor como con el cuchillo, sin mayor preocupación por la etiqueta: evidentemente, el doctor Spears no concedía demasiada importancia al "savoir faire".

—Me parece que nos salimos del camino si interpretamos todo como una simple reparación —dijo Spencer—. Por la cantidad de piezas que hemos encontrado, yo diría más bien que se han visto obligados a desarmar por completo el motor antiguo y a diseñar uno enteramente nuevo. No puedo descartar la idea de que estas piezas constituyeron un motor completo. Si supiéramos cómo, las podríamos armar y tendríamos el motor íntegro.

—¡Te aseguro que lo intenté de todos los modos posibles! —exclamó Pollard.

—Yo opino que no pudo tratarse de una restructuración total del motor —dijo Clyne—. Eso implicaría que han descubierto de repente un principio mecánico enteramente nuevo y que lo han seguido para reestructurar el motor. Admito que así se explica la cantidad de piezas abandonadas, pero no está de acuerdo con la realidad de la situación. Si ustedes se encontrasen varados en un planeta completamente desierto, ¿se pondrían a inventar un motor nuevo, o tratarían de arreglarlo con el que tienen?

Dyer lo apoyó:

—Además, aceptar la idea de la restructuración nos pone nuevamente

frente al problema de los materiales.

—Y el de las herramientas —añadió Lang—. ¿De dónde sacaron las herramientas necesarias?

—Del taller de reparaciones de a bordo —dijo Spencer.

—Muy bien, pero para una reparación pequeña. No es posible que llevarsen a bordo un taller como el que se necesita para reestructurar íntegramente un motor.

—Lo que me desespera —dijo Pollard— es nuestra absoluta incapacidad para entender algo. He tratado de unir todas esas partes unas con otras; he tratado de imaginarme la relación que puede existir entre ellas. Tiene que haber alguna, porque no tiene sentido que existan partes sin relación entre sí. Llegué a adaptar tres o cuatro; pero, cuando las he adaptado, no supe qué hacer. Lo que resultó no me decía nada; menos aún que las partes sueltas. Y lo peor es que cuando quise desarmarlas, no pude. ¿Pueden ustedes concebir que un hombre que ha armado tres o cuatro piezas, no las pueda luego volver a desarmar?

—No olvide —insinuó Spencer— que se trataba de una espacionave no humana, construida por seres no humanos y de acuerdo a técnicas no humanas.

—Aunque así sea. Tiene que existir alguna idea básica que podamos reconocer. El motor tiene que haber funcionado por lo menos de acuerdo a uno o dos principios de la mecánica humana. Todo motor es una máquina que transforma combustible, o, si ustedes quieren, materia prima, en energía aprovechable por el que la construyó. No interesa qué raza la ha construido.

—El metal —dijo Briggs— es una aleación no humana, completamente distinta de todo lo que hemos conocido hasta el momento. Los componentes son fáciles de reconocer, pero la fórmula parece la pesadilla de un meta-

76

—Bueno. Vamos a ver qué dice. Warren trató de leer... y no pudo. Conocía las palabras y los símbolos. Entendía cada una por separado; pero el sentido de los frases y más aún de los dibujos no se formaba en su mente. Sintió que el sudor le brotaba de la frente y corría hasta empaparle las cejas. Lo sentía correr por todo su cuerpo y empapar su ropa.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Qué pasa ahora? El comandante sintió que su cuerpo se desplomaba, que cada nervio y cada músculo estaba en el máximo de tensión. Sintió un ansia incontinente de gritar, de huir a toda carrera; pero logró dominarse con un esfuerzo agotador.

—Este es el manual de motores —oyó su propia voz como si viniera de algún rincón lejano del espacio—. Explica todo lo referente a los motores: cómo ponerlos en funcionamiento, cómo descubrir los desperfectos, cómo repararlos.

—¡Bueno! —dijo Mac con hondo suspiro de alivio—. ¡Estamos salvados! Warren cerró el libro.

—No, Mac; he olvidado el significado de todos los símbolos y de la mayor parte de la terminología.

—¿Qué?

—No puedo leer el libro.

—¡PERO no es posible! —dijo Spencer al enterarse de lo sucedido. —Vaya si lo es; me acaba de suceder. ¿Alguno de ustedes puede entender este libro?

Nadie respondió.

—Si hay alguno que pueda leerlo, que se adelante.

Clyne dijo con profundo desaliento:

—Nadie de nosotros puede leerlo.

—Sin embargo —dijo Warren—, hace una hora que cualquiera de ustedes se hubiera jugado la cabeza a que podía poner en funcionamiento los motores, o a que leyendo el manual lo hubiera podido hacer fácilmente.

—Tiene razón —respondió Clyne— Hace una hora, cualquiera de nosotros hubiera jugado cuanto tenía y hubiera ganado la apuesta.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe cuánto tiempo hace que no puede leer el manual?

—Es verdad. No lo sé.

—Hay algo más —prosiguió Warren—. Ustedes no pudieron encontrar la solución para armar el motor, y ustedes saben bien que tenían que haberla encontrado. Encontramos solamente una hipótesis, no la solución.

Clyne se levantó y dijo:

—Vea, Warren...

—Siéntese, John —dijo Spencer—. Warren tiene razón. No encontramos la solución y todos sabemos que no la hemos encontrado. Buscamos una hipótesis y la pusimos en lugar de la solución que no pudimos encontrar. Y Warren tiene razón en otra cosa: debíamos haber encontrado la respuesta.

En cualquier otra circunstancia, pensó Warren, me odiarían por echarles a la cara estas verdades; pero ahora no lo hacen. Se quedan tranquilamente sentados y se dejan apabullar por la evidencia.

Finalmente habló Dyer:

—Usted piensa que nosotros fallamos simplemente porque olvidamos nuestros conocimientos, como le ha sucedido a Mac.

—Ustedes perdieron parcialmente su habilidad técnica —respondió Warren—, su habilidad técnica y sus conocimientos. Trabajaron más fuerte que nunca, pero pasaron de largo al lado de las soluciones. No tenían ya la habilidad ni el conocimiento teórico.

—¿Y ahora? —preguntó Lang.

—No lo sé.

—Esto es lo que les sucedió a los de la otra aeronave —aseguró Briggs.

—Puede ser —respondió Warren con menos convencimientos.

—Pero ellos lograron levantar vuelo.

—¡Y también lo levantaremos nosotros!, sea como fuere.

LA tripulación de la espacionave no humana había perdido también sus conocimientos, pero de un modo u otro habían logrado escapar. De un modo u otro habían recobrado la memoria, o se habían obligado a sí mismos a recordarla. Pero si se trató simplemente de pérdida y recuperación de la memoria, ¿por qué habían reestructurado los motores? ¿Por qué no usaron los primeros?

Warren estaba tendido en su litera, mirando en la oscuridad. Sabía que a escasamente dos pies sobre su cabeza estaba una plancha de acero, pero no la podía ver. Sabía también que existía un modo muy sencillo de poner en funcionamiento los motores, pero tampoco lo podía ver.

En el curso de su vida, pensaba el comandante, los hombres viven experiencias, recogen conocimiento, experimentan emociones. Con el correr del tiempo las experiencias, los conocimientos, las emociones se olvidan. La vida no es otra cosa que una ininterrumpida cadena de olvidos. Los recuerdos se borran, el conocimiento se embota y la habilidad técnica se pierde, pero el borrarse, embotarse o perderse es un proceso que requiere tiempo. No es posible que uno sepa algo hoy, y mañana lo haya olvidado ya.

Sin embargo, en este planeta desnudo, el olvido se había acelerado de un modo imposible. En la Tierra, olvidar un incidente o perder la habilidad adquirida requiere años. Aquí sucede de un día para otro.

Trató en vano de conciliar el sueño. Terminó por levantarse, se vistió y bajó de la espacionave internándose en la noche no humana.

Una voz preguntó:

—¿Eres tú, Ira?

—Sí, Orejas de Murciélago, soy yo.

No puedo dormir. Estoy muy preocupado.

—¿Cuándo no? La preocupación es una enfermedad congen... congen...

—Congénita.

—Eso mismo —dijo Orejas, hipando un poco—. La preocupación es en ti una enfermedad congénita.

—Estamos en un merengue, Orejas.

—Hay infinitos planetas, y no me importaría quedarme empantanado en cualquiera de ellos. Pero en éste, no. Este es el último desperdicio del universo entero.

El cocinero y el comandante estaban uno junto al otro en medio de la oscuridad, bajo el cielo tachonado de estrellas no humanas, frente al planeta silencioso que se extendía hacia un vago horizonte.

—Aquí pasa algo raro —dijo Orejas—. Se huele en el aire. Los sabihondos dicen que no hay nada porque no lo han visto y porque los libros que ellos leen dicen que no puede vivir nada en un planeta donde todo es musgo y rocas. Pero yo he visto muchos planetas. Yo ya exploraba planetas cuando la mayoría de ellos estaba en pañales, y mi nariz me dice más sobre cualquier planeta que todos los sesos de ellos juntos en un montón, que es como debían estar.

—Tienes razón. Yo también lo siento. Antes no podía. Tal vez lo notamos ahora porque estamos asustados.

—Yo lo olí antes de asustarme.

—Hubiéramos debido hacer una recorrida. Esa fué nuestra falla. Pero había tanto que hacer con la chatarra, que no nos acordamos.

—Mac salió a dar una vueltecita y dijo que había visto unas torres.

—Me lo contó.

—Parece que no le gustaron mucho.

—Sí. Estaba muy asustado.

—Mira, Ira: si algo hay que hacer, es ir a ver esas torres.

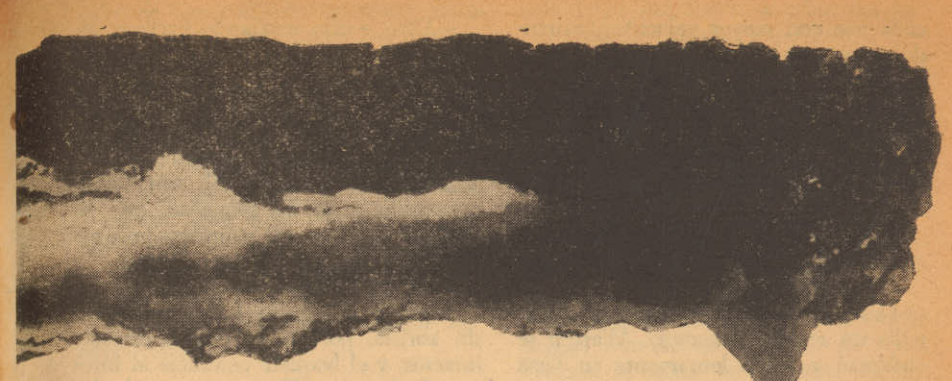
—Tienes razón. Iremos mañana.



Y eran efectivamente torres. Imposible dudarlo. Había ocho levantadas en línea. Parecían atalayas. En otra época, la línea de torres debía de dar la vuelta al planeta, pero actualmente habían sido destruidas todas menos ocho.

Más que torres eran en realidad montones de rocas apiladas groseramente, sin argamasa de ninguna especie y cuñadas en los intersticios con fragmentos menores. Parecían construidas por una antigua raza salvaje, y su aspecto era vetusto. En la base tenían casi dos metros de diámetro, y se iban afinando progresivamente hasta la punta. Cada una de ellas estaba cubierta por una gran losa y sobre ella había, como para sostenerla, un enorme canto rodado.

El pequeño arqueólogo no respondió. Dió una vuelta completa en torno



a la más próxima, la examinó de cerca y apoyó las manos en ella como para sacudirla, pero la torre no se conmovió.

—Sólidas —dijo por fin—. Muy bien construidas y muy viejas.

—Cultura F —dijo Spencer.

—Tal vez no tanto. No hay intención estética. Construída solamente con fines utilitarios, pero por obreros hábiles.

—Bueno, ¿y con qué fin habrán sido construídas? —dijo Clyper.

—Para almacenar algo —repuso Spencer.

—No. Para señal —contradijo Lang.

—No perdamos tiempo —intervino Warren—. Es fácil descubrirlo: basta subir, tirar el canto rodado, levantar la losa y mirar adentro.

Sin aguardar respuesta se acercó a la torre y comenzó a trepar.

La ascensión era fácil: había agujeros entre las rocas y se podía afirmar sin dificultad.

Llegó a la cima.

—¡Cuidado! —gritó a sus compañeros y empujó el canto rodado. Este cedió, se balanceó durante unos instantes, pero sin rodar. Warren se agachó y volvió a empujarlo con todas sus fuerzas, y esta vez la mole rodó. Al caer botó repetidas veces contra las salientes de la torre, chocó violentamente con el suelo y rodó cuesta abajo

cada vez con mayor velocidad, saltando como una pelota al chocar contra otros cantos.

TIRENME un cabo para atarlo a la rosa —gritó Warren.
—No trajimos ninguno —respondió Clyne.

—Que alguien corra hasta la espacionave y lo traiga. Yo espero aquí.

Briggs partió a la carrera.

Desde lo alto de la torre se dominaba un amplio panorama. Warren se enderezó y paseó lentamente su vista en torno.

En algún lugar cercano debían de estar las moradas de los hombres, o, mejor dicho, de los seres que edificaron las torres. Les debió de llevar bastante tiempo edificarlas, y necesariamente tuvieron que levantar alguna morada, al menos semipermanente.

Pero no pudo distinguir ningún indicio. Lo único que se ofrecía a su vista eran campos de cantos rodados, grandes crestas eruptivas y los mantos vegetales de plantas primarias que cubrían acá y allá la superficie rocosa.

¿De qué habrían vivido? ¿Qué habrían hecho allí? ¿Qué los pudo atraer? ¿Qué los retuvo?

De pronto se quedó con la vista clavada en algún punto lejano. No puede ser... Será un espejismo... Es una luz que cae sobre un montón de cantos rodados. Cerró los ojos y volvió a mirar. Otra vez. Cerró nuevamente los ojos y, no cabía duda, allí estaba.

Aspiró profundamente y trató de pensar en otra cosa, esperando que se desvaneciera el espejismo.

No se desvaneció. No era un espejismo. Aquello estaba realmente allí.

—Spencer, haga el favor de subir un momento.

Mientras subía, Warren continuó observando. Oyó detrás de él el ruido que hacía Spencer al subir. Se asomó y le tendió una mano.

—Mire —dijo señalando hacia lo lejos—. ¿Qué ve allí?
—¡Una espacionave! —gritó Spencer fuera de sí—. ¡Otra espacionave!

LA espacionave era antigua, increíblemente antigua. El orín había carcomido todas las planchas, que se podían arrancar en grandes pedazos con la mano, con entera facilidad.

La escotilla había estado cerrada, pero alguien o algo la había perforado sin abrirla, porque los cierres estaban intactos, y el boquete conducía al interior de la nave. Varios metros alrededor de la escotilla, el suelo estaba sembrado de trozos de metal oxidado.

Se deslizaron por el boquete y penetraron en la nave. Adentro no había señales de orín. Las superficies metálicas estaban brillantes, aunque cubiertas por espesas capas de polvo. En el suelo se veía un sendero formado por huellas que iban y venían. Junto al sendero había huellas aisladas, como si alguno de los que transitaban se hubiera salido ocasionalmente de la senda para algún fin particular. Eran huellas no humanas: un talón pesado y tres pezuñas de gran tamaño, como si fueran de pterodáctilo o dinosaurio.

El sendero llevaba desde el boquete de entrada a la sala de máquinas. Esta estaba vacía, con las plataformas de las máquinas desiertas.

—Aquí está la clave —dijo Warren—. Los que deshicieron sus motores no volvieron a armarlos. Se llevaron éstos y con ellos se fueron.

—Pero no hubieran podido... —arguyó Clyne.

—Es evidente que pudieron —cortó Warren secamente.

—No hay duda —afirmó Spencer—. Esta nave llevaba muchísimo tiempo aquí, como lo demuestra el orín. Y estaba herméticamente cerrada. Por eso el interior no ha sido atacado por el óxido. Los otros vinieron después, no

debe de hacer mucho tiempo; perforaron el casco y se llevaron los motores.

—Esto quiere decir —dijo Lang— que efectivamente desarmaron sus motores, y eso es la chatarra. Los desarmaron por completo y los abandonaron. Después instalaron los motores de esta nave y se marcharon.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Clyne—. ¿Por qué tuvieron que hacerlo?

—Porque no sabían cómo manejar sus propios motores —dijo Spencer.

—¿Y cómo pudieron entonces manejar éstos?

TIENE razón —dijo Dyer—. Esto no lo puedes responder, Warren.

—Ya sé que no —contestó éste encogiendo de hombros—. ¡Ojalá lo supiera!, porque entonces nosotros también podríamos escapar.

—¿Cuánto tiempo cree usted que lleva aquí esta nave? —preguntó Spencer—. ¿Cuánto tiempo se requiere para que se forme ese orín?

—Es difícil decirlo —respondió Clyne—. Depende de la clase de metal. Pero puede estar seguro que el casco de una astronave está hecho con el mejor metal con que puede contar una raza, cualquiera que sea.

—¿Mil años? —sugirió Warren?

—No lo sé. Tal vez mil años, tal vez más. Fíjese en este polvo. Es lo único que queda de cualquier materia orgánica que haya habido en el interior de la nave. Si al aterrizar la nave se quedaron dentro, adentro están todavía, pero transformados en polvo.

Warren trató de pensar, trató de reconstruir la cronología de los sucesos.

Mil años antes, o varios miles de años antes, una espacionave no humana había aterrizado aquí y no se había vuelto a marchar.

Después de otros mil años u otros miles de años, otra espacionave aterrizó. Al principio creyeron que no podían escapar, pero finalmente pudieron,

cuando se decidieron a robar los motores de la primera espacionave y a colocarlos en lugar de los que traían.

Por último, años, meses, días u horas después, había llegado la espacionave humana y había aterrizado también, y tampoco podía levantar vuelo, porque sus tripulantes habían olvidado cómo manejar los metales.

Warren dió media vuelta, dejó a los demás en la sala de máquinas y volvió por el sendero hacia la entrada.

Al lado mismo de la puerta estaba Briggs, sentado en el suelo. Al verlo, Warren se quedó estupefacto: su rostro era el de un retardado, se le caía la baba por las comisuras de los labios, y con un dedo torpe y tembloroso hacía dibujitos infantiles en el suelo.

—¡Briggs! —dijo Warren secamente—. ¿Qué está haciendo ahí?

Briggs lo miró con ojos extraviados y una estúpida sonrisa.

—¡Vete! —exclamó, y continuó haciendo dibujitos en el polvo.

EL doctor Spears dió su diagnóstico: —Briggs ha vuelto a la infancia. Su mente está tan vacía como la de un niño de un año. Puede hablar, y es lo único que lo diferencia de un niño de pecho. Pero su vocabulario es reducidísimo e ininteligible.

—¿Es posible reeducarlo? —preguntó Warren.

—No puedo decirlo.

—¿Qué dice Spencer?

Spencer habló un buen rato. En substancia dijo lo mismo: pérdida de memoria, prácticamente absoluta.

—¿Qué se puede hacer?

—Vigilarlo. Tratar de que no se lastime. Después podemos intentar la reeducación. No puedo saber, sin un análisis completo y sin los aparatos necesarios, si lo que vió ha afectado su cerebro, además de dejarlo amnésico.

—¿No hay señales de que haya sido golpeado o herido?

—Ninguna. Se puede asegurar categóricamente que no ha sido dañado, físicamente se entiende. Sólo su mente ha sido dañada. Y tal vez ni siquiera su mente. Quizá tan sólo su memoria.

—¿Amnesia?

—No. El amnésico experimenta una gran confusión; vive obsesionado por el sentimiento de que ha olvidado algo; se siente embrollado. Briggs no da muestras de angustia. Al contrario, parece sumamente satisfecho.

—¿Quisiera encargarse usted de vigilarlo, doctor?

El doctor emitió un gruñido de conformidad y se fué.

Warren le gritó:

—Si encuentra a Orejas de Murcié-lago, dígame que venga.

El doctor desapareció por la escalera. Warren se quedó sentado mirando pensativamente a la pared que tenía enfrente.

En primer lugar, Mac y sus ayudantes habían olvidado cómo poner en marcha los motores. Este fué el primer indicio de lo que venía sucediendo desde mucho antes. Mac descubrió que había olvidado toda su sabiduría mecánica.

El equipo de científicos había perdido su habilidad técnica y gran parte de sus conocimientos teóricos casi desde el primer momento. ¿Cómo explicar, si no, la terrible plancha que había hecho en el asunto de la chatarra? Sin lugar a dudas, en circunstancias ordinarias hubieran obtenido al menos una información parcial sobre los motores, en base a la chatarra y a los

repuestos abandonados, que estaban en perfecto estado. Algunas cosas habían averiguado, es cierto; pero los resultados estaban muy por debajo de sus bien probadas aptitudes.

Oyó pasos sobre su cabeza, pero eran demasiado livianos para ser los de Orejas. Era Spencer.

SPENCER se dejó caer en una de las sillas. Se quedó sentado abriendo y cerrando los puños con muestras de profunda angustia.

—Bien —dijo Warren—. ¿Tiene algo que informar?

—Briggs entró en la torre. Volvió con la cuerda. Al no vernos, parece que subió por su cuenta, ató la soga a la laja, volvió a bajar, tiró y subió nuevamente. La losa está en el suelo junto a la torre, y la cuerda está atada todavía.

Warren asintió.

—Es perfectamente posible. La losa no es pesada, y un hombre pudo perfectamente arrancarla de su lugar con ayuda de una cuerda.

—En esa torre hay gato encerrado.

—¿Se asomó usted?

—¡Por supuesto que no! ¿Quiere que me pase lo mismo que a Briggs? Puse un centinela para que no dejase acercarse absolutamente a nadie. No podemos hacer locuras con esa torre hasta haber pensado un buen rato.

—¿Qué cree usted que hay dentro?

—No lo sé. Lo único que se me ocurre es una hipótesis. No sabemos qué es, pero sabemos qué puede hacer: robar la memoria.

—Tal vez Briggs quedó así por el terror de algo que vió. Quizá dentro de la torre hay algo tan horrible que...

—No, Warren; Briggs no presenta señal alguna de shock por miedo. Está sentado tranquilamente, haciendo sus monigotes y diciendo tonterías, como podría hacerlo un niño.

—Tal vez lo que dice nos puede proporcionar alguna pista. Ponga un centinela para que lo escuche...

—De nada serviría. No sólo ha perdido su memoria, sino también el recuerdo del motivo que lo privó de ella.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Entrar en la torre y ver qué hay dentro. Debe existir algún modo de entrar y volver a salir sin daño.

—Mire, Spencer, ¿no le parece que ya tenemos suficiente?

—Warren, tengo un "pálpito".

—Vamos, Spencer. ¿Desde cuándo un hombre de ciencia se guía por "palpitos" y no por los hechos?

—Tiene razón, Warren. No sé lo que me pasa. Nunca tuve "palpitos"; pero ahora, tal vez porque no puedo evitarlo, los presentimientos ocupan el lugar del conocimiento que he perdido.

—Entonces, ¿usted admite que ha habido un proceso de pérdida del conocimiento?

—Por supuesto. Usted tenía razón en lo que dijo sobre la chatarra. Nuestro equipo científico debió conseguir resultados más convincentes.

—¡Y ahora tiene usted "palpitos"!

ES absurdo. Mejor dicho, parece absurdo. La memoria y el conocimiento que hemos perdido tiene que haber ido a alguna parte. Tal vez en la torre hay algo que los roba. Tengo el "pálpito" de que si podemos descender, lo podremos reconquistar de nuevo.

Spencer miró provocativamente a Warren, que lo había escuchado con gran atención.

—¿Le parece que estoy loco?

—De ninguna manera; lo único que me parece es que se agarra a un clavo ardiendo.

Spencer se levantó pesadamente.

—No puedo hacer más. Voy a ver a los otros. Trataremos de pensar antes de intentar nada.

Cuando se retiró Spencer, Warren apretó un botón del telecomunicador y preguntó:

—¿Alguna novedad, Mac?

La voz de Mac respondió:

—No, señor. Estamos sentados alrededor de las máquinas, con los sesos hirviendo, pero no nos acordamos de nada.

—No creo que puedan hacer más.

—Podríamos empezar a bajar palancas y a tocar botones, para ver qué pasa...

—¡No se le vaya a ocurrir tocar nada, Mac! —ordenó Warren, alarmado de pronto—. Lo único que puede conseguir es estropearlo todo para siempre.

—Muy bien, señor. Estamos sentados y tratamos de pensar.

Estúpido, pensó Warren.

Por supuesto que toda la situación era estúpida.

Allá abajo había un grupo de hombres especialmente preparados para manejar espacionaves, que habían vivido entre motores, dormido entre motores, y casi no habían hablado de otra cosa año tras año..., y ahora estaban de brazos caídos porque no podían recordar cómo hacer arrancar un motor de su propia espacionave.

Warren se levantó de su escritorio y descendió por la escalera. En la cocina se encontró con Orejas.

Orejas había rodado al suelo y dormía allí plácidamente junto a una botella. La habitación estaba impregnada al máximo de olor a alcohol.

Warren empujó suavemente con el pie al dormido cocinero. Este emitió un gruñido y pareció mascullar algo.

Warren levantó la botella; todavía quedaba como para un buen trago. La

QUINCE centímetros de aorta, la arteria más grande del cuerpo, fueron extraídos a un paciente y reemplazados por una longitud igual de aorta "cedida" por la víctima de un accidente mortal. El paciente, que es sheriff de un pueblo norteamericano, ha vuelto a su trabajo sin inconvenientes.

Injertando arterias

llevó a la boca y la vació, arrojándola luego contra la pared. El plastovidrio estalló y cayó atomizado sobre la cabeza de Orejas.

El durmiente levantó una mano y se limpió la cara, como para ahuyentar una mosca molesta. Luego continuó durmiendo apaciblemente.

VOLVIERON a colocar la losa sobre la torre e instalaron un trípode con una polea. Levantaron luego nuevamente la losa, y mediante la polea bajaron una cámara automática, para fotografiar el interior.

En la torre había algo.

Extendieron las fotografías en la mesa de trabajo y trataron de averiguar qué era lo que había en la torre.

Parecía una sandía o un huevo enorme, abollado en un extremo y apoyado en él. Del huevo salían tentáculos fibrosos sumamente finos, como cabellos. Algunos aparecían en las fotografías. Parecían vibrar, porque la fotografía estaba borrosa. En la parte inferior de la torre y en torno al huevo había tuberías y una especie de red eléctrica.

Hicieron otros sondeos con diversos aparatos y llegaron a la conclusión de que el huevo era un animal vivo, equiparable a uno de los animales de sangre caliente de la tierra, aunque no se podía asegurar que el fluido que circulaba por su cuerpo fuera una sustancia parecida en algo a la sangre.

El extraño animalejo era blando, no tenía ninguna clase de protección o cubierta natural y parecía pulsar y emitir algún tipo de vibraciones. No lograron determinar qué tipo de vibraciones eran. Los cabellos o tentáculos estaban en perpetuo movimiento.

Hecho todo esto, colocaron de nuevo la losa en su lugar, pero dejaron la polea y el trípode.

Howard, el biólogo, afirmó:

—No cabe duda de que es un ser viviente, pero no me parece que sea

un simple animal. Los alambres y los tubos llegan casi hasta él, y se podría jurar que casi forman parte de su estructura. Y fíjese en estos..., ¿cómo llamarlos?... en estos bornes que lo unen con los alambres. No es inconcebible que un animal y un mecanismo estén mutuamente integrados. Pien- sen simplemente en el hombre y sus máquinas. El hombre y las máquinas trabajan juntos, sólo que tanto el hombre como la máquina conservan su independencia. En muchos casos sería más ventajoso desde el punto de vista económico, si bien no se puede afirmar, ni desde el punto de vista ético ni del social, que el hombre y la máquina fueran integrados en un organismo único.

—Creo que eso es justamente el ser que estamos estudiando —apoyó Dyer.

—¿Y las otras torres? —preguntó Ellis.

—Pueden estar en conexión. En ese caso, todo el conjunto constituiría en principio un solo organismo complejo.

—No sabemos qué hay en las demás torres —dijo Ellis.

—Pero podemos averiguarlo —propuso Howard.

—No. Creo que no debemos hacerlo. Ya nos hemos arriesgado demasiado. Y, además, no hay que perder tiempo. Mac y sus compañeros encontraron las torres y al regresar..., ¡qué casualidad!..., ¡no pudieron poner en funcionamiento los motores! Tal vez nosotros mismos hemos perdido más de lo que nos damos cuenta.

—¿Quieres decir que tal vez no podemos darnos cuenta de que estamos perdiendo la memoria, pero que más adelante nos encontraremos con que la hemos perdido?

SPENCER asintió.

—Esto es lo que sucedió a Mac. Un minuto antes de ponerlo a prueba, él y sus ayudantes hubieran jurado

por lo más sagrado que podían poner en funcionamiento los motores. Lo daban por supuesto, como nosotros damos por supuesta la existencia de nuestro conocimiento. Hasta que tengamos que usar el tipo específico de conocimiento que hemos perdido, no nos daremos cuenta de que ya no lo tenemos.

—Da miedo de sólo pensarlo —dijo Howard.

—Se trata de una especie de sistema de comunicaciones —aseguró Lang.

—Claro; tú todo lo ves desde tu especialidad.

—¿Y los alambres?

—¿Y esos tubos?

—Sobre los tubos yo tengo una teoría —dijo Spencer—. Los tubos acarrearán el alimento.

—Y están conectados a algún depósito de alimento. Un depósito subterráneo.

—Más fácil es que sean algo como raíces. Hablar de tanques de alimentos sería suponer que ese animal ha sido trasladado a otra parte. ¿Por qué no puede ser originario de este mismo planeta?

—Si fuera originario del planeta, no hubiera podido edificar esas torres. Alguien o algo ha edificado las torres para proteger al huevo, como el granjero construye un establo para proteger a su ganado. Yo opino que existen tanques de alimento.

Warren intervino por primera vez.

—¿Por qué le parece que se trata de una instalación para comunicaciones?

—Por nada en especial. Los alambres y esa especie de bornes. Se asemejan extraordinariamente a un circuito de comunicaciones.

—Estoy de acuerdo con lo de una instalación para comunicaciones, pero no para transmitir sino para recibirlas.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué sistema de comunicaciones puede existir si no se transmiten?

—Quiero decir que algo nos ha estado robando la memoria. Nos robó nuestra capacidad de manejar los motores y nos quitó nuestros conocimientos hasta el punto de que no pudimos resolver el problema de la chatarra.

—No puede ser —dijo Clyne.

—¿Por qué no? —preguntó Dyer.

—Es demasiado fantástico.

NO es más fantástico que muchas otras cosas. Supongamos que ese huevo es un instrumento para almacenar conocimiento...

—Pero si aquí no hay ningún conocimiento que almacenar. Yo opino que hace miles de años hubo el conocimiento de los hombres de la primera espacianave; muchos miles después, el de los hombres de la segunda. Ahora estamos nosotros; pero la próxima carga de conocimiento ha de tardar miles de años en presentarse. Sólo tres espacianaves han llegado aquí en tan-

Irradiando impurezas

Los mortíferos neutrones están revolucionando la ciencia de localizar cantidades pequeñísimas de impurezas en metales, del orden de un millonésimo del uno por ciento. El procedimiento consiste en irradiar el metal con neutrones, que convierten a las impurezas en sus isótopos radioactivos, y esos isótopos se identifican fácilmente por las propiedades de sus radiaciones, en especial su duración.



to tiempo. Lo razonable es pensar que ninguna otra volverá a llegar.

—¿Quién dijo que el conocimiento había que reunirlo aquí? ¿No olvidamos cosas también en la tierra?

—¡Santo Dios! —balbuceó Clyne.

Pero Spencer siguió sin detenerse:

—Si tú fueras de una raza que coloca trampas para robar conocimiento y tuvieras todo el tiempo necesario para reunirlo. ¿dónde colocarías esas trampas? ¿En un planeta lleno de seres vivientes que podrían descubrirlas y destruirlas y descifrar su secreto, o en un planeta de segunda categoría, desierto y que no puede llamar la atención de nadie en un billón de años?

—Yo las colocaría en un planeta de ese tipo —dijo Warren.

—Permíteme que complete el cuadro —continuó Spencer—. Una raza está interesada en recoger el conocimiento de los astros que forman la Galaxia. Para hacerlo, coloca sus trampas en los planetas insignificantes y perdidos, pero estratégicamente situados, para formar una red de dispositivos, donde es difícil que sean descubiertos.

—¿Te parece que esto es lo que hemos descubierto aquí? —preguntó Clyne.

—Yo no pienso nada. Lo que hago es proponer una explicación para que ustedes la discutan.

—Bueno, pero la distancia...

—Permíteme que te interrumpa. La trampa funciona en base a una aplicación mecánica de la telepatía, conectada con un aparato de registro. Para las ondas de pensamientos, la distancia tiene muy poco que ver.

—¿Hay alguna prueba que no sea conjetural? —preguntó Warren.

—Claro que no. ¿Cómo quiere que la tengamos si no nos atrevemos a acercarnos al huevo de miedo a las consecuencias? Y aun suponiendo que nos acercásemos, ¿quién sabe si nos queda suficiente caudal de conoci-

tos como para llegar a una deducción efectiva?

—Por consiguiente, de nuevo tenemos que recurrir a las hipótesis?

—¿Puede usted proponer un método mejor, comandante?

—Temo que no.

DYER se colocó un equipo de exploración interplanetaria. El cinturón estaba unido a una cuerda que pasaba por la polea, sostenida a su vez por el trípode. Llevaba cables para conectar en los bornes del huevo, y los cables, a su vez, estaban conectados a una docena de aparatos distintos, para captar todas las señales posibles.

Dyer subió a la torre y, sostenido por la polea, comenzó a descender en el pozo. Apenas hubo entrado, dejó de hablar por el micrófono y lo sacaron de inmediato. Al levantarle el casco, murmuraba palabras ininteligibles y los miraba con ojos extraviados.

El doctor Spears se lo llevó a la enfermería.

Clyne y Pollard trabajaron varias horas seguidas preparando un casco de plomo con televisión en lugar de ventanillas. Esta vez fué Howard, el biólogo, quien se vistió con el equipo y entró en la torre.

Un minuto después lo tuvieron que sacar a toda prisa. Lloraba como un niño. Ellis se lo llevó. Se chupaba las manos y gemía haciendo pucheros.

Después de quitarle el mecanismo de televisión al macizo casco de plomo, Pollard se empeñó en ponérselo; pero Warren se opuso a un nuevo intento.

—Si siguen insistiendo, no va a quedar ni uno sano.

—Esta vez tiene que resultar. Sin duda han sido los lentes de televisión lo que permitió que el huevo actuase sobre Howard.

—¿Y si no resulta?

—Pero tenemos que intentarlo.

—No hasta que yo lo ordene.

Pollard comenzó a colocarse el casco de plomo macizo.

—¡Deje eso, Pollard! No lo necesita para nada.

—Voy a entrar en la torre, dijo Pollard firmemente.

Warren se adelantó un paso hacia él, y sin decir una palabra le descargó un terrible puñetazo. Le dió en la mandíbula, y Pollard cayó sin sentido.

—Si algún otro desea discutir mis órdenes —dijo Warren enfrentándose con los demás—, estoy dispuesto a comenzar la discusión en el mismo estilo.

Ninguno se mostró interesado, pero en sus caras se leía una profunda aversión.

—Usted está alterado, Warren —dijo Spencer—. No sabe lo que hace.

—Sé muy bien lo que hago. Tiene que haber algún sistema para entrar en la torre y volver a salir con las facultades indemnes. Pero el modo como lo están haciendo ustedes no sirve.

—¿Sabe usted de alguno mejor? —preguntó Ellis con acritud.

—No todavía. Pero lo encontraré.

—¿Y qué quiere que hagamos? ¿Que juguemos a las prendas?

—¡Que se porten como hombres y no como una pandilla de mocosos que van a robar ciruelas!

Se detuvo y se encaró con ellos. Ninguno dijo una palabra.

—Ya tengo tres bebés que lloran y babea. No quiero cargar con ninguno más.

—Se alejó tres la colina en dirección a la nave.

EL huevo que palpitaba en la torre les había robado la memoria. Aunque nadie se atrevió a decirlo en voz alta, todos pensaban lo mismo: ha de haber algún medio para recobrar el conocimiento perdido y para apoderarse de todos los otros conocimientos robados y almacenados en el huevo.

Warren estaba sentado en su escri-

torio, con la cabeza entre las manos, obstinado en pensar.

Tal vez debía haberles permitido que siguieran adelante. Pero, en tal caso, habrían continuado con intentos del mismo estilo, variando una u otra de las condiciones. Y si el sistema había fallado dos veces, era evidente que debía buscarse otro completamente distinto y no insistir en perfeccionarlo.

Spencer había dado que perdían el conocimiento sin percatarse de ello, lo cual complicaba la situación. Se sentían todavía hombres de ciencia, pero ya no lo eran, o al menos no eran tan doctos y experimentados como lo habían sido. Por eso fallaban.

En este momento lo despreciaban a él. Eso no importaba en absoluto, si les podía servir para encontrar la situación.

Olvido... En todos los planetas de la Galaxia había olvido. Muchas eran las explicaciones que se daban de este fenómeno; algunas muy sabias. Pero, ¿no podía suceder que todas estas explicaciones estuvieran erradas? ¿No podía deberse el olvido, no a perturbaciones fisiológicas o psicológicas, sino a una causa mecánica, a cientos y cientos de trampas distribuidas por toda la Galaxia; trampas que desviaban, drenaban y socavaban los recuerdos depositados en el cerebro de todos los seres vivos que habitaban los astros?

En la Tierra, un hombre olvida muy lenta y progresivamente, porque las trampas, bajo cuyo campo de acción cae la Tierra, están muy lejos y tienen menos poder. Pero aquí los hombres olvidan repentina y totalmente. ¿No obedecerá esto a la proximidad mucho mayor de las trampas?

Trató de imaginar la instalación de las trampas, pero su fantasía se resistió. Alguien había llegado a los planetas alejados, insignificantes, y había instalado las trampas de la memoria.

Las conectaron en series y levanta-

ron torres para protegerlas de la intemperie o de los accidentes, las unieron con tanques de alimento enterrados en el suelo, las pusieron en funcionamiento y se fueron dejándolas.

Años después — ¿cuántos?... ¿cientos o millones?— volvieron, y vaciaron las trampas, recogiendo los conocimientos que estaban almacenados. Exactamente lo mismo que un trampero que hace la recorrida de los cepos o un pescador la de los espinetes.

Una recolección, se dijo Warren; una recolección permanente e incesante de todo el conocimiento de la Galaxia.

SI todo esto era verdad, ¿qué raza de seres sería la que colocó las trampas? Warren se estremeció al pensarlo.

Es indudable, reflexionó, que habían vuelto después de mucho tiempo y recogieron en las trampas el conocimiento que éstas habían almacenado. Esto es innegable; ¿para qué se iban a molestar, si no, en colocar las trampas? Y si ellos podían vaciar las trampas, tenía que haber algún sistema para volver a hacerlo. Si los mismos que colocaron las trampas pudieron recoger el conocimiento almacenado, lo mismo exactamente podría hacer cualquier otra raza.

Si se pudiera entrar en la torre y disponer de tiempo para tratar de descubrir el sistema, es casi seguro que se encontraría, porque el dispositivo no

puede ser demasiado complicado. Pero, ¿cómo? El que entra en la torre pierde instantáneamente la memoria y queda en las condiciones de un niño de pecho. No bien se está adentro, el huevo se apodera de la mente, y uno ya no sabe cómo entró, para qué entró y dónde estuvo antes.

La solución estaba en entrar y conservar la memoria, en entrar y saber para qué se había entrado y qué había que hacer allí.

Spencer y los otros habían tratado de proteger el cerebro con blindajes externos, pero el procedimiento no había dado resultado. Tal vez fuera posible encontrar un blindaje externo, pero sería sacrificar hombres y más hombres. Pronto llegaría a quedarse sin ninguno.

Tenía que haber otro sistema.

Cuando no se puede blindar algo, ¿qué se hace?

Es un problema de comunicaciones, había dicho Lang. Tal vez tenía razón: el huevo era una instalación de comunicaciones. Y ¿cómo se protegen las comunicaciones? ¿qué se hace cuando es imposible ocultar lo que se transmite?

Cuando no se puede ocultar una comunicación, se la pone en cifra o se la dispone de modo que no pueda ser utilizada.

Pero en este caso, ¿cómo aplicar el principio? No había ni indicios de solución. Warren dejó por un momento su meditación y se dedicó a escuchar en torno suyo. No se oía el menor rui-

do. Nadie se había detenido para saludarlo, nadie había entrado para matar el tiempo charlando con él.

Están ofendidos. Ahora deben de estar en algún rincón rabiando. Me están "haciendo el vacío".

¡Que se vayan al diablo!

Volvió a sentarse y trató nuevamente de pensar. En su cabeza no había ningún pensamiento: sólo un carrousel enloquecido de preguntas sin respuesta.

Después de un tiempo, sonaron pisadas en la escalera. Por lo inseguras, Warren se dio cuenta de a quién pertenecían.

Era Orejas de Murciélago que bajaba para darle ánimos. Y Orejas estaba hecho una cuba.

Warren aguardó, escuchando las inseguras pisadas que sonaban en los escalones, hasta que por fin apareció Orejas. Entró y se cuadró delante de la puerta, con las piernas bien abiertas y las manos apoyadas en las caderas para no perder el equilibrio.

DESPUES de meditarlo un poco, Orejas se decidió, tomó impulso y atravesó el espacio que separaba la puerta de la silla. Se dejó caer en ésta, se acomodó no sin esfuerzo y se quedó mirando a Warren con una sonrisa de satisfacción.

—Estás borracho —le dijo Warren con disgusto.

—Claro. Es aburrido estar solo cuando uno está en copas. Aquí...

Llevó la mano a un bolsillo y sacó una botella que colocó en el escritorio.

—Aquí está —dijo—. Vamos a liquidarla entre los dos.

Warren se quedó mirando a la botella con todo su espíritu en tensión. En su mente acababa de formarse una idea...

—No, Orejas, gracias.

—Déjate de charlar y dale. Tengo otra guardada.

—Orejas...

—¿Qué quieres? Nunca he visto un hombre que necesite...

—¿Cuántas tienes?

—¿Cuántas qué, Ira?

—¿Cuántas botellas has escondido?

—Un montón...; siempre llevo un rep... rep...

—¿Repuesto?

—Eso es. Siempre calculo lo que voy a necesitar, y traigo unas cuantas de repuesto, por si nos quedamos varados o algo así.

Warren se estiró y tomó la botella. La descorchó y tiró el corcho.

—Orejas, vete y trae otra botella.

Orejas lo miró y le preguntó:

—¿Ahora mismo, Ira? ¿Ahora mismo?

—Inmediatamente. Y al bajar dile a Spencer que venga lo antes posible.

Orejas de Murciélago se paró balanceándose como un péndulo.

Se quedó mirando a Warren lleno de estupor.

—¿Qué estás por hacer, Ira?

—Me voy a emborrachar. Me voy a agarrar una que va a hacer historia en toda la flota de exploración interplanetaria.

NO lo puede hacer, comandante; —no tiene ninguna posibilidad —protestó Spencer.

Warren se apoyó contra la torre, porque el planeta daba vueltas ante sus ojos a una velocidad endemoniada, y trató de sostenerse lo mejor que pudo.

—¡Orejas! —gritó.

—¿Qué, Ira?

—Un tiro..., hic..., al hombre que trate de detenerme.

—Vete tranquilo.

—Pero, ¿va a bajar sin ninguna protección, sin un equipo interplanetario siquiera? —dijo Spencer lleno de ansiedad.

—Voy a intentar un nuevo sist..., un nuevo sistem...

—Un nuevo sistema —sugirió Orejas.

Matahongos

EL ácido sórbico, viejo conocido de los químicos, resultó inesperadamente un protector eficazísimo de carnes y quesos contra los hongos que los echan a perder rápidamente. Eso significa un ahorro de muchos millones para el mundo. ¡Cuántos otros compuestos químicos estarán esperando que se les descubran sus posibles aplicaciones!

—Eso es, eso es. Gracias, Orejas. Eso es lo que voy a hacer.

Lang dijo:

—Tiene razón. Nosotros tratamos de blindarnos, y el blindaje no sirvió. Ahora va a intentar un nuevo sistema. Ha blindado su mente a fuerza de licor. Creo que puede dar resultado.

—En el estado en que está, no va a poder conectar los cables...

Warren hipó y la respondió:

—¡Vete al diablo!

Y se quedó mirando con expresión de alarma. Donde había tres hombres, ahora veía dos... o cuatro.

—Orejas...

—¿Qué, Ira?

—Dame otro trago.

Orejas sacó de su bolsillo la botella, llena hasta la mitad, y la alargó al comandante. Este la aplicó a sus labios y bebió a grandes tragos. La nuez de Adán subía y bajaba como la de un caballo abrevándose. No dejó de beber hasta apurar la última gota. Tiró la botella y los examinó de nuevo.

Esta vez había seis hombres frente a él. Podía estar tranquilo.

—Ahora, caballeros, si quisieran...

Ellis y Clyne tiraron de la polea, y Warren salió por el aire.

—¡Eh!... ¡Eh!... ¿Qué están haciendo?

Había olvidado el trípode y la polea.

Warren se balanceaba en el aire, tratando de lograr el equilibrio a fuerza de patadas y movimientos de brazos. Debajo de él vio la oscuridad de la torre hueca y en su base una fosforescencia extraña.

La polea crujió, y Warren se encontró en el interior de la torre.

Ya podía divisar el huevo. Warren hipó y le pidió cortésmente que le hiciera lugar, pero el monstruo no se dio por aludido. Sintió una sensación extraña, como si alguien o algo tratara de arrancarle los sesos..., pero sus sesos no se dejaron arrastrar.

En los auriculares que llevaba se oyó una voz:

—Warren..., ¿está bien?... ¿está bien?... ¡Háblenos!

—¡Claro que estoy bien!... ¿Qué diablo les pasa? ¿Por qué..., hic..., no lo voy a estar?

EN lo alto, la polea chirrió nuevamente, y Warren se encontró en el suelo, junto al huevo fosforescente que palpitaba en la semioscuridad. Warren sintió como un cosquilleo en su cabeza, y luego unos tirones.

—¡Eh!, déjame..., hic... ¿Por qué me tiras de los pelos?

En los teléfonos volvió a oír:

—Warren..., los cables..., conéctelos... ¿Recuerda que hablamos de los cables?

—Claro que sí; los cables...

—¿Cables?... ¿Qué son los cables?

—Están enganchados en su cinturón —le dijeron por el teléfono—; los tiene enganchados en su cinturón...

Llevó sus manos al cinturón y desató los cables. Los tomó con torpeza, se le cayeron de los dedos, se agachó y los levantó nuevamente. Estaban enredados, y no podía separarlos ni deshacer los nudos... ¿Qué tenía él que hacer con los cables?

Lo que le hacía falta era un traguito más; sí, señor..., un buen trago. De pronto lo invadió una gran euforia y se puso a cantar:

—*C'era una volta un piccolo naviglio, che non poteva, non poteva navigar.*

Luego se dirigió al huevo y le dijo con exquisita amabilidad:

—¿Quisiera acompañarme?

Por teléfono le dijeron:

—Tu amigo no puede beber hasta que le conectes esos cables en los bornes. No te puede oír si no tiene conectados los cables... No te entiende si no le conectas los cables... ¡Sé bueno!

—¡Pobrecito!..., ¡pobrecito!..., ¡qué pena!

Tomó los cables y trató de atarlos, pidiendo a su nuevo amigo que tuviera un poco de paciencia y que en seguida terminaba. Gritó a Orejas que se apurase a traer la botella y se puso a cantar una tonada, francamente obscura esta vez. Finalmente conectó los cables, pero por teléfono le dijeron que no estaba bien y que tratase de nuevo. Los cambió de lugar, y tampoco estaban bien. Volvió a cambiarlos, y le dijeron que ahora sí.

De repente tiraron de él hacia arriba y lo separaron de su nuevo amigo.

EL comandante Warren subió como pudo las escaleras, se arrastró hasta la silla agarrándose a las paredes y se hundió en ella. Alguien le había atado fuertemente la cabeza con una cuerda y se la retorció. Alguien le había llenado la boca con algodón. Hubiera podido jurar que de un momento a otro iba a morir de sed.

Escuchó pasos y deseó que fuese Orejas, porque Orejas sabría cómo ayudarlo. Pero no era Orejas. Era Spencer.

—¿Qué tal se siente, comandante?

—¡Como el diablo!

—¿Sabe que dió en el clavo?

—¿Se refiere a la torre?

—Sí. Acertó a conectar los cables y ahora el aparato funciona. Lang ha instalado un grabador. Lo escuchamos por turno, y lo que se oye es como para hacer temblar.

—¿Lo que se oye?

—Sí; el conocimiento que la máquina ha estado coleccionando. Sólo para ordenarlo y sistematizarlo van a pasar años. Algunos conocimientos son fragmentarios y otros poco claros, pero estamos reuniendo muchos otros perfectamente claros y articulados.

—Le ha tocado ya el turno a nuestros conocimientos.

—Algunos, sí; pero la mayoría son de no humanos.

—¿Captaron algo los motores?

—Todavía no..., es decir..., nada referente a nuestros motores, pero...

—¿Sí?...

—Sintonizamos precisamente lo que se refiere a los motores de la otra espacionave. Pollard y los otros están tratando de armarlos...

—¿Y servirán...?

—Mejor que los nuestros. Sólo que tendríamos que modificar nuestros tubos y hacer algunas otras modificaciones de detalle.

—Y van a...

Spencer asintió:

—Sí, vamos a desarmar los nuestros.

Warren no pudo evitarlo. Por todo el oro del mundo no hubiera podido evitarlo. Puso sus brazos sobre el escritorio, apoyó la cabeza en ellos y estalló en carcajadas roncadas.

Después de un buen tiempo volvió a enderezarse y se secó las lágrimas.

—¡Otro depósito de chatarra!

—No es tan gracioso como usted cree, Warren. Hemos entrado en posesión de una masa de conocimientos cual nadie hubiera podido nunca imaginar. Conocimientos que se han estado acumulando durante años, durante miles de años quizá. Y eso que los que colocaron la trampa ya han vuelto para vaciarla.

—Mire —dijo Warren—, ¿no podríamos esperar a que se registre el conocimiento referente a nuestros motores? Fué robado y almacenado, o como usted quiera llamarlo, mucho después que todos esos conocimientos de los que usted habla. Si esperamos a recuperarlo, no precisaremos echarnos sobre las espaldas el trabajo de desarmar nuestros motores y armar los otros...

SPENCER movió negativamente la cabeza.

—No, Warren; el conocimiento no es reproducido de acuerdo a un orden temporal, ni se presenta integrado. Es posible que tuviéramos que esperar mu-

cho, muchísimo tiempo. No podemos determinar cuánto tiempo tardará el huevo en soltar todo el conocimiento almacenado. Lang opina que pueden transcurrir muchos años. Pero, aparte de todo, nos tenemos que marchar lo antes posible.

—¿Qué sucede?

—No sé qué decirle...

—Parece preocupado. Algo lo asusta.

Spencer se inclinó hacia el comandante apoyándose ansiosamente en el escritorio.

—Warren, en el huevo no hay solamente conocimiento, hay también...

—Déjeme adivinarlo. Hay... personalidad.

Spencer lo miró a los ojos sin responder palabra.

—Tiene razón, Spencer. Dejen todo



trabajo que no sea imprescindible, y vámonos.

—Es que no podemos..., ¿no se da cuenta?... no podemos irnos. Hay ciertos aspectos... Nosotros somos hombres de ciencia...

—Ya lo sé: son hombres de ciencia, pero al mismo tiempo son tontos de cuerpo entero.

—Pero de esa torre están saliendo a la luz cosas que...

—¡Basta!

—No. ¡No quiero! ¡No puedo!

—Spears, oígame bien: si alguno de ustedes comienza a presentar indicios de perder su personalidad humana, aunque sea a cambio del conocimiento más sublime, lo mato de un tiro como a un perro. ¿Me ha oído?

—¡No sea tonto! —respondió Spencer y se marchó.

Warren había recobrado por completo su sobriedad. Se quedó sentado es-



cuchando los pasos de Spencer que se alejaba.

Ahora lo entendía todo con absoluta claridad.

Ahora comprendía por qué se habían apresurado tanto para marcharse los tripulantes de la otra espacionave; por qué habían huído dejando en cualquier parte sus instrumentos, provisiones y repuestos.

Orejas de Murciélago bajó, trayendo una gran cafetera hirviendo y dos grandes tazas.

Llenó las dos tazas y dejó la bandeja:

—¡Ira, ¡qué lástima que hayas dejado de beber!

—¿Por qué, Orejas?

—Porque no hay nadie que pueda agarrarse una mona como las que tú te gastas.

LOS dos hombres quedaron en silencio, bebiendo sus respectivos cafés a grandes sorbos.

Finalmente, habló Orejas.

—Todavía huelo mal.

—También yo.

—Recién estamos a la mitad del crucero.

—No, Orejas, el crucero ha terminado. De aquí vamos derechos a la Tierra.

Volvieron a ensimismarse bebiendo su café.

—¿Cuántos hay de nuestro lado, Orejas?

—Mac, los cuatro maquinistas, tú y yo. Siete en total.

—Ocho. No dejes de incluir a nosotros al doctor.

—El doctor no cuenta, ni para ellos ni para nosotros.

—Pero, llegado el caso, puede manejar un arma.

Cuando se marchó Orejas, Warren se quedó escuchando los ruidos que venían de la sala de máquinas donde Mac y sus ayudantes desarmaban los motores, y pensó en el largo viaje de regreso. Luego se levantó, descolgó un fusil y salió a ver qué rumbo tomaban los acontecimientos.

EL SECRETO

por EDWIN JAMES

El comercio conquista. Y un comerciante con un amigo poderoso vale más que una armada de espionajes.

LAMARON a la puerta exactamente a las 17.53 horas de la Tierra, 27.36 hora de Rigel V. Bill Stewart lo notó porque en ese momento estaba controlando su reloj pulsera que indicaba hora, día, mes y año de los dos planetas simultáneamente.

Los golpes se repitieron, y Bill sintió un escalofrío al acercarse al visor. Por fin estaba ocurriendo lo temido.

En la pantalla contempló a los tres rigelianos que estaban llamando. Vestían de civil, pero tenían aspecto... oficial. No policía, sino investigadores del gobierno. Policía secreta, probablemente.

Los golpes en la puerta continuaban.

Stewart se dirigió sin apuro al telecomunicador y movió un dial oculto detrás del aparato. De inmediato apa-

reció en la pantalla el rostro de un rigeliano.

—Z —dijo Stewart—. Plan H-30.

El rigeliano asintió. En la puerta se oyó un estrépito, como si alguien se hubiera arrojado contra ella. Stewart sacó el dial oculto, y con él una pequeña cajita de la que asomaban varios cables. Se dirigió a la cocina y la arrojó por el tubo del incinerador, después de apretar un botón que asomaba a un lado de la cajita.

La puerta parecía a punto de romperse bajo los golpes que le asestaban desde afuera. Stewart corrió el cerrojo, dió un paso atrás y puso cara de sorpresa a los rigelianos que se zambulleron en la habitación. Los otros dos lo siguieron de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó Stewart en tono de asombro.



ilustrado por CSECS

Los rigelianos lo miraron con incertidumbre. Uno de ellos se adelantó recobrando la compostura.

—¿Es usted Stewart? —preguntó.

—Sí. ¿Qué pasa? —repitió Bill.

El hombre exhibió un carnet. Eran de la policía secreta, en efecto.

—Su pasaporte —ordenó el jefe de los tres.

Bill sacó el pasaporte de su billetera y se lo entregó.

—Planeta de origen: Tierra. Propósito de su viaje: comercio —leyó el hombre en voz alta. Mientras tanto los otros dos habían comenzado a registrar el departamento.

—¿Qué significa esto? —protestó Bill.

—Las preguntas las haré yo —dijo el jefe—. ¿Usted trabaja en importaciones y exportaciones?

—Sí —respondió Bill.

—¿Cuánto exportó el año pasado? —El máximo permitido por la ley —dijo Bill, y añadió, secamente: —Lo que no es mucho.

El rigeliano lo miró fijamente.

—¿Es una crítica contra nuestras leyes eso? —dijo.

—¡No, no; claro que no! —exclamó Bill, insultándose para sus adentros.

—Lo pondremos en su prontuario de todos modos.

—No hay nada —gruñó uno de los hombres.

El otro estaba examinando el telecomunicador con mucho interés.

—Este aparato está preparado para agregarle un codificador —dijo—. Hay lugar como para uno, pero está vacío.

—¿Dónde está? —rugió el jefe a Stewart.

—¿Un codificador? ¿Qué es eso?

—¡No se haga el ignorante! Un codificador es un aparato para enviar mensajes cifrados por el telecomunicador común. ¿Qué hizo con él?

—¡No sé de qué me habla! —protestó Bill—. Yo...

LO interrumpió un golpe en la puerta. El jefe abrió y entró otro rigeliano con un balde de agua, del cual sacó un trozo de metal fundido.

—Esto cayó por el tubo del incinerador —dijo el rigeliano.

—Podría ser un codificador fundido para que no lo reconozcan —dijo el jefe mirando fijamente a Bill. Este ni parpadeó.

—Puede haber caído de cualquier piso —contestó Bill encogiéndose de hombros.

El jefe suspiró y dijo:

—Es usted demasiado inteligente, Stewart. Vamos andando.

—¡Protesto y exijo que se notifique al cónsul de la Tierra! —exclamó Bill con virtuosa indignación.

—Usted no está en posición de exigir nada —fué la respuesta.

Stewart pensó rápidamente. No tenían ninguna prueba contra él. Cualquiera juez lo dejaría en libertad. Pero podían hacerlo hablar. Y unas pocas palabras podrían arruinar todo.

Pero en el peor de los casos siempre podría pronunciar la extraña palabra a cuyo sonido se rompería la ampolla que llevaba en el interior de su garganta, y un poderoso veneno lo mataría en fracciones de segundo.

Todo dependía de Calr Mtar, un rigeliano. Pero, ¿por qué traicionaba Calr a sus compatriotas, a su raza?

Stewart sospechaba desde hacía tiempo que Calr hacía un doble juego, y que si las cosas se ponían feas lo abandonaría a su suerte quedándose con una inmensa fortuna. Era lo más lógico, pues Calr no tenía nada que temer; sus huellas habían sido bien borradas.

—Todo esto es un error —dijo—. No me detendrán mucho tiempo.

YA lo habían registrado hasta con rayos X, sin encontrar nada; y ahora venía el interrogatorio oficial.

Pregunta tras pregunta, investigaron sus negocios, sus razones para venir a Rigel V, y para quedarse allí; todo. Bill se sintió obligado a protestar:

—¡Todo esto es ilegal y ridículo! ¡No pienso dejarme intimidar por este interrogatorio, y si buscan que me vaya de Rigel no lo conseguirán! Y en cuanto quede en libertad protegeré ante mi cónsul...

El investigador que lo interrogaba se encogió de hombros y prosiguió:

—¿Qué socios tiene en sus negocios?

—Ninguno.

—¿Ha especulado en la Bolsa alguna vez?

—Sí —contestó Bill.

El investigador se interesó claramente, y Bill sonrió para sus adentros.

—¿Cuándo?... ¿Con qué acciones?

Bill contestó con todo detalle.

—¿Cuánto ganó?

—Perdí unos cinco mil créditos.

El investigador quedó desilusionado y cambió de tema.

—Escriba una lista de sus amigos y relaciones en Rigel V —dijo el investigador, alcanzándole papel y lápiz.

Stewart titubeó un instante, y luego comenzó a garabatear nombres.

Al terminar Bill, el investigador examinó la lista. Luego preguntó por un rigeliano de gran influencia que no estaba incluido, y Bill contestó, sin mentir, que no lo conocía. La siguiente pregunta fue sobre Calr Mtar. En el mismo tono de voz Stewart negó conocerlo. El investigador prosiguió recitando una serie de nombres de los más ricos e influyentes ciudadanos de Rigel V, con el mismo resultado.

—¿A quién ha empleado como agente para sus designios?

—No sé de qué me habla —contestó Bill.

—Usted sabe que hay métodos para obligarlo a contestar...

—¡No se atreverán a eso! ¡Sería una ofensa a mi planeta y podría conducir a una guerra!

—Síntese —ordenó el investigador—. ¿Quién se va a enterar? Si usted es tan inocente como dice, no puede haber sospechado que lo iríamos a buscar y no habrá avisado a nadie.

Bill se sentó, pensando que le habían ganado una. No podía decir que había dejado un mensaje pidiendo que lo buscaran en la oficina de Investigaciones Secretas si desaparecía sin aviso. Y siguió el torrente de preguntas, hora tras hora.

—¿De dónde sacó el dinero para iniciar sus negocios?

Esa era una pregunta nueva; pero Bill estaba preparado.

—De mi abuela.

—¿Cómo?

—Sí; mi abuela me dejó doscientos mil créditos de herencia, y con esa suma pude comenzar mis negocios.

Fue debidamente anotado. Lo controlarían, sin duda, pero no encontrarían nada allí tampoco. Pobre abuela; si hubiera sabido qué uso se iba a dar a su herencia... "Una suma confortable", decía siempre; "una suma confortable".

“UNA suma confortable, en efecto”, había dicho el jefe el día que Bill se graduó en aquella escuela que no era reconocida oficialmente, porque allí se preparaba a los hombres de la Tierra que irían a infiltrarse en otros planetas para mover desde las sombras los hilos de la política.

—Esa es una de las razones por las que lo hemos elegido a usted para enviarlo a Rigel V —prosiguió el jefe—. Los rigelianos son gente muy desconfiada y querrán averiguar de dónde proviene su dinero.

Stewart asintió. Había pasado dos años agotadores, estudiando todo lo que se sabía de Rigel V: su historia, su psicología, su sistema social, todo. Conocía a Rigel V mejor que a la Tierra.

—¿Cuál será mi trabajo? —preguntó Bill.

—Importaciones y exportaciones. Los rigelianos acaban de autorizar el comercio con la Tierra, aunque en pequeña cantidad. Usted será un hombre de negocios no muy brillante, y ganará una suma no muy elevada por año. Se dedicará mucho a los deportes y a la vida social. Nadie debe sospechar que le queda tiempo para otras actividades. Su tarea es muy delicada... Rigel V está colocado estratégicamente y no quiere saber nada con nuestra Alianza de Planetas. Sin su cooperación no nos podemos expandir más, y eso significa que la Alianza se desintegrará y volveremos a la época de las guerra interplanetarias.

—Mi meta debe ser entonces que Rigel V se una a la Alianza.

—Exactamente —dijo el jefe—. Debe

**Los chicos...
me esperan!**



El lunes 7
pídale
a su canillita

LOBITO
y la lámpara maravillosa

páguele \$ 1.-
...¡y lléveme!

Este es el primer CUADERNO de Mickey 

Se vende también en las librerías

emplear todos los medios para obtener ese fin. En cada una de las naves que le lleven mercaderías irá cierta cantidad de uranio refinado mezclado con los desperdicios de combustible. Usted comprará esos residuos y pasará el uranio al agente nativo que tenemos allí.

—¿Un rigeliano, agente nuestro? —exclamó Bill sorprendido—. Jamás me lo había imaginado.

—Si lo detienen, usted se hará el inocente el mayor tiempo posible —prosiguió el jefe—. Si ve que lo van a torturar o darle drogas para hacerlo hablar..., ya sabe cuál es su deber.

Stewart tragó saliva, consciente de la ampolla de veneno que hacía poco habían colocado en su garganta y que no saldría de allí... hasta el momento en que pronunciara la extraña palabra que la haría romperse.

—¿Cómo me pondré en contacto con el agente nativo?

—Cuando llegue a Rigel V y estemos

seguros de que nadie lo sigue, se le aproximará un rigeliano que lo llamará por su nombre y le dirá: "Bienvenido al fértil suelo de Rigel V". Usted contestará: "La fertilidad debe ser conservada".

—¿Y ese rigeliano será...?

—Calr Mtar. Usted confiará en él como en sí mismo; pero el cerebro director será siempre el suyo. Usted organizará un sistema de comunicación secreta con él y le dará instrucciones para todos los asuntos importantes.

—Pero, ¿por qué un rigeliano? —protestó Bill.

—No puedo explicarle. Es un secreto.

—Pero, ¿es una persona segura?

—¿Segura? —repitió el jefe, sonriendo misteriosamente—. Ciento por ciento.

DE modo que Calr no lo traicionaría, pensó Bill opacamente. Así había dicho el jefe, y el jefe nunca se equivocaba. Pero, ¿por qué Calr traicionaba a su propio planeta? Era inverosímil, pero...

—¿Por qué compra siempre los residuos de combustibles de sus naves? —preguntó en ese momento el investigador de turno.

¡Entonces no saben gran cosa! Ese pensamiento devolvió energías a Bill.

Se abrió una puerta y entró un rigeliano

incrediblemente alto y grueso, acomodándose en una silla. Lucía una agradable sonrisa; pero la cara del investigador se puso pálida al verlo.

—No tendría que haber confiado un asunto tan importante a imbéciles —dijo el gordo.

El otro tembló.

—Déjenos solos —ordenó el gordo.

Cuando se cerró la puerta detrás de los otros, el gordo se sentó junto a Bill y le sonrió amablemente.

—Ahora, señor Stewart, hablemos.

—Quiero protestar por este abuso... —comenzó cansadamente Bill.

—Por favor, señor Stewart —interrumpió el gordo—. No insista con esa historia. Para acallar sus protestas le contaré yo una historia, que supondremos por ahora que es sólo invento mío. ¿Me escucha?

Bill se encogió de hombros.

—Supongamos entonces que los terráqueos, y todos los hombres de la Alianza de Planetas, no son vistos con simpatía por el gobierno rigeliano. La Alianza está decidida a dominar todo el universo, aunque sus armas son financieras más bien que guerreras. Y Rigel V se halla en su camino. Para doblegarlo y someterlo será invadido despiadadamente por ejércitos.

—¿Invadido? —exclamó Bill—. ¡La Alianza tiene un gobierno pacífico, y

todo lo que busca es comerciar libremente en todo el universo, sin ninguna intención bélica!

—¿Y los que no quieren comerciar? Le diré: supongamos que en un cierto planeta llamado la Tierra hay una escuela secreta donde se enseñan los últimos adelantos en la ciencia de la economía y las finanzas planetarias. Sus estudiantes son enviados a los planetas independientes, como si fueran hombres de negocios, para asegurar posiciones de gran influencia económica que luego usan para lograr su objetivo. Rigel V tiene ahora una posición de privilegio como puente entre la Alianza y el resto del universo —dijo el gordo—. Si se convierte en miembro de la Alianza perdería esa ventaja.

—¡Y si se aísla, todo el universo terminará en guerra! —exclamó Bill.

El gordo atacó como una culebra:

—¿Entonces usted admite que es un agente de la Tierra enviado para hacer cambiar nuestra política?

—¡No admito nada! Estábamos haciendo suposiciones solamente, ¿no?

El rigeliano suspiró.

—Usted hace las cosas muy difíciles, Stewart. No tendré más remedio que recurrir al suero de la verdad...

Bill desvió la vista, temeroso de que el gordo leyera el miedo en sus ojos.

—Ese suero, como usted sabe —prosiguió el gordo—, no es de efectos agradables. A menudo el que lo usa se vuelve loco, pero...

—¡Usted no se atreverá! —interrumpió Bill—. ¡Soy un ciudadano de la Tierra! ¡Y no tiene ninguna prueba...

—Correré el riesgo.

Esto es el fin, pensó Bill. Si Calr pensaba ayudarlo, ya era tarde. Si es que pensaba hacer algo. Calr, Calr...

RECIEN al segundo día de su llegada a Rigel V, Bill se encontró con Calr. Calr parecía un rigeliano común, algo mejor vestido quizás.

Habían cambiado la contraseña y luego el rigeliano lo condujo a través de una serie de callejuelas retorcidas hasta un sótano a prueba de sonido donde pudieron conversar sin temores.

—Estoy a sus órdenes —dijo Calr.

—¿Por qué? —fué lo primero que se le ocurrió preguntar a Bill.

—Eso no tiene importancia —respondió Calr encogiéndose de hombros—. Lo que interesa es que los dos trabajamos para la Alianza y el futuro del universo.

Arreglaron sus planes y desde entonces sólo se habían visto dos veces en persona, pero en la mente de Bill siempre estaba Calr con un signo de admiración, de duda, de temor.

Cuando complotaban por medio del codificador, cuando preparaban un golpe en la Bolsa, Bill tenía siempre presente que si Calr se dejaba dominar por su ambición todo estaba perdido.

Haga participar a todos los chicos de hasta 10 años en el

GRAN CONCURSO

de **GATITO**



\$ 3..
el ejemplar

Hay que pintar el retrato de
GATITO Boxeador y mandarlo a

GATITO - Arde. Alem 884 - Bs. As.

¡Hay premios por más de \$ 2.300.-!

Aviones rebeldes

Los ingenieros norteamericanos y soviéticos se están estrujando los sesos por encontrar la solución a un grave problema que presentan los aviones supersónicos. Resulta que cuando estos aparatos están trepando rápidamente (cosa de todos los días, pues un avión de caza es inservible si no puede alcanzar una gran altura en poco tiempo), muchas veces escapan al control del piloto y suben aún más verticalmente. La gravedad del asunto está en que no hay alas capaces de resistir ese esfuerzo. Y el avión, con las alas destrozadas, se precipita sin remedio al suelo. ¿Como Icaro, verdad? Pero los ingenieros no quieren saber nada de alusiones mitológicas.

EL segundo día de su llegada Bill comenzó sus operaciones. Gracias al uranio que le llegaba en las naves terrestres y que pasaba de inmediato a Calr, disponía ya de un gran capital y Calr apareció como un genio de las finanzas, jugando al alza y a la baja y ganando millón tras millón gracias al exacto conocimiento de la economía del planeta que tenía Bill.

Antes de un año Calr y sus hombres controlaban casi la tercera parte de la vida económica de Rigel V: los transportes, la industria pesada y, lo más importante de todo, la televisión y los diarios.

Comenzó una sutil campaña de propaganda y reeducación del pueblo.

Gradualmente fué cambiando la opinión pública. La gente ya no votaba a los más ardientes opositores de la Alianza. Varios legisladores y otros sobornados pedían ya amplios tratados comerciales con la Alianza.

Un poco más y se daría el golpe final. La Alianza se habría salvado. Y entonces... llamaron a su puerta exactamente a las 17 y 53, hora de la Tierra, 27 y 36 hora de Rigel V...

POR última vez, señor Stewart —dijo el gordo—. Confíese todo o prepárese a sufrir las consecuencias.

Ya no había nada que hacer, pensó Bill. ¡Tan cerca de la victoria y que todo se desplomara como un castillo de naipes!

—¡El suero! —rugió de pronto el gordo inquisidor.

Se abrió la puerta y apareció un rigeliano con una jeringa hipodérmica en la mano.

Ah, si como en las antiguas novelas llegara justo a tiempo un mensajero trayendo el perdón del rey...

Bill cerró los ojos y esperó el pinchazo para pronunciar la palabra que le daría la muerte. Esperó, pero no ocurrió nada. Abrió los ojos.



Allí estaba el ansiado mensajero, claro que no como los de las novelas. Era un rigeliano calvo y apático, y el gordo lo miraba con una mueca de incredulidad.

—Suéltlenlo —dijo el mensajero.

El gordo protestó, pero inútilmente. Bill apenas comprendía lo que decían, hasta que se encontró en la calle, libre y maravillado.

Una sola palabra podía explicar el milagro: Calr.

Siguió deambulando hasta estar seguro de que no lo seguían, y luego

se dirigió al lugar de sus citas con Calr. Este ya lo estaba esperando.

—¿Cómo consiguió hacerlo? —dijo Bill.

La voz de Calr era calmosa, sin emoción:

—El plan H-30. ¿No recuerda? Pedí que se considerara inmediatamente el tratado de unión con la Alianza. Fué aprobado y Rigel V es ahora un miembro de la Alianza de Planetas. Una vez conseguido eso fué cosa fácil lograr su libertad.

Stewart se desplomó en un sillón sintiendo al mismo tiempo cansancio y alivio. Calr continuó:

—Su negocio ha quebrado y usted carece ahora de recursos. Por lo tanto, según las leyes de Rigel V, no puede permanecer aquí y será repatriado inmediatamente a la Tierra.

Stewart se incorporó lentamente. A

la Tierra... otra vez a su hogar. Había cumplido su misión con pleno éxito; podía estar orgulloso. De pronto se le ocurrió otra cosa: ¿y Calr? Miró al rigeliano como tratando de atravesar el velo de su misterio.

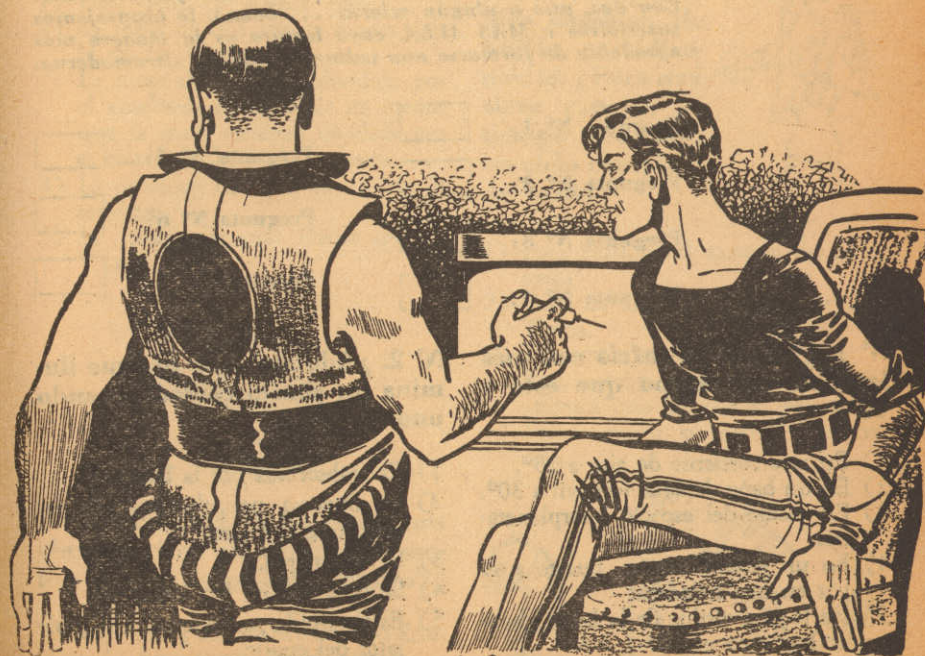
—Pero, ¿por qué? —preguntó—. ¿Por qué hizo usted todo esto?

Calr sonrió. Por lo menos fué una buena imitación de una sonrisa.

—Dícales a los ingenieros del Instituto de Electrónica que el modelo Rz 17-3 ha resultado todo un éxito.

Bill escuchó esas palabras pero tardó un buen rato en comprender su significado. ¡Un robot! ¡Calr no era un hombre, sino una máquina fabricada en la Tierra!

—Y saludos a los muchachos del laboratorio de investigaciones —concluyó Calr levantándose y estrachando la mano del boquiabierto Bill Stewart. ♦



Espaciotest

En cada uno de los cuadritos que siguen usted deberá indicar la letra que corresponde a la respuesta que le parece acertada. Una vez llenados los cuadritos —¡pero no antes!— usted podrá comparar las respuestas con aquellas de la página 135.

Las preguntas de este Espaciotest tienen las siguientes finalidades: a) entretener; b) torturar su cerebro; c) exprimir de su memoria los conocimientos obtenidos de MAS ALLA y de otras lecturas, y d) medir sus progresos en los campos de las ciencias que son de particular interés para la fantasía científica.

Si usted no ha cometido ningún error, apresúrese a pedir un premio Nobel. Si ha acertado 6 ó 5 respuestas, usted tiene un nivel cultural mayor que lo común. Con 3 ó 4 aciertos, usted puede considerarse una persona culta. Con dos, uno o ningún acierto..., bueno, le aconsejamos suscribirse a MAS ALLA, cuya lectura es la manera más agradable de formarse una cultura científica ultramoderna.

Pregunta Nº 1:

☐

Pregunta Nº 2:

☐

Pregunta Nº 3:

☐

Pregunta Nº 4:

☐

Pregunta Nº 5:

☐

Pregunta Nº 6:

☐

Pregunta Nº 7:

☐

Nº 1. ¿Dónde se enfría con más lentitud un cuerpo que está a 40°?

- 1) En una corriente de aire a 35°.
- 2) En un baño de agua inmóvil a 30°.
- 3) En medio del espacio interplanetario.
- 4) En un termos común, puesto a su vez en una heladera.
- 5) En la cara visible de la Luna cuando hay luna nueva.

Nº 2. ¿Adónde va la luz que ilumina un cuarto cerrado cuando uno la apaga?

- 1) Es reabsorbida por la lámpara.
- 2) Se dispersa por choques con las moléculas del aire.
- 3) Se desintegra.
- 4) Se convierte en luz infrarroja.
- 5) Es absorbida por paredes, aire y objetos del cuarto.

Nº 3. ¿Qué es lo más parecido a la luz entre los siguientes conceptos?

- 1) Haz electrónico.
- 2) Ultrasonido.
- 3) Ondas de radio común.
- 4) Energía de calentamiento de un horno a inducción.
- 5) Rayos cósmicos.



Nº 4. Uno pesa menos en la Luna que en la Tierra porque:

- 1) Uno tiene allí menos masa.
- 2) La masa de la Luna es menor que la de la Tierra.
- 3) La masa de la Luna, dividida por el cuadrado de su radio es menor que la masa terrestre dividida por el cuadrado del radio terrestre.
- 4) La densidad lunar es menor que la terrestre.
- 5) La Luna gira más rápido que la Tierra.



Nº 5. ¿En cuál de las siguientes ciencias tiene un significado menos preciso la palabra "anillo"?

- 1) Astronomía; 2) Matemáticas; 3) Química; 4) Arqueología; 5) Metalurgia.

Nº 6. ¿A qué se llama "vida media" de una sustancia radioactiva?

- 1) Es el tiempo que debe transcurrir para que quede sólo la mitad de la sustancia sin desintegrarse.
- 2) Es el tiempo que debe transcurrir para que quede sólo la 2,71 avas parte de la sustancia sin desintegrarse.
- 3) Es el promedio de vida de uno cualquiera de sus átomos, es decir, lo que tarda en promedio en desintegrarse.
- 4) Es el promedio de edad que tienen sus átomos desde su formación.
- 5) Es el período intermedio entre la formación y la desintegración de sus átomos.

Nº 7. Las estrellas variables o pulsátiles cambian de brillo periódicamente. ¿Para qué sirve conocer el tiempo que dura un ciclo completo de brillo?

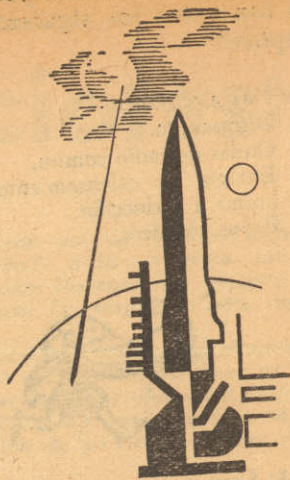


- 1) Para calcular el tamaño de la estrella.
- 2) Para calcular su distancia a la Tierra.
- 3) Para calcular su densidad.
- 4) Para averiguar el tipo de reacción atómica que en ella se produce.
- 5) Para calcular su período de rotación.



HIJO DE Marte

por
CIRYL JUDD



Ilustrado por WILLER

SINTESIS DE LA PRIMERA PARTE

CUARENTA años habían transcurrido desde que el primer cohete de la Tierra se estrellara al extremo sur de la Gran Sirte, en el Viejo Marte... Allí quedó, refulgente, inoxidable mausoleo, para contar su historia a los hombres venideros. Cuarenta años, casi, desde la llegada inmediata de los primeros esperanzados colonizadores: tres mil almas predestinadas, cuyos cuerpos eran ya esqueléticos cuando llegó el retrasado torpedo de auxilio.

Pero cuarenta años en la vida de un astro no es nada. En ese transcurso, el rojo planeta acogió sucesivamente un puñado de exploradores, algunas veintenas de buscadores y aventureros y, por último, un millar de colonos con sus flacas y silenciosas mujeres.

Gracias al descubrimiento de las piladoras de "oxen" (la enzima, o fermento, del oxígeno), estos seres, dotados fisiológicamente de pulmón marciano, podían respirar en la enrarecida atmósfera de Marte, sin necesidad de usar máscara de oxígeno.

Y hoy, en rápida evolución, aquel mundo yermo promete convertirse en el verdadero hogar de la especie humana.

La Colonia Lago del Sol, establecida hace catorce meses, es un caso insólito entre las otras colonias marcianas: una cooperativa, proyectada para subsistir sin explotación industrial ni propósito de lucro. Sus miembros incluyen desde simples obreros hasta científicos consumados, todos con una sola

convicción: que la Tierra está agotada para el hombre, por su destrozada ecología, por superpoblada y por el inminente, inevitable cataclismo de una guerra radiológica.

En el laboratorio de Lago del Sol, único edificio metálico entre las barracas de la única calle de la colonia, se obtienen para exportación radioisótopos del suelo ligeramente radioactivo de Marte. Pero la colonia aspira a su independencia, y este comercio cesará en cuanto pueda estabilizarse el ciclo agrícola y se halle un sustituto del oxen importado de la Tierra.

Uno de los pocos requisitos para residir en Lago del Sol es la ley "C. o C.": todos los miembros han de ser casados o casables.

JIM KANDRO y su mujer POLLY llegaron a la colonia huyendo del ambiente de la Tierra, donde seis veces habían fracasado en su ilusión de tener un hijo. Por eso es mayor la alegría cuando les nace el primero, concebido ya en el propio Marte.

TONY HELLMAN, médico y alma de la colonia, asiste al parto en su barraca hospital, contruida, como las de todos los colonos, de tapiales de "tierra" apisonada. Tony es uno de los científicos más viejos; tiene treinta y dos años, pero todavía es soltero. Es miembro del Consejo Colonial e inspector de seguridad radiológica del laboratorio. Como los niños lactantes no asimilan el oxen, el médico aplica al recién nacido una mascarilla de oxígeno especialmente diseñada. El bebé es bautizado con el nombre de LAGO DEL SOL KANDRO, y familiarmente le llaman SOLIN.

Mientras el médico va a inspeccionar el laboratorio, recibe la visita de HAMILTON BELL, Comisario de Asuntos Planetarios en Marte, nombrado por la Federación Panamericana. Bell viene con su policía militar a investigar una denuncia formulada por

HUGO BRENNER, conocido billonario fabricante de drogas en Pittco Tres, la colonia más próxima a Lago del Sol, junto a los montes de Peñacantil. Cien kilogramos de marcaína le han robado de su fábrica. El detector electrónico, llamado vulgarmente el "sabueso", manejado por el teniente del Comisariato, ha seguido el rastro de la droga en dirección a la colonia Lago del Sol.

El comisario Bell ordena un registro ruinoso que, al destruir delicados equipos, contaminará la mercadería lista para embarque. Los colonos discuten con el comisario y aceptan por fin un pacto desesperado: ellos mismos harán el registro; pero, si no hallan y entregan la marcaína y su ladrón antes del día de embarque, la colonia será acordonada militarmente, durante seis meses, para llevar a cabo un registro oficial. Lago del Sol no sobreviviría a tal aislamiento.

Tony se reúne con los otros tres miembros del Consejo Colonial: MIMI JONATHAN, morena de ojos vivos, administradora del laboratorio; JOE GRACEY, director agrónomo de la colonia, y NICK CANTRELLA, experto ingeniero sin título. Por resolución del Consejo se realiza un examen electroencefalográfico de toda la comunidad, individuo por individuo, en busca de la onda cerebral delatora de la ingestión de marcaína. Los resultados son negativos. Los colonos solocitan el "sabueso"; pero Bell se niega a prestarles el equipo policial, y se ven obligados a organizar una minuciosa búsqueda sin el detector.

Entretanto, el doctor Tony atiende a sus obligaciones médicas. Solin muestra dificultades y ahogos en su lactancia. Su madre, Polly, que esperó tantos años un hijo, padece ahora graves estados de ansiedad. El médico llega a preocuparse hondamente por ella al comprobar que el histerismo le provoca alucinaciones sobre "duendes": nativos seres de leyenda, semejantes a los de

las antiguas consejas y fábulas de la Tierra, y a los cuales acusan de robar niños para sus fiestas rituales.

Otro problema médico es JOANNA RADCLIFF, agonizante de una misteriosa dolencia marciana. Tony no alcanza a establecer el diagnóstico y, mucho menos, el tratamiento. Ella se niega a volver a la Tierra, en parte por su intenso idealismo sobre el porvenir de la colonia y en parte por causa de su marido, HENRY RADCLIFF, joven romántico cuya única ilusión fue vivir en Marte. Si ella se va, él está obligado a irse por la ley "C. o C."; y si el ultimátum de Bell significa el fin de la colonia, el corazón de ambos quedará destrozado... aunque se salvaría la vida de Joanna.

Súmase a estos problemas el de la serena y recatada ANA WILLEN-DORF, ayudante del médico y enfermera, que llegó a la colonia como sopladora de vidrios y que ahora tiene su taller en la barraca hospital de Tony, donde puede atender simultáneamente a sus dos obligaciones. Su extraordinario don de penetración y empatía ha conquistado el cariño de Tony; pero ella no está aún dispuesta a ligarse a la colonia por el matrimonio. Ni él, por su parte, está libre del interés que siente por BEA JUAREZ, la hermosa y audaz piloto de La Gandula, avión de la colonia.

Pero todos los problemas médicos y personales se esfuman al llegar la sorprendente noticia de que el cohete de la Tierra está al alcance de la radio: dos semanas anticipado.

¡Sólo queda ahora una semana hasta el día de embarque!

Tony vuela en La Gandula a Puerto Marte para la recepción del cohete. En el coheteródromo se le acerca Brenner, quien le ofrece un sueldo fabuloso para que abandone Lago del Sol y vaya a trabajar a su fábrica de drogas. Tony rechaza indignado el ir a ese

"Paraíso del Opio" a curar obreros marcianos. Se produce un breve altercado, en el que Brenner amenaza con el puño a Tony; pero es Brenner quien cae al suelo sin que Tony se explique cómo ha ocurrido este rápido incidente.

Otro poderoso industrial, CHABRIER, de Destilerías de Marte, que ha observado la escena, felicita a Tony por su valerosa actitud y por el golpe certero con que ha tumbado a Brenner, y alude a cierta trama entre Bell y Brenner, que tratan en connivencia de que el laboratorio de Lago del Sol pase a propiedad del droguero billonario.

Antes de que Tony comprenda el sentido de esa intriga, recibe una nueva sorpresa: entre los pasajeros del cohete figura DOUGLAS GRAHAM, famoso periodista, que viene a escribir el libro Esto Es Marte, y ha elegido Lago del Sol como primer lugar de parada. Mientras caminan hacia La Gandula, varios industriales, entre ellos Chabrier, se acercan al escritor y lo invitan a visitar sus respectivas industrias. Graham rehúsa. Chabrier insiste ofreciéndole dinero y, ante el despreciativo rechazo del periodista, todavía le regala un lujoso paquete con muestras de sus Destilerías de Marte.

Al llegar a La Gandula, Bea Juárez menciona el heroísmo de Tony contra el gigante Brenner. Graham pregunta detalles de la pelea, y TAD CAMPBELL, el muchacho que acompaña al médico y que es asistente en la radio de Lago del Sol, relata el episodio, aclarando que no fue Tony quien hizo rodar por el suelo a Brenner, sino el propio Tad, que le metió la zancadilla en el momento en que el droguero amenazaba al médico.

Una vez a bordo de La Gandula, rumbo a Lago del Sol, un mensaje radial solicita que el médico descienda en Pittco Tres para asistir a una mujer

malherida. Tony desciende acompañado de Graham, pero llega demasiado tarde: "la gorda Ginny", pupila del burdel que la Compañía Farmacéutica de Brenner mantiene en Pittco, ha muerto víctima de un torpe autointento de aborto, seguido de un malvado y misterioso ataque a palos en la cabeza, en la espalda y en el pecho.

Cuando, por fin, el escritor y el médico llegan a Lago del Sol, el hall del laboratorio está repleto de colonos. Graham se entera de que han estado buscando inútilmente algo y de que necesitan seguir buscando en las cajas de radioisótopos.

Tony explica a Graham que el comisario Bell los acusa de ocultar a un ladrón y lo robado por él: cien kilogramos de marcina. Confía en que

Graham los ayude, pues éste tuvo en la Tierra una vieja querrela con Bell. Pero el escritor, olvidándose de Bell, acusa a Tony con una serie interminable de preguntas. Tony contesta a todas mientras inspecciona el laboratorio en compañía del escritor.

A la hora de cenar, estando todos reunidos en el comedor del laboratorio, entra HARVE STILLMAN, jefe radiotelegrafista, trayendo una noticia de la radio: el Gran Kan de Tartaria ha prohibido el uso de la marcina. Esto significa que el negocio de Brenner se duplica en precio y producción. Ahora comprende Tony el empeño del droguero por apoderarse del laboratorio de Lago del Sol. Y Tony convoca para esa misma noche la reunión del Consejo Colonial.

CAPÍTULO XIV

EL Consejo estaba reunido.

—De todos modos —afirmó Mimí— tenemos que seguir registrando las cajas.

—Lo mismo pienso —dijo Tony—. No podemos acusar a nadie antes de estar seguros de nosotros mismos.

—Si consiguiéramos el "sabueso"... —Bell lo negó.

—¿No podríamos alquilar o comprar uno? —preguntó Gracey.

—Son propiedad del Gobierno —aseguró Mimí.

—Apuesto a que si tuviéramos tiempo —saltó Nick—, soy capaz de hacer uno... En fin, hay que seguir adelante... ¿A qué ha venido Graham?

—NO sé —dijo Tony—. No está a favor de Bell ni aceptó las invitaciones de Chabrier y Halliday; pero tampoco se puso de nuestro lado

cuando le expliqué la situación. Habrá que tantearlo poco a poco.

—¿Poco a poco? —exclamó Nick—. ¡Sólo nos quedan seis días!

—Hay que acabar pronto el registro —agregó Gracey—. Así, cuando lo interroguemos, tendrá ciertos hechos para juzgar.

—Si empezamos al alba —expuso Mimí—, el desembalaje puede estar concluido mañana. Entonces abordaremos a Graham. Tendremos que dejar las cajas abiertas y cerrarlas más tarde. No veo otro medio.

En diez minutos quedó establecido el plan de operaciones. Se fueron los tres hombres, y Mimí quedó encargado de los detalles.

Tony se dirigió al hospital. Allí, en el living, estaba Graham charlando con Harve Stillman, que, poniéndose de pie, dijo:

—Lo esperábamos, doctor. Tengo que irme al puesto de radio, porque Tad está de turno, pero se queda dormido antes de cenar, y yo he de quedarme de noche.

Tony preguntó a Graham:

—¿Desea usted algo? Yo voy a ver a unos enfermos y vuelvo en seguida.

—Me gustaría ir con usted, si no le molesta.

—Encantado. Deseo que vea usted al bebé de que le hablé. El otro caso es

una enferma grave; tendrá usted que esperar mientras la examino.

En casa de Radcliff, Joanna dormía, y Tony decidió dejarla descansar hasta el día siguiente. Continuaron, pues, hasta la barraca de Kandro.

—Aquí es —dijo el médico—. Hola, Polly. Me acompaña Mr. Graham. ¿No le importa?

—No..., naturalmente. Pasen, pasen —dijo de pura fórmula; pero su aspecto era alarmante, con ojos for-



zadamente abiertos como de no haber dormido, la boca apretada y el cuerpo en tensión.

—¿Cómo está Solín? —preguntó Tony entrando en la nueva alcoba, seguido de Polly y Graham.

—Lo mismo —dijo Polly—. Acabo de intentar, ¿sabe?

EL niño estaba en su cuna, babeando, con la carita enrojecida. “Vamos a perder esta criatura”, pensó el médico, “si no inicio inmediatamente alimentación intravenosa.”

—Por favor, dígame algo, doctor. Estoy tan excitada... ¿Será ésa la causa de que él rechace el alimento?

—Hasta cierto punto; pero eso no lo explica *todo*. ¿Qué le pasa a usted?

—Usted sabe, doctor. Después de esperar inútilmente varios hijos en la Tierra..., y ahora... ¿Cree usted...? ¿Es peligroso Marte?

Tony notó que ella había cambiado una pregunta confidencial por otra trivial. Hizo una seña a Graham, y éste se retiró discretamente al living.

Tony empezó a argumentar a Polly sobre los peligros de Marte; pero ella lo interrumpió de pronto.

—Hábleme del asesinato.

—¡Ah, era ésa su exaltación! Vi casos peores cuando yo conducía la ambulancia en el Hospital General de Massachusetts. ¿Qué tiene que ver ese crimen con Solín?

—No lo sé, doctor. Tengo miedo. Cuénteme, por favor.

—A la muerta la llamaban la gorda Ginny. Usted sabe que las mujeres de esa clase reciben a menudo castigos de sus clientes, que hasta llegan a matarlas cuando, borrachos o dopados, piensan que los han engañado.

—Yo he oído —dijo ella— que la mataron a fuerza de pequeños golpes. No hay hombre que haga eso. También oí que Nick Cantrella vió huellas de pies desnudos junto a las cuevas, y creyó que eran de niños.

—¿Y usted qué cree? —preguntó Tony, aunque tenía leves sospechas de lo que ella iba a decir.

—¡ERAN duendes! —dijo angustiada—. Yo le dije que vi uno, y usted no me creyó. Ahora han matado a esa mujer y han dejado huellas, y sigue usted sin creerme. Usted y todos creen que estoy loca. ¡Quieren llevarse a mi hijo, y ustedes no me escuchan!

Tony creyó conocer lo que ella sentía. La atención de la colonia se había desviado del niño a la marcaína, y Polly pretendía recuperar esa atención aunque fuera por una artimaña ridícula. Conocía ella todas las disparatadas consejas sobre los míticos duendes; había padecido despierta un sueño de ansiedad, y ahora reunía "pruebas" para presentarse como víctima interesante de malignas persecuciones.

—Ya hemos hablado sobre eso —dijo Tony cansado—. Reconoció usted que no había visto nada y que no podía haber duendes, porque no existe en Marte ninguna vida animal de la que los duendes puedan provenir. De modo...

—Doctor —interrumpió Polly—, voy a mostrarle algo.

Sacó de la cama un objeto que brilló tétricamente en sus manos.

—¡Dios mío! ¿Qué hace usted con esa pistola?

Sin vacilación, contestó ella:

—Diga que estoy loca; pero tengo miedo. Creo que puede haber duendes. Y estoy preparada por si vienen.

Colocó la pistola bajo la almohada de la cuna, y Tony la sacó rápidamente.

—Oigame, Polly. Creer en duendes, fantasmas o magos es cosa suya. Pero usted debe tener el buen criterio de no dejar una pistola junto al niño. Voy a darle a usted un sedante, y quizás...

—No quiero sedantes. Me portaré bien. Pero ¿puedo guardar la pistola?

—Si sabe usted cómo usarla y tenerla en el seguro y no la pone bajo el colchón del nene, no hay inconveniente. Pero los duendes que usted vea que me los claven a mí en los ojos. No importa que tenga usted visiones. Las mujeres necesitan gritar de vez en cuando. Mañana volveré a verla.

EN la calle, Graham rompió el silencio, preguntando:

—¿Sabe usted dónde voy yo a dormir y dónde hallaré mi equipaje?

—Se quedará usted conmigo. El equipaje estará en casa de Tad Campbell, el jovencito que "desinfló" mi pelea con Brenner.

Recogieron la enorme valija en casa de Tad y siguieron hasta la barraca hospital. Tony encendió un foco calorífero sobre las dos sillas plásticas y se quitó las botas de arena. Graham buscó en la maleta, sacó el historiado paquete que le regaló Chabrier, lo miró pensativo, lo dejó de nuevo y vino sonriendo con otra botella.

—¿Qué le parece esto, doctor? Es escocés.

—Hace un siglo que no lo pruebo. Tomaré más de uno.

El líquido descendió a las gargantas como fuego sedoso.

—¿Qué es eso de los duendes? —preguntó bruscamente el escritor—. No pude evitar el oír algo desde la otra habitación.

—¡Duendes! —dijo Tony sacudiendo la cabeza—. ¡Como si no tuviéramos bastantes contrariedades sin inventar monstruos marcianos...!

—Pero ¿qué hay de ello? Lo único que yo conozco es esa escena sangrienta del relato interplanetario de Granata. Es una simpleza; pero yo podría aprovecharla, si hay algo que la respalde. ¿Refieren algún dato que relacione estos duendes con los de los cuentos de hadas?

—Dos: primero, los duendes marcianos son tan fantásticos como aquéllos; segundo, aquéllos fueron viajeros del espacio, antepasados de las alucinaciones actuales.

—Podría ser —indicó Graham.

—Podría ser tontunas —dijo Tony sin exaltarse—. Para viajar por el espacio es preciso un mínimo de vida inteligente o móvil. Muéstreme siquie-

ra un vegetal ambulador en Marte; aísleme una simple célula animal. Entonces quizá pensara yo en duendes.

—¿Y una raza decadente? —planteó Graham—. Suponga que viajaron por el espacio, a alto nivel de civilización. Habrían eliminado todas las formas menores de vida. Vea usted que en la Tierra está ocurriendo algo similar. Allí es por cuestión de espacio vital, puesto que no tenemos el problema que tuvieron que encarar los marcianos: el de el agotamiento del agua y del oxígeno. Quizá esto destruyó al final su civilización, salvo... los que llegaron a la Tierra. Tengo entendido, de fuente autorizada, que la última expedición a nuestro planeta la condujo un tal Oberón. ¿Alguien, excepto Granata, ha visto alguno?

—¡Centenares! —dijo Tony secamente—. Pregúntele a los viejos buscadores. Todos los han visto, han vivido con ellos y hasta han asistido a natalicios. Le contarán todas las historias que usted quiera.

—¿Qué aspecto atribuyen a esos duendes? —insistió el escritor.

TONY se dió por vencido. El reportero estaba en su profesión, formulando pregunta tras pregunta. Le contestó a cuanto él quiso, con agregados, explicaciones y adornos.

Duendes: forma de vida inteligente, ya animal, ya vegetal móvil. Metro y medio de talla; grandes ojos; brazos flacos. Supuestos únicos restos de la otrora orgullosa civilización marciana, salvo que no existía ningún otro resto para apoyar la teoría. Costumbres: secuestrar niños, salvo que nunca desapareció un solo niño, y comérselos, salvo que esto se amoldaba demasiado a la idea del secuestro, y es un agregado del que todo buen embustero no puede evadirse.

—Es la antigua conseja de los colonos para asustar a los chiquillos y que

no se alejen de sus casas. Pero no sólo no existe hoy ninguna clase de vida animal autóctona en Marte, sino que nunca la hubo, a juzgar por lo que conocemos. Ni ruinas, ni ciudades, ni signos de civilización, ni siquiera un simple fragmento de algo semejante a un fósil.

Graham terminó su whisky, sirvió el segundo a los dos y ofreció un cigarrillo a Tony, que lo rechazó y sacó su pipa vacía.

—Esos argumentos son estrictamente negativos. Pero, por otro lado, existe la evidencia de las huellas y los relatos de testigos oculares.

—Si se refiere a los marcianos con cataratas en los ojos, no le llame evidencia.

—No; pero hay tantos datos, que empiezo a pensar en alguna leyenda.

—¿Y usted se la cree?

—¿Le parezco loco? He dicho leyenda.

—De modo que viajó usted ciento cincuenta millones de kilómetros en un cohete, cuatro horas en un cascajo de avión, ha comido alimentos que saben a desinfectantes y vive en una caseta de barro, todo para escribir a su regreso una buena novela sobre duendes, que podía usted haber pergeñado sin moverse de la Tierra.

—No sólo para eso —dijo el reportero—. Pienso utilizar los duendes para uno de los capítulos: cuentos y leyendas locales.

—En la Tierra tiene usted cuentos a montones y dignos de ser escritos. ¿Conoce el de Paul Rosen? Ese es verídico.

—¿Rosen? Creo haber oído ese nombre. ¿Quién fué?

—No fué: vive. Es un inválido.

—CUENTEME —dijo Graham, volviendo a llenar los vasos.

—Le contaré lo que se refiere a Marte. Este Marte del que usted quie-

re escribir, este Marte sin máscaras de oxígeno, es obra de Rosen. Rosen fué el médico del cohete de auxilio que encontró los restos de la primera colonia. Tenía él nociones del grado diferencial de oxígeno, y estaba convencido de que ésa no fué la causa del fracaso. Para demostrarlo, se quitó la máscara y vió que no la necesitaba. Su ayudante intentó lo mismo y por poco muere de asfixia. Este acontecimiento demostró que unos se adaptaban a Marte en el acto y otros no. Cuando Rosen volvió a la Tierra, fué a que los bioquímicos le examinaran los pulmones. Una biopsia de pocos centímetros cúbicos no dió resultado. Se dejó extirpar la mayoría del tejido pulmonar. Quedó inútil para siempre; pero ellos consiguieron aislar la enzima, o fermento, diferencial, y realizaron pruebas.

—Ahora recuerdo —manifestó Graham, llenando rítmicamente los va-

sos—. La mitad de los soldados que traté en Asia, decían que se habían enrolado porque no tenían pulmón promarciano, y no merecía la pena vivir sin poderse ir a Marte.

EL resto de la historia lo conoce usted —prosiguió Tony—. Los bioquímicos sintetizaron el oxen en píldoras y obtuvieron otras enzimas protectoras contra los peligros de los hongos, los rayos ultravioleta, la deshidratación y los virus. Hace dos años pudo establecerse la colonia Lago del Sol. Con el oxen y cuatro cohetes por año, podemos mantenernos hasta que hallemos el modo de vivir sin la ayuda terrestre. Lago del Sol es lo único que quedará cuando ustedes, locos degenerados de la Tierra, la hagan estallar. Las otras colonias no son marcianas; forman parte de la Tierra; cuando ésta desaparezca, desaparecerán ellas. Sólo quedará Lago del Sol.

Nuevo superinsecticida

EL día que el hombre deje de luchar contra el hombre, le resultará fácil vencer al clima, al hambre y a las enfermedades. Pero quién sabe si es capaz de derrotar a un enemigo que por ahora no parece tan peligroso: el insecto. Da escalofríos la manera cómo un mortífero insecticida de hoy los engorda mañana. El último avance en la guerra contra los insectos se debe a un físico teórico: Linus Pauling, el hombre que hace la mayor cantidad de aplicaciones de la Mecánica Cuántica. El dedujo la forma y tamaño que debía tener una molécula para poder meterse



de contrabando en una reacción química con sólo insectos, e interrumpirla. Esas moléculas se construyeron con sólo hidrógeno y carbono, sin necesidad del cloro que da su poder al DDT, y se ha conseguido así un insecticida cien veces más poderoso que éste..., por ahora. Los insectos ya deben estar planeando alguna mutación de sus procesos vitales que lo haga inocuo.

—Dos problemas faltan por resolver —dijo Graham, procurando mantener firme el vaso, para llenarlo—: el del comisario Bell con su edicto de desalojo, y el de las píldoras de oxen que todavía necesitan. ¿Pueden hacerlas en

el laboratorio?

—Todavía no —contestó pensativo Tony, que había olvidado que su optimismo emanaba de la botella—. Ya he bebido bastante. Y mañana tengo un día tremendo.

CAPITULO XV

FUE un día terrible. Empezó con el cansancio del día anterior. Tony salió dejando aún dormido a Graham. Mimí Jonathan ya estaba en el laboratorio cuando llegó Tony. Legal o no legal, hizo éste la inspección matinal a toda prisa. Recorrió luego entre la multitud los cinco lugares elegidos por Stillman para las patrullas de inspección y los halló razonablemente bajos en radioactividad.

Habían cubierto el suelo con láminas plásticas, y estaban colocando los lados de las tiendas, con pequeños túneles para introducir las cajas sin arrastrar en los pies todo el polvo del desierto. Entre cada inspección se cambiaría el aire por medio de ventiladores, y todos los hombres se mudarían sus overoles por otros radiológicamente limpios.

Apenas amaneció, la delicada tarea estaba en marcha. Una patrulla sacaba las cajas del depósito y las pasaba a los embaladores que las cubrían con láminas plásticas y las soldaban. Sobre parihuelas las transportaban por la suave pendiente, desde el lecho del "canal" hasta las tiendas del desierto. Allí las desenvolvían, las introducían en la tienda, las abrían, revisaban y comprobaban la falta de contaminación química o radiológica, volvían a soldarlas y las sacaban de nuevo. De vuelta en el laboratorio, las cubrían con plomo, para reembalaje y almace-

naje en todos los talleres disponibles.

Mimí estaba en todas partes, dando órdenes. Los pocos procesos de laboratorio que no podían abandonarse, estaban a cargo de Sam Flexner, de personal agrario y administrativo y de Ana Willendorf. Tony y Harve Stillman iban constantemente de una parte a otra, controlando todos los detalles de la inspección.

Antes de mediodía, Tony dió a Mimí la mala noticia de que había que abandonar la segunda tienda. La leve radioactividad del suelo se encadenaba con las láminas plásticas, y en una hora las cajas estarían contaminadas. Mimí se encargó de dirigir una patrulla para buscar otro lugar exento de radioactividad.

Alguien resbaló en la tercera tienda, y parte del radiofósforo destinado a la Fundación Leucémica se salió de la caja, lo bastante para que fuese rechazado en el embarque. Pero ni vestigios de marcaína hallaron las patrullas de inspección.

A mediodía, los niños fueron repartiéndose el almuerzo. Tony tomó su "café" tibio y dejó a Harve Stillman toda la supervisión, mientras él iba a ver a sus enfermos. Entró primero en su casa para recoger el estuche profesional. Halló a Graham escribiendo a máquina, y le sorprendió que el escritor no usara dictógrafo.

En la sala hospital esperaba Edgar Kroll. Antes de entrar a verlo, le dijo a Graham:

—Tengo que salir de nuevo. Veré a tiempo para llevarlo a cenar. Entretanto puede usted pasearse y preguntar cuanto guste a todo el que encuentre en su camino. ¿Le sirvieron el almuerzo?

—Me arreglé yo solo —sonrió Graham, señalando una lata abierta, medio llena de carne, y un paquete de galletas—. Si usted no ha perdido el paladar, ¿por qué no cena conmigo esta noche?

—Gracias. Le tomo la palabra —dijo Tony, y entró en la clínica.

Kroll se quejó de una nueva cefalalgia producida por las máquinas.

—Aquí tiene aspirina. Mañana lo revisaré. Hoy no hay tiempo. Si no se le pasa, no trabaje esta tarde.

TOMO su estuche negro y echó calle abajo, hasta la casa de Kandro. Jim estaba en la puerta.

—¡Qué gusto de verlo, doctor! Quería decirle algo sin que Polly lo oiga. Solín sigue sin alimentarse. ¿No será cáncer o algo así?... Un vecino me contó...

Justo, justo, lo que a Tony lo cegaba de ira. Jim era para Tony un hermano y camarada; pero éste, martillando con el puño, le manifestó claramente que había estudiado, sacrificado y trabajado mucho para aprender lo que pudo de medicina, y que, cuando quisiera el diagnóstico "por palpito" de un profano, ya lo pediría él mismo. Jim y Polly podían despertarlo a media noche, hacerle compararle sus ansiedades; pero no tenían derecho alguno a inferirle semejante insulto.

Entró en la casa, readquiriendo su sereno aspecto profesional. Saludó a Polly y examinó al niño.

—Es hora de alimentarlo, ¿verdad?

¿Quiere intentar ahora, mientras yo observo?

Polly alzó al bebé, le levantó un poquito la mascarilla de oxígeno, ajustada a la nariz, y se lo puso al pecho.

Tony vió claramente que el niño estaba frenético de hambre. Entonces, ¿por qué no mamaba adecuadamente? En vez de amoldar los labios a la mamilla, la empujaba primero hacia un lado, luego hacia otro, pero nunca realmente. Chupaba unos segundos y en seguida se apartaba sofocado.

—Va haciéndolo algo mejor —dijo Polly—; mucho mejor.

—Bien —confirmó Tony débilmente—. Seguiré mis visitas. Llámeme si hay novedad.

JOANNA Radcliff fué la próxima cliente. No estaba mejor ni peor: el curso de su enigmática enfermedad se había estacionado. Lo único que el médico pudo hacer fué tomarle la temperatura y el pulso, charlar mientras cambiaba los apósitos de las pústulas, darle ánimos y despedirse.

Faltaba Dorothy, el caso de la sinusitis frontal, y estaría terminado lo más importante del día. Tanya Beyles tenía en la puerta de calle su tarjeta verde de enferma; pero el médico pasó de largo. Acababa de pasar cuando ella se asomó a llamarlo, muy emperifollada y hasta con los labios pintados.

—Hoy dispongo de poco tiempo, Mrs. Beyles. ¿Puede esperar a mañana?

—¡Oh, doctor; por favor!

Y comenzó a enumerar, con términos científicos inadecuados, todos los síntomas de un cuadro hipocondríaco típico, que requeriría un reconocimiento clínico completo.

—Bien, bien. Si viene usted al hospital la semana próxima, quizá tenga tiempo... —dijo Tony, y siguió su camino antes de que ella pudiera agregar nada.

El doctor adoptó su acostumbrada expresión de placidez, al entrar en la alcoba de la niña Dorothy, y automáticamente reanudó el cuento de la bicitracina donde lo había dejado dos días antes.

MEDIA hora después, estaba de regreso en la tarea de desembalaje e inspección. Stillman, casi agotado de tanto trabajo y responsabilidad, se tomó un corto descanso, y en seguida subdividieron la obligación entre los dos, hasta que, al oscurecer, se dieron cuenta de que ya no había más cajas.

Mimí expuso amargamente el resultado de la búsqueda: 1,500 horas hombre de trabajo agotador; tres cajas contaminadas sin salvación; nueve salvables con más centenares de horas hombre..., y nada de marcaína.

—Nadie dirá que no hemos hecho todo lo posible. Ahora le toca a usted —dijo a Tony.

—¿Graham? —preguntó éste, poniéndose de pie—. Lo único que puedo es intentar ponerlo de nuestra parte. Algo amable se manifiesta. Me invitó a comer con él, de sus proteínas sintéticas de la Tierra... ¿Saben la historia que más le interesa? ¡Los duendes! En fin; haré lo que pueda.

Inició el regreso en la oscuridad del desierto. Nick Cantrella iba andando a su lado.

—¿Por qué no viene a casa conmigo? —sugirió el médico—. Quizá usted hable mejor en el lenguaje de Graham. Y será una buena comida.

—Bien pensado. Pero Marian debe de tener lista nuestra cena.

—Depende de sus apetencias. ¿Qué prefiere: carne o Marian?

—Maldito si lo sé —admitió Nick sonriendo.

—¡Doctor! ¡Doctor! —gritó Jim Kandro, que venía corriendo en su busca—. ¡El niño!... Está con convulsiones.

Homeopatía

LA medicina está tan lejos aún de ser una ciencia exacta en lo que se llama clínica general, que hay campo libre allí para toda clase de charlatanismos. Pero, por la misma razón, es a veces difícil demostrar que un método curativo es pura brujería... y a veces aunque lo parezca, no lo es. A pesar de la cantidad de médicos homeópatas que hay hoy, la mayoría de la profesión mira con desconfianza, o peor, esa técnica. Es que sin duda parece muy raro que un remedio, para que actúe, deba darse en dosis pequeñísimas, tan pequeñas que en realidad pueden considerarse como impurezas de las píldoras en que vienen. Tal vez su efecto sea mera sugestión, pero el hecho en sí no es tan raro como parece. Los tubos fluorescentes no iluminarían si las pinturas con que se recubren (los "fósforos") fueran absolutamente puras. Es indispensable que contengan ciertas impurezas, y sólo como impurezas; si están en concentración apreciable, la pintura tampoco alumbra. Lo mismo pasa con el germanio de los transistores. Y lo mismo en las placas fotográficas. Los físicos ya no dudan de que algunos átomos extraños introducidos aquí y allá en un cristal, por lo demás perfecto, tienen una influencia enorme sobre sus propiedades. Pero es verdad también que esto no es más que un ejemplo y no demuestra nada. El cuerpo humano no es un cristal...

—Voy para allá. ¿Quiere usted ir al hospital y traerme mi valijita negra?

JIM salió en una dirección y Tony en otra. Nick se despidió diciendo: —Luego nos veremos, doctor.

En casa de Kandro, Tony encontró a Polly medio histérica, con el niño forcejeando entre sus brazos. Tenía éstas dilatadas las venas de la cabeza, distendido el vientre e hinchadas las mejillas.

—¿Qué tal se alimentó? —preguntó el médico mientras se desinfectaba las manos.

—Conforme usted vió. Mejorando, pero en la misma forma. Como lloraba, le di tres o cuatro veces...

Tony tomó al bebé; le palmoteó y masajó el vientre. El niño regurgitó en abundancia. La alarmanente congestión desapareció, y los miembros se ablandaron. Sollozando se dejó caer sobre los hombros del doctor y se quedó dormido antes de que éste lo llevara a la cuna.

—Aquí está su estuche, doctor —dijo Jim entrando. Y al ver al niño tranquilo en su cuna, añadió: —Creo que ya no hace falta. ¿Qué es lo que ocurrió, doctor?

—Cólico —dijo Tony sonriendo—. Este accidente no suele ocurrir en Marte. A través de la mascarilla, el niño respira continuamente aire más rico; de modo que no se produce el cólico por deglutir aire con el alimento. ¿Lloraba al mamar?

—Sí. No verdaderamente llanto, pero sí sollozos de vez en cuando.

—Eso explica el accidente. Bueno; ya saben que no es nada grave. Háganle eructar después de cada toma. Gracias a Dios se está nutriendo. Nos ha dado malos ratos; pero ya estamos en el buen camino.

La mejoría de Solín era un alivio en la triste situación general de la colonia.

TONY entró en su casa y halló a Graham frente a la máquina, no escribiendo, sino leyendo un montón de hojas de papel cebolla.

—Lo esperaba —dijo el periodista, con aire satisfecho—. Voy a preparar unos sandwiches, si usted nos hace un poco de ese café que sólo es tomable cuando usted lo prepara.

Sonó un golpe en la puerta.

—Adelante —exclamó Tony.

—¡Ah! ¿No vengo a importunar? —preguntó inocentemente Nick.

—Nada de eso —dijo Tony—. Nos alegramos de verlo. Graham, éste es Nick Cantrella, el encargado del mantenimiento y equipo del laboratorio, y miembro del Consejo. Nick, ¿usted conoce a Douglas Graham?

—¡Ajá! Mi rival. El único amor de mi esposa.

—¡Y hay que ver lo que es la esposa! —añadió Tony.

—Esto se pone interesante —dijo Graham—. ¿No está usted casado por casualidad con el piloto? ¿No? ¡Lástima! Quédese con nosotros. Tenemos carne.

—Acepto sin cumplidos.

—El café está listo —anunció Tony—. ¿Dónde está esa carne?

Comieron los sandwiches y tomaron el "café" con azúcar que Graham sacó de su maleta; y de ella salió también otra botella de whisky.

—Estamos celebrando —dijo Graham, mientras servía los vasos—. He realizado hoy el trabajo de una semana. Todo el primer capítulo: "Viaje e impresiones de Puerto Marte".

—Entonces ya está usted por empezar con Lago del Sol, ¿no? —preguntó Nick, saboreando su whisky.

—Justamente.

Los tres quedaron en silencio. Graham lo interrumpió, preguntando:

—Dígame. ¿No es usted el joven que vió las huellas de los duendes?

—¿Duendes? ¿Quién? ¿yo? ¿No es

tará usted pensando en unicornios?

—¿Dejan huellas de pies los unicornios?

—¡Ah, ya! Vi unas huellas junto a las cuevas de Peñacantil, por donde los chicos suelen llevar las cabras a pastar.

—¿Y se les permite ir por allí a pies desnudos? —preguntó Graham.

—¡Permitirles! —exclamó Nick—. Pero, a los diez años de edad, ¿qué obediencia van a prestarnos?

LO que yo pienso —dijo Tony— es que algunos muchachos, que no debían hacerlo, anduvieron explorando las cuevas; que uno se perdería, y que los demás quisieron buscarlo. Lo que Nick halló fueron las huellas de los piecitos desnudos. Y de ahí surgió lo de los "duendes".

—Esa explicación me enmudece —comentó Graham, riendo a carcajadas y recogiendo sus papeles—. Mejor será que vaya a ver si puedo radiar estos materiales.

Se dirigía a la puerta cuando entró Ana.

—¡Oh, perdón! Olvidé que estaba usted acompañado, Tony. Venía a trabajar algo aquí esta noche, pero... ¿Se marcha usted, Graham?

—¿No debo irme?

—No cuando llega Ana —dijo Tony—. Quédese y verá algo bueno.

—Y si tiene usted una gota de caballerosidad terráquea en las venas —agregó Nick—, debe destapar la botella y ofrecer a la dama.

—Es cierto. Y a ustedes también.

Tony trajo otro vaso. Graham sirvió, y preguntó a Ana:

—¿Y qué es lo que usted hace? ¿Baila, canta, hace prestidigitación?

—Soy soplavidrios. A Tony le gusta verme trabajar y no comprende que a los demás no les interese.

Durante unos minutos siguió la charla, contestando todos a las pregun-

tas de Graham. Finalmente, Ana se levantó.

—Si quiero trabajar algo, debo empezar ya.

Graham se levantó también.

—Bueno... —y tomó sus papeles.

TONY —dijo Ana, de pronto— ¿le ha contado usted a Graham nuestro problema? ¿No cree usted que él nos podría ayudar?

Graham volvió a sentarse.

—Bien. Díganme qué puedo yo hacer por el simpático Lago del Sol.

—Puede usted salvarnos la vida —expuso serenamente Nick—, si usted quiere. Usted regresará en ese cohete que no ha de llevar nuestra mercancía, sencillamente porque no hemos robado una marcaína de cuya desaparición se nos acusa. No la hemos encontrado porque no está aquí. Y Bell extenderá un cordón policial a nuestro alrededor el día de embarque. Usted conoce a Bell de tiempo atrás. Usted puede sacar a luz esa charra-nada que nos está haciendo. Si usted quiere, vendrá la orden llamándolo a la Tierra en el próximo cohete. No sabemos otro camino. Usted tiene fuerza para ello.

—Es usted muy amable —dijo el escritor— y demasiado lacónico. ¿Por qué no me dan detalles?

Tony le relató punto por punto, desde la visita de Bell, hacía tres días, hasta los propósitos de Brenner de apoderarse del laboratorio para su Compañía Farmacéutica.

El escritor pensó y lentamente dijo:

—Creo que puedo escribir algo. Es un buen tema. Al menos podré intentar.

Nick respiró satisfecho, y Tony se volvió sonriente hacia Ana; pero ésta ya se había marchado.

—Y ahora —agregó Graham—, yo también deseo un favor.

—Concedido, salvo mi rubia y en-



cantadora esposa —prometió Nick efusivamente.

—No es cosa de mujeres. Deseo enviar por radio a Puerto Marte estos escritos. Tengo mucha tarea por hacer antes de irme, y me conviene que esto

quede impreso y microfilmado para tener adelantado lo más posible.

—Magnífico —dijo Nick levantándose—. Yo lo acompaño a la radio y le doy carta blanca para todo lo que quiera transmitir.

CAPITULO XVI

*Hijito de Marte,
que en Marte nació;
niñito de Marte,
que en la Tierra no.*

*Hijito de Marte,
Marte para ti;
niñito de Marte,
hijo para mí.*

ERA la medianoche. Polly cantaba su nana, dulce y piano, para no despertar a Jim. Acariciaba la espalda de su hijo absorto en chupar torpemente, mas con eficacia, del pecho materno.

¡Se alimentaba! ¡Tragaba sin sofocarse ni expeler el amado líquido!

Levantó al niño hasta el hombro, lo palmoteó suavemente, el niño regurgitó y se quedó dormido. Ella lo llevó a la cuna, lo miró extasiada, le besó la frente y le extendió la mantita matemáticamente lisa.

Sintió hambre. Fué hacia la pequeña alacena del living. Un plato que quedaba de frijoles le bastaría, y dormiría dos o tres horas. Sacó una cuchara y comió con gusto. Lavó cuchara y plato. Y se fué a dormir.

A mitad del camino hacia la alcoba, algo le ocurrió.

TODO iba perdiendo vida y forma hasta borrarse por completo. Cayó al suelo, yerta y riéndose... y al mismo tiempo estaba en otro lugar, viéndose

refr. Las rojizas paredes se tornaban verde manzana, su color favorito, y brotaban de ellas sarmientos y ramas, ramas de manzano de las que salían manzanas que eran cabezas del niño; cabezas aisladas, chorreando delicioso jugo. Los niños cantaban la nana como si fueran un coro de pájaros. Y ella se veía riendo y cantaba con ellos. Y... , abriendo la boca, arrancó de las ramas las cabezas...

—¡Jim! —gritó, y todo desapareció.

El marido corrió a levantarla. Ella vomitó; él la acomodó en una silla.

—Me estoy volviendo loca... Llama al doctor, por favor.

En un instante volvió Jim con el médico.

—¿Qué le ocurrió, Polly?

—No lo sé, doctor. Ya pasó. He visto... ¡Oh, Tony; creo que estoy loca.

—Ha vomitado —le recordó el médico—. ¿Había comido algo?

—Después de amamantar a Solín, comí unos porotos fríos. Y entonces tuve como una pesadilla horrible...

—¿Le ocurrió inmediatamente, o había transcurrido tiempo?

—Inmediatamente.

—Es demasiado pronto para una intoxicación alimenticia —dijo Tony—. ¿Cayó usted yerta? ¿Se observaba a sí misma? ¿Y tuvo alucinaciones?

—La más horrible pesadilla.

—Acompáñela, Jim; y limpie eso mientras voy a traer algo que necesito.

Tony regresó en seguida con la co-

nocida caja negra: el electroencefalógrafo.

—Pero, Tony —protestó Jim Kandro—, si usted piensa que Polly es toxicómana, está usted trastornado.

Sin hacerle caso, Tony puso los electrodos en la cabeza de Polly. Tomó tres gráficas; las tres idénticas: onda cerebral positiva.

—Estaba usted saturada de marcaína —dijo llana y lisamente—. ¿Dónde la adquirió?

—Yo nunca... ¡Juro por Dios!

—Lo creo —afirmó el médico—. Alguien la puso en los porotos, Dios sabe cómo y por qué. Usted tuvo la reacción propia de una persona equilibrada. Sólo los neuróticos experimentan placer.

—¿Y cómo averiguar?... —preguntó Jim.

—Lo primero que importa es conseguir biberones, tetinas y leche de cabra. El pecho queda descartado por una semana, Polly; porque su leche tendría marcaína. Necesitamos también un chupador para extraer la secreción de su pecho. Mas para eso podemos esperar a mañana.

—Pero, ¿cómo averiguar?... —

—**N**I usted lo sabe ni yo tampoco. Soy médico y no detective. Lo que yo puedo hacer es recetar la fórmula láctea y hacer fabricar lo que ustedes necesitan. El niño tendrá hambre dentro de dos o tres horas.

Entró un momento en la alcoba de Solín: niño sano y hermoso. Tony pensó en si la fantástica visión anterior de Polly, la visión de aquel duende amenazador, no provendría también de marcaína en el alimento. Aquella vez no hubo náuseas; pero pudo ser una dosis menor.

—Jim, vaya en busca de Ana Willendorf y dígame que necesitamos biberones en el acto. Y vaya a traer leche de las cabras. ¡Ahl, y las tetinas.

Pídaselas a Bob Carmichael. Creo que las podrá hacer de algún modo. Que se ponga de acuerdo con Ana en el tamaño.

—Bien —dijo Jim saliendo.

HERVIA la leche en el mechero de alcohol cuando llegó Ana con el primer biberón.

—Los otros están enfriándose —explicó—. Luego lo traeré. Pensé que necesitaban uno en seguida.

—Ha sido usted buenísima en levantarse a hacer las botellas —dijo Polly—. ¡Cuánta molestia les causo a todos!

—No es culpa suya —dijo Ana, y luego se dirigió al médico—. ¿Quiere que prepare yo la fórmula?

—No es preciso. Puede usted irse a dormir. Esta noche no ocurrirá más nada.

—De todos modos, debo ir más tarde por los otros biberones.

Y Ana Willendorf se puso a enseñarle a Polly cómo esterilizar y medir las cantidades de la fórmula láctea.

Volvió Jim con las tetinas, y llenaron un biberón antes de que Solín se despertara. Polly, todavía temblando y bajo la vigilancia de Ana, había preparado todo; tomó ahora al niño y se sentó con él para darle el alimento.

—Asegúrese de que el cuello de la botella esté lleno de leche —le explicó Tony—. No fuerce la posición. Déjele torcer la boca como si fuera en el pecho. Así. Muy bien.

Solín chupó con ansia; ladeó su boquita; empujó hacia uno y otro lado, siempre chupando. Pero la leche se le salía por las comisuras de los labios. Succionaba sin tragar. Y su cara enrojecida se ladeaba y ladeaba desesperadamente.

De pronto, Tony vio lo que ocurría; pero la madre, mirando al niño desde arriba, quizás no lo podía ver.

—¡Basta! ¡Pare! ¡Lo está usted ahogando! —gritó Ana.

Polly separó de la boca de su hijo el biberón. Ana cayó desmayada. Tony alzó en sus brazos al niño asfíctico y convulso, lo puso cabeza abajo y le golpeó fuertemente la espalda. En unos segundos, la criatura regurgitó un gran coágulo de leche, y los terribles hipidos se transformaron en monótonos sollozos.

JIM levantó a Ana y la tendió en la litera. Devolvió Tony al niño en brazos de la madre; examinó rápidamente a Ana, asegurándose de que sólo sufría un desmayo y de que no se había herido al caer. Solín pasó entonces de los sollozos a un continuo y vigoroso llanto de hambre. Otra vez el médico se lo quitó de los brazos a Polly y lo envolvió en una gruesa manta.

—¿Adónde se lo lleva? —preguntó Polly muy nerviosa.

—Al hospital. Usted, Jim, cuídese de Ana. Yo volveré más tarde.

Salió, llevando en un brazo al lloroso niño y en el otro la caja negra. Todo el camino fué una obsesión. El espectro de un recién nacido, que gemía y se ahogaba como Solín, lo persiguió hasta su casa. Era la sombra del primer niño que murió en Lago del Sol por falta de aire. Entró Tony por la puerta de la clínica, para no encontrarse con Graham. Maquinalmente, encendió las luces, puso los instrumentos en el autoclave, enfocó una lámpara candente sobre la mesa de reco-

nocimiento y destapó al bebé. Esto no podía continuar así; tenía que haber una causa de los trastornos del niño, y él iba a encontrarla esa misma noche.

Examinó al nene por todas partes: lo auscultó, lo sondó, lo palpó, lo percutió. No halló la más remota lesión orgánica. Y no se explicaba que aquel niño, llevando mascarilla de oxígeno, respirase por la boca. "Ha de ser algo nasal", pensó en voz alta. Lo examinó tres veces con el nasoscopio y no observó obstrucción alguna. Pero...

CON toda precaución le deslizó la mascarilla desde la nariz hasta la boca, amortiguando así los gemidos. Al menos, pensó malhumorado, si quiere seguir llorando, tendrá que respirar por la mascarilla. Comenzó a sonarle un conducto nasal, tapándole el otro con el dedo; y, en el acto, el niño respondió con lo inesperado: trataba de respirar por la coana libre y, al hallar el obstáculo, empezó a sofocarse de nuevo.

Tony sacó la sonda; observó al niño gimiente y congestionado; por un instante, la clara y aterradora imagen del otro niño borró la que tenía ante sus ojos; volvió a fijarse en Solín, y todo se empezó a aclarar.

El color de Solín era contradictorio. Debía de ser azulado, violáceo; gemía por falta de aire; no podía respirar; debía de estar anoxémico, ¡y estaba encendido, encarnado vivo!

No le faltaba oxígeno. Parecía imposible, pero... era la única explica-

Ciencia activa

Aquí tenemos un ejemplo más de que los científicos están aburriéndose de la inactividad física. Los historiadores del Instituto Smithsonian están explorando las aguas costeras de la Florida, zambulléndose con escafandras como las de los "hombres rana", para buscar restos de naves españolas del siglo XVIII y anteriores. Y si encuentran un cofre lleno de doblones..., bueno, ya que está...

ción lógica. Con mano temblorosa, el médico le quitó al niño la mascarilla.

Esperó.

Lago del Sol Kandro tardó menos de treinta segundos en hacer lo que Tony había creído que no podría, mas ciertamente había de hacer. Inspiró muy profundo; la respiración se regularizó; el color se volvió normal, son-

rosado, y el niño reinició su monótono llanto de hambre.

Para vivir en Marte, Solín no necesitaba en absoluto ni máscara de oxígeno ni píldoras de oxen.

El hecho era científicamente pasmoso. ¡El hijo de Marte nacía adaptado, no al rico aire de la Tierra, sino a la mortal, enrarecida atmósfera de Marte!

CAPITULO XVII

—¡SOLIN! —gritó Polly, corriendo hacia la mesa donde su hijo yacía envuelto de nuevo en su mantita, llorando de hambre y enteramente a salvo—. Qué le ha hecho usted, doctor?

—Ya está bien. Déjelo tranquilo. No tiene sino hambre.

Polly miró fascinada la cara descubierta del infantito.

—¿Cómo puede respirar sin mascarilla?

—Lo ignoro —declaró Tony—; pero probé y resultó. Creo que sus pulmones son cengénitamente marcianos: que eso era su única perturbación.

—Yo creía —indicó Polly— que el pulmón marciano podía respirar el aire de Marte además del de la Tierra, ¿no es así?

Tony se encogió de hombros. Lo único que le importaba es que el niño estaba bien y que había respirado hasta ahora por la boca, porque prefería el aire de Marte, en vez de por la mascarilla, que le suministraba demasiado oxígeno: un simple mentís a la teoría de la mascarilla.

—Vamos a llevarlo para ver cómo se alimenta ahora —dijo, tomando él mismo al niño y saliendo, seguido de Polly, hacia la casa de ella.

En el momento de salir, se dio un

ta del repiqueteo de la máquina de Graham, que había estado sonando todo el tiempo; pero decidió no entrar a saludarlo hasta la vuelta. Entonces podría explicarle todo.

JIM se quedó asombrado ante su hijo sin mascarilla. Ana parecía repuesta de su desmayo y arreglaba activamente los enseres del niño.

—Tómelo con calma, Ana —dijo el médico—. En cuanto yo termine con Solín, quiero hablar con usted. Y usted, Polly, ordeno que se vaya ahora mismo a la cama. Jim, ¿quiere usted encargarse del niño, de cambiarlo y de prepararlo para su alimento? ¿Sabe cómo darle el biberón? Voy a enseñárselo.

—Aquí está preparado —dijo Ana.

—Gracias —expresó Tony, y se lo pasó a Jim—. Vamos a probar.

Tomando absurdas precauciones, el padre puso el biberón en los labios de su hijo. Y luego, con ojos húmedos y una sonrisa de oreja a oreja, le preguntó:

—¿Te gusta?

Solín chupó ávidamente, como si viniera haciéndolo durante meses. Ingió los cien gramos y se quedó dormido, con respiración tranquila y acompasada.

Este
mes
cómpreles
a las
chicas

\$2.- el ejemplar



Un libro lleno de cuentos, historias e historietas, que deleita a las niñas y les muestra un mundo de gracia, de ensueño y de emoción.

Aparece el miércoles

2 de septiembre

¡PIDALO A SU CANILLITA O A SU LIBRERO!

—Verdadero hijo de Marte —dijo Ana mirándolo.

Jim, entusiasmado, añadió:

—Así parece.

—Alguien —indicó el médico— ha de velar al niño esta noche. Yo estoy rendido, y Polly necesita dormir. ¿Quiere usted encargarse, Jim?

—Naturalmente.

—Durante la noche precisará otro alimento. Usted ya sabe esterilizar la botella, y hay bastante fórmula preparada.

—Muy bien —dijo Jim—. Usted se encarga de Ana.

—Eso voy a hacer.

—Yo estoy perfectamente, Tony.

—Usted se pone la parka, y no disputa con el doctor —ordenó Tony—. Voy a acompañarla a su casa, a ver si averiguo el origen de ese desvanecimiento. Si necesitan algo, Jim, estaré en casa de Ana o en la mía. Vámonos.

AL llegar a casa de Ana, ella dijo que le dolía la cabeza y quizás necesitaba descansar, y agregó:

—Vengo viviendo desordenadamente.

—Todos venimos así —repuso Tony.

La observó y decidió inyectarle un fuerte sedativo. Ella se sentó; y, un minuto después de la inyección, se sintió mejor.

—¿Tiene ganas de hablar? —preguntó Tony.

—Creo que... debo dormir.

—Entonces, dígame los hechos sucesos: sin circunloquios. ¿Fue consecuencia de la bebida que tomé con nosotros?

—Consecuencia del... ¡del demonio! —le salió del fondo del alma, pues Ana nunca blasfemaba.

—Hable claro, Ana; que ya hemos tenido hoy bastantes misterios.

—Yo tengo una imaginación *psíquica*, aunque no tanto como para leer

el pensamiento. He sido siempre *sensitiva*, y esta facultad ha ido en continuo aumento. A nadie le he hablado nunca de esto.

—Usted sabe —dijo Tony— que puede confiar en mí. Siga.

—Me di cuenta de ello cuando tenía unos veinte años. Y como sufría oyendo los sentimientos y las emociones de la gente, elegí un oficio lejos del mundo, donde pudiera trabajar a solas. Por eso me dediqué a sopladora de vidrios y vine a Marte.

—Y por eso es usted la mejor ayudante que yo he tenido, con o sin título de médico o enfermera.

—Con usted —dijo ella sonriendo— se trabaja a gusto. Pero a veces se pone usted tan *furioso*...

TONY recordó las ocasiones en que Ana venía, o se iba, o le traía lo que él necesitaba antes de que él mismo lo pensara.

—Por favor, no se altere usted por lo que digo, Tony. No me gustaría dejar ahora de trabajar con usted. Yo no conozco lo que usted *piensa*, sino precisamente lo que *siente*. A mucha gente le ocurre lo mismo. Usted debía habérmelo notado hace tiempo. No es nada raro; sólo que en mí es... algo más intenso.

—¿Cómo se le produce el fenómeno? ¿Lo sabe usted?

—Realmente no. Yo *oigo* los sentimientos de las personas. Y la gente parece penetrar en los míos más que en los de otros. La primera vez que lo noté fué en Chicago. Iba yo por una calle desierta; un hombre me persiguió corriendo y me alcanzó. Fué una especie de corriente eléctrica... No sé cómo explicar... Yo transmitía más que recibía, y transmitía, naturalmente, mi emoción, mezcla de terror y de asco; pero con más fuerza que suele hacerlo la gente. Creo que no me explico con claridad.

—No se preocupe. Las palabras no se amoldan a casos como ése. Continúe.

—El hombre se desplomó como un trapo, y yo corrí hasta una calle céntrica sin mirar atrás.

DEJO de hablar, se levantó y, durante un rato, estuvo mirando por la ventana hacia la negra lejanía de *Lacus Solis*. Por fin, siguió con voz templada:

—En realidad, Tony, esto no es tan malo como parece. Generalmente yo no puedo transmitir, porque la gente no suele ser tan abierta como aquel hombre; y además yo necesito estar en tensión. Esta noche he intentado transmitir y no he podido. Me esforcé, y por eso me dió la jaqueca.

—¿Esta noche?

—Sí. Ahora le hablaré de eso. Procuraré no pensar en lo que usted sienta mientras yo le cuento. Por favor, no se incomode ni oponga dificultades. Es usted tan *bueno*... Por eso trabajo a gusto con usted. Hay tanta gente despreciable y malvada... Pero usted, incluso cuando está furioso, lo está con vigor y honestidad. No hiera, ni es vengativo, ni se aprovecha de los demás. Es usted honesto, generoso y *bueno*. Y ya he dicho demasiado.

—No. Ha hablado usted bien; muy bien.

En los ojos de Ana brillaron las lágrimas. Tony se levantó, sacó una gasa de su estuche, se acercó a ella, le levantó la cabeza y enjugó sus ojos como un padre a una hija.

—Cuénteme más. No me importa lo que yo sienta. ¿Qué pasó esta noche? ¿Por qué le dolió la cabeza? Y el desmayo, ¿fué también por lo mismo? ¡Claro! ¡Qué tonto soy! El niño se ahogaba y sufría, y usted gritó y ordenó parar.

—¿Hice eso? No sé bien lo que pensé ni lo que dije. Todo fué ex-

traño, terrible. Un ser que sufría espantosamente y no podía respirar, e iba a... a sucumbir si no lo conseguía. Y aquello era insensato... Hambre feroz... Horrible frustración... No sé quién me transmitió aquello con tanta fuerza. Los bebés no tienen sentimientos tan potentes. Sería el reflejo del miedo a la muerte; aunque Solín es bien robusto. Cuando estaba naciendo...

ANA se estremeció, recordando aquella escena, y luego continuó:

—Pero usted desea saber lo de esta noche. El niño se moría, y no creo que por eso me hubiera desvanecido; pero yo había trabajado una hora o más con Douglas Graham, en su misma habitación, y él...

—¿Graham? —interrumpió Tony—. ¿Quiere usted decir que se *atrevió* a...?

—¡Cómo! Yo no creía, Tony, que a usted le importara.

Por primera vez aquella noche se rió Ana francamente. Y en seguida, sin dar tiempo a Tony para pensar en que se había descubierto ante ella, agregó:

—No intentó nada. El asunto fué por lo que él estaba escribiendo, *creo* yo. Capté lo que él sentía: estaba enojado, fastidiado, *desprecioso*; y sentía como siente la gente al ultrajar a alguien. Y todo parecía ligado a la historia que estaba escribiendo sobre la colonia. Me sentí inquieta y aterrorizada, Tony. Y lo peor es que no podía estar segura. No sabía si hablar con alguien o no. Meforcé en *transmitirle*; pero él no estaba nada abierto, y lo único que conseguí fué la jaqueca. Me fuí a casa. Y, cuando Jim vino a despertarme para hacer los biberones, volvimos juntos a casa de usted. Allí estaba Graham trabajando. Me preguntó qué excitación era

aquella. Me hizo muchas preguntas. Yo le conté todo. El volvió a escribir, y yo me puse a trabajar. Los sentimientos de Graham iban en aumento. Llegué a sentir vértigos. Quise entonces transmitirle, y tampoco pude.

—Y entonces —concluyó Tony—, cuando usted vino a casa de Kandro y vió el trastorno de Solín, no pudo soportarlo. Pero usted no está segura de por qué él sentía de ese modo. Por tanto —agregó con animadora sonrisa—, no hay que inquietarse. Padebió usted un error lógico. Aquellos sentimientos de Graham no se dirigían en absoluto *contra la colonia*. Esta misma noche, cuando estábamos bebiendo y usted se fué, él nos prometió ayudarnos; estaba escribiendo la historia de nuestra situación, y reconozco que sentía lo que usted dice, pero no contra nosotros, sino contra Bell. Estoy seguro, Ana. Es lo único lógico.

—Tal vez... No parecía así, pero podría ser —dijo ella algo desorientada. Luego suspiró y se apoyó en el respaldo de la silla—. ¡Oh, Tony! ¡Qué contenta estoy de habérselo contado! No sabía qué hacer. Estaba casi segura de que él escribía algo perverso sobre la colonia.

—Bueno; ahora puede usted descansar. Voy a dejarla para que se acueste —le tomó ambas manos y la puso de pie—. Nosotros aclararemos el asunto, aunque yo tenga que pasar nuevas pruebas. Créame.

—Lo creo, Tony —dijo ella, sonriéndole dulcemente.

EN los ojos de Ana volvieron a brotar las lágrimas. Sin soltarle las manos, y algo sonrojado al pensar que ella ahora conocía todos sus sentimientos, él se inclinó y besó los húmedos párpados. Luego, levantó una mano y le quitó una lágrima de la mejilla. Mil pensamientos corrieron por la mente de Tony. La Tierra, Bell, la colonia, el avión y Bea... Ana, siempre Ana a su lado, ayudándolo, comprensiva. Ahora o nunca. Tenía que decidir en aquel instante. La miró profundamente, y dijo:

—Ana —el nombre nunca le gustó, y se corrigió—. Anita...

En su infancia conoció una niña que se llamaba Anita. Alzó la otra mano y asió entre ambas la cara de Anita Willendorf. Inclinó la cabeza, lentamente, con ternura, sin violencia alguna, con el sencillo impulso de una creciente pasión.

Cuando los labios se separaron, él sonrió y dijo suavemente:

—Sobran las palabras, ¿verdad?

—Sobran... —repitió ella con voz débil y quebrada—. Amor mío.

Si la mente de Tony estaba "abierta", debió de sentir lo que sintió ella. Lenta y delicadamente la rodeó con los brazos y el pensamiento. No necesitaba preguntas ni respuestas.

—Anita... —susurró de nuevo, y levantó en sus brazos el liviano cuerpo.

CAPITULO XVIII

A Tad le picaba la oreja izquierda, pero no se rascó. "Un telegrafista en funciones no se quita de la cabeza los auriculares por ningún motivo." Faltaba más de una hora para que Gladys Porosky lo relevara.

"Maquinarias de Marte a Lago del Sol", rechinaron los auriculares.

Tad miró el reloj y marcó la hora en el dactilógrafo.

"Lago del Sol a Maquinarias de Marte. Oigo. Siga."

"Maquinarias de Marte a Lago del Sol. Mensaje, Compañía Farmacéutica Brenner a Puerto Marte, vía Maquinarias de Marte, Lago del Sol, Pittco Tres. Solicitamos reserven dos metros cúbicos espacio almohadillado carga cohete próxima salida. Firmado, Brenner. Repita: dos metros cúbicos. Acuse recibo. Siga."

"Lago del Sol a Maquinarias de Marte", contestó Tad, y relejó cuidadosamente el mensaje, repitiendo "dos metros cúbicos". "Recibido, perfecto. T. Cambell, operador. Fin."

LOS dedos de Tad volaban sobre el teclado. A Nick y a Mimí les gustaría saber lo que iba a cargar el cohete. El truco consistía en reservar lo más tarde posible algo más del espacio necesario. Con la reserva prematura podía faltar carga a último momento, y había que pagar el espacio sobrante. La reserva tardía exponía a quedarse sin suficiente espacio.

"Maquinarias de Marte a Lago del Sol. Fin", sonó el auricular.

Tad comenzó a llamar al operador de Pittco, punto intermedio entre Lago del Sol y Puerto Marte.

"Lago del Sol a Pittco Tres", dijo sobre el micrófono. Nadie contestó. Empezó a insistir: "Pittco Tres... Pittco Tres... Lago del Sol a..."

"Pittco Tres a Lago del Sol. Oigo", contestó al fin una voz confusa.

Tad se llenó de desprecio juvenil. ¡Medio minuto para contestar, y encima con la boca llena de pan! Retransmitió el mensaje con toda pulcritud.

"Pittco a Lago. Recibido. Charlie Dyer, operador. Fuera."

El modo displicente y farfullero de aquel hombre indignó a Tad. ¡Linda labor si todos hicieran lo mismo: mensajes alterados, incompletos; embarques desordenados; pasajeros y carga sin lugar en el cohete!...

Escribió a máquina su informe: "Operador de Pittco, C. Dyer, no cumplió reglamento; omitió confirmación y repetición. T. Cambell". Pasó por alto el uso indebido de "fuera" en lugar de "fin" y las otras irregularidades, citando tan sólo la transgresión legal importante. Si en el mensaje final había algún error, podría identificarse dónde estuvo la falla.

"Pittco a Lago", sonó la voz de Dyer en el auricular.

"Lago del Sol a Pittco Tres. Oigo. Siga", estampó Tad en el micrófono.

"Mensaje, Pittco Tres a Pittco Uno, vía Lago del Sol, Maquinarias de Marte, Compañía Farmacéutica Brenner, Destilerías de Marte, Talleres Laminadores. Su pedido espacio justo carga cohete próxima salida necesitamoslo treinta y seis horas antelación. Recuerden espacio almohadillado popa requiere cantidad mínima según nuevas tarifas. Firmado, Hackemberg por Reynolds. Repita: treinta y seis horas. Acuse recibo. Siga."

¡AJA! ¡Conque Dyer sí repetía los números cuando se trataba de lo suyo!

Tad contestó y retransmitió el mensaje. La industria de maquinarias, en la confluencia del "canal", lo recibiría; después, la fábrica de drogas, en las montañas sembradas de marcaína; luego, las destilerías, entre campos cultivados de gramíneas; de allí iría a los hornos y talleres de laminación, sobre las rojas laderas de rocas tacaónicas, y por último, a Pittco Uno, en el corazón del país del cobre y la plata.

El joven Tad confiaba en no tener que habérselas con ninguno de los largos mensajes de Graham, escritos en código periodístico Phillips. Tenía la orden de atender en todo al escritor; pero hasta el propio Harve Stillman pasó trabajos para transmitir el

capítulo sobre el viaje y la llegada a Puerto Marte. El muchacho se puso a repasar las hojas codificadas de Graham y se echó a temblar.

"Maquinarias de Marte a Lago del Sol... Lago del Sol... Lago del Sol... Maquinarias de Marte a Lago del Sol..."

"Lago del Sol a Maquinarias de Marte. Oigo. Siga."

El operador de Maquinarias sólo había esperado un segundo para empujar con la matraca.

"Maquinarias de Marte a Lago del Sol. Mensaje, Pittco Uno a Pittco Tres, vía Talleres Laminadores, Destilerías de Marte, Compañía Farmacéutica Brenner, Maquinarias de Marte, Lago del Sol. Necesitamos siguiente espacio carga próxima salida: bodega, treinta y dos metros cúbicos; cámara reforzada, doce coma setenta y cinco metros cúbicos; tanque vitroblandado, quince metros cúbicos; almohadillado, uno coma cinco metros cúbicos. Lamentamos comunicarle necesitamos espacio proa para un pasajero. Datos personales: ayudante constructor Chuck Kelly, incapacitado por marcainomía."

DETRAS de Tad se abrió la puerta de la cabina.

—¿Gladys? —preguntó el muchacho—. Viene antes de tiempo.

—Soy yo, chiquito —dijo Graham, alargándole un par de cuartillas de papel cebolla—. ¿No le molesta enviar

un pequeño escrito mío? Está en código Phillips. ¿Sabrá usted transmitirlo?

—Creo que sí —dijo Tad desalentado—. Tenemos orden de cooperar con usted. Pero, ¿por qué se molesta en codificarlo?

—Porque ahorra espacio. Se incluyen cinco o seis palabras en una. Por ejemplo: POLIPLAZA significa: una excitada multitud se congregó en el lugar; PESEL significa: pese a su oposición. Y además, ¿de qué me serviría haber aprendido el código si nunca lo usara? —bromeó Graham.

—Ya lo suponía yo —repuso Tad, sin aceptar la broma.

Anotó la hora en el dactilógrafo y dijo por el micrófono:

"Lago del Sol a Pittco Tres."

Pittco contestó, y él transmitió:

"Lago del Sol a Pittco Tres. Largo mensaje en código Phillips, Lago del Sol a Puerto Marte, vía Pittco Tres. Mensaje: Microfilmen texto siguiente y guárdenlo hasta llegada Douglas Graham a Puerto Marte, recogerlo en Edificio Administración: POLIPLAZA PROGRAHAM LACSOL PUNTO ARGUABLE IDEOCLAMOS MARTERGA HUMANANZA PUNTO ARGUMARTE YOCARA EBRI-FURCIO DROGABORTO ROBILATO PUNTO NOYO LACSOL CENTRIVIDAD LEGUICLAUSO OMNI PROTERRA PUNTO CONO JOMABE DISLACTA FILOCAINA..."

Antiatómico

EN TRE los compuestos químicos de importancia para defenderse de las radiaciones atómicas, que se han venido descubriendo en los últimos años, el más reciente es el ácido linoleico. Por desgracia una cantidad excesiva de este ácido graso en vez de proteger colabora con las radiaciones destruyendo tejidos y vitaminas del cuerpo.

GRAHAM escuchó la transmisión hasta el final del relato y vio al muchacho escribir en la planilla el acuse de recibo.

—Bien, amigo. Gracias.

Al salir, el aire frío de la noche le sopló en la cara. Fué un juego algo sucio el valerse del pobre chico. Cuando se sepa me maldecirán, pensó; pero el mensaje tenía que salir, y Stillman conocía el Phillips lo bastante para extrañarse y formular preguntas.

El escritor tomó un trago de su frasco de bolsillo y echó a andar calle abajo, con muchas ganas de pasear. Ha sido una operación cruenta y desagradable, siguió pensando; mas tampoco suelen ser agradables para el cirujano las operaciones quirúrgicas. El doctor Tony lo comprendería si pudiera ver el asunto desde lejos; pero aquel creía la absurda historia de que alguien puso la droga en los fréjoles. Graham sonrió sardónicamente. Si estos llamados idealistas estaban tan corrompidos, ¡qué pocilga no sería el resto de Marte!

Ahora el doctor lo odiaría por su doblez. Era lógico. Pero la doblez y sus consecuencias formaban parte de la labor periodística. Iba a desencadenarse una tempestad humana. Los senadores pondrían el grito en el cielo. Se promulgarían edictos y decretos. Pero todo sería polvo sobre cantos rodados.

Los empleados publicitarios de las industrias marcianas solían ser periodistas y podían interpretar el código Phillips. La noticia correría como pólvora. Verían con horror que aquello no era un informe turístico como los anteriores: que Graham salía a pelear. Esa misma noche, en todos los edificios administrativos, discutirían si el mensaje haría estallar todas las colonias. Pero advertirían que, por ahora, él achacaba toda la culpa a Lago del Sol y no especificaba que el aborto,

el asesinato y la prostitución correspondían a Pittco.

Mañana temprano accedería a que una de las industrias enviase un avión a buscarlo. Quería pasar por la Compañía Farmacéutica Brenner porque estos traficantes casi legales saben siempre quiénes andan sacando tajada. Y Bell..., ¿qué bolsa andaría saqueando ahora?

Este era el primer informe real que salía de Marte, fuera de los pagados por las industrias.

Ahora intentarían comprarlo a él para que no descubriera otros asuntos. Pero él, sin promesas ni amenazas, todo lo descubriría.

GRAHAM detuvo el paso y tomó un buen trago de su frasco. La primera publicación cierta sobre Marte destrozaría a la colonia Lago del Sol. Sin embargo, un bien se derivaba del mal. ¡La mujer de Kandroy y su hijo! Aquel niño pertenecía a la Tierra y allí iría. Si no fuera por Graham, la pobre criatura nunca habría sabido que algo existía fuera de Marte. *Dirán que soy cruel*, pensó, algo bebido y sentimental; pero yo sé lo que le conviene a ese niño.

—¡Eh! ¿En dónde diablos estoy?

Vagando por el desierto. Sus pies lo habían llevado, por la calle de la colonia, hasta la pista del aeródromo, y más allá, unos cuantos kilómetros hacia los montes de Peñacantil. Lo achacó a la leve gravedad de Marte, que no provocaba fatiga en las piernas. La luz de la estación de radio brillaba allá a su espalda. Más pálidas, y hacia la izquierda, lucían las ventanas del laboratorio, como dentro de un fanal.

La luz de la radio desapareció y surgió de nuevo. Un momento después ocurrió lo mismo con la del laboratorio. ¿Era interrupción de la fábrica, o que a él se le habían cerrado los ojos?

Volvió a ocurrir; primero en la radio, luego en el laboratorio. Y otra vez más. Graham echó otro trago.

—¿Quién está ahí? —gritó—. Yo soy Graham.

Nadie respondió. Pero un objeto pasó silvando en la sombra, le rozó la parka y cayó al suelo. El se agachó a buscarlo, tanteando con las manos, mientras seguía procurando vislumbrar lo que se había interpuesto entre él y las luces de Lago del Sol.

—¿Qué quiere usted? —volvió a gritar nerviosamente—. ¡Soy Graham, el escritor! ¿Quién es usted?

Se oyó un zumbido, y algo le golpeó el hombro.

—¡Basta! —chilló, y echó a correr hacia las luces de la colonia. Sólo había corrido unos pasos cuando algo se le enganchó en la pierna, y él rodó por el suelo. Lo último e inmediato que sintió fué un golpe mortal en el occipucio.



CAPITULO XIX

TONY se despertó a tiempo de desayunar, cuando apenas había dormido dos horas y media tras un largo y fatigoso día, interrumpido por accidentes, fracasos y triunfos. Se lavó sin percibir el mal olor del alcohol. Miró la hora. Por fortuna no tenía que inspeccionar el laboratorio esa mañana. Observó la puerta cerrada del dormitorio. Por fortuna le había ofrecido a Graham su propia cama, habida cuenta de los inesperados acontecimientos de la víspera. Se echó la parka al hombro y salió bajo el pálido sol, insensible al frío penetrante de la mañana. Por fortuna...

Por fortuna podía aún estar contento. ¿Cómo era el viejo proverbio de que el mundo entero ama al enamorado? Nada de eso... Es el enamorado quien ama al mundo entero. Amor, amante, amar... Repetía las palabras procurando convencerse de que nada había cambiado. Ahí estaban todos los problemas y uno más.

Pero no era así. Graham había pasado la mitad de la noche escribiendo la prometida historia. Solín ya estaba bien. Y Ana..., Anita, ¿era un problema? Recordaba haber pensado, dos días atrás, que tal compromiso implicaba problemas; pero ahora no sabía por qué.

LLEGO al comedor y, sin ocultar su alegría, se sentó entre Stillman y Gracey.

—¿Ha ocurrido algo bueno? —le preguntó Gracey.

—El hijo de Kandro —dijo, acudiendo a lo primero que se le ocurrió—. Jim me despertó anoche. Polly estaba..., estaba preocupada con el niño.

No quiso decir lo de la marcaína. Era un problema, desde luego; pero

mejor sería tratarlo en consejo después del desayuno.

Anoche encontré el motivo de los trastornos alimenticios. No sé por qué, pero lo que hice dió resultado: le quité la mascarilla.

—¿Qué?...

—Que le quité la mascarilla. No la necesita. El inconveniente era que no podía mamar y respirar a la vez.

—¡Buen tema para el escritor! —dijo Harve Stillman—. “Milagro de la Medicina en Marte.” ¿Dónde está Graham?

—Creo que duerme. Tenía la puerta cerrada cuando yo salí. Prometió escribir sobre nuestro caso y se pasó media noche escribiendo. Lo oí mientras yo examinaba al bebé.

—¿Le mostró a usted lo escrito? —preguntó Gracey.

—No. Ya estaba durmiendo cuando yo volví. ¿Tiene usted tiempo para una reunión después del desayuno?

Gracey asintió. Harve dijo que él estaría en la radio, pero que lo llamaran si era necesario.

Tony seguía intrigado sobre quién y cómo habría puesto la marcaína en el plato de Polly.

REUNIDO el Consejo, Tony empezó a explicar el caso de Solín.

—No les he dicho aún cómo empezó. Jim vino a buscarme, no para el niño, sino para Polly.

Un fuerte golpe en la puerta interrumpió a Tony. Harve Stillman entró con la cara descompuesta. Traía en la mano un montón de hojas del conocido papel cebolla.

—¿Qué pasa, Harve? —preguntó Mimi—. ¿No iba usted a la radio?

—Justamente, de allí vengo.

—¿Se siente mal?

—Muy mal. Y ahora no importa si se atiende o no a la radio —echó sobre la mesa las hojas de papel cebolla y puso encima dos planillas de la radio escritas en apretadas líneas—. ¡Miren eso! Ahí está escrito. En las planillas está la interpretación. Ha usado el código Phillips para que Tad no entendiera lo que transmitía. Y yo, de puro cretino, dejé que me sonsacara quiénes entendían el código. ¡Lean!

Mimí tomó las planillas y hojeó el texto escrito a lápiz. Cogió las hojas de papel cebolla, las miró, y volvió a leer las planillas.

—Harve, ¿no habrá algún error?

—Conozco bien el código.

—¡Eh! —protestó Nick—. ¿Quieren decirnos de qué se trata?

POR supuesto —contestó Mimí con amarga sonrisa—. Es la historia sobre nosotros escrita por Douglas Graham, nuestro amigo. Y leyó: "Fui recibido por una asustada multitud a mi llegada a Lago del Sol, y no es extraño. Después de dos días en esta comunidad, estoy capacitado para res-ponder a los exaltados idealistas que proclaman que Marte alberga la esperanza de la raza humana. Mi respuesta es que en Marte yo me hallé inmediatamente cara a cara con el alcoholismo, la prostitución, el robo y el asesinato. No es cuestión mía decir si esto significa que la colonia Lago del Sol, centro aparente de estas actividades, deba ser clausurada por la ley, y todos sus habitantes deportados a la Tierra. Pero yo conozco..."

—¡Eso es una locura! El me dijo a mí mismo... —interrumpió Nick Cantrella, saltando de la silla—. ¡Y, por éstas, que ha de cumplir su promesa!

Tony alzó una mano para contenerlo.

—No prometió nada, Nick. Fuimos nosotros quienes lo entendimos así. El dijo que escribiría algo, y nada más.

—Siéntese, Nick —intervino Mimí—. Atacar a Graham no resuelve nada. Usted, Harve, váyase a su radio, y a una de las muchachas dígame que vaya a casa de Tony en busca de Graham. Si duerme, que lo despierte. Entretanto sigamos con esto.

Harve salió, y Mimí le pasó las cuartillas a Gracey.

—Usted, que está más tranquilo, siga leyendo.

Gracey tomó los papeles y leyó desde donde Mimí había interrumpido.

—¡Eso es una sarta de mentiras! —exclamó Nick al terminar Gracey.

—La mayoría no son mentiras —replicó Gracey—. Y está cuidadosamente redactado con evasivas e implicaciones.

—Hemos de reconocer que ha sido bastante hábil para no caer en la calumnia —agregó Mimí, con aplomo—; pero hay un punto donde creo que ha incurrido en ella. Déjenme ver.

RELEYO, y alzó su mirada reluciente.

—Aquí lo atrapamos. Llamemos a O'Donnell para que nos dé su opinión. Esto de Polly...: "...Pero yo conozco a la joven madre de un recién nacido, incapacitada para amantar a su hijo por ser marcainómana perdida. Este periodista presenció una llamada urgente al doctor, a medianoche, para salvar al niño de los efectos del alimento suministrado por la madre histérica..." Tony, esto puede usted contradecirlo.

—No sé —dijo Tony apenado—. Desde luego que Polly no es adicta a la droga... Pero de eso iba yo a hablar cuando entró Harve. Jim me llamó anoche porque Polly estaba enferma, y no cabe duda de que la causa fué una dosis de marcaína.

—¿Qué?...

—¿Polly...?

—¡Ella no puede ser!...

—¿Cómo lo supo Graham?

Tony les relató todo, desde la llegada de Jim Kandro, a la una de la madrugada, hasta la remoción de la mascarilla.

—Estábamos los dos dormidos cuando llegó Jim. El se despertó por el ruido. Le oí luego escribir a máquina mientras yo estaba con el niño en la clínica. Anit... Ana habló con él cuando ella estaba preparando los biberones.

—Pero, ¿dónde consiguió Polly la marcaína? Habíamos buscado hasta el último rincón —dijo Nick.

—No creo que ella la tuviera —contestó Tony—. Su shock no fué el de un marcainómano. Alguien puso allí la droga; pero no adivino ni el cómo ni el porqué.

—Y ahora —continuó Nick—, aunque resolvamos el problema de Polly y el de Bell, nos echarán de Marte en cuanto esa historia salga a luz.

—Lo que yo puedo hacer —dijo Mimí— es hablar con Graham y procurar demostrarle que al menos parte de su informe es calumnioso... ¡Adelante! —contestó a un golpe que sonó en la puerta.

Gladys Porosky entró jadeando.

—No lo encontramos. Hemos buscado por todas partes.

—¿A Graham? —exclamó Tony—. Lo dejé durmiendo en mi habitación. Tiene que andar por allí.

AL ver que no respondía, abrimos la puerta, y no estaba. Entonces salimos todos los chicos a buscar. Ni en el laboratorio, ni en los cultivos, ni en ninguna casa. Nadie lo vió en toda la mañana.

—Gracias, Gladys —dijo Mimí—. ¿Quieres ir a decirle a O'Donnell que venga?

—Voy corriendo —respondió la muchacha, y salió como un torbellino.

—Debe de haberse escapado —observó Tony—. Habrá enviado un mensaje en ese maldito código a una de las industrias, y habrán venido por él durante la noche. Pero su equipaje está todavía en casa. Yo lo he visto esta mañana... Es gracioso.

—Muy gracioso —repuso Nick malhumorado—. Ja, ja.

En esto entró O'Donnell, y todos guardaron silencio mientras el ex abogado leía la traducción escrita a lápiz por Harve.

—La única posible acusación de calumnia —dijo— está en esto de la madre marcainómana. ¿Cuál es la realidad?

Se la explicaron, y él contestó de plano:

—En un tribunal terrestre nuestra denuncia sucumbiría como cordero en boca de lobo.

—¡Pero esa historia no es cierta!

—¿Y cuántas lo son? Si verdad y justicia tuvieran valor en los tribunales de la Tierra, no estaría yo aquí. Marte se rige por la Ley Pancontinental; pero creo que este caso implica la pérdida al derecho de residencia.

—No adelantemos conclusiones —dijo Mimí—. Supongamos que Graham se escapó y que el cuento ha de correr. Todavía podemos resistir si conseguimos arreglarnos con Bell.

—Tal vez la enemistad entre Bell y Graham —observó Tony— facilite el trato con Bell.

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Pregunta Nº 1: 3. — Pregunta Nº 2: 5. — Pregunta Nº 3: 4. —
Pregunta Nº 4: 3. — Pregunta Nº 5: 5. — Pregunta Nº 6: 1. — Pregunta Nº 7: 2.

—Pero supongamos lo peor: que no convenzamos a Bell —expuso Mimí—. Nos quedan dos caminos. Podemos venderlo todo. Estoy segura de que el comisario nos encontrará una salida legal en el asunto de la marcaína si decidimos vender el laboratorio a Brenner. De ese modo pagaríamos nuestras deudas en la Tierra, los pasajes para todos los colonos, y tal vez nos sobrarán algunos dólares para dividir entre todos. Esto sería lo más discreto. Sin embargo, queda el segundo camino. Podemos soportar el cordón policial, esperando que triunfe nuestra razón. Es una esperanza. Pero nos quedaríamos sin un céntimo, aunque resistiéramos los seis meses; porque necesitaríamos todo nuestro capital y nuestros créditos para pagar el oxen, que Bell no nos daría gratis. Y es probable que antes de seis meses llegáramos a la bancarrota. Pittco se apoderó así de Metales Económicos, el año pasado.

—Echándole la zarpa —agregó Nick—, como un gato a un canario.

—Y luego —concluyó Mimí— nos repatriarían arruinados y con nuestras futuras ganancias embargadas.

MIMI se sentó. Tony observó sus hermosas facciones, como si las viera por primera vez. Pensó que aquel final sería muy duro para ella y para todos. Pero más se desesperó

al pensar lo que sería para Ana volver al escandaloso infierno de los “ruidos emocionales” de la Tierra, a los que ella no podría cerrar su “oído”. Empezó a imaginar proyectos que él sabía irrealizables, diciéndose: *Te casas con Ana; aceptas el ofrecimiento de Brenner, y la instalas en un hogar decente.* Mas todo esto se desmoronaba por su propio peso. Ella no se casaría con un médico cuya profesión consistiera en “restaurar” obreros atsigados de marcaína.

—Vender o resistir.

—¿Eh?... —preguntó, saliendo de su abstracción.

—Vender o resistir —repitió Mimí.

Todos convinieron en meditar sobre ello. No podía decidirse en pocos minutos, después de tantos años de sólo pensar en la supervivencia de la colonia. La reunión se levantó sin resolver nada. Quedaban reembalajes por hacer. El laboratorio tenía que volver a producir para, en caso eventual, tener listo el próximo embarque. Terminadas esas tareas, alguien discutiría cómo reiniciar la investigación de la misteriosa marcaína.

Tony salió del laboratorio, estrujándose los sesos para hallar una solución. Pero, en mitad del camino, descubrió que él no era hombre serio; pues iba saltando, liviano como una pluma y al rítmico son de su pensamiento: Anita..., Ana..., Ani..., Anita.

CAPITULO XX

JOANNA Radcliff yacía casi plácidamente, estimulándose a sí misma, contra el dolor de cabeza y miembros, con sus inagotables sueños familiares y coloniales. Veía a Lago del Sol, allá en lo futuro, como Ciudad de

Dios, que relucía en el transfigurado desierto marciano, elevaba sus agudas torres al cielo y era habitada por ángeles, en cierto modo similares a los primitivos colonos:

Su Henry, el audaz explorador, a

pecho desnudo y espada ceñida; el doctor Tony, sabio, apacible y anciano, mitigando dolores con lociones milagrosas y equilibrando mentes con elevados consejos; Mimí Jonathan, venerada y experta, ordenando de acá para allá, con precisión y agudeza; Ana Willendorf, serena y maternal para centenares de colonos; los valientes Jim y Polly Kandro y su maravilloso hijo, Solín, esperanza de todos.

Ella, la enferma despreciada, los había sorprendido y admirado al final, con un portentoso sacrificio, y todos rendían homenaje a su memoria.

Pero la insistente realidad se mofaba mostrándole que ella era un desperdicio que consumía el precioso alimento y el agua vivificante de la colonia, sin corresponder con nada. Se movió en la cama, y los dolores le traspasaron las coyunturas y le agitaron el corazón.

Tú eres tan buena como ellos, murmuró a su oído el Tentador; eres mejor que ellos. ¿Quién soportaría tus dolores sin quejarse y no pensando sino en el bien de la colonia? —No, respondió airada la Conciencia; no lo soy. Yo no debía estar enferma. Tienen que alimentarme, y yo no trabajo. —Pero tú no bebiste agua, arguyó el Tentador, hasta que Tony te obligó. ¿No es eso más de lo que ninguno haría? Todos se apenarán cuando mueras y descubran lo que sufriste.

ANA se había marchado a cumplir sus deberes coloniales; pero, antes de irse, había incorporado en la cama a Joanna Radcliff para que pudiera ver por la ventana.

Ahora Joanna vuelve lentamente la cabeza y mira.

Veo por la ventana, habla consigo misma. Veo la calle hasta la esquina de los Kandro y hasta un poco de su ventana. Veo a Polly, que está limpiando la ventana por dentro; pero

ESTE ESPACIO ES SUYO...

... utilícelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. ¿Qué cuento le ha gustado más, y cuál menos? ¿Qué opina del ESPACIOTEST, de las ilustraciones y de la nota científica sobre “El sistema solar” que publicamos en la tapa? ¿Qué le interesaría ver publicado en los próximos números? Si este espacio no le alcanza, añada una hoja suya.

Escriba a

más allá

Av. Alem 884 — Buenos Aires



ella no me ve. Ahora sale y la limpia por fuera. Ahora me mira y me saluda, y yo le sonrío. Ahora va con su trapo, rodeando la barraca, a limpiar la ventana de atrás, y yo ya no la veo.

Y ahora, un ente se desliza por la calle, con Solín Kandro en sus flacos brazos morenos.

Y ahora, Polly corre de nuevo alrededor de su casa. Su cara está blanca como la cera. Y quiere llamarme... Y me hace señas... Y cae al suelo, fuera de mi vista.

Joanna sabe lo que debe hacer y lo intenta. Se inclina hacia el botón del intercomunicador y mantiene el dedo apoyado; pero nadie responde. Pasan unos segundos, quizá minutos, y el ente que ha robado al niño de Polly ya está al otro extremo de la calle.

La enferma se sienta en la cama, sufriendo agónicos dolores, y piensa:

Ahora puedo hacer algo útil. No han de decir que fui insensata; porque si ahora espero más tiempo, no podré alcanzarlo: estará demasiado lejos. Nadie más puede hacerlo, excepto Polly, y está desvanecida. Ha de ser ahora mismo. No puedo esperar a que contesten y vengan del laboratorio.

Joanna se levanta. Arrastra los pies hasta la cántara de agua, la inclina y bebe largamente. Sale de su barraca. Mira un instante el cuerpo desplomado de Polly.

Pobre Polly, piensa, casi agonizando. Debemos ayudarnos unos a otros.

Mira a lo largo de la calle, hacia el horizonte. Allá se ve un punto móvil, que atraviesa el aeródromo. Joanna empieza a seguirlo. Un paso, dos, tres... Y la Ciudad de Dios resurge en su imaginación, mientras ella no aparta sus ojos del punto móvil.

JOANNA se retuerce de dolor en las piernas, en tanto las arrastra por las rocas del desierto, que van rasgándole sus pies desnudos. Mas no inten-

ta mirar al suelo, por miedo a perder de vista aquel punto que se desliza frente a ella. Va notando los poderosos latidos de su corazón, cuando un nuevo dolor lancinante le atraviesa el hombro y el brazo izquierdo.

Hice lo que pude, piensa. Henry, ya estás libre.

Cae de bruces y extiende el brazo derecho hacia adelante, con la mano indicando hacia el punto móvil y a los montes de Peñacantil allá en lontananza.

ALGUIEN asió por el brazo a Tony y le señaló al casco. El se lo quitó de la cabeza, para poder oír, y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Uno de los asistentes de Mimí en la oficina del laboratorio, le dijo:

—¡Joanna!... ¡Joanna Radcliff!... Apretó el botón del intercom y lo mantuvo apretado. Cuando yo contesté, ya no respondió.

—Voy ahora mismo.

No obstante el pesado traje blindado, el médico estuvo en un minuto fuera de la sala de embarques y bajo la ducha. Hubiera dado un año de vida por acelerar el proceso de descontaminación; pero había estado junto a las cajas abiertas y no podía exponerse él ni exponer a Joanna a la radiación.

Corrió hacia la calle, y seguía corriendo cuando, al llegar a la esquina de los Kandros, vio casi por milagro la frágil figura de Polly en el arroyo. Totalmente desconcertado, la levantó y miró alrededor, buscando ayuda. Nadie a la vista.

Sin pérdida de tiempo, cargó con Polly hacia la barraca de Radcliff. Depositó a Polly en el banco del living. Pulso y respiración bien: podía esperar. Se dirigió en el acto a la alcoba de Joanna. Perdió apenas un segundo en observar la cama vacía. Apretó el

botón del interfono y esperó otro segundo, que le pareció eterno, hasta que el laboratorio contestó.

—¿Es usted, doctor? —dijo la voz del empleado—. ¿Qué pasa?

—Algo grave. Envíeme a Jim Kandro a casa de Radcliff. Que Ana vaya a casa de Kandro. Está el niño solo. Llame a Mimí por intercom.

Al instante oyó Tony por el aparato la voz firme de Mimí.

—Hola, Tony.

—Aquí ocurre algo grave, Mimí. No sé lo que es; pero Polly está desmayada, y Joanna ha desaparecido.

—Voy para allá.

Tony dió un paso hacia el living, pero volvió al intercomunicador y ordenó:

—Llame también a Cantrella. Díga-le que traiga el electroencefalógrafo. Rápido.

¿Qué era todo esto? ¿Otra vez marcaina?

Jim Kandro irrumpió en la habitación, jadeante y aterrado. Con ojos de espanto miró a su mujer y al médico, y de sus labios salió la triste pregunta:

—¿Otra vez?

—No sé todavía. Se desmayó. Llévela a su casa, y ocúpese usted de Solín. Ana va a ayudarlo.

Jim salió con su triste carga. Tony volvió a la alcoba. Vió la cántara boca abajo y se acercó intrigado. En el suelo había un charco de agua. Aquello significaba que nadie se llevó a Joanna, sino que había salido por sí misma. Había bebido agua y dejado así la cántara.

Un grito desgarrador que se oyó en la calle, movió a Tony a salir corriendo hacia la casa de Kandro. El living estaba vacío. En la alcoba yacía Polly, todavía inconsciente. Tony entró en el nuevo cuarto del niño y encontró a Jim, agachado, tambaleante, sobre la cuna vacía.

CAPÍTULO XXI

—DENTRO de unos minutos habrán terminado el análisis —dijo Joe Gracey, desmenuzando entre los dedos una pizca de tierra hallada en el suelo de la alcoba de Solín—; pero si están ustedes listos, ya pueden salir a la búsqueda. Hay cien probabilidades contra una de que este polvo sea de las cuevas.

—En cuanto Harve traiga el emitoceptor, saldremos —contestó Mimí.

—Ya ha vuelto en sí —dijo Ana desde la puerta.

Tony volvió al dormitorio. Los ojos de Polly se abrían y cerraban. El pulso era fuerte.

—¿Qué ha ocurrido, Polly? —preguntó el médico.

—¿Por qué, Dios mío, por qué? Yo estaba limpiando desde fuera la ventana de atrás, y cuando miré hacia dentro, ¡mi hijo no estaba! ¡Se lo llevaron!... ¡Se lo llevaron!...

—¿Quién?

—No sé... ¡Duendes!

EL médico se apartó con Ana a un rincón.

—¿Le oyes algo?

—Apenas. Está aterrada. Más consciente de lo que parece...; pero pasmada.

—Shock —murmuró Tony—. Cuando se produzca la reacción, no debe estar sola.

—Yo me quedaré —ofreció Ana.

—Tú no. Necesitamos que vengas con nosotros a la búsqueda.

—Prefiero quedarme. Yo no debía haberte confesado nada... Ni a ti ni a nadie.

—Anita...

—Bueno; iré.

—Hiciste bien en confesármelo.

Polly se movió en la cama y suspi-

ró. Ana salió de la alcoba. El médico se acercó a la cama y vio que Polly temblaba de pies a cabeza. Le dio un sedante y salió a reunirse con los demás. Harve había llegado con el emitoceptor. Por sugestión de Ana emitieron una orden urgente para que Henry Radcliff viniera a acompañar a Polly. Henry no sabía aún lo de Joanna, y decidieron no decírselo por ahora. Cuando llegó, le dijo Tony:

—Necesitamos que un hombre acompañe a Polly. Solín ha desaparecido, y nosotros vamos a ver si descubrimos la pista. Si Polly intenta seguirnos, usted la mantiene en la cama.

—Cuenta conmigo, doctor.

—Nick Cantrella traerá un aparato. Dígame que examine a Polly.

MIMI, Ana, el médico, Jim Kandro, Harve Stillman y Joe Gracey salieron a la búsqueda del raptor.

—Miren esto —dijo Gracey, inclinado sobre el camino y señalando una huella de pie apenas perceptible.

Allí en el fondo del lecho del antiguo "canal", donde estaba construída la colonia, la tierra conservaba vestigios de humedad, suficientes para mantener la marca durante algún tiempo. Esta era sólo parte de la punta de un pie, pero indicaba la dirección. Marcharon por el camino hacia el aeródromo.

—¡Eh, Joel! —gritó alguien que corría tras ellos.

Era uno de los hombres del laboratorio agronómico. Joe y sus compañeros se detuvieron, y el hombre explicó:

—El análisis... es de las colinas... seguramente de las cuevas. Menos mal que los alcancé. Era eso lo que querían saber?

—Sí, gracias —dijo Joe—. Sigamos. Llegaron a la loma límite de las antiguas inundaciones del viejo río y entraron en la lisa llanura del desierto, interrumpida tan sólo por *La Gandula*, que reposaba en el aeródromo a la izquierda, y por las colinas, allá en el horizonte. Ningún ser humano a la vista. Sería inútil buscar huellas en aquel polvo movedizo.

—¿De las colinas? —dijo Mimí.

—Puede ser —asintió Tony.

Siguieron adelante. Kandro marchaba a grandes pasos, con los puños cerrados y los ojos fijos en las colinas, sin mirar al suelo ni a los que le seguían. Pero Harve encontró la huella que consideraban imposible: no realmente una huella, sino una mancha húmeda, casi evaporada, pero reteniendo aún la forma de un pie humano. Algo más allá había otra: iban por buen camino.

Tony se detuvo un instante ante la

huella húmeda. Apretó un dedo contra el suelo. Lo que esperaba: sílice y sal. No comprendía cómo resistió Joanna el ir tan lejos. Aunque el corazón le aguantara, debió de sudar mortalmente para dejar marcas tan húmedas en el sediento suelo.

Algo más lejos, la superficie empezaba a estar sembrada por los desprendimientos de Peñacantil: gradualmente sustituían al polvo las agudas piedras cortantes y las concreciones salinas. Y las huellas de sudor se transformaban en huellas de sangre.

—¡Allá está! —gritó Kandro, que iba delante.

Corrieron todavía un kilómetro hasta donde la mujer yacía boca abajo, con el brazo derecho extendido hacia adelante, apuntando a Peñacantil.

Tony le levantó el párpado, le tomó el pulso y fué a abrir su estuche; pero la bendita Ana ya tenía preparada la jeringa hipodérmica.



—¿Adrenalina?

La tomó Tony, la inyectó en el acto y se sentó a esperar. Miró a Ana. Ella miraba a otro lado, con la cabeza levantada, como oteando el horizonte.

—¿Qué miras?

—Allá..., algo que se mueve.

Stillman miró escudriñando.

—Nada vivo —dijo—: una roca en la neblina.

Ana sacudió la cabeza con involuntaria disconformidad.

DURANTE un rato permanecieron espectadores. Vieron a Jim llegar al lugar indicado por Ana, mirar hacia abajo, vacilar y, con rápida decisión, seguir adelante. Gracey corrió tras él. No podía predecirse de lo que Jim sería capaz en su estado de ánimo.

Un ruido casi inaudible en el suelo, y Tony se arrodilló junto a Joanna, cuyos ojos abiertos brillaban con íntimo deleite, mientras su cara, mortalmente pálida, dibujaba una sonrisa de infantil placidez.

—Joanna —dijo Tony—, ¿puede usted hablar?

—Sí..., sí...

Pero no podía. Sólo movía los labios. Quiso mover la cabeza y no pudo.

—¿Le duele algo?

—No.

Estaba agonizando. Su cuerpo era ya materia muerta, donde, por un instante y estimulados por la adrenalina, corazón y cerebro se negaban a morir. Era indispensable toda información que Joanna pudiera darles. Ella necesitaba su energía íntegra para vivir los minutos que le quedaban. Tony tenía que decidir. Si estaba equivocado, si a ella le quedaba alguna posibilidad de vida, él cometía un crimen exigiéndole hablar; pero otra vida pendía de la balanza.

—Escúcheme, Joanna. Conteste solamente sí o no. ¿Vió a alguien llevarse al niño?

—Sí —sonrió beatíficamente.

—¿Sabe usted quién era?

—Sí... No... Yo vi...

—No intente hablar. ¿Vió claramente al raptor?

—Sí.

—¿Era de la colonia?

—No.

—¿Hombre?

—No... Quizá...

—¿Mujer?

—No.

—¿Alguien de Pittco?

Joanna no contestó. Dirigió la mirada hacia su propio brazo. Pero Tony la había movido, y el brazo caía entonces hacia un lado. Ella exhaló un gemido de rabia y decepción. Ana se le acercó.

—Está bien, Joanna. Hemos visto adónde apuntaba el brazo. Jim va en este momento hacia allá.

Los ojos de Joanna se serenaron y volvieron a brillar con sublime placidez.

—Quiéranme —pronunció claramente—. Por fin he sido útil.

Se hundió de nuevo. Le faltaba la respiración. Le quedaban minutos... o segundos.

—Nadie creyó... en mí... o en ellos... Era... —se interrumpió anhelante y, con humorística sonrisa, dijo—: *Duende* —y no habló más.

TONY le cerró los ojos. Ana y él se habían quedado solos junto a la muerta.

—¿Dónde han ido? —preguntó Tony.

—Por allá —dijo Ana, indicando dos figuras paradas junto a algo que había en el suelo.

Más lejos veíase la alta silueta de Jim, a quien Joe alcanzaba y retenía en ese momento. Las dos figuras paradas eran, pues, Mimí y Harve.

—¿Han encontrado algo?

—Alguien —corrigió Ana.

Tony echó a andar hacia ellos.

—Más vale que tú te quedes con Joanna —dijo—. Te llamaremos si precisamos algo.

—Gracias —agradeció ella sinceramente.

Cuando Tony llegaba a unos veinte metros de Mimí y Harve, gritó Mimí:

—¡Es Graham!

—¡El descastado..., también roba niños! —profirió Harve indignado.

—Tiene mal aspecto —añadió Mimí—. No lo hemos tocado, esperándolo a usted.

—Bien —dijo Tony, y se agachó a reconocerlo.

Lo incorporó con precaución. A través de los labios heridos y llenos de

costras sanguinolentas, Graham dijo con burlona aspereza:

—¿Vienen ustedes a terminar su obra? ¡Cobardes! ¡Atacar a traición!... ¡Cobardes!

—Ninguno de nosotros ha sido —afirmó rotundamente Tony.

El periodista tenía fracturada la clavícula izquierda, quebrada la nariz y perforado por concusión el tímpano izquierdo.

—Llévemolo al hospital —ordenó el médico—. Harve, avise a la estación de radio, que llamen a Puerto Marte y le digan a Bell que necesitamos el "sabueso". Díganle que no admito respuesta negativa.

CAPITULO XXII

LA alicaída procesión recorrió en silencio la calle de la colonia. Jim Kandro y Harve Stillman cargaban al escritor. El médico llevaba en brazos el cadáver de Joanna. Habíase propagado la noticia. Todos los colonos contemplaron el triste cortejo hasta que entró en la barraca hospital de Tony. Este depositó a Joanna en su propia cama, todavía chafada por el corto reposo que Graham se tomó la noche anterior. Acomodaron al escritor en la mesa de reconocimientos y le quitaron la ropa rasgada y ensangrentada.

—Si no nos necesita, doctor —dijo Mimí—, nosotros vamos a ver a Polly Kandro.

—Un momento —dijo Tony, y llevó a Mimí a un extremo de la habitación—. Debe usted saber que Polly tiene una pistola. No sé si Jim lo sabe o no. Si vuelven ustedes a la búsqueda, pueden necesitarla. De todos modos, alguien debe quitársela.

—¿Dónde la tiene?

—La tenía en la cuna; pero yo le

dije que la sacara de allí. Ahora no sé.

—Bien. Yo la encontraré y nos la llevaremos. ¡Ah!, enviaré aquí a Henry.

—Ana —dijo Tony pensativo—, ¿vas tú con los buscadores?

La pregunta, al parecer inocente, tenía profundo significado para Ana.

—Esto... ¿No está Nick reuniendo a los que han de ir?

—Pensé que tú querías ir también. Pero si te quedas, podrás auxiliar a Henry.

—Sí, sí. Así seré más útil, ¿verdad?

Los demás se fueron, y Tony se dirigió rápidamente a examinar a Graham. Aquel hombre era un montón de magulladuras, de pecho para arriba. Tony le inyectó un fuerte sedante y le redujo la fractura clavicular.

—Tiene usted perforado el tímpano izquierdo. Lo tendrán que operar en la Tierra.

—Eso es. Ustedes me lo revientan, y que otros me lo curen, ¿eh? —gruñó Graham.

Tony empujó la mesa de ruedas hasta la camilla que Polly había ocupado días atrás. Colocó en ella a Graham y lo tapó.

—Estaré en la otra habitación —le dijo—. Si le hago falta, llámeme.

—Seguro —dijo Graham—. Lo llamaré en cuanto me encuentre listo para otra tunda.

Tony no contestó.

ENTRO en la otra habitación, se sentó y preguntó a Ana:

—¿Crees tú que alguno de los nuestros puede haber hecho esto?

—De un castigo metódico como ése, ninguno de los nuestros es capaz.

—Esto me recuerda a la gorda Ginny.

—¿Será cosa de Pittco? —preguntó Ana—. Pero, ¿por qué habían de pegarle a Graham y a aquella mujer?

—Yo no sé —sonrió Tony y bajó la voz—. ¿Puedes oírle algo?

—Sufre muchos dolores. El shock se le ha pasado... Nos odia a muerte... Menos mal que no tiene una pistola.

—Tiene su firma periodística, que es igual.

—Ahora está gozando..., tal vez de pensar lo que va a hacer con nosotros.

—¡Y qué importa ya! Lo único que yo deseo es encontrar a Solín, e irnos para siempre de este planeta. Viviremos juntos en la Tierra. Cuando yo reanude mi profesión...

—Eso no lo piensas tú ni en broma —dijo Ana, yendo a cerrar la puerta

de la sala hospital—. Estaba oyéndonos. Soltó una carcajada al decir tú que ejercerías de nuevo en la Tierra.

Tony la sentó junto a él.

—Anita... Mi buenísima Anita.

Le besó el cabello. Permanecieron muy juntos hasta que Henry llamó a la puerta.

ENTRO y miró aterrado e incrédulo al cuerpo de su mujer.

—No sufrió mucho —dijo Tony—; quizá un instante al fallarle el corazón. Si no, no hubiera llegado tan lejos.

—La vimos hasta el fin —añadió Ana—. Se sentía muy feliz... muy feliz. Quiso ser útil y lo fué. Lo quería a usted mucho.

—¿Qué dijo de mí? —preguntó Henry sin levantar de su mujer la vista.

—Dijo... —Ana dudó un instante, y luego prosiguió decidida—: "Díganle a Henry que siempre he querido su felicidad". Yo la oí —terminó ante la mirada de sorpresa de Tony.

—Gracias —musitó Henry, sentándose junto a Joanna y acariciándole las mejillas manchadas de polvo y sangre.

Tony salió de la alcoba, fué a sentarse al living e intentó reconcentrarse; pero, entre aquel laberinto de sucesos, su pensamiento vagaba por la clínica donde yacía el escritor, golpeado como lo había sido la gorda Ginny; por la alcoba donde reposaba Joanna, muerta de... de Marte, y donde Ana consolaba al marido que,

por suerte, nunca sabría que él mismo la había matado igual que si la hubiese estrangulado.

Lo último que dijo Joanna..., recordó Tony, la última palabra fué: "duende".

¡Ahí está el quid! Todos los hechos concuerdan: la historia de la gorda Ginny y la de Graham, la de Solín y su mascarilla, las palabras finales de Joanna... ¡No; no todos! El de la marcaína no concuerda.

Se levantó excitado, paseó a lo largo del living y, al volver sobre sus pasos, Ana estaba en la puerta.

—¿Has llamado?

Tony sonrió, se le acercó, cerró la puerta tras ella...

—Anita, no sabes lo afortunada que eres de tener un hombre tan grande, fuerte e inteligente como yo. ¿Cuándo nos casamos?

—No antes de que me expliques esa excitación.

CAPITULO XXIII

REHUSO CONSIDERAR PETICION FECHA HOY. FUERZAS POLICIALES ESTA OFICINA ABARCAN SOLO ASUNTOS INTERCOLONIALES. CAP NO AUTORIZA EMPLEO EQUIPO POLICIAL PARA ASUNTOS INTRACOLONIALES.

HAMILTON BELL, COMISARIO ASUNTOS INTERPLANETARIOS.

TONY leyó el texto del mensaje y luego la nota adjunta:

"Esas son las palabras del comi. Aparte de eso, el de la radio CAP de Puerto Marte me dijo que ese tío no cree una palabra de lo que usted cuenta y que piensa que si el nene realmente ha desaparecido, lo hizo desaparecer la propia mamá marcaína. Graham nos ha reventado. Espero que usted lo atenderá bien, y si lo pone bueno, no me desagradaría zurrarle la badana yo mismo. Harve." El médico sonrió.

—¿Ha leído esto Mimi Jonathan? —preguntó a Tad Campbell, que esperaba la respuesta.

—No, doctor. Acabamos de recibirlo. Harve quiere saber qué contesta.

CANTRELLA y Gracey habían ido también con el grupo de buscadores. Quedaba él solo para decidir. Escribió la siguiente nota:

"Harve: intente este mensaje al comi: SOLICITAMOS EMPLEAR POSIBILIDADES CAP PARA DES-CUBRIR VIL ATACANTE A NUESTRO HUESPED DOUGLAS GRAHAM. Con esto debemos de conseguir hasta el último soldado del planeta, con el propio Bell a la cabeza. El ser Graham la víctima, le hará al comi considerar el motivo como intercolonial. Animo. Tony."

Cuando se fué el muchacho, Tony empezó a pasearse nervioso por el living. No sabía qué hacer. El cadáver de Joanna estaba todavía en la alcoba. Graham seguía durmiendo. Tony se sentó. Pensándolo bien, todo era demasiado forzado. Era increíble. Todavía no le había dicho a Ana lo que él pensaba. Volvió a levantarse. Rebuscó entre sus escasos libros y revistas de papel cebolla. No decían nada sobre lo que él estaba pensando; pero Joe Gracey debía de saber. Cuando volvieran de la búsqueda... Quizá habrían encontrado al niño y al rap-

Cometa desviado

UNO de los pequeños cometas redescubiertos este año es el denominado Brooks (2), 1946 E, que hasta 1889 aparecía cada 31 años, pero en esa fecha se acercó demasiado a Júpiter. El planeta coloso modificó tanto su órbita que ahora el cometa vuelve a nuestro sistema cada siete años.

tor. Quizá él no tendría nunca que decirle a nadie su loca teoría. Decidió hacerse "café". Lamentó haber enviado a Ana y Henry a acompañar a Polly. Polly y Henry se consolarían mutuamente...; pero Ana les era más útil que si hubiera ido él mismo. Y alguien tenía que estar con Graham.

Hacía más de una hora que se fue Tad. ¿Por qué no venía respuesta de Harve? Salió a la puerta y miró por sobre las casas, hacia el aeródromo. Nada a la vista. Pero al volverse hacia dentro, vió de soslayo que entraban en la curva de la calle. Delante iban Gracey, Mimí y Bea Juárez; detrás, Kandro, resistiéndose a caminar, dejándose el corazón en las colinas, y Nick Cantrella y Sam Flexner, uno a cada lado, animándolo. A Tony se le encogió el corazón. El fracaso era inconfundible.

LE oímos llorar un instante en una de las cuevas —dijo Mimí con energía—. Estoy segura. Pero luego pareció como si alguien le tapara la boca. No hay tiempo que perder. Hay que descubrirlo inmediatamente.

—¿Miraron en las otras cuevas?

—En cinco o seis por cada lado y dos arriba. Pero todas esas grietas se estrechan hacia el interior, y no pudimos pasar. No sé cómo habrán podido los secuestradores.

—¿Y por la ladera opuesta? Alguien podría ir en el semitractor y explorar.

—Pensamos en ello —repuso Mimí secamente—. Nick habló por el emitoceptor. Mister Reynolds no estaba. Mister Hackenberg lamentó mucho su ausencia; no tenía autorización para permitir buscar en sus terrenos. ¡Lo lamentó tanto!...

BRUSCAMENTE, Mimí se volvió hacia la pared. Tony la vió restregarse los ojos antes de volverse hacia el grupo y decir con voz ahogada:

—Bueno, amiguitos; ¿qué hacemos ahora?

—Esperar a que Bell conteste —dijo Gracey desalentado—. Y esperar a que vuelva Reynolds.

—Hemos dejado allá media docena de hombres —informó Mimí a Tony—. Están a la mira y tienen el emitoceptor. Creo que Joe lleva razón. Esperaremos.

Largo silencio. Tony buscaba el modo de explicarles su pensamiento. No podían esperar sabiendo él algo que podía intentarse. El niño quizá estuviera todavía vivo y sano; pero ellos podían llegar tal vez un minuto tarde.

—Joe —le dijo a Gracey—, ¿qué sabe usted de genes letales?

—¿Eh? —el agrónomo miró extrañado y luego repitió la inopinada pregunta—. ¿Genes letales? Pues... los hay recesivos, que...

—No me refiero a eso. Yo sé lo que son. Es que el otro día dijo usted algo sobre ellos... ¿No dijo que usted pensaba aislar algunos que se observan en Marte?

Ana y Henry entraron y se dirigieron directamente a la alcoba donde yacía Joanna.

—¡Ah, sí! —recordó Gracey—. Muy interesante. Venga al laboratorio cuando tenga tiempo, y le mostraré. Hemos reali...

—¿Qué están charlando ahí? —saltó Mimí—. ¡Lo que aquí urge es hallar la manera de salvar al niño!

—Perdón, Mimí —se excusó Gracey azorado—. Tony me ha hecho una simple pregunta, y le he contestado mientras esperamos como hemos resuelto.

De pronto, Tony tuvo una idea; se levantó, llamó a Ana y salió con ella a la calle, donde nadie los oyera.

—Ana, cuando anoche te desmayaste... cuando me llevé al niño para quitarle la mascarilla, ¿qué sentía él?

—Ya te lo dije.

—Me dijiste que era algo muy fuerte, más de lo que tú pensabas que un bebé podía sentir. Pero, ¿era más fuerte, o era distinto?

—Es difícil decirlo. Podría ser diferente; pero no sé en qué. Ni estoy segura de que lo fuera. ¿Por qué me preguntas?

Tony pensó: esto concuerda.

—Oyeme, Ana. Tienes que realizar un trabajo penoso. No sé si te perjudicará ni si dará resultado. Es una loca teoría mía. Pero si tengo razón, tú eres la única persona que puede efectuarla. ¿Oíste tú la última palabra real de Joanna? Dijo: "duende".

Miró Tony a los ojos profundos y asombrados de Ana.

—Pero, Tony, ¿existen duendes?

—¿Piensas que creo en ellos? No, no. Lo que creo es que hay algo.

—¿Y he de ir yo a "escuchar"?

—Sí. Pero no es eso todo. Si tú vas, yo iré contigo... por si sirve de algo. Y quiero que entremos en la cueva donde oyeron al niño, a ver lo que encontramos.

—¡No! Digo... —se quedó cortada—. ¡Oh, Tony! Me da miedo.

—Tenemos que descubrirlo, Anita; tenemos que descubrirlo.

—¿Y el sabueso? —preguntó ella desesperada—. ¿No sería más útil?

—Bell no ha contestado. ¿Cuánto tiempo podremos esperar?

—Bien —dijo Ana por fin, serena y confiada—. Bien, Tony; si tú dices que hay que hacerlo...

—Yo iré contigo.

MIMI y Joe no comprendieron a Tony. Este les dijo simplemente que había tenido una idea y quería ir con Ana a la cueva. Dejó ins-

De la química vegetal

SIN tanto bochinche como la bomba atómica, las reacciones nucleares han proporcionado un arma a los químicos, que ellos jamás se habían atrevido a imaginar: la posibilidad de distinguir entre sí átomos del mismo elemento químico. Eso se consigue porque se pueden fabricar en muchos casos átomos que tienen las mismas propiedades que los normales y que al mismo tiempo son radiactivos. ¿Cómo y para qué sirve eso? Veamos uno de los últimos ejemplos, todavía no completado, y que puede tener una importancia económica revolucionaria. ¿Será posible fabricar algodón sintético? Tal vez; pero para eso habría que saber primero cómo se las arregla la planta para fabricarlo. Entonces se inyectan a una planta de algodón azúcares idénticos a los que ella usa, pero "marcados" con átomos de carbono radiactivo, C-14 (el 14 indica que el núcleo contiene 14 partículas, entre protones y neutrones, mientras que en el núcleo del carbono común hay sólo 12). Luego, con un indicador de radiactividad se va siguiendo el camino que recorren esos azúcares en la planta; y, tomando muestras cada tanto, se averigua qué transformaciones han sufrido. En este experimento, que se hace patrocinado por el Ministerio de Agricultura en los Estados Unidos, se ha logrado seguir al C-14 hasta que aparece en la misma fibra de algodón; pero todavía falta el largo trabajo de aclarar todos los procesos intermedios. Tienen tiempo de cambiar de ocupación los plantadores de algodón.

trucciones para el cuidado de Graham y la atención a Henry, Polly y Jim. A los diez minutos, en el semitractor llegaba con Ana a la falda de Peñacantil. Cuando el suelo se hizo demasiado rocoso, abandonaron el vehículo. Más allá, sobre la primera colina, divisaron a los cinco hombres que habían quedado de guardia.

Flexner, el químico, corrió a recibirlos.

—¿Qué piensan hacer? —les dijo—. Tad creyó oír de nuevo el llanto de Solín; pero ninguno de los demás lo oyó.

—Quiero únicamente —respondió Tony— ver si descubro algo. Ana y yo vamos a entrar en la cueva.

LOS dos juntos penetraron por el boquete de unos dos metros, abierto en la dura roca. Ana no quiso que nadie los acompañara. Una raya de yeso, trazada a lo largo de la pared por los primeros que habían entrado, les sirvió de guía. Bajaron, siguiendo la línea blanca, hasta unos cincuenta metros; después otros cincuenta hacia la izquierda, por una abertura lateral que se estrechaba hasta otra bifurcación. Las dos grietas eran demasiado estrechas para dejar paso a un adulto. La línea terminaba apuntando hacia la grieta de la derecha. De allí no se podía pasar. Quedaron escuchando por la estrecha abertura.

No se oía absolutamente nada más que la respiración de ambos y el roce de las manos por la áspera roca. Aguardaron. Tony fijó los ojos en los de Ana, procurando silenciar el pensamiento como silenciaba la voz; pero las dudas lo torturaban. Por último se concentró en lo único seguro: en su amor por Ana.

—Oigo algo —susurró ella al fin—. Miedo..., especialmente miedo, pero también anhelo. No nos temen... Creo que les agradamos. Tienen miedo

de..., no está claro..., quizá de la otra gente.

Volvió a escuchar en silencio.

—De esa gente —afirmó rotundamente—. Quieren hablar con nosotros, Tony; pero... no sé —frunció las cejas reconcentrándose y de pronto se sentó en el suelo rocoso, como si no soportara el esfuerzo de estar de pie.

—Tony, anda a decirles a los que están de guardia que se vayan.

—No —dijo Tony con firmeza—. ¿Cómo voy a despedirlos dejándote sola?

—Tú me has traído aquí. Dijiste que yo era la única capaz de hacer esto —de pronto se calló y se concentró de nuevo a escuchar—. Están bien predisuestos; pero tú los asustas con tu desconfianza. Dile a la guardia que se vaya al pie de la colina, hasta donde está el tractor. Por favor, Tony. Hazlo.

—Bien —dijo él, todavía dudando—. Dime; ¿quiénes son?

Ana serenó su expresión y dijo:

—Duendes.

—¡No puede ser!... Perdón. No quiero enojarme ni dudar. ¿Qué significa esa palabra?

—Que son especiales.

—¿Como Solín?

—No exactamente. Algo... distintos. Sí, tal vez como él, pero más viejos.

—¿Cuántos son?

—Pocos; pero no puedo contarlos. Uno de ellos es el que está... expresando.

—¿Expresando? ¿Y cómo lo entiendes con tanta claridad? Tú me dijiste que no podías saber por qué estaba enojado Graham. ¿Cómo sabes ahora de qué tienen ellos miedo?

—No sé, Tony. Lo entiendo así y nada más. Estoy segura de que no nos engañan. Haz el favor de ir a darles la orden a los muchachos.

Y Tony se fué.

—¡QUITENMELO de delante! —gritó Graham.

Mimí atravesó corriendo el living y entró en la sala hospital. Era que Henry, a pie firme frente al escritor, le discutía e insistía con rudeza:

—Usted no entiende nada de Marte; nunca ha visto Peñacantil a plena luz, ni los continuos cambios de color del desierto, para hablar...

—Mrs. Johnson, lléveselo de aquí. Está loco.

Mimí tomó por el brazo a Henry.

—No estoy loco. Esos especuladores de Pittco, este escritor, Bell y sus soldados, Brenner con su fábrica: éstos son los locos, que tratan de desprestigiar a Marte.

Mientras aquel hombre no se desahogara llorando, nadie sabría lo que le podría ocurrir.

—¡Radcliff! —dijo Mimí con voz autoritaria—. Su pobre mujer está ahí tendida, y usted emplea el tiempo en buscar camorra con un enfermo.

—No he intentado semejante cosa —protestó Henry.

Pero las lágrimas no brotaban.

—Entre en la alcoba y siéntese. Es lo menos que puede usted hacer.

Henry pasó a la alcoba, se sentó junto al cuerpo de su mujer y clavó la mirada en un punto de la pared, por encima de la cama.

—Gracias, Mrs. Johnson —dijo Graham afligido—. Estaba incitándome a pelear.

—Me llamo Jonathan —corrigió Mimí—. Y no deseo que usted me agradezca nada.

Empezó a buscar entre las gavetas de medicamentos algo para darle a Henry. Pero no sabía qué elegir ni qué dosis convenía. Lamentó que Tony y Ana no estuvieran allí cuando los necesitaba.

Debíamos, pensó, tener a alguien instruido por Tony, además de Ana. Tenemos a Harve; pero no sabe más que higiene radiológica. Y luego pensé que nada importaba ya: que Lago del Sol no duraría mucho.

OYO un avión que llegaba al aeródromo, y se preguntó de quién podría ser. En la alcoba sonó el aparato de intercomunicación. Entró y tomó el auricular, mirando a Henry que seguía con los ojos fijos en la pared. Era Harve.

—Hola, Mimí. Contestación de Bell. Tome nota: RESPECTO ATAQUE A DUOGLAS GRAHAM TOMARE MEDIDAS CON DESTACAMENTO DE GUARDIAS. NIEGO PETICION EMPLEAR POSIBILIDADES CAP. HAMILTON BELL, etcétera. ¿Qué opina usted? ¿Cree que nos culpará también de la paliza a Graham?

—No sé —dijo Mimí—. ¿Qué más da! ¿Sabe qué avión era ése?

—El de Brenner. Es un descarado, que aterriza sin avisarnos siquiera.

—Bien puede hacerlo. Pronto será suyo el aeródromo. Hasta luego —dijo Mimí, colgando el auricular, y fué al living a sentarse.

Graham parecía dormir. Brenner entró sin llamar.

—Me dijeron que estaba usted aquí. ¿Podríamos ir a su oficina del laboratorio, para hablar de negocios?

—Tengo que estar aquí —contestó ella—. Si quiere hablar, escucho.

—¿Estamos a solas? —preguntó Brenner sentándose.

—En ese dormitorio hay un joven desesperado por la muerte de la esposa... y por la perspectiva de tener que abandonar Marte. Y ahí, en la clínica, duerme un hombre malherido.

—No muy a solas —dijo el fabricante.

te de drogas, bajando la voz—. Mrs. Jonathan, usted es la única que entiende de negocios en la colonia.

Abrió la cartera sobre la mesa y dejó asomar el ángulo de un fajo de billetes. El de encima era de mil dólares. Sin mirarlos, los hizo correr por el pulgar como un jugador con los naipes. Había más de ciento, todos de mil.

—Me imagino que el abandono de Marte será muy duro para algunos de los colonos —dijo expresivamente y deslizándolo por el pulgar los billetes—; pero no tiene que serlo para todos. Mrs. Jonathan, su colonia enfrenta una situación insostenible. Digámoslo claro: es cuestión de bancarrota o liquidación forzosa. Yo puedo ofrecerles la oportunidad de retirarse en buen orden y con algún dinero.

—Muy amable, Mr. Brenner; pero no entiendo bien.

—No nos hagamos los tímidos —sugirió Brenner sonriendo—. Hablo sinceramente. Si esto sale a pública su-

basta, pienso pujar lo necesario, porque me precisa ser el propietario. Pero yo no soy de los que dejan negocios a la suerte. ¿Por qué no me lo venden ustedes ya? Se librarán de la bancarrota y se beneficiarán.

—¿Sabe usted que yo sola no puedo cerrar ningún trato?

—Desde luego; tienen ustedes un consejo consultivo. Pero usted es miembro del mismo y puede abogar por mí causa.

—Creo que podría.

—Perfectamente —sonrió Brenner, siempre recorriendo los billetes con el pulgar—. Entonces, yo tengo que plantear primero a usted el caso. ¿Por qué han de permanecer ustedes en Marte? ¿A la espera de que algo cambie? No ocurrirá; créame. Nadie ampliará créditos a quienes se retrasan seis meses en los envíos. Nada cambiará, Mrs. Jonathan.

—¿Y si descubrimos la marcaína robada y el ladrón?

—Entonces, claro.

La radio será muy fácil

CUANDO la radio o el televisor se descomponen, la cosa es fácil de arreglar si se reduce a buscar una válvula quemada y reemplazarla. Lo malo es cuando la culpa la tiene algún condensador o bobina que hay que perseguir, soldador en mano, hasta descubrirlo, y luego cambiar o ajustar. Esa engorrosa tarea desaparecerá si se adopta el nuevo sistema de armar los receptores con bloques prefabricados que miden un par de centímetros de lado y contienen uno o dos elementos del circuito. Esos bloques se colocan en su sitio con resortes, y no hace falta soldar porque los alambres están reemplazados por conductores impresos sobre los mismos bloques y sobre la base común a todos. (Lo de usar una línea trazada con plata en vez de alambres de cobre fué un invento de la guerra, necesario para construir aparatos pequeños, como los del detonador de proximidad de las granadas antiaéreas). Cuando la radio se descompone, basta con ir probando uno a uno los bloqueitos hasta encontrar el defectuoso, y cambiarlo por otro idéntico. Ya no hará falta ser un experto en electrónica para arreglar una radio descompuesta, y eso, aunque cómodo, es una lástima. ¡Era uno de los pocos oficios que obligaban a estudiar y a usar más el cerebro que la lengua!

MIMI sorprendió cierta alarma momentánea en la fisonomía de Brenner, y por primera vez pensó que lo del robo no era tramado.

—Pero la situación financiera de ustedes —insistió Brenner impertérrito— es fundamentalmente insostenible. Nadie puede confiar en obreros que un buen día pueden marcharse porque no están sostenidos por salarios, sino por idealismo. Ya le he dicho que quiero un defensor en el Consejo. Usted sabe que, aunque descubran al ladrón y encuentren mi marcaína, la pequeña historia de Mr. Graham, que he leído con gran interés, será otro obstáculo difícil de salvar. Y habrá más.

Brenner quiso decir: más obstáculos y más fajos de billetes de mil para ella si aceptaba el soborno.

Mimi sonrió para sus adentros; pero su cara expresó un interés inesperado.

—¿Su oferta es comprar la colonia, Mr. Brenner? ¿Tiene inconveniente en indicar un precio?

—¿Qué me pregunta usted? —contestó él.

¡Ah!, pensó ella, *no es eso sólo lo que usted pretende.*

—Bueno —dijo—; tratemos el asunto a su modo. Diga dos precios. Usted quiere comprar también mis servicios, ¿no?

—¿Cómo ha supuesto usted eso? No intento sobornarla, Mrs. Jonathan —sacó el mazo de billetes y lo puso frente a ella—. Aquí hay cien mil dólares. Puedo traerle otros..., digamos otros cuatrocientos mil, como *dinero en mano*, cuando usted diga. Mi oferta por la colonia es exactamente cinco millones.

—¿Además del *dinero en mano*? —preguntó Mimi bromeando.

—Así es.

—Eso cubriría justamente todos nuestros gastos de regreso a la Tie-

rra... Nosotros haremos trizas el laboratorio antes de que usted lo consiga por semejante precio.

—Pues se pudrirán ustedes en prisión. En el archivo de Puerto Marte hay una orden firmada por el comisario Bell, prohibiéndoles a ustedes tal locura. Un acto de rebeldía significaría la prisión para todos ustedes. *Todos.*

—No se nos ha entregado esa orden.

—El comisario me aseguró que sí, y no dudo de su palabra. Ni los jueces dudarían de ella.

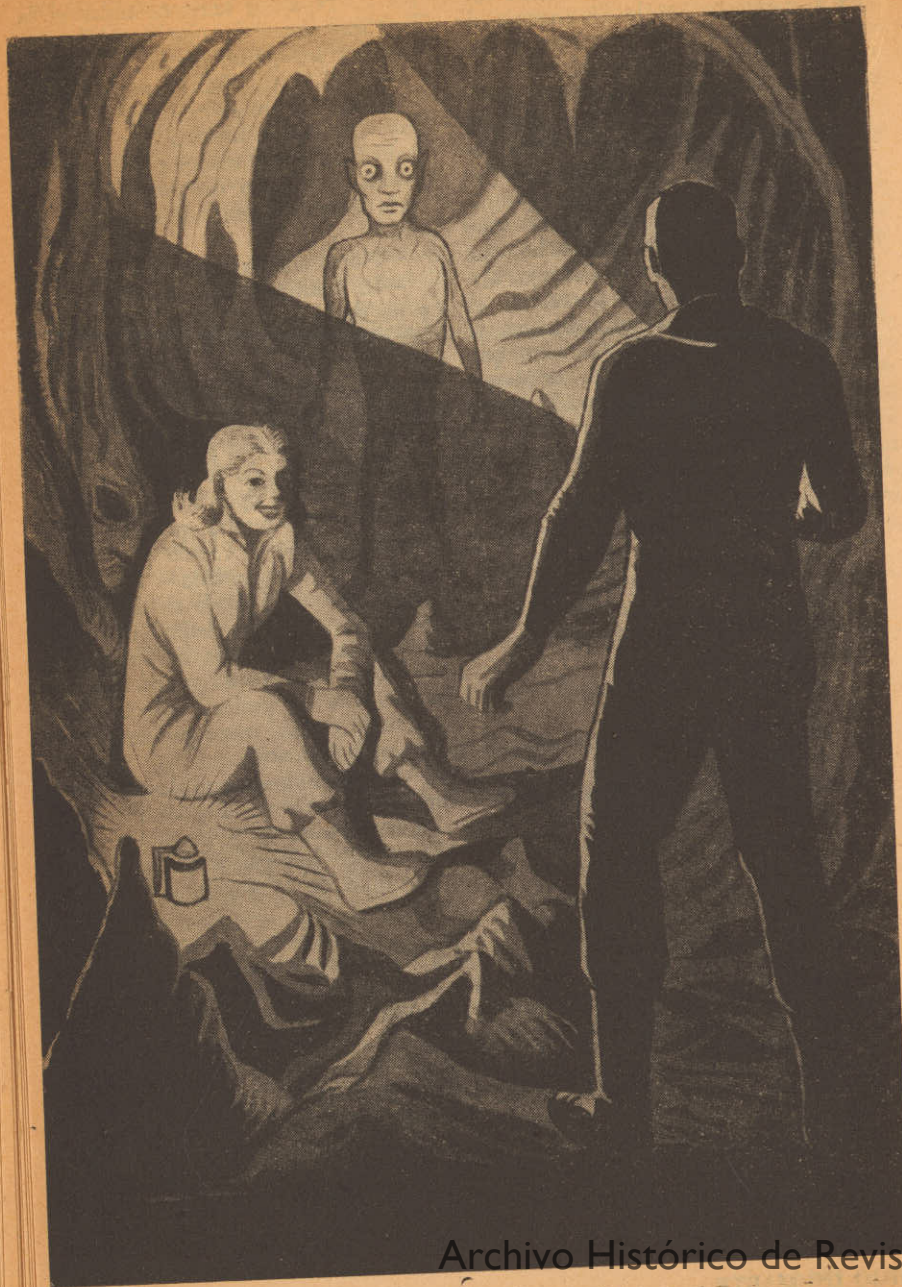
MIMI no se atrevió a contestar a esta amenaza. Pensó en el viaje de regreso, en el prestigio de haber vendido en vez de ir a la bancarrota, en otra posible oportunidad...

—El asunto tendrá que ser tratado por el Consejo y votado por toda la colonia —dijo angustiada—. Usted quería anticiparse. Guarde su dinero. Yo no me vendo. Pero defenderé su causa si ofrece usted diez millones. Bien sabe Dios que es una ganga. El laboratorio está en perfecto estado: mejor que todo cuanto usted pudiera encontrar en la industria.

—Cinco millones quinientos mil es mi oferta. Yo no soy el Crespo por quien me toma la gente mal informada. Tengo mis gastos en la distribución final de la marcaína. Usted lo sabe.

TONY contaba los minutos: ocho serpeando a lo largo de la línea de yeso, en la oscuridad, porque le dejó la lámpara a Ana; cinco escarbajeando entre las piedras junto a la boca de la cueva; doce, interminables, convenciendo a los guardas para que se fueran, y una eternidad, quizá otros doce minutos, siguiendo de vuelta la raya blanca, con la linterna que le prestó Tad.

Sudaba frío cuando vió clarear el



farol de Ana. Rodeó la última curva del tortuoso pasadizo, y un ente saltó del suelo y quedó de pie, erguido, mirando fijamente al doctor. Ana, sentada en el suelo, reía suave y melodiosamente. Tony se tranquilizó y al instante sintió... algo: una impresión benévola, un rasgo emotivo, no en él, sino en el ente. Ninguna amenaza ni peligro. Amistad.

Aquel ser estaba al fondo de la caverna. Tony lo observó: piel morena curtida; pecho en forma de barril; grandes orejas; piernas y brazos flacos; talla entre hombre y niño, y... telépata.

—Ana, ¿se le puede hablar?

—No muy fuerte. Tiene oído hipersensible.

—¿Quién es? ¿Hay más? ¿Tienen a Solín? Pregúntale, Ana, pregúntale.

—Es un duende —contestó riendo alegremente—. Dentro hay cuatro más con Solín.

—¿Está vivo y sano?

—Sí. Lo raptaron para ayudarlo, no para hacerle daño. Solín necesitaba una cosa...; pero no puedo averiguar lo que es.

El duende volvió a sentarse en cuclillas junto a Ana. Tony se acercó lentamente y se sentó cerca de ellos. Se le puso la carne de gallina al acordarse de los cuentos espeluznantes de viejos libros infantiles. Esforzándose en serenarse, le preguntó a Ana:

—¿Una cosa de qué clase?

—Algo alimenticio, me parece: como el primer sorbo de agua para un sediento; necesario como la sal, y... bueno. Quizá como una vitamina, pero de sabor delicioso.

Tony repasó mentalmente los cuerpos bioquímicos. ¡Pero qué locura! ¿Cómo averiguar lo que tendría buen sabor para algo tan raro como un duende?

—¿Has intentado el lenguaje mímico?

—¿Y cómo empezar, Tony? Requeriríamos todo un sistema de símbolos para llegar a algo concreto. Estoy segura de que nos devolverán al niño si conseguimos comprender lo que necesitamos.

TONY se acercó al duende y, frenándose los nervios, le tocó con la mano el hombro. Cuando aquella criatura le prestó atención, le dijo muy bajito a Ana:

—Dile que estamos intentando descubrir qué cosa es —señalando a sus propios ojos, se dirigió al duende—. Muéstrenos eso —y procuró con toda intensidad proyectarle el pensamiento: la idea visual.

Los dos se lo repitieron en todas las formas posibles de pensamiento y actitud. De pronto, se levantó el duende y se alejó por el fondo del túnel.

Increíble silencio reinó en aquelantro terrorífico.

—¿Ha captado la idea? —preguntó Tony—. ¿Volverá?

—Ha comprendido —dijo Ana sonriendo—. No te inquietes tanto. A mí también me asustó al principio. Yo estaba sentada, procurando ver por la abertura del fondo, tan concentrada en transmitir a los que estuvieran allí, que ni oí cuando él vino y se puso detrás de mí.

Luego era cierta la loca teoría de Tony. Y en Marte había duendes reales, seres de tan alta evolución que eran telepáticos, y sin ninguna forma de vida inferior de donde provinieran. No había otra explicación.

El duende volvió trayendo una caja, en uno de cuyos lados decía en grandes letras negras:

PELIGRO
RECIPINTE PRECINTADO
DE MARCAÍNA
No abrir sin autorización
Compañía Farmacéutica Brenner

ANA, con Solín en brazos, mecéndolo y arrullándolo, se apeó del semitractor ayudada por Tony. En seguida éste bajó con gran precaución la caja de marcaína, bien envuelta con las camisas de ella y él. Las varias capas de tela impedían que se escapara el polvo y que ellos experimentaran sus efectos narcóticos.

Marcharon a campo traviesa y llegaron, por detrás de la fila de barracas, directamente a la esquina de la de Kandro.

—Tony —preguntó Ana—, ¿qué explicación vamos a darles?

—Todavía no lo he pensado. Tendré que hablar con Mimí, Nick y Joe. Ya veremos...

—No hablo de eso. Me refiero a Polly y Jim. A él no le gustará quedarse sin oír toda la historia del rapto, y no sé si debemos...

—Le guste o no, Kandro hará lo que yo le ordene. Hay que decirle que es marcaína. Yo no corro el riesgo de cambiarle el nombre a la droga. Tú habrás de soplar algunas ampollas, y ya pensaré yo el modo de disolver el polvo e introducirlo en ellas. Pero tienes razón si te refieres a que no debemos decirles más de lo que ahora es preciso.

Entraron en casa de Kandro. Joe Gracey estaba sentado, solo, en el living.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó—. ¡Polly! ¡Jim!

Apareció el matrimonio, con los ojos enrojecidos; vieron al niño y volaron hacia él.

—¡Oh, gracias, doctor! —dijo Jim—. ¡Nos lo da usted por segunda vez!

Polly, más práctica, preguntó:

—¿Se ha alimentado? ¿Está sano?

—Podrá usted alimentarlo en segui-

da. Ahora escuchen atentamente: Su hijo de ustedes es en cierto modo especial; puede respirar a placer el aire de Marte; pero ocurre que necesita algo más, que para él es bueno y no para las otras personas. Y es: marcaína.

Polly palideció. Jim soltó una incrédula risotada y, luego, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Cómo es posible, doctor? ¿Qué significa todo esto? ¿Quién se lo llevó? Tenemos derecho a saber.

Ana salió en ayuda de Tony.

—Por ahora no lo sabrán ustedes —dijo crudamente—. Ahí tienen a su hijo. Dejen tranquilo al doctor hasta que él pueda decirles algo más.

Kandro abrió la boca y no se atrevió a hablar. Polly interrogó:

—Doctor, ¿está usted seguro de que necesita...?

—Lo estoy. A Solín no le hará el efecto que le hizo a usted. Necesita realmente marcaína. Ha de tomarla o morir.

—¿Como si fuera oxen? —preguntó Kandro—. No lo comprendo, a no ser que...

SIN hacerle caso, Tony siguió hablando a Polly.

—De todos modos, tendrá usted que destetarlo. No es posible que usted tome marcaína en beneficio del niño. Pero, por ahora, puede amamantarlo, puesto que su leche tiene todavía marcaína.

A Kandro le costaba trabajo acostumbrarse a la idea de obedecer el dictamen del médico. E inquirió:

—Entonces Solín, como no necesita oxen, ¿tiene que tomar otra cosa?

—Exacto —afirmó Tony—; como agua, como sal, como vitaminas..., co-

mo si fuera oxen... —se interrumpió y, calmándose, se volvió hacia Ana, que lo miraba con ojos muy abiertos—. Tengo que hablar con Joe y con Nick Cantrella. Ana, procura hallar a Nick por intercom, y dile, por favor, que venga en seguida. Tengo una idea.

En el living encontró a Joe Gracey.

—Ya no tiene usted que seguir observando al matrimonio. Obsérveme a mí. Me siento Alejandro, Napoleón y el Gran Kan, todos en uno.

—Verdaderamente, tiene usted risa de lunático. ¿Qué anda pensando?

—Ya viene Nick —dijo Ana, entrando en el living—. ¿Qué idea es esa, Tony?

—Ahora, cuando llegue Nick, se lo diré a los tres para no tener que repetirlo.

Se paseó inquieto por la habitación, mientras pensaba: "¡Ha de dar resultado! ¡Ha de darlo!"

CUANDO llegó Cantrella, Tony se dirigió a los hombres.

—Escúchenme los dos. Si yo les doy un trozo de tejido orgánico vivo, que contenga un porcentaje del fermento del oxígeno (no digo vestigios, sino porcentaje), ¿podríamos fabricar oxen?

—¿El virus vivo? —preguntó Gracey—. ¿No oxen cristalizado y preparado para la absorción?

—El virus vivo.

—En tal caso tendríamos ahorrada la mitad del camino de los procesos que realizan para obtenerlo en la fábrica de Kelsey, de Louisville. Ellos obtienen el primer cultivo en el horno de Rosen; luego, eliminan las enzimas concurrentes; cultivan después el resto seleccionado, mediante cientos de etapas, hasta obtener un porcentaje de virus vivo, para desarrollar el cultivo puro con que hacen las siembras, y entonces inician la cristalización.

—¿Y respecto a eso, Nick? —preguntó Tony—; ¿puede el laboratorio conseguir la cristalización de esas siembras y prepararla para la absorción?

—Seguro —afirmó Nick—. Esa es la parte fácil.

—Pero, ¿de dónde —exclamó Gracey— va usted a obtener el virus vivo? Y hay que reobtenerlo continuamente, porque bajo la radiación normal sufre mutaciones, y hay que volver a empezar.

—A eso voy —dijo Tony—. Tengo el presentimiento de que puedo obtenerlo. Gracias.

Entró en la alcoba del niño y dijo a Polly:

—Voy a llevarme otra vez a su hijo, pero sólo unos minutos. Tengo que explorarle los pulmones en el hospital. ¡Ana!

Ana tenía ya en brazos al niño. Tony cargó con la caja de marcaína, y salieron ambos.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —preguntó Gracey.

—Después les explicaré.

En la calle, Ana interrogó:

—¿Qué vas a hacer, Tony? ¿Vas a operar a un niño de cinco días? Parece tan... tan feliz y seguro de ti mismo...

¡NO SE OLVIDE!

de llenar el cuestionario de las páginas 1 y 2 con su opinión sobre

más allá

—Lo estoy. La operación, si así quieres llamarla, no le hará daño. Y no dijo más.

MIMI y Brenner estaban todavía en el living.

—Hola, Tony —dijo ella con desaliento—. Mr. Brenner nos ha hecho una oferta... ¡Ah! ¡Solín!

—Hola, Mimí —dijo Tony.

—El retoño, ¿eh? —expresó Brenner cordialmente—. Oí hablar de...

—Disculpe —cortó Tony en seco, y luego ablandó la voz—. Ana, prepara la mesa de operaciones; paños esterilizados; el baño de temperatura constante para biopsias, con el termostato regulado a la temperatura de la sangre del niño. Y avíseme.

Ella entró en la clínica, con el niño. Tony metió en el baúl la caja envuelta y empezó a lavarse.

—¿Qué decía usted, Mimí?

—Que Mr. Brenner ofrece cinco millones quinientos mil dólares por las instalaciones de Lago del Sol. Yo le he dicho que el Consejo lo estudiaría y convocaría a una votación.

El entusiasmo de Tony se vino al suelo. ¡Todo seguía igual!

—Listo —anunció Ana.

Tony la siguió silencioso al hospital, se puso los guantes y ordenó:

—Esteriliza y lubrica una sonda de Byers, calibre tres. Esteriliza un laringoscopio.

Graham dormía en la cama al extremo de la sala.

—¿Anestesia? —preguntó Ana.

—No. No conocemos bastante su fisiología.

—¡Oh, no, Tony; por piedad!

Tony sentía la fría determinación de salvar del naufragio a Lago del Sol, y más confianza de la que él mismo se conocía. Ana seleccionó los instrumentos y los metió en el autoclave. El médico presionó con el pie el pedal que acomodaba las luces sobre la me-

sa. Le entregó Ana el laringoscopio, y él abrió la boca del niño. El inmediato grito de protesta se convirtió en estrangulado gemido al descender el tubo flexible de Byers por la tráquea, hasta el bronquio izquierdo. Una mano firme guiaba el instrumento mientras la otra manejaba los resortes en el bulbo de la base.

—Sujétalo —gruñó Tony cuando Ana aflojó las manos.

Bronquios y bronquiolos, tanteando y salvando resistencias, y ya está colocada la sonda. Una presión en el resorte central, que descubre la pequeña cucharilla cortante al extremo del tubo y la oculta de nuevo. Soltar entonces todos los resortes de flexión, y afuera.

Duró menos de cinco segundos, y en otro segundo el corte pulmonar estaba en el baño de temperatura constante para biopsias.

Henry apareció en la puerta.

—Váyase a acostar, Henry —dijo Ana—. Todo marcha bien.

—¡Quitenlo de mi vista! —pidió Graham desde la camilla—. Antes quiso pelearme.

—Venía solamente a ver al niño —dijo Henry excusándose.

Tony se acercó al interfono y llamó a los Kandros.

—Ya pueden venir por su hijo. Llamen a Joe Gracey si está ahí. Hola, Joe. Creo que ya tengo el trozo de tejido. ¿En cuánto tiempo hará usted la prueba?

—Pero, caramba, ¿de dónde lo consiguió?

—De un duende —no pudo contenerse—. Lo que yo dije: tejido pulmonar de un duende —y colgó el auricular.

—¿Un duende? ¡Luego es cierto! Hay duendes, ¿verdad que sí?

Esto dijo Polly, que llegaba en ese instante con su marido e inmediatamente tomó a su hijo en brazos.

—No lo dice de veras, Polly —dijo el marido—. ¿Verdad, doctor?

Graham reía abiertamente. Tony miraba a uno y otro, sin contestar. En el living se oyó un barullo, y Brenner irrumpió en la clínica con una caja en las manos.

—La sacó del baúl —dijo Mimí.

—¡Cuidado! —advirtió el médico—. Va usted a desparramar la marcaína. ¡Póngala en el suelo!

BRENNER la puso y la desenvolvió con habilidad.

—¿Cree usted, doctor, que no conozco mis envases? Mrs. Jonathan, mi oferta a bajado a dos millones y medio. Y ahora puedo denunciarlos. No creo que ninguno de ustedes oponga dificultades.

—Yo —dijo Kandro— no sé de qué se trata; pero esa droga la necesitamos para Solín.

—Eso no lo creará usted, ¿verdad? —preguntó despreciativo el fabricante.

—No sé lo que creo; pero Solín es... "especial". Y..., "como no necesita oxígeno, tiene que tomar otra cosa". Mejor será que nos la deje usted, Mr. Brenner.

—De modo que usted adquirió el hábito y no puede dominarlo. Bien, mocito. ¿Por qué no viene a trabajar conmigo? Me será usted útil, y no tendrá que tomar tanto. Con el polvo mícrico del aire...

—No es eso —dijo Kandro—. ¿Por qué no me escucha? El doctor dice que Solín lo necesita. Es un medicamento, como las vitaminas. Usted no le quitaría las vitaminas a un niño. ¿Lo haría usted?

Graham volvió a reír.

KANDRO se volvió hacia él y lo amonestó con acritud.

—Usted no intervenga. Desde que llegó no hemos tenido más que disgustos. Será usted inteligente y gran

escritor; pero no tiene educación ninguna si no sabe callarse en un momento como éste.

Luego prosiguió con Brenner.

—Usted sabe que no tenemos dinero. Si yo lo tuviera, se lo ofrecería todo. Ya sé que la caja es de usted y de nadie más. Pero Polly y yo obtenemos permiso para trabajar afuera y ganar lo que cueste la caja. ¿Verdad, Tony? ¿Verdad, Mimí?

—Lo lamento, mocito —recalcó el fabricante de drogas—. Si no entiende usted, ¡qué le vamos a hacer! Esta caja me la llevo yo. Es un cuerpo de delito.

—Mr. Brenner —dijo Kandro ofuscado—, no puedo permitir que usted salga de aquí con esa caja. Le he dicho y repetido que la necesitamos para Solín: ¡para mi hijo! Conque démela —terminó, alargando su enorme mano.

—¿Qué decide usted, Mrs. Jonathan? —preguntó Brenner como ignorando la amenaza de Kandro—. Dos millones y medio es un precio razonable.

—¡Venga la caja! —rugió Kandro—. ¡¡Ahora mismo!!

Estaba a dos pasos del fabricante. Brenner seguía mirando a Mimí. Kandro avanzó un paso más. Retrocedió Brenner, y su mano empuñaba una tremenda pistola.

—Esto —dijo— es totalmente automático: no deja de disparar mientras yo apriete el gatillo. Por última vez les digo a todos: yo me voy y me llevo la caja. Si intentan detenerme, tengo perfecto derecho a usar esta pistola. Ustedes saben mejor que yo qué hueclas digitales lleva la caja. Han sido ustedes sorprendidos *in fraganti*. No quiero que nada me impida demostrárselo a mi incondicional Bell. Si quieren ser razonables, díganmelo... pronto.

—¿De modo que usted —dijo Mimí

enfáticamente y con oculta intención— va a expulsarnos de Marte?

—Si es preciso.

—¿Y pretende que nunca volvamos a este planeta y que todos nuestros sacrificios sean motivo de escarnio y vilipendio?

—Exactamente —pronunció él, exacerbado y sin sospechar la finalidad de ella—. Está usted en lo cierto...

Fué interrumpido por Henry Radcliff, que al fin se conmovió, acicateado por las palabras de Mimí, y saltó enfurecido, como una pantera, sobre

Brenner, derribándolo, mientras la pistola atronaba con un chorro de balas que acribillaron el cuerpo de Henry.

A esto siguió un silencio en el que sólo se oyó el tímido llanto de Solín Kandro. Mimí se apoyó en la pared y cerró los ojos angustiada. Oyéronse casi imperceptibles las pavorosas palabras de Tony: "Estrangulada la tráquea; quebrada la columna cervical... Abdomen destrozado por las balas..."

Mimí se estremeció pensando que ella sola cargaría hasta la tumba con el peso de aquel crimen.

CAPITULO XXVI

VETE de aquí, Polly —dijo Kandro, sacando al living a su mujer con el hijo en brazos.

Se oyó gritar a Nick Cantrella:

—¡Déjenme entrar, diablitos! ¡Apártese de la puerta! —entró y la cerró de golpe—. ¿Qué ha pasado, Dios mío?... Yo venía por ese tejido pulmonar y me encuentro con esto...

—No se preocupe —dijo Graham fríamente desde la cama—. Un pequeño y útil asesinato: Henry Radcliff, héroe de la colonia, da su vida para librar del malvado Brenner al mundo. ¡Santo Dios, qué historia! "El asesinato de Hugo Brenner; relato de un testigo ocular, por Douglas Graham." ¡Dulcísimo Jesús! ¿No sabía Brenner quién era yo?

—Está usted muy aporreado para que él lo reconociera —comentó Tony—. ¡Ea, Nick!, saquemos estos cadáveres.

—Aporreado, sí —dijo Graham con regocijo—; y fué muy oportuno. Estoy agradecidísimo a quien o a quienes me apalearon, porque ello me ha permitido estar aquí acostado para oír toda esta escena.

—No sé quién lo atacó —dijo Nick, avanzando amenazador hacia la camilla de Graham—; pero, ¡por éstas, que si piensa usted comenzar otro de sus cuentos, yo sé quién va a ser ahora!...

—Deténgase, Nick —intervino Mimí—. Usted no sabe lo que él oyó.

—Vamos, Nick; ayúdeme.

—Yo sé quién fué —gritó Ana para hacerse oír entre aquellas voces—. Lo averigüé mientras tú saliste de la cueva, Tony. Fueron ellos. Creían que Graham tenía la intención de perjudicar a Solín.

—¿Ellos? —preguntó despectivamente el escritor—. ¿Otra vez duendes? Usted, miss Willendorf, es una buena adivina de segunda mano; pero esta vez se equivocó. Lo único que yo proyecté fué enviar al niño a la Tierra, donde lo cuidarían en vez de administrarle marcaína para encubrir a la mamá.

¡OIGA, embustero trapisondista! —prorrumpió Nick, avanzando más hacia Graham—: Si, por estar en cama, se cree usted con derecho a inventar nuevas patrañas como ésa,

piénselo bien; porque yo no tengo escrúpulos para pisotear una rata en el suelo.

—¡Quieto, Nick! —la voz firme y penetrante de Mimí cruzó como una lanza la habitación—. Déle tiempo a explicarse. Usted no oyó lo que dijo Brenner. No veo cómo podrá nadie sacar de ello una historia contra Lago del Sol.

—Gracias, señora —dijo Graham—. Todavía hay alguien aquí que mantiene su cabeza sobre los hombros. No me diga usted que también cree en ese absurdo de los duendes.

—No sé qué decirle —contestó Mimí—. De otros no lo creería; pero de Tony y Ana, que han rescatado al niño...

—¿Rescatado de dónde?

Tony comprendió que Graham no conocía todavía lo del rapto de Solín. Y los demás tampoco sabían lo que ocurrió en la cueva.

—Oiganme todos —dijo—. Si se calman unos minutos, Ana y yo tenemos mucho que contarles. Pero primero... Nick, ayúdeme a llevar estos cuerpos al living. Tú, Ana, tráeme sábanas para cubrirlos.

—Un momento —dijo Ana.

Salió al living, y al poco avisó desde allí:

—Ya pueden traerlos.

Tony y Nick sacaron los cuerpos de Henry y Brenner.

—Quise que primero se fueran los Kandro —explicó Ana, y fué a traer las sábanas.

Cubrieron los cadáveres, y, cuando Nick y Tony se volvían a la clínica, Ana sujetó por el brazo a éste, dejando ir a Nick. Cerró la puerta entre la clínica y el living y le dijo a Tony: —No podemos contarles todavía nada.

—¿Por qué no?

—¿No comprendes? No debíamos haber hablado tanto delante de Gra-

ham. Debemos mantener su incredulidad. Los duendes tienen terror a la gente. Por eso se esconden, ¿te das cuenta? Piensa lo que les ocurriría... Yo capté un destello del pensamiento de Graham cuando dije "lo hicieron ellos". Era la idea brutal de... exterminarlos.

Ana tenía razón. Tony comprendió. Pensó en Hackemberg y en los duendes trabajando en sus minas de Pittco, como "obreros nativos"; en lo que la Tierra daría por tener telépatas en sus servicios de espionaje, y en el horror y odio que la gente sentiría por estos monstruos, lectores del pensamiento. Vió a los duendes en parques zoológicos y en mesas de disección...

PERO luego pensó en Lago del Sol afrontando todavía una acusación de robo; en lo distinto que sería el relato de Graham si éste supiera que no habían sido lagosolenses sus atacantes; en lo que los duendes significarían para la honesta investigación médica y científica en general. Y decidió darlos a conocer.

—Pero, ¿por qué, Tony? —imploró Ana—. Ellos no quieren descubrirse, y son *decentes*...; no como casi todo el mundo.

—Porque sé que existen. Porque no puede guardarse un secreto como ése. Porque significa demasiado para la humanidad o lo que de ella sobreviva en la Tierra. Ana, Lago del Sol no será acaso nuestra solución futura; los duendes, en cambio, pueden serlo. Nos necesitan y los necesitamos. Ese trozo de tejido pulmonar de Solín quizá suprima nuestra dependencia de la Tierra para obtener oxígeno. Y Dios sabe cuántas ventajas pueden surgir del mutuo contacto. No podemos reservárnoslos nosotros.

Tony abrió la puerta de la oficina.

—¿Vienes, Ana?

Ella dudó... y lo siguió.

ESO es todo —dijo Tony al concluir su narración; e insistió, dirigiéndose a Graham:— Eso es todo. Pero debo decirle que Ana quería persuadirme de que no lo contara delante de usted, para que usted siguiera sin creer en los duendes. Tiene miedo de lo que la gente hará con ellos cuando los conozca. Yo también temo. De lo que usted escriba dependerá en gran parte... ¿Qué va usted a escribir?

—¡Maldito si lo sé! O es el cuento más ingenioso que jamás oí, y que anula todas las acusaciones contra ustedes, desde el robo de la marcaína hasta mi paliza, o es la historia más portentosa del mundo. ¡Yo qué sé!

Quedó Graham en pensativo silencio, que fué roto por el zumbido de un avión. Al poco sonó otro, y luego otro.

—Debe de ser Bell —dijo Mimi—. ¿Qué haremos ahora?

—Viene en ayuda de Graham —le recordó Tony—. Quizás convenga dejar que nuestro huésped le diga al comisario lo que considere oportuno.

El escritor callaba impasible.

—En el living hay dos cuerpos rígidos —agregó Nick—, y el comisario querrá investigar el caso como estrictamente intercolonial.

—Si yo —dijo Graham de pronto— fuera bastante estúpido para creerme

el cuento de los duendes, y si ese experimento sobre los pulmones del niño diera resultado, Lago del Sol sería un lugar privilegiado.

—¿En qué sentido? —preguntó Joe.

—En el que Mr. Brenner pensó. El laboratorio es muy a propósito para fabricar marcaína. Y yo he colegido que ustedes piensan también obtener oxen si les sirve ese tejido pulmonar. Y si hay algo de cierto en el cuento de los duendes, ustedes harían un negocio de miles de millones: abastecerían de oxen a todo Marte, ¡y a qué precio! A ustedes no les costaría nada en comparación con el importado de la Tierra... —todos miraban a Graham atónitos—. No me digan que ninguno pensó en ello; ¡ni siquiera usted! —dijo a Mimi.

—No es ése el propósito de Lago del Sol —negó ella rigidamente—. ¡No nos interesa!

En la puerta sonaron golpes violentos.

TONY atravesó paso a paso el living. La puerta trepidaba con los golpes. La abrió Tony. Silencio absoluto. Un sargento, tres guardias y, bien detrás, Bell. Debía de saber que hubo tiros.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el comisario, husmeando y mirando luego a los cuerpos cubiertos—. ¿Graham? Si

es él, arrestaré a ustedes por asesinato. Su mensaje acerca de Lago del Sol ha sido el motivo, ¿no?

—Es Brenner —declaró sin rodeos Tony— y un joven llamado Henry Radcliff.

—Sargento —ordenó Bell—, destápeles.

El sargento los destapó. Bell los observó largo rato y ordenó enronquecido:

—Cúbralos. ¿Qué ocurrió, doctor Hellman?

—Tenemos un testigo imparcial: Douglas Graham —dijo el médico—. Lo presencié todo.

TONY, Bell y el sargento pasaron a la clínica. Graham dijo desde su cama:

—¿Visitando a un amigo muerto?

—Es un crimen intercolonial. Asesinato. ¿Lo presencié usted?

—Efectivamente. Fuí el mejor testigo que usted jamás conoció. Miles de millones de lectores penden de mis palabras —Graham se incorporó con gran esfuerzo—. ¿Recuerda usted nuestras efusivas reuniones de Washington?

Por la frente del comisario corrió el sudor.

—He aquí la historia del asesinato —enunció Graham—: “Brenner apuntó su pistola hacia un hombre llamado Radcliff, durante una pequeña disputa. Amenazó con matarlo, explicando en detalle lo totalmente automática que era la pistola... Sus palabras exactas fueron: ‘pulverizar la habitación’. Y allí había un niño en brazos de la madre”. ¿Se va usted percatando, Bell? Ni siquiera usted haría nada semejante; ni aun en los viejos tiempos. “El joven Radcliff saltó sobre Brenner y recibió el chorro de balas en el vientre. Debían de ser dum dum, porque el cañón me pareció del calibre 38, y ninguna atravesó to-

do el cuerpo. Pero el joven Radcliff estranguló a Brenner antes de percibir su propia muerte.” Esto me recuerda...

—¿Murió Brenner en el acto? —preguntó Bell—. ¿Dijo algo antes de morir?

—¿Confesión? ¿Delirio agónico? No.

Bell se tranquilizó visiblemente.

—Pero antes de empuñar la pistola —continuó Graham— habló un buen rato. Debido a mi cara desfigurada, no me reconoció. Yo no me presenté. Creyó que éramos un grupo de lagosolenses y que nadie creería una palabra de lo que dijéramos de él. Habló largo y tendido...

—¡Sargento! —interrumpió Bell—, no lo necesito por ahora. Espéreme ahí fuera.

CERROSE la puerta tras el sargento, y Graham dijo riendo:

—Quizá usted sepa, comi, que a Brenner le gustaba llamarlo a usted “mi incondicional Bell”.

El comisario paseó una inquieta mirada por la habitación.

—Salgan todos de aquí. Déjenlos solos para que yo pueda tomar una declaración.

—No —opuso Graham—. Se quedan aquí. No estoy muy fuerte en estos momentos. Pero Brenner habló un poquitito... No quiero que nada me impida enviar mi relato al mundo expectante.

Nick y Tony sonrieron con gesto malévolo.

—¿Qué quiere, qué intenta usted, Graham? —preguntó Bell descaecido.

—Nada —repuso suavemente Graham—. Pero, dígame: en mi declaración sobre el asesinato, ¿debo incluir lo que Brenner dijo de usted? Mencioné ciertos detalles financieros. ¿Serán oportunos?

Brenner no había tratado más asuntos económicos que la oferta por la

¿Nene o nena?

UNO de esos estudios estadísticos que hacen discutir a todo el mundo es el que acaba de publicar el doctor Novitski en los Estados Unidos. Según él, la edad del padre influye sobre el sexo de los hijos: a mayor edad, más probabilidad de que el hijo sea mujer. Es decir, debe de ser más frecuente tener primero nenes y después nenas, que al revés. Esto ya era creencia de muchos desde hace tiempo, pero se achacaba a la edad de la madre. Novitski dice que el verdadero responsable es el padre, lo cual no es fácil de demostrar, pues en general padre y madre envejecen al mismo tiempo...

colonia; pero Graham era un farolero redomado. El comisario hizo un último esfuerzo por serenarse.

—Usted no me intimida, Graham —carraspeó—. No veo por qué no he de ser riguroso si usted me fuerza a serlo. Yo estoy limpio, y no me importa lo que dijera Brenner. Yo no he hecho nada...

—Todavía —terminó Graham sucintamente—. Su actuación venía después, ¿no? ¿Y piensa usted aún ser riguroso? Inténtelo, y le garantizo que será usted enviado a la Tierra, en el próximo cohete, para ser enjuiciado por infracción, abuso de autoridad, aceptación de sobornos y violación de la ley de narcóticos. Y también le aseguro que será usted convicto y sentenciado a cadena perpetua. No intente engañarme, ¡traposos! A mí sólo me engañan los expertos.

—**N**O he de tolerar que...! —comenzó chillando el comisario, y luego se rindió—. Por amor de Dios, Graham, sea razonable. ¿Qué le he hecho yo a usted? ¿Qué quiere? Dígamelo.

—Nada por ahora; gracias —dijo

CAPITULO XXVII

EL reto de Graham quedó flotando en el silencio de la habitación. Todos esperaban que hablara Tony; y Tony, que hablara Ana.

—No veo inconveniente. Creo que accederán —manifestó ella al fin, y miró desesperada a Tony—. ¿No hay otro recurso?

—Es el único —contestó el propio Graham— con que pueden ustedes demostrar que no robaron la marcaína.

—Bien. Mañana temprano iré, y

Graham, tendiéndose de nuevo en la camilla—. Si deseo algo, ya se lo pediré.

El comisario quiso hablar y no pudo. Se le hincharon las venas. Ana frunció los labios disgustada. Graham parecía satisfecho.

—Una cosa deseo, comi; un acto intercolonial de su jurisdicción. ¿Quiere llevarse esos cadáveres al marcharse? No se imagina lo sensible que soy a esas escenas.

Entornó los ojos y esperó a que se cerrara la puerta tras la salida del visitante. Cuando volvió a abrirlos, había perdido todo su aplomo.

—Doctor —suplicó—, póngame una inyección. Cuando me incorporé, sufrí un dolor terrible. ¡Oh, cómo me duele!

Mientras Tony lo atendía, Joe Gracey dijo:

—Ha hecho usted una gran obra, Mr. Graham. Gracias.

—Puedo deshacerla —contestó categórico el periodista—, o emplearla en cualquier sentido... Gracias, doctor —suspiró aliviado—. Ahora, si ustedes desean algo de *mi incondicional Bell*, ¡muéstrenme uno de esos duendes!

creo que podré comunicarme con ellos.

—Prefiero que sea ahora mismo, miss Willendorf. En doce horas, su activísimo ingeniero, aquí presente, podría fabricar un duende.

—Intentaré —dijo Ana—; pero no aseguro nada. Creo únicamente que podré traer uno aquí... No sé lo que ellos pensarán.

—Ya me lo figuraba —profirió Graham risueño—. Fue una buena comedia... mientras duró.

—Traeremos un duende —afirmó rotundamente el médico.

—No basta —recalcó Graham—. Iré yo con ustedes. ¿Les molesta que desconfíe?

—No, Graham. Pero hay diez kilómetros hasta Peñacantil; casi todo tiene que recorrerse en semitractor, y el resto, usted, en parihuelas.

—¡Al diablo sus sentimientos humanitarios! Déme su opinión médica.

—La vida de usted no corre riesgo.

—No necesito más. ¿Cuándo salimos?

Tony interrogó con la mirada a Ana. Ella asintió.

—Ahora mismo —dijo el médico—; o cuando esté usted listo —abrió un armario y sacó una cajita con una ampolla—. Esto le facilitará...

—No, gracias —dijo Graham—. Quiero ver con *mis* ojos... si hay algo que ver.

—Si usted aguanta, vamos ya —concluyó Tony; pero guardó la cajita en el bolsillo.

EN el trepidante semitractor, conducido por Ana y ocupando Tony junto a Graham la parte de camión trasero, el escritor dijo entre dientes:

—Dios los libre si me dicen que los duendes no están asequibles esta noche. De todos modos, es absurdo. Me dice usted que los duendes nacen de padres terrenales. ¿Por qué no ha nacido ninguno en la Tierra?

—Eso obedece a lo que los genesíólogos llaman genes letales. Por ejemplo: Polly y Jim tienen cada uno un gene letal hereditario. Cualquiera de los dos pudo casarse en la Tierra con quien no tuviese gene letal, y engendrar niños normales en la Tierra o en Marte; porque ese gene es de carácter recesivo. Pero cuando en la Tierra los genes letales de Jim y Polly se unieron, resultaron mortales para

la proge, que nunca llegó a buen término. Los genes unidos produjeron un feto incapaz de sobrevivir *ex útero* en la Tierra. No sé qué factores intervienen en este fracaso: rayos cósmicos, fuerza de gravedad o algún otro. Pero, en Marte, el feto llega a término, y el resultado es: un duende. Duende equivale a marciano. Estos seres asimilan el aire de Marte, pero no como los terrestres de pulmón marciano; no soportan el aire terrestre, y necesitan una dosis diaria de marcaína para vivir y desarrollarse. Por eso ellos pusieron marcaína en el alimento de Polly: quisieron que pasara a Solín con la leche materna. Cuando sustituimos el pecho por el biberón, robaron al niño para darle ellos la marcaína. Nos lo devolvieron bajo promesa de que nosotros se la daríamos.

—Perfecta historia tapón para una madre marcainómana —dijo Graham—. ¿Y cuántos duendes creen que hay?

—Unos doscientos. Yo creo que la mitad son de primera generación. Al principio serían poquitos: hijos de colonizadores abandonados en el desierto al morir los padres, y que vagaron por tierras lejanas masticando las semillas de la marcaína. Una vez crecidos, habrán "robado" otros niños duendes a los colonos.

—Pero el hijo de Kandro es idéntico a cualquier niño normal. ¿Cómo han sabido ellos que es duende?

Tony le explicó:

—Porque son telépatas. Oyen venir a la gente, es decir, oyen el pensamiento. Lo cual explica por qué no los ve quien ellos no quieren; por qué robaron la marcaína de Brenner sin que los descubrieran; por qué apalearon a la gorda Ginny cuando intentaba abortar un duende; por qué le pegaron a usted; por qué se ocultaban de los terráneos...

—Excepto de Red Sand Jim Granta, ¿eh? —dijo Graham.

—Granata fué un farsario. Probablemente no vió un duende en su vida. Oyó todas las viejas consejas alusivas, y las aprovechó para buenas exhibiciones comerciales.

Ana maniobró el tractor, rodeando un peñasco iluminado por los faros, y paró el vehículo cuando el terreno se hizo intransitable.

—De aquí en adelante es demasiado abrupto —dijo—. Tenemos que llevar a usted en parihuelas el resto del camino.

EN la parihuela suspendida de los hombros, Graham se balanceaba entre Ana a la cabeza y Tony detrás. Ambos llevaban linternas para orientarse entre los cantos rodados milenarios. Más adelante Ana dobló a la derecha, y su instinto la condujo hasta la boca de una cueva. Entraron.

—En seguida —dijo Ana—. Sentémoslo aquí.

El propio Tony experimentó la tenue pero imponente sensación mental de un duende.



—Guarde silencio absoluto —le dijo al escritor—. Son hipersensibles para...

—¡¡Rediós!! —gritó Graham cuando un duende apareció frente al foco de la linterna de Ana.

El duende se tapó con las manos las orejas y huyó veloz.

—¿Ve lo que ha hecho usted? —increpó Ana en voz muy queda, pero furiosa—. Los oídos... Casi lo deja usted sordo.

—¡Hágalo volver! —dijo con palabra trémula el escritor.

—No sé si podré —replicó Ana fríamente—. No obedece órdenes de usted ni mías. Sólo puedo intentarlo.

—Más vale que lo consiga. Reconozco que me dió un susto bárbaro; pero también asustaban los duendes de la Exhibición Interplanetaria de Granata, y eran fingidos.

—¿Pero es que no lo presintió usted? —preguntó Tony incrédulo.

—¿Qué?...

—Por favor, cállense los dos.

Esperaron largo rato en la helada galería, hasta que la criatura reapareció, entrando cautelosamente en el círculo luminoso.

De pronto, Ana se echó a reír.

—Sabe que usted —dijo a Graham— está pensando tirarle de las orejas y arrancárselas, y está muy intrigado.

—Aguda adivinación —dijo Graham. —¿Tendré que hacerlo?

—No. Si quiere usted saber algo, dígamelo, y yo intentaré preguntarle a él.

—Pienso que está disfrazado. ¡Quétese esos orejones! ¿Quién es usted? ¿Stillman? ¿Gracey? No; es usted muy pequeño. Apuesto a que es Tad Campbell, el chico de la radio. Me gustaría tocarle esas aletas un instante.

—Así no conseguimos nada —dijo Tony—. Graham, piense en algo, en una persona, en una escena... El duende lo captará por telepatía, lo transmitirá a Ana, y ella dirá lo que es.

—Está bien. No sé lo que demostrará, pero es una prueba. Ya estoy pensando.

Un momento después, Ana expresó:

—“Si no estuviera usted ya aporreado, le rompería la cara.”

—Perdón —dijo Graham atolondrado—. Lo pensé en broma. No creí que lo averiguara; pero lo averiguó, ¿no?

81

EL servicio telefónico que da la hora exacta al marcar 81 es una gran cosa, sin duda. Pero todavía podría ser mejor. Veamos: la compañía telefónica de Nueva York tiene un servicio igual, pero que además de la hora da la temperatura y el pronóstico del tiempo para las horas subsiguientes. Pero eso no es nada; desde hace muy poco, los días que hay partidos importantes de baseball, el anuncio de la hora exacta va seguido por el score del partido hasta ese instante. El número de personas que pide la hora aumenta de los setenta mil habituales a un millón y medio durante esos días. El motivo de tanta preocupación por el público es desconsoladoramente materialista. En Nueva York no sólo los abonados públicos son a monedita, como aquí, sino que incluso los abonados particulares deben pagar extra si se exceden de cierto número de llamadas diarias. De todos modos es cuestión de pensarlo.

Pregúntele, pregúntele quién es; quiénes fueron sus padres; si es casado; qué edad tiene...

El escritor iba excitándose cada vez más.

—Ya es bastante —interrumpió Ana. —No sé cómo preguntarle el nombre. Los padres... colonizadores... una choza y una cabra... pequeña huerita... personas altas, altas... el hombre llevaba gruesos cristales... ¡Tony! ¡Son los Toller!

—Imposible —dijo Tony—. Su hijo está en la Tierra... Pero nunca les contestó las cartas... ¿Qué edad tenía cuando se fué?

—No entiende la pregunta —declaró Ana.

—¡Lo estoy sintiendo! —dijo de pronto Graham, muy impresionado—. Como un contacto dentro de la cabeza. ¿Es él?

—El es. No lo combata.

Tras largo silencio, Graham balbuceó:

—Caramba... Es... es él, sí. Son realmente seres.

—¿Quiere hacerle más preguntas? —Muchísimas. Pero no ahora. Cuando yo esté mejor. ¿Podré volver?

Esperó la contestación de Ana, que fué afirmativa, y agregó:

—¿Quiere darle las gracias y llevarme al tractor?

—¿Le duele mucho? —preguntó Tony.

—No. No sé. Pero estoy rendido.

El duende se deslizó fuera de la luz.

—Adiós, amigo —le dijo Graham, y luego sonrió ligeramente—. ¡Me ha dicho adiós!

En el camino de vuelta hacia el tractor, Graham rompió el silencio.

—Contrastes entre dos sistemas. En la Tierra, un periodista por siglo consigue una historia como ésta. ¡Y yo tengo dos!: "Muerte de Brenner, Rey de la Droga, Relatada por Un Testigo Presencial", y "Vida Inteligente

Extraterrestre, Primer Relato Auténtico de Un Testigo Ocular".

Lo colocaron en el semitractor. Dijo:

—Creo que le he simpatizado —y quedó profundamente dormido.

GRACEY, Nick y media docena de bioquímicos los esperaban en el hospital. Era de noche, y las luces estaban ya apagadas en casi todas las barracas. Pero Joe Gracey, el tranquilo y apacible ex profesor, eternamente calmo y circunspecto, estaba alerta y salió corriendo y gritando por la calle oscura.

—¡Tony! ¡Tony! ¡Ya lo tenemos!

—¡Chist!... —Tony indicó que Graham dormía en la parihuela; pero Graham ya estaba despierto.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué entusiasmo es éste?

—Nada, nada —dijo el doctor—. Ya hemos llegado, y va usted a acostarse. ¿Quiere aguardarme un minuto, Joe?

Joe les ayudó a acomodar al escritor y esperó impaciente a que Tony lo examinara; Ana lo tapó, y ya se iban los tres cuando Graham, bien despachado, se incorporó sobre un codo.

—¡Eh, doctor! Quisiera tener aquí mi máquina dactilógrafa —pero el codo le falló, y sonrió tristemente—. No; no podré escribir. ¿No tendrán ustedes algo tan lujoso como un dictógrafo importado?

—Sí, señor; tenemos uno en la oficina. Pero descanse ahora, y a la mañana se lo traeremos.

—No podré dormir si no dejo sobre el papel lo que ahora mismo estoy pensando. Si no pueden traerme el dictógrafo, denme papel y lápiz.

—Voy a ver qué puedo traerle. Ana, ven conmigo.

TONY llevó a Ana, no al living, donde los otros esperaban, sino a la alcoba.

—¿Qué opinas? —le preguntó al

oído—. ¿Qué está sintiendo?

—Una mezcla curiosa... No está tan excitado como la otra vez. Difícil de explicar... pero es honesto.

—Bien.

Entró decidido en el living, consultó con Nick, y dos de los bioquímicos fueron al laboratorio y trajeron la máquina para Graham.

Desde el living, Tony oía el ronroneo de Graham dictando y el suave tecleo de la máquina.

PERO lo más importante era la pizca de fino polvillo rosado que Nick y Joe esperaban mostrarle.

—Tony —dijo Nick, triunfante—, ¡mire esto! Oxen casi listo para administrar por vía oral. Doce etapas de concentración, y en tres más estará completo.

—Es un portento —corroboró Gracey—. Pero yo quiero saber de dónde vino esa muestra de tejido y dónde va usted a conseguir más. Y dígame, ¿a qué se refería usted con aquello del duende?

—¿No se lo ha dicho Nick? ¿Han trabajado juntos toda la noche, y no se lo ha...

—No me preguntó —dijo Nick justificándose—. Además, no hemos trabajado juntos ni en el mismo laboratorio.

—Bien, bien —sonrió Tony—. Lo explicaré de nuevo. Usted, Joe, me dió la idea original. Cuando la otra tarde hablaba usted de genes letales, ¿recuerda que quise preguntarle sobre ellos?

—Y Mimi interrumpió, sí.

—Entonces me surgió la idea. Joe, el tejido pulmonar lo obtuve de Solín, después de traerlo de la cueva. Solín es duende: resultado de un gene que es vital en Marte y letal en la Tierra.

—¿Y hay más duendes? —inquirió Gracey excitado—. ¿Son condescendientes? ¿Contestarán preguntas? ¿Se so-

meterán a experimentos? ¿Cuándo podrá ver uno?

—Son condescendientes —repuso Ana—. La razón de que no se dejen ver estriba en que no soportan a los humanos, demasiado egoístas para amoldarse a ellos. ¿Experimentos? No veo inconveniente si nuestra intención es honorable. Son telépatas, de modo que saben si usted no piensa dañarlos.

—¡Telépatas! —exclamaron Nick y Joe simultáneamente.

El agrónomo preguntó:

—¿Veré alguno... pronto?

¿POR qué no? —asintió Ana—. Con Graham se mostraron bien dispuestos a hablar.

—Entonces, ¿podremos obtener nuevos tejidos cuando los precisemos? —preguntó Joe—. Los cultivos viejos, ¿sabe usted?, sufren transformaciones, y hay que renovarlos. Y no podemos hacerle biopsias a Solín continuamente.

—No sé si los duendes comprenderán qué es lo que usted quiere y para qué.

—Yo no creo que hallemos inconveniente —indicó Tony—. Dígame, Nick, ¿el laboratorio está equipado para obtener marcaína y oxen?

—¡Claro que sí! El oxen no requiere mucho. Pero la marcaína, ¿para qué?

—Pues yo estoy seguro —dijo el doctor sin contestar a la pregunta de Nick— de obtener los cortes pulmonares. Tú, Anita, ¿crees también que accederán? En realidad, tú eres la experta en duendes.

—Creo que sí. Nos aprecian, confían en nosotros... y necesitan marcaína.

—¡Doctor! —llamó Graham desde la clínica. Tony abrió la puerta—. Si queda algo en aquella botella que yo saqué, ¿quiere servirme un buen whisky y pasar la botella a los demás. Ya no estoy tan impaciente.

Tony le sirvió un buen vaso.

—Tómeselo, y a dormir; que, si no, mañana va usted a encontrarse mucho peor.

—Muy amable. Es usted un gran médico de cabecera —Graham sonrió y bebió con deleite—. ¿Podrá Stillman enviar esta noche esos escritos? Están claros; no en código. Puede usted leerlos si gusta. Son dos mensajes y el primer envío del relato viviente más grande del siglo.

—Gracias. Buenas noches.
Tony cerró la puerta al salir.

RELATO de Graham —anunció en el living, y llamó por teléfono a Harve.

—Léalo —dijo Nick—. ¡Y si esa rata vuelve a mentir!...

Tony tomó ánimo para mirar el escrito.

—“Mensaje a Comunicaciones de Puerto Marte” —leyó—. “Destruya todos los escritos previamente enviados sustituyéndolos por siguientes. Douglas Graham.” Y “Mensaje a Comisario Hamilton Bell, Administración Puerto Marte. Como simple observador interesado úrjole firmemente derogue proyectada aplicación artículo quince cordón policial a colonia Lago del Sol. Investigación personal convención acusación robo infundada. Aplicación artículo quince grave injusticia siendo mi deber exponerlo plenamente ante público y círculos oficiales al regresar Tierra. Agradeceré acúseme recibo. Douglas Graham.”

La inteligencia de los genios

UNA encuesta entre los veinte hombres de ciencia más famosos de los Estados Unidos, ha revelado que su inteligencia no es muy superior a lo normal, si se la mide con el examen usual llamado I. Q. (intelligence quotient). Mucha gente tiene un I. Q. más alto que el de varios ganadores de premios Nobel. En cambio, el esfuerzo que realizan en su trabajo escapa a toda medida. Se verifica, pues, aquello de que el genio es uno por ciento de inspiración y 99 por ciento de transpiración...

EL grito triunfal de Nick llegó al cielo.

—¡Vamos! ¿Dónde está Mimí? ¡Hay que embalar la marcaína!

Harve llegó en ese instante. Tony comenzó a leer el último mensaje.

—Este empieza así: “Comunicaciones Puerto Marte. Escrito subsiguiente por previo a destruir. Por Douglas Graham. Primero duendes pronto a llegar.” ¿Qué significa esto, Harve?

—Es un relato adicional sobre los duendes... La primera parte no está lista para enviar. ¿Qué dice?

—“Los problemas administrativos surgidos por este asombroso descubrimiento no son grandes. Afortunadamente el doctor Hellman y miss Willendorf, descubridores de los marcianos, son personas de incuestionable integridad, profundamente interesados en proteger contra la explotación la nueva raza. Sugiero nombren rápidamente a uno de ellos Comisario Especial del C.A.P. para hacerse cargo del bienestar y seguridad de los duendes. No deben repetirse las tragedias que caracterizaron la expansión colonial terrígena cuando voraces y miopes...”

—¡Grandioso! —exclamó Harve—. Déjeme enviarlo.

El doctor le dio las hojas, y Harve salió corriendo.

—Bueno —dijo Gracey—. Espero que cualquiera de los dos que sea comisario nos dará a los laboratoristas oportunidad de experimentar dignamente con los duendes. Confío en realizar

una prueba con el gene letal, mejor llamado duendil: inoculación de espermios en corpúsculos polares o en óvulos, y estaremos en situación de explicar...

—¡Oh, no! —dijo Ana nerviosa.

—Te acompaño a casa, Anita —propuso Tony.

La tomó del brazo, y marcharon por la calle, en la fría oscuridad de la noche.

—Anita, hasta ahora he dado los hechos por sentados. Pero una vez debo preguntarte para confirmarlos. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Oh, Tony! —pronunció su nombre con temor y deseo a la vez—. ¿Cómo podríamos? Yo he pensado algo en... La vida podría ser para nosotros como para los demás. Pero ahora, ¿cómo podríamos?

—¿Qué temes?

—Temo por nuestros hijos. ¡Temo a este planeta! ¿No comprendes? Tener un hijo como el de Polly, que crezca como una criatura extraña, que haya de abandonarme para irse... con los suyos...

SIGUIERON andando con las manos entrelazadas, mientras Tony buscaba las palabras necesarias.

—Anita —dijo al fin—, si tú lo deseas como yo, nos casaremos sin duda. Y tendremos hijos. Y más aún: la esperanza de la raza descansará en nuestros hijos y en los de nuestro pueblo de Marte. Y en los hijos de los duendes. No lo olvides. Son distintos y piensan distinto; nadie lo sabe mejor

que tú; pero son tan humanos o más que nosotros. Esta noche hemos iniciado la vida de Lago del Sol; hemos roto el gran nudo que nos ataba a la Tierra. Los duendes nos han ayudado, y quizá nos ayuden a vencer a este planeta en todo lo que queda por dominar. Tal vez nos sirvan para curar a la próxima Joanna Radcliff. Acaso nos eviten la ceguera cuando las inyecciones protectoras contra la radiación no vengan de la Tierra.

—¿Y si no pueden?

—Anita, si nuestros hijos salen duendes, no sólo debemos afrontarlo, sino aceptarlo con alegría. Los duendes son los hijos de Marte, hijos normales y humanos de Marte. Todavía no sabemos si nosotros podremos sobrevivir aquí; pero sabemos que ellos sí pueden. Son amables, honestos, decentes, racionales; confían entre sí, no por ciego amor o intereses creados, como nosotros, sino porque se conocen mutuamente como nunca se han conocido los humanos en la Tierra. Si odios ciegos e intereses creados acaban con la vida terrenal, nosotros, Anita, permaneceremos en Lago del Sol. Y permaneceremos mucho más a gusto sabiendo que, aunque nosotros fracasáramos, no sería eso el fin.

Llegaron a la puerta de la casa de Ana. Tony exploró aquellos ojos profundos, esperando la respuesta comprensiva. Si Ana fallaba, ¿qué otra mujer comprendería?

—Ahora pregunto yo —dijo Ana sobriamente—. Tony, ¿quieres casarte conmigo?

más allá

Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Correo Argentino. Franqueo a pagar. Cuenta Nº 574. Tarifa red. Conc. 4923. Reg. Nac. de la Prop. Intelect. Nº 414.547. Distribuidores: Cap. Fed. C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113. Buenos Aires.

USTED puede ayudarnos...

Su juicio contribuirá a formar los criterios más adecuados para que podamos seleccionar el material de los próximos números de SU revista. Todo lo que necesitamos saber son SUS PREFERENCIAS: en las páginas 1 y 2, usted habrá visto el cuestionario. Le rogamos contestarlo con completa sinceridad y severidad: no deseamos halagos, sino su juicio real.

En el cuestionario subraye las respuestas que coincidan con sus opiniones y llene las líneas en blanco. Al dorso usted podrá indicar su juicio sobre todo el material de los primeros cuatro números de MAS ALLA.

Una vez llenados ambos lados de la tarjeta, arránquela y envíela por correo: no tiene por qué colocarle estampilla: el franqueo ya está pagado.

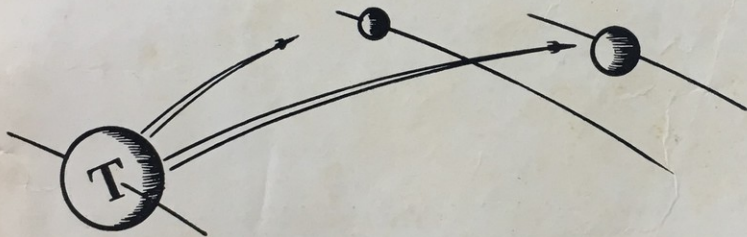
*Los resultados de esta encuesta serán publicados y comentados. Usted podrá comparar sus preferencias con aquellas de los demás lectores, y nosotros tendremos una pauta que nos permitirá mejorar la revista de acuerdo con SUS gustos.

Muchas Gracias

DISTANCIAS DE LOS PLANETAS A LA TIERRA

Las distancias de la Tierra a los planetas varían notablemente según las posiciones respectivas en las órbitas. Eso hará que los viajes interplanetarios tengan distinta duración según la época. Los mínimos y máximos absolutos para esas distancias se dan en la siguiente tabla:

	Distancia mínima (en millones de km.)	Distancia máxima (en millones de km.)
MERCURIO	75	225
VENUS	39	261
MARTE	56	400
JUPITER	588	972
SATURNO	1.195	1.673
URANO	2.598	3.168
NEPTUNO	4.323	4.709
PLUTON	4.583	7.255



MOVIMIENTO DIARIO

"Planeta" significa "astro errante", y el nombre se debe a que se van moviendo entre las estrellas, aunque lentamente. La siguiente tabla da el número de grados que se desplazan cada día terrestre. Para tener una idea gráfica, recuérdese que medio grado de desplazamiento alcanzaría para cruzar la Luna de borde a borde.

MERCURIO	4,092 grados	JUPITER	0,083 grados
VENUS	1,602 "	SATURNO	0,034 "
TIERRA	0,986 "	URANO	0,012 "
MARTE	0,524 "	NEPTUNO	0,006 "
PLUTON	0,004 grados		

EN EL PROXIMO NUMERO

más allá

PUBLICARA

Dos novelas cortas de Asimov

HUESPEDES. ¿Qué invitado era ése? ¿Qué formas de parasitismo mental le daban su inconcebible inteligencia? ¿Su repulsivo aspecto ocultaba inocencia y bondad, o bien perversos designios y crueles intenciones?

HEROE IMPREVISTO. La astronave capturada podía ser salvada sólo por el sacrificio de uno de los pasajeros. Este dramático relato de una aventura inolvidable contiene una descripción de lo que se experimenta paseando en el exterior de una astronave que viaja por el espacio a una velocidad incalculable, tan verista y convincentora que el lector es invadido por el vértigo del infinito.

Varios cuentos apasionantes

cuyo fantástico dramatismo conmoverá al lector.

Venus y Marte

un nuevo capítulo de *La conquista del espacio*, por Willy Ley, con espléndidas ilustraciones de Chesley Bonestell.

El espacioteat

que ejercitará la memoria del lector con preguntas originalísimas. Somete usted su cerebro a este grato tormento, que será más fácil y más difícil que el anterior.

Y en la tapa

una sugestiva ilustración del artista argentino Hugo Csecs.

MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA